MaiinCastle
La leyenda del Caballero Blanco

A.R Hernández

MainCastle
La leyenda del Caballero Blanco

A.P. Hernández

© Todos los derechos reservados
Antonio Pérez Hernández

A mi hermana

Índice

Prefacio (1334)
Primera parte (1319)
-Capítulo I-
-Capítulo II-
-Capítulo III-
-Capítulo IV-
-Capítulo V-
-Capítulo VI-
-Capítulo VII-
-Capítulo VIII-
-Capítulo IX-
-Capítulo X-
-Capítulo XI-
-Capítulo XII-
-Capítulo XIII-
-Capítulo XIV-
-Capítulo XV-
Segunda parte (1324)
-Capítulo I-
-Capítulo II-
- Capítulo III-
-Capítulo IV-
-Capítulo V-
-Capítulo VI-
-Capítulo VII-
-Capítulo VIII-
-Capítulo IX-
-Capítulo X-
-Capítulo XI-
-Capítulo XII-
-Capítulo XIII-
-Capítulo XIV-
-Capítulo XV-
-Capítulo XVI-
-Capítulo XVII-
-Capítulo XVIII-
-Capítulo XIX-

-Capítulo XX-
-Capítulo XXI-
-Capítulo XXII-
-Capítulo XXIII-
-Capítulo XXIV-
-Capítulo XXV-
-Capítulo XXVI-
-Capítulo XXVII-
-Capítulo XXVIII-
-Capítulo XXIX-
-Capítulo XXX-
-Capítulo XXXI-
-Capítulo XXXII-
-Capítulo XXXIII-
-Capítulo XXXIV-
Tercera parte (1328)
-Capítulo I-
-Capítulo II-
-Capítulo III-
-Capítulo IV-
-Capítulo V-
-Capítulo VI-
-Capítulo VII-
-Capítulo VIII-
-Capítulo IX-
-Capítulo X-
-Capítulo XI-
Cuarta parte (1329)
-Capítulo I-
-Capítulo II-
-Capítulo III-
-Capítulo IV-
-Capítulo V-
-Capítulo VI-
-Capítulo VII-
-Capítulo VIII-

Prefacio (1334)

La ciudad de MainCastle estaba abarrotada.

Los puestos de ventas se perdían a la lejanía, envueltos en un mar de cabezas. Hombres, mujeres y niños llenaban la Plaza Mayor, apretujados unos contra otros, empujándose por hacerse sitio y ser los primeros en llegar a los tenderetes.

-¡Compren hogazas recién hechas! –voceaba una mujer, sacando del horno un pan humeante.

A los niños, la sola visión de semejante manjar les hacía la boca agua.

-Madre –dijo un pequeño, tirando del vestido a una mujer de cabello ondulado-, ¿qué es eso?

La mujer lo miró y sus labios se contrajeron con tristeza.

-Será mejor que nos vayamos de aquí -dio por toda explicación.

Juglares, enanos y malabaristas también hacían sus peripecias para captar la atención de la gente.

Un hombre cogió seis pelotas, tres en cada mano, y las lanzó al aire. Los que lo vieron quedaron impactados ante aquel espectáculo de color y movimiento.

-¡Hala! –exclamó una niña, con la boca abierta-. ¿Has visto eso?

Las bolas parecían chocar entre sí y, en cualquier momento, desparramarse hasta el suelo. Pero no lo hicieron, continuaron surcando los aires y sorprendiendo a los que por allí pasaban.

Al lado del malabarista, unos enanos simulaban un duelo a muerte, luchando con sus espadas de madera. Al ver a los hombrecitos y sus torpes movimientos, la gente reía y aplaudía, animando a tan divertido espectáculo.

Un poco más lejos, un trovador llamaba a todo aquél que quisiera escucharlo.

-Señoras y señores –decía con voz potente-, os contaré una historia de amor y mentiras, de miedos y verdades –cogió un flautín tallado en madera y lo sopló, sacando delicadas notas-. Vengan señores y escucharán cómo un valiente guerrero arriesgó su vida por amor.

Las chicas más jóvenes se sentaron en rededor al trovador, expectantes, con los ojos abiertos como cuencos. ¿Quién sería aquel valiente guerrero?

Poco a poco, el círculo fue creciendo hasta más de un centenar.

El trovador sonrió, feliz por el público congregado.

-Escuchad con atención –empezó, abriendo los brazos-. Pues se trata de una historia real. Sucedió hará unos cuantos años…

Primera parte (1319)

-Capítulo I-

Robert y su familia habían pasado malas rachas, pero ninguna como la de las últimas semanas.

-Madre, tengo hambre –se quejó Martha, la pequeña de cinco años.

Martha acercó sus manitas a la hoguera y se las frotó, intentando entrar en calor. Las llamas salpicaron su cara y en sus ojos reverberaron fulgores anaranjados.

-Espera un momento. –Sara asió una cuchara de madera y la hundió en la sopa. Ésta hervía en una olla, al calor de la lumbre.

-Tendremos que esperar. ¡Aún le falta! –dijo, tras humedecer sus labios en el líquido.

Martha quedó visiblemente decepcionada, pues las tripas le rugían y el olor que desprendía aquella olla era embriagador.

Mientras tanto, William se entretenía en despellejar un conejo que aquella mañana había matado con una piedra. William era el hermano de Martha y rondaba los 13 años. Tenía la tez morena, facciones armoniosas y ojos castaños.

-¿Cuándo llegaremos a MainCastle? –preguntó, sin apartar la vista del conejo.

-Hijo, eso dependerá de la lluvia. –Robert atisbó el cielo.

A pesar de la poca visibilidad, se podían ver espesos nubarrones grisáceos que tornaban la noche a un color metálico.

-Con un poco de suerte, quizás en un par de días lleguemos a la ciudad –auguró Robert, sonriente-. Allí venderemos toda la mercancía.

-¡Eso sería genial!

Robert era tendero y, junto a su familia, pululaban de aquí para allá, ofreciendo cacharros que alguien quisiera comprar. A menudo, se veía obligado a intercambiarlos por pan o algo que comer.

Cuando llegaban a las ciudades, montaban su puesto de venta. En él ofrecían alambres, metal, herramientas de trabajo para carpinteros y albañiles, confecciones de cuero que Sara hacía e incluso sombreros de paja que Robert, en sus ratos libres, elaboraba.

Al cabo de unos minutos, tal y como indicaba su aroma, la sopa estaba lista.

Sara la sirvió en unos cuencos de madera y todos, en especial

Martha, la absorbieron con avidez. A la pequeña le hubiera gustado pedir más, le habría dicho a su madre que su hambre no podía saciarse con tan poco y que sus tripas rugían como las de un león. Sin embargo, no lo hizo.

A pesar de sus cinco años, Martha sabía muy bien que no había más sopa y que la comida escaseaba como para malgastarla en un atracón caprichoso. Así que todos fingieron que aquella sopa los había llenado y que no habrían tomado un sorbo más ni a la fuerza.

Tras dar las gracias a Sara por aquella deliciosa cena, se arracimaron junto al fuego e intentaron conciliar el sueño.

-Descansad bien –dijo Sara, tapándose con una manta hasta la barbilla-, pues mañana será un día muy largo.

***

La noche era fría y un gélido viento hizo tiritar los huesos de Martha. La pequeña no tardó en acostarse junto a su madre para que le diera calor.

Robert pudo sentir cómo su familia fue cayendo en un profundo sueño: primero Sara, luego Martha y, por último, William. Su respiración fue haciéndose cada vez más suave y monótona hasta quedar reducida a leves suspiros.

Robert no podía dormir. Por más que lo intentaba, le era imposible dejar la mente en blanco y abandonarse al sueño.

De repente, una ráfaga de aire arañó las hojas de los árboles. Éstas se deslizaron hacia el suelo, balanceándose. Al llegar a tierra, se posaban con delicadeza, como si no quisieran despertarlos.

Una fue a parar a la frente de Robert. La cogió y la contempló, era una hoja marrón y marchita.

-Se acerca el invierno. Es demasiado peligroso permanecer en el bosque -pensó.

El enmarañado bosque en el que se encontraban tenía fama por los lobos que en él habitaban. Los habitantes que vivían cerca contaban que habían presenciado horrorosas carnicerías a manos de estos animales. Se decía que las manadas perseguían durante días a quienes se aventuraban en su interior.

Robert imaginó la suerte que correrían si alguno de aquellos cruentos diablos les atacara.

Se sobresaltó empapado en un sudor frío que recorría su espalda.

Aquella idea no le dejaba dormir. Se incorporó y vio los rostros de Martha, Sara y William, iluminados al calor de la hoguera.

-Todos están bien –se tranquilizó.

Un silencio sepulcral se extendía en la noche. Sólo se oía el

chisporrotear de la hoguera y las ráfagas de aire helado azotar las copas de los árboles.

A pesar de la acrecentada oscuridad, Robert no pudo evitar dar un paseo. Caminar era lo único que le ayudaba a dormir.

Así, Robert se puso en pie y miró al cielo: un siniestro manto de nubarrones se extendía hasta donde la vista alcanzaba.

-*¡Debe de haber luna llena*! –pensó. Sin embargo, Robert no alcanzó a divisarla, pues estaba arropada por las nubes.

***

A medida que caminaba, Robert se adentraba en el bosque. Las sombras se acentuaban, dibujaban siluetas alargadas, rostros humanos que parecían sonreírle y seres que sólo existen en las pesadillas.

Robert depositaba los pies con cuidado sobre la maleza, intentando pasar desapercibido y no llamar la atención de ningún animal.

De súbito, oyó algo que se movía tras él.

Temiéndose lo peor, se giró.

El corazón pareció salirse de su pecho.

No podía creer lo que veía.

-Capítulo II-

La vida de los Breader había dado un giro radical desde que Robert dimitió como criado.

Antes de ser tendero e ir por las ciudades vendiendo sus productos, Robert había trabajado varios años al servicio de los Breader, unos de los señores más ricos de MainCastle.

Sin embargo, un día decidió dejar de hacerlo y emprender una nueva vida junto a Sara, la chica de la que se había enamorado.

Tras su dimisión, el boca a boca no tardó en extenderse de unas familias a otras y al cabo de unos días, hasta los humildes labradores eran conocedores de la noticia.

Lo que más furor causó entre los habitantes de MainCastle no fue un hecho tan insignificante como el que un sirviente dimitiera, sino las mentiras que junto a éste comenzaron a surgir.

Unos decían que el sirviente no había tenido más remedio que marcharse porque recibía un trato injusto, que sus señores no le pagaban y se comían su salario.

Todas estas hipótesis fueron admitidas de buen agrado, pues tanto el señor como la señora Breader eran entrados en carnes y casi tan anchos como altos.

Una niebla de mentiras, fanfarrias y envidias se cernió sobre ellos.

Esto repercutió negativamente a su hacienda, su riqueza y, lo más importante, a su elevado estatus social.

Pasaron de ser unos de los señores más poderosos de MainCastle, para convertirse en los más pobres.

Su capital decreció de la noche a la mañana.

Los Breader poseían una de las dos panaderías más importantes de MainCastle y, hasta entonces, ésta les había proporcionado el dinero suficiente para poder vivir sin preocupaciones.

Diariamente, cientos de personas acudían a su puesto a comprar trigo, harina, pan, cerveza fuerte y, los más afortunados, algún que otro dulce.

Pero desde que Robert dimitió, desde que apareció aquella sarta de mentiras, los ciudadanos dejaron de comprarles y se fueron a la otra panadería de la ciudad.

***

David y su mujer, Mary, veían cómo se quedaban sin clientes.

Cada vez eran menos los que acudían a su panadería a gastarse sus monedas, hasta que llegó el día en el que no vieron ni a los

niños que normalmente olisqueaban sus dulces.

Solos.

Se habían quedado completamente solos.

Mary miraba con tristeza cómo, los que hasta entonces habían sido sus compradores habituales, se marchaban a la otra punta de la ciudad. Mary, con su pan recién horneado sobre la mesa, se quedó desolada. No pudo evitar derramar unas lágrimas. ¿Por qué hacían aquello?

Los peniques dejaron de entrar y, a los pocos días, tuvieron que despedir al resto de sus criados. Así, se quedaron en su lujosa casa sin más servicio y compañía que la soledad.

David y Mary no podían admitir la nueva realidad que se les venía encima, todo había sucedido con demasiada rapidez y creían vivir en un sueño.

***

-¿Por qué nos hacen esto? –le preguntó Mary a su marido-. ¿Qué malo hemos hecho?

David frunció el ceño y reprimió una sonrisa. En silencio, se sentó a su lado y la abrazó. Sintió el cuerpo de Mary temblar bajo sus brazos, estremecerse como una niña.

-Ya vendrán tiempos mejores –le dijo mientras la besaba en la frente-. Dios nos ayudará a seguir adelante.

-¿Cómo? –le preguntó Mary, apenas en un hilo de voz-. ¿Cómo puedo seguir luchando si ya no tengo fuerzas, si no tengo qué comer, si no tengo en qué creer?

David no había visto a su esposa en aquel estado hasta entonces. Siempre había sido una mujer optimista y alegre.

-No te pongas así, por favor.

-La culpa es de Robert, si no hubiera entrado en casa nada de esto habría sucedido.

David enmudeció, consciente de que su mujer estaba, en parte, en lo cierto.

-No es culpa suya –adujo-, sino de nuestros vecinos –Mary lo miró, expectante, sin comprender sus palabras-. Nuestros vecinos siempre nos han envidiado, Robert tan sólo ha sido una excusa.

David la besó. Por muy mal que fueran las cosas, por muy aciago y negro que se mostrara el futuro, él siempre la querría.

De repente un fuerte ruido rompió la magia de aquel momento: ¡estaban llamando a la puerta!

David apartó con suavidad los brazos de su esposa, que se aferraban a él como con miedo a perderlo.

-¿Quién será? –le preguntó, poniéndose en pie.

David se acercó a la puerta, depositó su mano en la llave y la giró hasta abrirla.

Una ráfaga de aire congelado desvaneció el acogedor ambiente de su morada. En instantes todo el calor que desprendía su chimenea desapareció.

Una silueta alta y fina se dibujó en el rellano de la entrada, proyectando una fantasmagórica sombra.

Era un hombre, cuyo rostro quedaba oculto en la penumbra. Lo único que se adivinaban de él eran unos ojos que refulgían con codicia.

A David se le heló la sangre. ¿Quién era?

David cogió el candil que iluminaba la estancia y lo acercó a su rostro, descubriendo su identidad. Una cara repelente, cubierta de granos y verrugas se iluminó.

Era Jack, el cobrador de impuestos.

***

El Conde cobraba a todos los habitantes un impuesto mensual: vivir en una ciudad como MainCastle significaba vivir de un modo seguro.

Los ciudadanos podían dormir con la tranquilidad de no ser asaltados durante la noche debido a los guardias que, inagotablemente, patrullaban la periferia de la ciudad. Y como es natural, gozar de estos privilegios tenía un precio; un coste ínfimo por disfrutar de una vida de seguridad y tranquilidad.

Así, cada mes, Jack hacía su ronda habitual.

-Buenas noches, señores… –Jack miró el pergamino que siempre llevaba con él, pasó su afilado dedo sobre una inacabable lista y, encontrando su apellido, añadió:- Breader.

Mary y David creyeron desmayarse. No tenía ni un mísero penique, ¿cómo iban a pagar la mensualidad?

-¿Qué tal le va?

El recaudador, sin dignarse a responderle, entró en su casa.

Jack tenía fama de ser frío, calculador e inflexible, razones por las que el Conde confiaba plenamente en él. Resultaba muy difícil encontrar hombres tan eficientes.

A Jack no le importaba cuáles fueran las razones por las que un ciudadano no pudiera pagar a su señor, o los medios para conseguir su dinero.

Así, mientras otros se mostraban más indulgentes y hacían excepciones, Jack carecía de sentimientos. Era la persona ideal para ese puesto y pronto se ganó el reconocimiento del Conde por su gran profesionalidad.

***

Una vez dentro, Mary cerró la puerta e hizo que Jack se sentara en la butaca más lujosa que poseía. Se trataba de un cómodo sillón de terciopelo que tenía cincelada la cabeza de un halcón en el apoyabrazos. Mary no pudo evitar observar cierta familiaridad entre el pico curvo y afilado del ave y la nariz aguileña de Jack.

-Como ustedes saben sobradamente, he venido a cobrar la cantidad correspondiente al señor de MainCastle, nuestro Conde Joseph.

Mary y David intercambiaron una mirada. ¿Cómo le dirían que, en aquel momento, no tenían con qué pagarle? ¿Cuál sería su reacción?

Silencio.

-Como ustedes saben, hoy es último día de mes y han de abonarme la cantidad correspondiente por la prestación de los servicios de MainCastle –informó con tono glacial.

-Sí, sabemos que es fin de mes –la imponente voz de David quedó rota por el miedo.

-Esperen un momento mientras veo la cantidad que Joseph les tiene asignada –levantó su cadavérico dedo y hurgó entre las columnas que había en su pergamino hasta detenerse-. La cantidad que a ustedes les corresponde es de tres libras.

A los Breader se les heló la sangre: ¡no podían conseguir esa suma!

Un silencio tenso se sucedió a continuación, apenas se oía el palpitar de sus corazones. Mary y David estaban petrificados, como estatuas talladas en piedra.

-Como ya les he dicho –insistió Jack-, han de abonarme tres libras. –El matrimonió no se movió-. Espero que puedan pagarme.

Fue David el que levantó los ojos y lo miró. El recaudador repiqueteaba con su índice el pergamino, perdiendo la paciencia.

-Verá Jack… nosotros es que no… -David sintió las manos de su esposa sudar y su pulso, acelerarse-. No tenemos dinero ahora mismo.

Las mejillas de Jack se azoraron y a sus ojos asomó un brillo extraño.

-¿Cómo que no tienen dinero?

-Lo conseguiremos, se lo prometo –suplicó David-. Mañana mismo tendrá sus tres libras.

David miraba los tupidos ojos negros del recaudador, intentando sacar a flote su lado humano.

-Jack –insistió David-, no somos campesinos…Venderemos lo

que haga falta para pagarle.

Jack vaciló.

Se llevó las manos a su puntiaguda barbilla. Después, con cara reflexiva, se toqueteó la gran verruga que sobresalía en su nariz.

El recaudador se levantó del sillón y, con las manos tras su espalda, fue de un lado a otro de la habitación, como un péndulo.

A Mary le brillaban los ojos por la emoción. ¿Se mostraría comprensivo?

En seco, Jack se paró.

Miró a los Breader, que aún seguían atentos a su respuesta, y se dirigió a la puerta por la que minutos antes había entrado.

David creyó que Dios había iluminado a aquel hombre.

¡Había cedido!

Sintió ganas de darle un fuerte abrazo.

Pero apenas hubo salido por la puerta, volvió a entrar con mirada sombría acompañado por dos hombres de armas.

-Arthur y Thomas –dijo dirigiéndose a sus corpulentos ayudantes-, ¡coged a estos dos insensatos y llevádselos al Conde! Él dispondrá el castigo oportuno.

-Por favor, Jack…-a David se le vino el mundo abajo.

El recaudador mostró sus afilados dientes en una macabra sonrisa.

-¡Por favor, se lo suplico, concédanos un día más! Venderemos cuanto tenemos. Le prometo que pagaremos las tres libras al amanecer.

-¡Eso debiste pensarlo antes de que yo viniera! –el cobrador apartó la vista-. Mañana no es hoy.

-Por favor, ¡no! –David comenzó a retorcerse mientras que uno de los guardias le ataba las manos.

Unas lágrimas recorrieron sus mejillas al verse inmovilizado, tirado en el suelo como un perro, despojado de toda dignidad.

Jack desapareció por la puerta, internándose en la lluvia que comenzó a caer estrepitosamente sobre MainCastle.

Arthur y Thomas condujeron a los Breader por un angosto sendero, camino a la puerta principal del castillo.

Joseph los esperaba para asignarles un castigo que nunca olvidarían.

-Capítulo III-

William caminaba sobre la mar.

Estaba feliz, sentía la superficie hondear bajo sus pies, cosquilleándolo. Era una sensación única, distinta a cuanto antes había hecho. Sin embargo, el pobre William estaba tan ilusionado andando sobre el mar que no se dio cuenta de que, a cada paso que daba, se hundía un poco.

Cuando se percató, William miró a su alrededor.

-¡Por favor, que alguien me ayude! –gritó-. ¡Me estoy hundiendo!

Pero no había nadie que lo socorriera: estaba completamente solo.

Una tristeza gris y pesada lo atenazó. Desesperado y, a sabiendas de que si continuaba andando se hundiría, echó a correr. Necesitaba encontrar ayuda.

Tras unos pasos, el agua le cubría la cintura, el pecho, el cuello y, finalmente, la cara. William no podía respirar. Estaba fría, tan gélida como la muerte. William intentó nadar hacia la superficie, pero una garra infernal lo asía fuertemente por su tobillo derecho. La garra lo arrastraba hasta el fondo, sin piedad. William luchó con todas sus fuerzas, intentó deshacerse de aquella mano oscura y cruel, pero nada pudo hacer. Sin aire que llegara a sus pulmones, sin fuerzas con las que luchar, William abandonó su cuerpo,

Se sumergió en la más densa de las negruras.

Sólo había sido una pesadilla.

Abrió los ojos e inspiró una fuerte bocanada de aire. Sintió sus pulmones llenarse y su corazón volver a latir.

***

William miró a su familia. Sara y Martha dormían al calor de las últimas brasas de la hoguera.

Sin embargo, su padre no estaba.

–*¿Por qué no está durmiendo ?*-se preguntó, extrañado por su desaparición.

William miró a su alrededor, pero cuanto alcanzó a ver fue un cielo negro y una noche cerrada.

-¿Dónde se habrá metido?

Movido por la curiosidad, William se levantó, dispuesto a internarse en el bosque en busca de su padre.

-Esté donde esté, no puede haber ido muy lejos -vio un atisbo de esperanza. Quizás hubiera ido al río en el que horas antes él y su hermana habían llenado la olla de la sopa o a coger más ramas con

las que alimentar el fuego.

Cuando anduvo unos metros, la negrura se hizo insondable. La maleza crujía bajo sus pies, resonando estrepitosamente. Intentó pisar con el máximo cuidado.

Volvió la vista atrás y echó un último vistazo a Sara y Martha. Continuaban durmiendo. No se habían movido.

Dio un paso, otro… y luego otro.

William se introdujo en la espesura del bosque.

-Capítulo IV-

Cientos de pequeñas moradas yacían alrededor del castillo de Joseph.

El Conde atisbaba estas casas que, desde el alto ventanal de su habitación, parecían hormigas.

Aquella noche hacía un tiempo nefasto y un intenso aguacero se extendía bajo la agotada luz de la luna. Apenas podían distinguirse las viviendas, pues todo estaba sumergido en un manto de negrura, en una tétrica oscuridad.

Durante todo el día no habían cesado de visitarlo arrendatarios, pequeños comerciantes, campesinos…

Todos querían lo mismo: dinero prestado que después le devolverían con intereses por su facilitación.

Joseph contaba con una antesala donde aguardaban aquellos que solicitaban su audiencia. Por ella pasaban todo tipo de personas: hombres que vestían con elegantes atuendos, otros que ostentaban capas de terciopelo y otros -que constituían la gran mayoría- que se resignaban con cubrirse con sucios harapos. A pesar de sus grandes diferencias, tenían algo en común: estaban nerviosos.

Unos iban y venían de la habitación con la mirada perdida, otros se mordían las uñas y el resto hacía temblar las piernas rítmicamente, como si eso los ayudara a relajarse.

De cuando en cuando la puerta se abría; y era entonces cuando los que andaban, se paraban, los que se mordían las uñas, apartaban las manos de la boca y, los que agitaban sus piernas, quedaban paralizados.

Un hombre enorme aparecía por la puerta, leía sus nombres y los acompañaba ante el Conde. Todos aguardaban, con una mezcla de miedo y ansiedad.

Joseph se sobresaltó. Estaban llamando a la puerta.

-¡Adelante! –dijo desdeñoso, volviendo a tomar asiento junto al fuego.

La puerta se abrió y una sombra descomunal se recortó en la penumbra. Era tan alta, que tuvo que agachar la cabeza para no golpearse contra el marco. Era James o, como lo apodaba el resto de guardias, “El Brazos”.

-El próximo es un campesino, señor –le hizo saber con una especie de reverencia.

-Dile que pase.

-Así lo haré mi señor.

-¡Date prisa!

Era ya de noche, faltaba poco para la hora de cenar y sus tripas se quejaban. El Conde se encontraba más enfurecido de lo habitual.

-Como usted mande, mi señor.

***

El campesino quedó deslumbrado ante la cantidad de objetos hermosos y caros que había en la sala. Cualquiera de ellos, hasta el más pequeño e insignificante, costaba más de lo que él hubiera ganado cultivando, arando y abonando la tierra durante cuatro años.

Aquel anciano vestía un harapiento y agujereado trapo que utilizaba a modo de capa. Su repulsivo olor estremeció el estómago de Joseph quien, de súbito, perdió el apetito. Sus pies estaban protegidos por unos zuecos de madera recubiertos de barro. La paupérrima forma de vestir de ese hombre contrastaba con la del Conde: una lujosa capa color púrpura, botas de cuero, anillos de oro, camisa de algodón…

El Conde, como si nadie hubiera pasado, permaneció sentado en su sillón, escudriñando con mirada repulsiva aquella lamentable imagen.

-¡Tendría que hacer que te cortaran un dedo por esto!

-¿Qué es lo que sucede, mi señor? –el campesino estaba de pie al lado de la puerta, en el mismo lugar que James lo había dejado. No se atrevía ni a dar un paso.

-¿Cómo se te ocurre venir a mi estancia vestido de esa manera? –su mano derecha se movió verticalmente, señalando su indumentaria. Sus anillos destellaron con aquel movimiento.

-¡Es lo único que tengo, mi señor!

-En tal caso no deberías osar ni tan siquiera a pasar por la puerta de mi castillo…No sé cómo te han permitido entrar –frunció el ceño. El labrador miró al suelo, parecía avergonzado.

-¡Acabemos pronto con esto! –dijo con desdén. Su olor comenzaba a marearlo-. ¿A qué demonios has venido? ¿Qué es lo que quieres?

Joseph sabía perfectamente qué era lo que ese desdichado campesino iba a pedirle, aún así prefirió oírlo de su propia boca.

-Quiero…–comenzó a tartamudear-. Me gustaría…-tragó saliva.

Estaba muy nervioso y su señor comenzaba a agitar las manos. Perdía la paciencia

-Quisiera saber si usted podría concederme un préstamo –soltó, al fin.

-¿Para qué necesitas tú un préstamo?

-Para poder alimentar a mis bueyes, señor, los pobres están tan

desnutridos que apenas pueden moverse. No creo que duren mucho más si no les doy algo de comer.

Los ojos de Joseph se achicaron.

-¿Y por qué debería preocuparme por esas bestias?

-Porque sin ellas no podré labrar las tierras y no podré darle la cantidad de trigo que me corresponde.

Inmediatamente, la cara del Conde se incendió de la ira. ¿Cómo aquel desvergonzado se atrevía a decirle a él, al Conde y señor de MainCastle, que no le daría sus sacos de trigos? Y además… ¡estaba seguro que si le daba algo de dinero tendría la desfachatez de gastarlo en vino! Sin poder contenerse más tiempo, se levantó de su sillón y se acercó al campesino, conteniendo la respiración.

-¡Me trae sin cuidado los problemas que un miserable como tú tenga! –le asestó una mirada de odio-. ¿Qué me importan a mí tus asquerosos bueyes?

Esperó un tiempo para que sus palabras calaran bien hondo. El hombrecillo agachó la cabeza, aterrado ante su señor.

-¿Cuántos sacos son los que tienes que darme?

-Son cuatro, mi señor –dijo con el corazón palpitante.

-¿Tienes familia?

-Señor, tengo una mujer y cinco hijos… ¡Por ellos estoy sufriendo tanto!

-¡Deja de llorar como una mujer! –le recriminó-. Si hubieras trabajado más, ahora tendrías todos mis sacos. Así que escúchame bien. Si a finales de invierno no tengo mis sacos de trigo –alzó su mano en actitud desafiante-, haré que te ahorquen a ti y a toda tu familia. ¿Lo has entendido?

El hombre rompió a llorar, sus lágrimas brotaron de las arrugadas cuencas de sus ojos como el agua de lluvia en los tejados.

-Sí, señor, lo he comprendido.

-¡Y ahora lárgate de aquí y no me hagas perder más tiempo!

El anciano tropezó con todo lo que se encontraba y, con la visión borrosa a causa de las lágrimas, salió corriendo como si la muerte lo persiguiera.

***

Joseph dedicaba un día a la semana, por lo general un sábado, para atender a los arrendatarios, comerciantes y adinerados con los préstamos que le pedían; pero le enfurecía que un labrador fuera ante él a implorar unos miserables peniques que no podría devolverle.

Toda MainCastle era conocedora de que el Conde no concedía préstamos fácilmente, de modo que tan sólo unos cuantos

desesperados acudían ante él con la esperanza de obtener lo que toda la ciudad sabía que era imposible.

Es cierto que Joseph podría avisar a sus guardias para que no dejaran entrar a ninguno de estos mendigos pero, en el fondo, le gustaba ver a aquellos hombres humillarse ante él, su señor, para luego echarlos a patadas.

Eso le hacía sentir el poder que todo Conde poseía.

***

Ya habían acabado las visitas y era la hora de cenar. La visión de aquel maloliente viejo le había revuelto el estómago pero, aún así, deseaba llegar a la planta baja de su castillo y saborear los platos que sus criados le preparaban.

Se levantó de su butaca, asió su capa color púrpura y se la echó tras los hombros. Apagó el fuego que iluminaba la habitación con un caldero de agua situado al lado de la chimenea pero… ¡Alguien llamó a la puerta!

-¡No más visitas! –rugió-. ¡Ya está bien!

Tras unos segundos volvieron a traquear, con más insistencia.

Tres golpes secos, "toc-toc-toc", se propagaron por su habitación, perturbando la tranquilidad que allí reinaba.

Sin poder hacer otra cosa, Joseph se acercó a la puerta y la abrió. La madera crujió en un gemido sordo.

-¿Quién es? –preguntó, entornando los ojos.

La oscuridad del pasillo era profunda y nada pudo ver a parte de una negrura insondable.

-Mi señor, somos Arthur y Thomas –se oyó.

-Bueno…¿Y qué es lo que queréis? –preguntó con irritación a sus guardias.

-Venimos a traerle a estos prisioneros –dijo uno, señalando a dos sombras maniatadas.

Joseph, a quien las tripas le rugían con fiereza, protestó.

-Ahora mismo iba a cenar –señaló su lujosa indumentaria, dando a entender que el horario de visitas había finalizado-. No puedo hacerme cargo en este momento.

-Pero señor, Jack, el recaudador, nos ha dado órdenes específicas.

Joseph comprendió que no podía eludir sus responsabilidades, así que, tras mascullar un juramento, los hizo pasar.

***

Mary y David Breader entraron en la habitación de Joseph.

El Conde encendió la chimenea y unas llamas azuladas salpicaron su cara.

Los guardias los obligaron a arrodillarse, pues era impropio de un preso estar a la misma altura que su señor.

-Maldita sea, espero que tengáis buenas razones para interrumpir mi cena –les dijo, mirándolos con desprecio.

Arthur y Thomas les apretaban las cuerdas, imposibilitándoles mover un solo músculo. David sintió un escozor en sus muñecas: el contacto con la soga le cortaba la piel.

-¿Qué es lo que habéis hecho? –preguntó.

-Por favor, señor –comenzó a hablar David, con voz entrecortada-. Le juro por mi vida que le devolveré las tres libras, se lo prometo.

Cuando aquel preso dijo la palabra "libras", en plural, al Conde le cambió el semblante. Se ruborizó y unas azuladas venas se le marcaron en el cuello. Cuando se referían a temas de dinero, Joseph era especialmente irascible, pues ¿qué otra cosa en el mundo era más importante?

-¿Tres libras? –repitió el señor, atónito-. ¿Sabes acaso la cantidad de dinero que eso supone? –Hizo una pausa, suspirando ruidosamente-. ¿Acaso piensas que puedes robar a MainCastle esa cantidad?

-Señor, por favor, no tenemos ni un solo penique. La gente ya no va a comprar a nuestra panadería. ¡Estamos en la ruina!

-¡Cállate! –sentenció-. ¡Nadie, repito, nadie en toda mi ciudad inventa excusas para no pagar!

-Pero mi señor –dijo Mary, hablando por primera vez-, conseguiremos su dinero…prometo que le pagaremos.

Joseph esbozó una sonrisa, mostrando todos sus dientes.

-Demasiado tarde –rió-, mañana seréis a azotados en la Plaza Mayor. Será vuestro castigo por no pagar cuando es debido.

Mary se retorcía en el suelo, maniatada, suplicando a Joseph que se mostrara compasivo.

-Cada uno recibirá doce latigazos y seréis expulsados de mi ciudad para siempre.

-Capítulo V-

Todo estaba listo para la flagelación.

La Plaza Mayor estaba atestada de gente y no hubiera cabido ni un alma más. Los hombres se disponían en las cervecerías, donde se entretenían bebiendo cerveza fuerte, golpeándose e insultándose. Las mujeres, por el contrario, se alejaban de ellas cuanto les era posible y se preocupaban por mantener a sus hijos vigilados en todo momento.

Los mendigos iban de aquí para allá, implorando algo que llevarse a la boca.

-Por favor, señora, llevo días sin comer… -le suplicó uno a una mujer embutida en un hermoso vestido.

La mujer lo miró de arriba abajo, negando con la cabeza.

-Déjame tranquila –le espetó en un tono más hostil de lo que hubiera cabido esperar.

Multitud de personas se concentraban todos los domingos en la Plaza Mayor para contemplar los castigos de Joseph. Los ciudadanos aguardaban con ansiedad el último día de semana y cuando éste llegaba, acudían a la plaza como alma que lleva el diablo. La razón de esto es que las flagelaciones, ahorcamientos y torturas que se venían haciendo era lo único que rompía la monotonía de sus aburridas vidas. Por otra parte, ver a aquellos desdichados les hacía sentirse afortunados y vivir su vida con más intensidad.

Sea como fuere, las torturas de MainCastle eran las únicas diversiones que la ciudad disponía para sus gentes y ellas, evidentemente, no las desaprovechaban.

***

Pero aquel domingo fue algo insólito: la Plaza Mayor estaba abarrotada.

La noticia había volado por toda la ciudad: los Breader, los mismos que mataban de hambre a sus criados, iban a ser azotados. ¡Nadie podía perderse aquel acontecimiento!

-No todos los días se puede ver esto –decía ansiosa una mujer que amamantaba a su bebé en primera fila.

-Ya lo creo –contestó otra-. Los Breader, van a pagar por lo que han hecho.

-Pero ¿qué han hecho exactamente? -el bebé comenzó a llorar.

-¿Cómo que qué han hecho? –dijo la otra-. La pregunta es “¿qué no han hecho?”.

Todas los de alrededor parecieron oír la conversación y, acaloradamente, comenzaron a gritar para que sus voces sobresalieran entre la multitud.

-Han matado de hambre a sus criados –dijo una anciana vestida de luto.

-Pues yo he oído que se han negado a pagar al Conde Joseph 3 libras –gritó otra.

-¡Qué poca vergüenza! –Esta vez habló un hombre-. Tanto dinero como tienen, tanta mansión, joyas y oro…Lo que no entiendo es cómo Joseph no los ahorca.

De repente, los cientos de personas que había reunidas comenzaron a chillar, a vitorear y a aplaudir cuando "El Brazos" subió a la plataforma de madera.

Era el guardia encargado de azotar a los Breader, pues sin duda su fuerza lo convertía en el más cualificado para darles una lección que no olvidarían.

James subió por las escaleras, lenta y pesadamente, como si no pudiera con el peso de su propio cuerpo.

Aquella mañana James vestía una camisa de color negro que dejaba al descubierto sus enormes y fatales brazos. Unas formidables botas de cuero junto a una expresión de maldad le conferían un aspecto amenazador y destructivo.

Cuando ascendió los escalones, asió el látigo con decisión y lo estrujó en sus manos. Era un látigo de cuero, muy recio, y su extremo quedaba dividido en ocho flagelos. "El Brazos" agitó la cuerda de cuero y, con un movimiento seco y violento, cortó el aire. Su crujido resonó como un rayo en una noche silenciosa. James sesgó el aire de igual modo otras tantas veces, consiguiendo que el público enloqueciera.

En ese momento aparecieron los Breader.

El matrimonio subió penosamente al estrado. Mantenían la cabeza gacha y sumisa, soportando con la dignidad que les era posible los tomates, gritos e insultos del público.

Mary Breader distinguió entre la multitud alguna cara conocida: allí estaba el hijo del herrero, Diego, su vecino, Lisa, aquella niña de 13 años a la que alguna vez había regalado algún dulce…

Todos gritaban y los maldecían. Mary notó recorrer su mejilla una gota de agua. Al principio creyó que había comenzado a chispear pero, al llegar a sus labios, percibió un sabor salado y amargo…estaba llorando.

James dejó que la ciudad los insultase y gritase durante unos minutos, pues habría sido una lástima que tanta gente se congregara para presenciar una flagelación de pocos segundos. Así que, cuando ya fueron lanzadas toda clase de improperios, James

ordenó a David Breader que se quitara la camisa.

Al ver el grasiento y flácido vientre de David, los ciudadanos rieron a carcajadas.

-¡Mira cómo está de gordo! –le dijo un niño a su padre.

-Ahora comprendo por qué mataban de hambre a sus criados.

Cuando fue el turno de Mary, ésta se negó. ¡No pensaba quedarse desnuda delante de la ciudad! Estaba abochornada.

-No hagas tonterías –le susurró su marido al oído-. ¡Quítatela antes de que nos maten!

-Moriremos igual -contestó, sofocada-. No aguantaremos doce latigazos de este animal.

"El Brazos" volvió a insistir, pero esta vez con expresión sombría. Una vez más, clamando el apoyo del público, partió el aire con su látigo de cuero.

Mary se resistía a quitarse la camisa.

James no aguantó más. Se acercó a Mary y, de un violento tirón, le rompió el fino vestido que llevaba puesto, quedando su espalda desnuda.

"El Brazos" los hizo acuclillarse sobre un banco de madera situado en el centro del escenario.

Con las espaldas al descubierto y el público eufórico ya podía comenzar con la flagelación.

-Doce golpes, ni uno más ni uno menos –le había ordenado aquella mañana Joseph.

James levantó su brazo izquierdo lentamente, como si fuera de plomo. Una vez bien alto, lo bajó con la rapidez de un rayo, asestando un primer golpe en la espalda de David. Tras David, Mary recibió otra violenta descarga.

Tras unos segundos, los Breader se desmayaron.

James vio cómo sus brazos inertes se zarandeaban sin vida sobre el banquillo: flácidos y mecidos por el viento.

Sabía que estaban inconscientes.

En situaciones normales James hubiera parado con la flagelación, pero aquella mañana, su Conde le dio órdenes claras y concisas

-Doce latigazos, ni uno más ni uno menos -se repitió.

Así, "El Brazos" tomó impulso y siguió azotando los cuerpos.

-Capítulo VI-

William dejó atrás a su hermana y a su madre y se introdujo en el bosque. Echó a correr tan rápido como le permitieron sus pies.

No paraba de preguntarse dónde podría haberse metido su padre. Sabía que el bosque era inmenso y que dar con él era casi imposible, pero se aventuró, seducido por lo arriesgado de la misión.

William estaba demasiado ilusionado como para pensar que, si seguía corriendo, podría perderse.

¿Qué sucedería si se adentraba y luego no sabía volver? ¿Qué haría si un lobo le atacaba?

Transcurridos unos minutos, divisó un lago. No encontrando ningún otro lugar al que ir, corrió hacia él.

Cuando lo tuvo enfrente, quedó boquiabierto. Era, con diferencia, lo más hermoso que habían visto sus ojos. Una balsa de plata y cristal centelleaba silenciosa. La superficie estaba dormida y el viento era lo único que la perturbaba. Así, de vez en cuando, alguna ráfaga la acariciaba. Entonces, diminutas ondas se extendían por todo el lago en una explosión de luz y color. Tonos dorados, azules, rosados y verdosos tiritaban en su superficie.

Aquella visión logró abstraer a William durante unos segundos, pero de nuevo volvió a su mente la desaparición de su padre. Pensó que sería una auténtica proeza dar con él.

William echó a correr, dispuesto a encontrarlo como fuera.

Corrió y corrió hasta el punto en que creyó que el corazón se le saldría por la boca si no paraba.

Pese al esclarecimiento de la mañana, la oscuridad era densa y penetrante. William tropezaba con ramas, juncos y raíces de árboles que yacían sobre el humus, pero las esquivaba con agilidad felina. Nada podía detenerlo.

De nuevo, vio otro lago.

Se acercó a él y comprobó, no sin cierta decepción, que era mucho más pequeño que el anterior y que éste no poseía los tonos mágicos del otro. Allí no había nada, excepto un sapo verdoso que croaba, feliz.

Cuando se percató de su presencia, el anfibio le clavó sus ojos apáticos. Era una mirada fría y distante. Sin comprender por qué, William se sintió un poco incómodo bajo aquellos ojos carentes de vida.

William quiso volver a correr, pero un fuerte pinchazo en su vientre lo paralizó. ¡Tenía que descansar!

Así, se inclinó sobre sus rodillas, e intentó respirar.

Mientras que el aire volvía a llenar sus pulmones, William barrió con la mirada cuanto había a su alrededor. Aparte de aquel sapo no había nada más: el más triste de los silencios lo invadió. A sus oídos no llegó ni el silbido del viento, ni el canto de los pájaros, ni el ruido de las hojas al caer…nada. ¡Hasta la maldita rana había dejado de croar!

En medio de aquel silencio, William buscó algún indicio que delatara la presencia de su padre; cualquier pista era buena: huellas, ramas rotas…

Sorprendido, vio algo.

Se trataba de un enorme bulto que yacía junto a la orilla del lago. Invadido por la curiosidad, se acercó a él.

¿Qué sería?

A medida que avanzaba, aquella sombra fue iluminándose y cobrando forma.

Cuando William comprobó qué era, una mueca de asombro y miedo asomó en su rostro. Los ojos se le abrieron como dos cuencos y, sin darse cuenta, su boca formó una "O".

Horrorizado, comprobó que se trataba de una mujer.

Rondaría la cincuentena y era muy entrada en carnes, tanto que William no recordaba haber visto a nadie de sus proporciones.

¿Por qué estaba allí tirada? ¿Estaba muerta?

William notó cómo su corazón se le aceleraba, pues hasta entonces no había visto cadáver alguno.

Para dictaminar si aquella desdichada seguía con vida, William continuó acercándose. Un paso, otro, otro más…hasta que estuvo a menos de un metro de distancia.

Fue entonces cuando comprobó que aquella mujer había sido brutalmente atacada: vio su espalda surcada por infinidad de cortes finos y profundos.

William no pudo evitar estremecerse ante aquella imagen y se preguntó qué clase de animal, hombre o diablo podría hacer algo semejante.

-*¿Dónde estás padre?* –comenzó a asustarse.

William recordó las historias que la gente contaba sobre el bosque:

"*Temibles fieras surgen entre las tinieblas de la noche, sigilosas y con los ojos inyectados en sangre. No se trata de simples animales, estos son diablos del mismísimo infierno. Descuartizan y destrozan a todo hombre que encuentran a su paso. Se esconden en las sombras y siempre están al acecho, aguardando, esperando el momento adecuado para atacar. Entonces, como salidas de la nada, se abalanzan sobre sus presas…"*

William palideció.

¿Serían las heridas de su espalda las garras de aquellas “temibles fieras” que habitaban en el bosque? ¿Serían ciertas las historias y realmente existían tales “diablos del mismísimo infierno”?

Sea como fuere, William no pensaba quedarse allí y comprobarlo. Así que, a pesar de que las piernas le temblaban y de que el pinchazo de su vientre no había cesado del todo, echó a correr. No supo a dónde le llevarían sus pasos, pero eso no importaba: lo importante era alejarse de aquel cadáver, pues el monstruo no andaría muy lejos.

A medida que corría, miraba a su alrededor, atisbando entre las hojas de los árboles que le golpeaban la cara. Desesperado, buscó el fuego que calentaba a su madre y a Martha, deseó no haber emprendido aquella aventura y continuar durmiendo junto a la hoguera.

Estaba perdido.

***

Tras su espalda oyó algo, un ruido extraño que llamó su atención.

-Padre ¿eres tú? –paró en seco y dio media vuelta, comprobando cómo un arbusto se movía.

Silencio.

Temiéndose lo peor, un miedo intenso le caló hasta los huesos.

¿Qué pasaría si tras aquel matorral lo acechaba una de esas fieras? ¿Sería el fin de William?

-¿Padre? –el joven abrió la boca intentando vocalizar algo, pero no emitió sonido alguno. Vio dos ojos negros a través del matojo. Lo observaban fijamente.

-¿Quién anda ahí? -Indudablemente alguien o algo había escondido y lo miraba sin ver.

-¿Quién eres? ¿Por qué no contestas?

Con especial delicadeza, como si tuviera miedo de romper las ramas del arbusto, depositó sus dedos sobre él. Con suavidad, lo deslizó hacia un lado.

Ahora podía ver por qué no contestaba: tal y como había temido, una de esas bestias infernales lo miraba con ojos amenazadores.

Ahogó un grito de terror.

Aquellos monstruos eran reales y las descripciones tan estrambóticas de las historias no se alejaban tanto de la realidad.

La bestia tenía unas garras como las manos de su hermana y un tamaño casi tan destructivo como la enorme boca de la que

asomaban unos feroces colmillos.

El lobo, inmóvil, seguía observándolo. Estaba inclinado sobre sus patas delanteras para, de un momento a otro, abalanzarse encima del joven.

¿Qué es lo que William debía hacer?

La enorme fiera controlaba todos sus movimientos. A cualquier gesto brusco, el animal reaccionaría.

Así que ahí estaban los dos, manteniendo el contacto visual, intentando adivinar qué sería lo que el otro haría.

Sin ser consciente del riesgo de su decisión, William, tan rápido como un rayo, giró sobre sus talones y corrió sin volver la vista atrás.

La bestia zarpó tras él, viendo cómo su cena se escapaba.

-Capítulo VII-

Un dolor punzante recorrió el cuerpo de Mary. Experimentó una sensación semejante a la de mil puñales atravesándola de arriba abajo.

Abrió los ojos y no supo dónde estaba: un frondoso bosque se cernía sobre ella. Tras sus copas, se adivinaba un cielo triste y gris, cubierto por nubes de polvo.

Mary recordó la noche en la que el recaudador llegó a su casa. Recordó su afilada nariz, las verrugas que cubrían su rostro, sus maliciosos ojos…pero sobre todo, cómo se le transformó la cara al saber que no podían pagarle. Mary aún podía ver cómo Jack llamó a dos guardias y cómo estos los condujeron hasta el castillo del Conde Joseph, atados.

Mary se rascó las heridas del cuello, y sintió la soga estrangular su garganta.

Finalmente, Mary hizo memoria de lo que no podría olvidar jamás: la flagelación. A su mente volvió la imagen de MainCastle enloquecida y los 12 latigazos de “El Brazos”.

***

Mary echó un vistazo a su alrededor…su marido no estaba.

Todo cuanto había era un lago, unos inmensos árboles y, para su asombro, un sapo que la observaba fijamente, con mirada vacua. Era un animal muy grande, casi tanto como su cabeza, y de cuando en cuando emitía un “croaaac” que rompía el silencio.

-¿David?

Silencio.

-¿David? –repitió, esta vez elevando la voz-. ¿Dónde estás?

Al ver que estaba sola, Mary se temió lo peor: si su marido no estaba junto a ella era porque no había sobrevivido.

Desesperada, volvió a gritar su nombre, esta vez, a plena pulmón. Lo hizo tan fuerte, que hasta los pájaros que dormían en las copas de los árboles despertaron.

-¡Daaaavid!

Silencio, de nuevo aquel silencio mortal.

Mary palideció.

Su marido debió morir durante la flagelación.

James debió golpearlo tan fuerte que el pobre hombre no pudo soportarlo. Se estremeció al imaginar cuán dolorosa habría sido su muerte y cuáles habrían sido los últimos pensamientos que surcaron su mente.

Mary había creído que ambos morirían siendo ancianos, que podría sujetarle la mano a David mientras exhalaba su último suspiro, que las últimas palabras que escucharía serían las suyas. Hasta entonces había confiado en que tan solo la vejez lograría separarlos.

¡Qué equivocada estaba!

Mary intentó imaginar dónde habrían arrojado su cadáver.

Las lágrimas de nuevo comenzaron a apretarse contra sus párpados. No podía contener aquel río de tristeza.

Como si el mundo entero se le cayera encima, Mary se derrumbó. Quiso haber gritado al cielo, haber maldecido al Dios que fuere por ser tan injusto, pero antes de que pudiera hacer nada de esto, una voz muy familiar sonó tras ella.

-Mary… ¿estás bien?

Sin dar crédito a sus oídos, Mary volvió la vista atrás. El sol se ocultaba tras su espalda, siendo imposible distinguir su rostro. Si no es porque hubiera sido una locura, Mary hubiera jurado que se trataba de un ángel, un ángel envuelto en un aura dorada.

-David… ¿Eres tú? –dijo, apenas en un susurro.

-Tranquila Mary, estoy aquí –la voz de su marido era inconfundible.

De súbito, Mary se abalanzó sobre David. Se aferró a su cuello y se prometió que jamás volvería a perderlo; se juró que nada en el mundo los separaría. A Mary ya no le dolían las heridas de su espalda, pues lo único importante era que su marido seguía vivo.

-Creía que…-no quiso acabar la frase.

-No pasa nada, estoy aquí, a tu lado –David la abrazó con fuerza, para que se cerciorara de que seguía vivo-. Siento haberte dado este susto, pero desperté hace un buen rato y tú estabas dormida… ¡No quise despertarte!

Mary lo besó.

-No te preocupes… ¿Cómo tienes la espalda?

-Supongo que igual que tú –David sonrió levemente, quitándole importancia al hecho.

Se miraron durante unos segundos, sin atreverse a decir nada más. Finalmente, David le preguntó:

-¿Qué haremos ahora?

Mary agachó la cabeza y a sus ojos asomó un brillo de tristeza.

-No lo sé -fue cuanto dijo-. No tenemos casa, dinero, comida…ni tan siquiera ropa –suspiró-. Supongo que debemos encontrar un trabajo y ganarnos la vida lo mejor que podamos.

-¿Y dónde buscaremos ese trabajo? –quiso saber David-. No podemos volver a MainCastle.

-Hay muchas ciudades –contestó Mary, sin mucha convicción-.

Probaremos suerte en cualquiera de ellas.

***

David y Mary Breader se pusieron en pie y emprendieron su nuevo camino. Senda llena de incertidumbre y dudas, pero también de esperanza.

-Capítulo VIII-

William corrió con aquel lobo descomunal pisándole los talones.

Por más que lo intentaba, no lograba deshacerse de él: lo perseguía con una velocidad insólita para un animal de su tamaño.

Casi lo tenía encima.

El joven estaba fatigado, las piernas le flaqueaban y apenas podía respirar.

Desesperado, William miró hacia atrás, albergando la esperanza de que la fiera hubiera desistido. ¡Qué equivocado estaba!

Cuando giró la cabeza, tan sólo un segundo, vio los ojos negros del monstruo. Estaba furioso, babeaba y movía sus patas a velocidad inverosímil. El lobo estaba más y más cerca, acortaba la distancia, implacable.

William se preguntó si aquel animal sería lo último que vería. Asustado, pensó en su madre. ¿Cómo estaría? ¿Seguiría durmiendo junto a la hoguera? ¿Habría regresado su padre?

William corrió más allá de sus fuerzas, puso todo su empeño y aliento pero nada pudo hacer. El lobo era resistente y tenaz y apenas mostraba fatiga.

Cuando el muchacho volvió a mirar atrás, lo vio pegado a sus talones: apenas medio metro los separaban. El lobo se le antojaba ahora más grande, una bestia descomunal. William quedó hipnotizado y no pudo apartar los ojos. El lobo era una masa de músculos y pelo negro, sus poderosas zarpas, más grandes que su cabeza y sus ojos, dos pozos sin fondo.

Cuando William logró apartar la vista del animal, lo hizo para posarla en el tronco de un árbol. Ese mismo tronco se estampó contra su cara y abrió una brecha en su frente. William se mareó por el tremendo impacto y cayó al suelo, aturdido.

Justo en aquel momento el lobo se abalanzó encima de él. William pudo oler su fétido aliento.

Lo había atrapado.

Desesperado, forcejeó con él, pero ya le había hundido su potente mandíbula.

***

A Robert se le heló la sangre cuando lo vio y sintió cómo un escalofrío lamía su piel.

No daba crédito a sus ojos: un oso de dimensiones descomunales lo observaba.

El animal rugió con fiereza, exhalando una nube de baba y vaho.

Robert se fijó en los dientes amarillentos y afilados que asomaban en su boca, en el tamaño de sus zarpas y en la furia de su mirada. Se trataba de un macho joven, un animal sano con un tupido pelaje marrón.

Al instante, Robert sintió su corazón martillearle la sien.

Era la primera vez que veía a un oso y ahora que lo tenía ante él, apenas a tres metros de distancia, se creyó un niño. ¿Qué haría si lo atacaba? ¿Qué podía un hombre hacer ante semejante animal?

El oso, haciendo gala de su fiereza, rugió, dando a entender que ése era su territorio, que él era el dueño y que ningún humano osaría arrebatárselo. Robert notó cómo el suelo tiritaba bajo sus pies.

El animal, como si su adversario no hubiera captado el mensaje, se alzó sobre sus patas traseras. Cuando se irguió, Robert ahogó un grito: ¡era enorme! Robert no pudo evitar imaginarse qué fuerza tendría.

Sin esperar a comprobarlo, Robert retrocedió sobre sus pasos. La alfombra de hojas del bosque silenció el ruido de sus pies…un paso, otro, otro…

¡Lo estaba consiguiendo: ahora más de diez metros los separaban!

Robert se sorprendió a sí mismo, pues los osos de aquel bosque -al igual que los lobos- eran conocidos por su agresividad; sin embargo, parecía que se había topado con un ejemplar tranquilo.

Robert esbozó una sonrisa y sintió cómo el destino le daba una segunda oportunidad.

Pero justo en el momento más inesperado, cuando Robert iba a dar media vuelta para regresar con su familia, sucedió algo. Algo que desfiguró su rostro y le hizo hervir la sangre: el oso se puso a cuatro patas y, como loco, echó a correr tras él.

Corría como un rayo y jadeaba con furia. Las ramas que pisaba crujían estruendosamente bajo sus zarpas.

Sin apenas tiempo de reaccionar, Robert se vio huyendo, perseguido por un oso de 300 Kilos.

Robert esquivó cuantos obstáculos se le interponían: ramas, árboles caídos, alguna ardilla despistada que se le metía entre los pies…

Tras unos minutos, el oso, demasiado pesado para aquella persecución, quedó rezagado.

Robert giró la cabeza y comprobó con alivio cómo el animal se perdía en la lejanía.

***

William forcejeó con el lobo, pero era demasiado fuerte.

Por más que el muchacho intentaba zafarse, era imposible.

El lobo le mordió.

***

Robert comprendió que no había razón para seguir corriendo: el oso había desaparecido.

Paró un momento para recuperar aliento.

Mientras el aire invadía de nuevo en sus pulmones, sintió cómo su corazón se tranquilizaba hasta recuperar su pulso habitual.

Se había llevado un buen susto, pero gracias a Dios vivía para contarlo.

-*Cuando se lo cuente a mi mujer e hijos no me van a creer* –se dijo, triunfal.

Mientras emprendía el camino de vuelta, Robert no paraba de darle vueltas a una idea, una idea que le puso los pelos de punta: ¿qué sucedería si el oso no había desistido?

-*Un animal no se da por vencido tan rápidamente* –pensó.

Así que Robert se preguntó si realmente había quedado atrás o, por el contrario, habría seguido su rastro.

Robert, asustado, escudriñó a su alrededor, buscando indicios de su presencia.

Nada.

Agudizó su oído. No oyó pisadas, ni el aire golpear las copas de los árboles, ni los pájaro trinar…Un silencio misterioso presidía en aquel bosque.

-*Tiene que estar cerca* -Robert se puso en pie, presintiendo que algo lo acechaba.

De nuevo auscultó el silencio, pero esta vez algo captó su atención.

-*No puede ser* –se dijo.

Robert agudizó el oído… ¿qué era aquello? No se trataba de ningún animal, pues aún no existe ninguno capaz de emitir semejante sonido. Tampoco era el aullar del viento, ni el crujir de las copas de los árboles… era algo bien distinto.

A sus oídos llegó un grito. Era una voz humana y parecía que estuviera pidiendo ayuda.

Lo más extraño y a la vez espeluznante de aquello era que Robert la encontraba familiar, como si la conociera de antes.

-*Parece un niño…¡No será…!* –se estremeció-. *¡Por Dios que es mi hijo!*

***

William no aguantaba más.

Hubiera querido oponer resistencia, asir una piedra, una rama… lo que fuera y acometer contra el animal. Pero las fuerzas lo habían abandonado. William no pudo evitar preguntarse si su muerte pasaría a formar parte de una más de las historias de aquel bosque.

-Hija mía, –le dirían los padres a sus hijos-, *ni se te ocurra adentrarte en el bosque. Una vez un chico de tu edad lo hizo y nunca más se volvió a saber de él.*

Sabiendo que la vida le iba en ello, William hizo un acopio de fuerzas y emitió un último grito de auxilio, rogando al cielo que alguien acudiera en su ayuda.

***

Robert corrió con más velocidad con la que lo había hecho cuando huía del oso.

-¿Qué le está pasando a mi hijo?

Robert sabía que William era un joven sano y fuerte, él mismo lo había educado para afrontar cualquiera problema como un hombre. Por eso creyó desquebrajarse su corazón al oírlo gritar. ¡No quiso ni imaginar qué estaría sucediéndole!

Los alaridos de William se hicieron cada vez más audibles y claros. Robert estaba acercándose y, a cada paso que daba, la ira y el miedo lo carcomían más.

-¡Aguanta, ya voy! –Robert atravesó como una sombra fugaz todo un mar de árboles inexpugnables.

Llegó hacia una especie de arboleda angosta, donde convergían varios senderos y allí lo vio.

Al fin encontró a su hijo.

Pero Robert, negándose a aceptar la realidad, tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces: William estaba tirado en el suelo y sobre él, un temible lobo.

De súbito, su hijo paró de gritar y quedó sumido en un profundo silencio.

***

Robert, sin ser consciente de sus actos, dio un salto y voló por los aires hacia la gran masa de pelo. Impactó contra el costado del animal, descargando todo su peso. El lobo, cegado en William, no lo vio y gimió cuando se abalanzó sobre él.

Robert comenzó a golpearlo con los puños, enfurecido y cegado

por la ira.

El animal desprevenido no había podido reaccionar. Pero en cuanto tuvo la oportunidad, se revolvió contra Robert y se zafó con un movimiento seco y rápido. La bestia abrió sus patas, fijándose bien al suelo y lo miró con frialdad glacial. Cuando Robert vio sus ojos clavarse en él, supo que no tardaría en atacarle.

Robert suspiró y cerró los ojos, sabiendo que no volvería a abrirlos.

-Capítulo IX-

El matrimonio Breader caminaba en silencio.

Anduvieron cerca de una hora sin mediar palabra, con sus cabezas gachas, arrastrando los pies con desgana.

David recordó la vida tranquila y feliz de la que habían gozado en MainCastle, su panadería, su reputación…Ahora tendrían que encontrar un trabajo, ahorrar, comprar una nueva casa... ¡Rehacer toda una vida!

Un futuro incierto y gris les aguardaba.

Los pensamientos de Mary no debieron ser muy distintos, pues su rostro reflejaba toda la tristeza que una cara puede expresar.

-Mary –le dijo David, rompiendo el silencio.

La mujer no lo oyó, tan absorta estaba.

-Mary –repitió su marido con una media sonrisa.

Mary no contestó, se limitó a clavar sus vidriosos ojos en los suyos.

-¿Cariño, no hueles eso?

Mary lo miró sin comprender. Le hubiera gustado decirle que quería estar sola, que no deseaba hablar con nadie en un año y que no era el momento más apropiado para ponerse a olfatear.

-¿Oler el qué? –preguntó de mala gana.

-¡Eso! –David inspiró el aire con fuerza, captando cualquier olor que flotara.

Mary lo imitó con desdén y sus aletas nasales se movieron imperceptiblemente.

-¿Lo hueles? –insistió David.

Mary creyó que se trataba de una estratagema de su marido para disipar, aunque fuera durante unos segundos, el dolor que la afligía.

-No –concedió-. Nada.

-¡Qué extraño!

-¿Pero qué es lo que te pasa? – le preguntó Mary-. ¿Qué has olido?

-Humo.

Bajo la asombrada mirada de su esposa, el hombre se puso de puntillas, levantó su enorme cabeza y echó a andar.

Si con todo aquello David trataba que Mary se sintiera mejor, lo estaba consiguiendo. La mujer no pudo evitar una sonrisa cuando vio a su marido andando en aquella cómica postura.

Sin embargo, parecía que David no lo hacía para atraer la atención de su esposa, ni para evadirla de la realidad, sino porque olía algo realmente. De hecho, andaba con decisión, como si siguiera un rastro invisible pintado en el aire.

-¿Pero qué haces?

-¡Es por aquí! –dijo, sin contener la emoción.

A medida que andaba, David lo hacía más decidido, trazando una línea recta. El olor se hacía más fuerte y perceptible hasta que finalmente encontró lo que buscaba: una fogata.

-¿Ves como tenía razón? –se jactó, señalando las cenizas de un fuego.

Mary asomó sus ojos entre las ramas de un arbusto y comprobó que, efectivamente, había una hoguera. Sin embargo lo que llamó su atención fue la niña que dormía junto a ella.

Tendría unos cinco años a lo sumo, piel pálida y cabellos ondulados. Su semblante rebosaba paz y, a pesar de su extremada delgadez, se la veía feliz. Seguramente estaría soñando con un palacio de cristal donde ella fuera la princesa, con un caballo de nieve o quizá, con un sol de caramelo. La niña se cubría con una manta agujereada hasta la barbilla, como si el trapo contuviera, además de polvo, propiedades sedantes.

-¿Está sola? –preguntó Mary, incapaz de ocultar su nerviosismo.

David se encogió de hombros y esbozó una mueca de indiferencia, como si la situación de la niña no le preocupara lo más mínimo. ¡Bastantes problemas tenían ellos!

Sin embargo, Mary se llevó la mano al pecho, como si su visión le hubiera ablandado el corazón.

-¿Está sola? –insistió.

-¿Y qué más da? –dijo David-. Sigamos, tenemos un largo camino que recorrer. No podemos entretenernos.

-David ¿es que no te importa lo que pueda sucederle? ¡Por el amor de Dios, tan sólo es una chiquilla!

-¿Qué propones?

-Acercarnos a ella y preguntarle.

David suspiró ruidosamente, lo que su esposa interpretó como un “sí”.

Así, el matrimonio Breader se acercó a Martha.

-Capítulo X-

Robert no tardaría en sumergirse en las tinieblas, en la más triste de las negruras, en un viaje a ninguna parte. Apenas lograba mantenerse en pie, las piernas le flaqueaban y el miedo le calaba los huesos. Apretó los párpados con fuerza, sabiendo que en cualquier momento su vida acabaría. El lobo se abalanzaría sobre él, poniendo fin a cuanto conocía, anhelaba o amaba.

Transcurrieron unos segundos, que parecieron horas, en los que esperó caer al suelo, sin vida.

Sin embargo, no sucedió nada.

El lobo no atacó.

Robert abrió los ojos. El lobo no parecía dispuesto a atacar.

Estaba en el mismo lugar de antes, continuaba respirando con furia y se inclinaba ligeramente sobre sus patas delanteras, pero no había movido ni un pelo.

¿Sería posible? ¿Habría cambiado de opinión?

Desconcertado, Robert miró a su alrededor, buscando algo que explicara su repentina conducta.

Entonces lo vio, y sólo entonces supo por qué no lo había atacado y por qué no iba a hacerlo. Tras su espalda, se erguía un oso descomunal. Su denso pelaje marrón y el tamaño de sus zarpas hicieron que Robert lo identificara como el mismo del que había huido apenas unos minutos.

-Había tomado por otro camino –pensó-. *Lo sabía.*

***

Como un rayo, el lobo negro saltó por encima de Robert y se abalanzó sobre el oso, hundiéndole los colmillos.

El oso se tambaleó de un lado a otro, intentando deshacerse de su mandíbula.

El oso lo sacudió con un zarpazo y el lobo salió despedido por los aires. El animal se estampó contra el suelo con tal violencia, que Robert creyó que no volvería a levantarse.

Pero no tardó en erguirse. ¡Aún le quedaba mucha fuerza!

Los dos animales se miraron, jadeantes, unos segundos, vaticinando cuál sería el plan de ataque más apropiado.

-Ahora o nunca- se dijo.

Aprovechando la oportunidad, Robert retrocedió sobre sus pasos, cogió el cuerpo de William entre sus brazos y echó a correr.

Corrió tan rápido como pudo y se alejó de la batalla titánica.

Cuando los gritos de las fieras se extinguieron, Robert paró y

depositó a su hijo sobre el manto de hojas. Tenía los ojos cerrados y su rostro, pálido y frío, rezumaba paz. Era como si durmiera y estuviera soñando con algo tan bello que no quisiera despertar. Sus labios se habían teñido de azul y lo invadía una calma inquietante.

-William –le dijo-. ¡Estás a salvo, no te preocupes!

No obtuvo ninguna respuesta.

-William -repitió, dándole unos golpecitos en la cara-. ¡Vamos hijo, despierta!

Nada.

-William –dijo, por tercera vez-. ¡Por favor!

No estaba dormido, sino muerto.

Robert creyó derrumbarse el cielo entero. ¿Por qué? ¿Qué malo había hecho?

Lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó. No quedaba rastro de vida alguno. Mientras lo aferraba, Robert se creyó envejecer. Sintió el peso del mundo golpearlo y, más tarde, una oleada de aire frío recorrerlo de arriba abajo. Una parte de su vida se había marchado y cuanto quedaba de ella eran mil añicos de un corazón roto.

***

-Padre –le dijo William-. ¿Por qué lloras?

Robert no lo escuchó, pues estaba hundido en un pozo de tristeza.

-Padre, ¿qué te ocurre?

Robert juraría haber escuchado a su hijo, pero sabía que era imposible. Aquella voz que lo llamaba “Padre” no existía, tan sólo era una fantasía. Robert se negaba a admitir la muerte de su hijo, así que su mente le jugaba aquella macabra broma.

-Padre –volvió a repetir-. ¿Estás bien?

Era la tercera vez que lo llamaba, así que no pudo seguir ignorándola.

Miró hacia su hijo y los pelos se le erizaron.

¡Estaba vivo!

Mantenía sus ojos clavados en los suyos, incluso creyó adivinar un amago de sonrisa en sus labios.

-¿William? –dijo, apenas en un susurro.

-¿Por qué lloras, padre?

-¡Williaaaaaam! -Robert, sin poder contenerse, lo abrazó.

-Pensaba que ese lobo te había matado –le dijo cuando consiguió tranquilizarse.

-Por suerte, no ha tenido tiempo –respondió.

-Es un milagro, hijo… ¡Dios vela por ti, Él te cuida y está a tu lado!

William asintió, en silencio. Miró al cielo, intentando atisbar entre las nubes a ese Dios que todo lo ve.

-¿Puedes andar? –le preguntó, Robert.

-Creo que sí…no me ha hecho mucho daño.

-Volvamos entonces con madre y hermana –sugirió-. Calentémonos junto a la hoguera y comamos algo.

-Capítulo XI-

Mary y David se acercaron a la niña. Estaba profundamente dormida, pues ni los crujidos de las ramas que chasqueaban a su paso lograron despertarla.

A Mary se le aceleraba el corazón, pues la sola idea de que la chiquilla estuviera sola, abandonada a su suerte en aquel bosque, la aterraba.

David, por el contrario, respiraba con naturalidad, dando a entender que todo aquello lo traía sin cuidado.

-Le preguntas y nos marchamos –informó a su esposa cuando la tuvieron enfrente.

-¡Pero mira que eres pesado! –le recriminó Mary.

-Recuerda que tenemos un largo camino por recorrer –insistió-. No podemos retrasarnos

Mary se arrodilló y pudo observar con todo detalle el rostro de la niña: su piel era blanca y pura, sin una imperfección que rayara su belleza, sus labios parecían seda y sus cabellos, oro.

-Chica –le dijo, casi en un susurro.

Martha no despertó, apenas suspiró para proseguir con su monótona respiración.

-Niña -repitió Mary, esta vez zarandeándola con suavidad con su mano derecha.

Lejos de despertar, Martha se sintió más relajada ante el repentino vaivén de su cuerpo.

-Así no lo conseguirás –dijo David, que observaba la situación, divertido.

-Venga, chica –insistió Mary, con menos suavidad-. ¡Despiértate!

***

¿De quién era aquella voz? ¿Quién decía “despiértate”? ¿Era un sueño? ¿Por qué tenía a una mujer arrodillada a su lado? ¿Quiénes eran las dos personas que la miraban? ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Serían dos ladrones? ¿Le harían daño? ¿Dónde estaba su padre, madre y hermano?

Cuando Martha despertó todas estas preguntas se agolparon en su mente.

No supo responder ninguna.

***

-No te asustes –fue lo primero que dijo Mary-. No vamos a

hacerte daño.

Martha la miraba, expectante, analizando a la mujer que le hablaba.

-Mi nombre es Mary –le dijo, con una amplia sonrisa-. ¿Cuál es el tuyo?

Martha no contestó. Su padre le había dicho que no hablara con extraños, pues había gente peligrosa con la que más valía no toparse.

Al ver que la niña no respondía, Mary dijo:

-Pero bueno, tendrás algún nombre ¿no?

Ante la evidencia de la pregunta, Martha asintió con la cabeza, pues eso no era hablar y podía hacerlo sin desobedecer el consejo de su padre.

-¿Cómo te llamas?

-Martha –dijo, apenas en un susurro.

Martha se sorprendió a sí misma cuando su nombre salió de sus labios. Fue algo que hizo sin pensar, casi un acto reflejo.

-Tienes un nombre muy bonito –le dijo Mary, mostrando su dentadura.

Martha no había visto a ninguno de esos ladrones de los que hablaba su padre, pero estaba segura de que esa mujer era de confianza. ¿Por qué si no se mostraba tan amable?

-Mi marido y yo –señaló a David- estábamos paseando por el bosque hasta que te hemos encontrado. Nos ha sorprendido ver a una niña tan pequeña sola –Mary se acercó a la chiquilla, adoptando aire de confidencialidad-. Martha ¿hay alguien contigo?

-Sí –dijo, con timidez.

-¿Quién?

-Padre, madre y hermano.

-¿Y dónde están?

-No lo sé.

Mary miró a su marido, quien se encogió de hombros y dijo:

-Ya sabes que no está sola. ¿Podemos irnos ya?

Mary lo miró con desprecio, incapaz de comprender su apatía.

-No nos moveremos hasta saber si dice la verdad.

-¿Y cómo lo sabrás?

-Esperaremos.

David iba a protestar, pero cerró la boca. No conseguiría hacerla cambiar de opinión.

***

-Pero hijo, ¿cómo se te ocurre internarte en este bosque? ¿No te das cuenta que es muy peligroso? –le dijo, camino a la hoguera.

-Pensé que sería divertido encontrarte –confesó William.

Robert sonrió, sorprendido por la ocurrencia del chico.

-Volvamos cuanto antes…madre y hermana estarán preocupadas.

***

-Pues sí, yo tenía un caballo –le dijo Mary a Martha.

-¡Hala! –exclamó la niña con la boca abierta-. ¿Y cómo era?

Mary se llevó su dedo índice a la barbilla y esbozó una mueca de misterio. La niña abrió los ojos hasta que parecieron salirse de sus órbitas.

-Pues déjame que piense –le dijo, sobreactuando-. No sé…la verdad es que no me acuerdo.

-¡No me lo creo! –exclamó Martha, decepcionada-. ¿No te acuerdas ni de su nombre?

Mary sonrió, incapaz de seguir mintiendo.

-¡Ya lo recuerdo!

-¡Bien! –dijo la niña, dando saltos.

Martha apenas llevaba hablando con aquella mujer unos minutos y ya la creía una amiga íntima, como si la conociera de toda la vida.

-Su nombre era Brown.

-¿Brown? ¿Qué clase de nombre es ese para un caballo? –preguntó, indignada.

-Se lo pusimos por su pelo.

-¡Ah!

-Sí, y además era así de grande –Mary se levantó y alzó su brazo por encima de su cabeza.

-¡Hala!

-Sí, y cuando relinchaba hacía “hi-hi-hi”.

Martha rió a más no poder. Se había olvidado de su madre, padre y hermano, ya no le preocupaba dónde estuvieran, pues el caballo de Mary acaparaba toda su atención.

***

A William aún le dolía la pierna, razón por la que lo seguía a la zaga, cojeando. El lobo había desgarrado parte de su piel, pero por suerte su padre lo socorrió antes de que algo grave le sucediera.

-¡Hijo! –gritó Robert-. ¡Hemos llegado!

William miró en rededor, buscando el calvero y a su madre.

-¡Ahí! –dijo señalando con el dedo unos matojos.

***

-Cuando sea mayor tendré un caballo –hizo saber Martha.

-¿En serio? –le preguntó Mary, quien disfrutaba de la conversación casi tanto como la niña.

-Sí, será blanco como la nieve. El animal más hermoso y rápido del mundo entero.

La ilusión que desprendían sus ojos y la fascinación con lo que lo narraba hicieron que Mary esbozara una dulce sonrisa.

-Seguro que sí.

-¡Sí! –continuó la niña-. Y se llamará Viento.

-Un nombre muy bonito.

De súbito, dos hombres surgieron de entre la espesura.

***

Robert y William quedaron perplejos, pues encontraron algo bien distinto a lo que esperaban.

Para su sorpresa, allí no había ni rastro de Sara…había desaparecido. Quizá hubiera ido a lavarse a un riachuelo, a buscar algo de comida o, simplemente, a hacer sus necesidades.

En su lugar, encontraron a Martha charlando abiertamente con una mujer, mientras un hombre las observaba a cierta distancia de brazos cruzados, sin intervenir en la conversación.

-¡Padre! –exclamó la niña, abalanzándose a su cuello en cuanto lo vio.

-¿Dónde está madre? –le preguntó, sin apartar la vista de los dos desconocidos. Robert creyó conocerlos de antes. Sus caras le resultaban muy familiares.

-No lo sé, padre, acabo de despertar.

-¿Y quiénes son esos dos? –le preguntó.

-La mujer se llama Mary- explicó Martha con la convicción de un maestro-, y ese hombre de ahí es su marido, David.

Robert quedó petrificado, incapaz de creer lo que su hija decía.

En el mundo debe haber muchos Davids y Marys, pero ninguno como los que tenía enfrente. Sin lugar a dudas se trataba del señor y la señora Breader, los señores a los que sirvió años atrás.

***

Unos minutos más tarde, Sara apareció. Cuando lo hizo, se encontró a sus dos hijos y a su marido sentados en torno a la hoguera. Hablaban con un hombre y mujer a los que nunca antes había visto. ¿De dónde habían salido? ¿Quiénes eran?

-¡Cariño! –exclamó Robert, levantándose -.¿Dónde te habías metido?

-He ido al lago –explicó-, a lavarme la cara.

-Madre, me ha atacado un lobo –dijo William, con la voz henchida de orgullo.

-¿Qué?

-Un lobo negro, era enorme y casi me arranca la pierna.

-¿Un lobo?

-Pero madre, menos mal que padre me oyó gritar y fue a ayudarme.

-¿Qué?

-Entonces justo en el momento en que creo que esa bestia me va a matar llega padre y se abalanza encima suyo.

-¿Qué? –Sara estaba anonadada, sin saber si aquella historia tan extraordinaria era cierta o no.

-Sí, y comenzó a golpearlo con los puños, pero el lobo se le revolvió…¡Y justo cuando va a atacarle, aparece un oso!

-¿Un oso?

-Sí, madre, un oso enorme.

Sara miró a su marido, esperando que éste le dijera que sólo era la fantasía de un joven con mucha imaginación. Sin embargo, Robert le dio la razón.

-Creo que nuestro hijo tiene razón. Más o menos sucedió así.

-¿Entonces lo del oso y el lobo…es cierto?

-Me temo que sí –dijo Robert-, pero no tienes de qué preocuparte, no ha pasado nada.

-Pero podríais estar muertos. ¡Este bosque es muy peligroso!

-Madre –dijo William-, y eso no es todo. Además encontré el cuerpo de una mujer muerta.

Sara volvió a mirar a Robert, pero esta vez su marido se encogió de hombros.

-No sabía nada de eso –se disculpó.

-Sí, y tenía la espalda desgarrada.

-Voy un momento a echarme agua en la cara y mira todo lo que pasa…está claro que esta familia me necesita. ¿En serio viste un cadáver, William?

-Sí –se jactó.

-Creo, muchacho, que te estás equivocando –dijo Mary Breader.

Sara volvió la vista a aquella mujer. ¿Quién era? ¿Por qué antes de llegar estaba hablando con su marido e hijos? ¿Quién era el otro hombre que la acompañaba?

-¿Por qué iba a equivocarme? –preguntó William, indignado.

-Porque esa mujer que viste era yo.

***

Sara, Martha, Robert, William e incluso el propio David escucharon conmocionados las palabras que Mary decía entre suspiros y sollozos: cómo fueron cayendo en la miseria a raíz de la dimisión de Robert, cómo Jack los condujo hasta el Conde, su flagelación y finalmente, el destierro.

Mary les mostró las heridas de su espalda.

Robert se compadeció de ellos y, en cierto modo, se sintió culpable.

-Lo siento, de haber sabido que os iba a suceder esto jamás me hubiera marchado de vuestra casa –explicó Robert-. Siento todo cuanto os ha sucedido, siento haber sido yo el causante de vuestra ruina.

-Por favor, Robert -dijo David, hablando por primera vez-. Tú no tienes la culpa, jamás nos has hecho nada malo. Abandonaste nuestra servidumbre por el amor de una mujer –señaló a Sara-, yo también hubiera hecho lo mismo –Robert sonrió, sabiendo que pese a todo, sus antiguos señores no le guardaban rencor-. Los verdaderos culpables han sido los ciudadanos de MainCastle. Su envidia hizo el resto.

-Si hay algo que pueda hacer –propuso Robert-, decídmelo. Haré cuanto esté en mi mano.

Mary y David intercambiaron una mirada. ¿Qué se podía hacer sino resignarse y afrontar la situación con la mayor dignidad que les fuera posible?

-Quizá si…-dijo Mary-. ¡No, olvídalo, es una tontería! No funcionaría.

-¿Funcionar el qué? –insistió Robert.

-No es nada, sólo había pensado en que ahora que te hemos encontrado podríamos volver a MainCastle y…

-Pero Mary –la interrumpió David-, te recuerdo que el Conde Joseph nos ha expulsado a latigazos de su ciudad. ¡Si volvemos nos matará!

-¡No! –exclamó Mary, convencida-. Esta vez la situación es distinta… ¡Tenemos a Robert!

-Eso no cambia el hecho de tener prohibida la entrada a la ciudad.

-David, eso lo cambia todo –su marido la miró, expectante-. Robert vendría con nosotros y él podría decir al Conde y a la ciudad entera que las mentiras que justificaron su dimisión son sólo mentiras y que lo hizo por casarse con su mujer y formar una familia…¡Si sale bien podríamos recuperar nuestra casa, nuestro jardín, nuestra panadería…nuestra vida!

David meditó las palabras de su esposa, pensando que tal vez no fuera tan mala idea: había poco que perder y todo que ganar.

-Quizá tengas razón... ¿Qué dices Robert, vienes a MainCastle con nosotros?

El antiguo criado miró a su esposa e hijos y les sonrió.

-Creo que tenéis mucha suerte, pues resulta que nos dirigimos hacia allí, al mercado de la ciudad.

-Capítulo XII-

Era domingo, día de mercado en MainCastle.

El Conde Joseph, adormilado en su cama de algodones, contemplaba el increíble espectáculo que los haces de luz creaban al filtrarse por su vidriera: hermosos tonos rosados, púrpuras, verdes y azulados se esparcían por las paredes de su cálido dormitorio.

Joseph caía embelesado ante tanta belleza, se sumergía en cada uno de los colores que lo rodeaba y se creía un pez nadando en un mar de cristal, un mar donde la superficie quebrara los rayos del sol cual un prisma de oro. Había días en los que Joseph despertaba y, al verse empapado de colores, no podía discernir si lo que veían sus ojos era cierto o si se trataba de un sueño.

A lo lejos se oía el viento, Joseph lo escuchaba golpear los cristales, aullar como un lobo solitario. Joseph se tapó con las sábanas hasta el cuello, resignándose a abandonar la comodidad de su cama, deseando alargar aquel momento eternamente.

Alguien llamó a la puerta.

Joseph no contestó, deseando que fuera quien fuese se marchara por donde había venido. Sin embargo, unos golpes secos volvieron a sonar.

Joseph, demasiado somnoliento como para pronunciar palabra alguna se ladeó en la cama, ignorando sus oídos.

Al ver que el Conde no contestaba, volvieron a llamar, pero esta vez lo hicieron con tal fuerza que Joseph hubiera jurado que la puerta iba a derrumbarse.

-¿Quién demonios es? –preguntó, sobresaltado por el estrépito.

-Señor, soy James.

-Maldito Brazos –juró por lo bajo-. ¿No sabes que estoy durmiendo? ¿Cuántas veces te he dicho que no me molestes?

-Perdone, mi señor –dijo “El Brazos” abriendo la puerta y permitiendo que una ráfaga de aire frío entrara en la habitación-, pero debo de comunicarle que hoy es domingo, día de mercado.

-¿Y qué?

-Pues mi señor, que como todos los domingos le estoy esperando para dar una vuelta…tenemos que vigilar a los tenderos, a los compradores, supervisar que todo vaya bien.

-¿Y no podrías esperar a que me levantara?

-Mi señor, ya he esperado bastante: es casi medio día. Por eso he venido a buscarlo.

Joseph, aún en la cama, murmuró algo. James no pudo oírlo pues las sábanas que cubrían su boca amortiguaron sus palabras,

haciéndolas ininteligibles.

-¡Ya voy! –dijo al fin-. Me visto y nos vamos.

***

Joseph apareció por la puerta del castillo y bajó los escalones hacia donde James lo esperaba. A medida que descendía, su capa carmesí ondeaba de tal modo que parecía flotar, ajeno a la gravedad del mundo. De su cintura colgaba una espada de acero que centelleaba como con luz propia.

Cuando estuvo abajo, el Conde montó en su caballo. El animal relinchó satisfecho, pues estaba tan harto de la espera como James.

-Venga –gritó el Conde, espoleando a su equino-. ¡Vamos al mercado!

***

Cuando Joseph atravesaba las calles de su ciudad, podía ver el miedo dibujado en los rostros de comerciantes y ciudadanos. Todos rehuían su mirada, temerosos de desencadenar su furia.

Había transcurrido una semana desde que los Breader, esos traidores que se negaron a pagarle, habían sido flagelados en la Plaza Mayor, ahora abarrotada de pequeños puestos de ventas. Al cabalgar por allí, Joseph no pudo evitar preguntarse qué habría sido de ellos. ¿Habrían sobrevivido? ¿A dónde irían si continuaban con vida?

Los puestos de ventas se alzaban a ambos lados de la calle principal y los compradores iban y venían por ella, examinando con ojo experto los productos que se ofrecían.

El suelo estaba cubierto de paja, recogida esa misma mañana por los sirvientes de Joseph. La paja cubría el empedrado y evitaba que los transeúntes resbalaran, además de disimular el olor de los excrementos de caballos, bueyes y demás animales de transporte.

Las mujeres compraban utensilios para cocinar mientras los hombres frecuentaban las tabernas. Los niños corrían entre el gentío, pateando una piedra a modo de balón.

-Parece que todo está en orden –informó Joseph, satisfecho.

-Sí, mi señor, eso parece.

-Este domingo obtendré grandes ganancias –el Conde se frotó las manos-. Hoy seré un poco más rico.

-Señor, permítame que cambie de tema –Joseph lo miró, escéptico-. He de recordarle que tenemos una cita pendiente.

-¿Cita?

-Sí, señor, hemos de visitar a Mathew.

-¿Quién es ese Mathew y qué se me ha perdido a mí en la maldita chabola de ese miserable? –a pesar del gentío, su voz sobresalía con claridad.

-Acuérdese, señor, tenemos que cobrar lo que se le debe.

Joseph esbozó una sonrisa, mostrando todos y cada uno de sus dientes. No era un hombre muy acostumbrado a reír, por lo que aquel gesto fue forzado y antinatural.

-¡Es cierto! –gritó, espoleando a su caballo-. ¡Vayamos a visitar a Mathew, pues!

***

El barrio donde Mathew residía era el más bajo, pobre y pestilente de cuantos había. Joseph, medio en broma, medio en serio, decía a sus guardias que cualquier rata que se preciase no viviría en sus calles.

Los que allí residían eran personas que se dedicaban principalmente al cultivo de las tierras, humildes campesinos y labradores que morían por vivir.

Lo primero que vieron al llegar al barrio fue a un hombrecillo sentado sobre una piedra. El anciano lloraba amargamente, enjugaba sus lágrimas con las roídas mangas de su camisa. Joseph no pudo verle la cara, pues estaba encorvado y hundía su rostro entre las rodillas.

-¡Eh, tú! –ordenó el Conde-. ¿Qué te pasa?

El hombre, creyendo que estaba solo, se puso en pie de un salto, sobresaltado ante la visión de su señor. Cuando vio su caballo de guerra, su espada y por último su cara, creyó estar soñando.

-No es nada –mintió con un brillo de ahogo en los ojos.

El Conde ahora pudo verle la cara.

-¡Un momento! –dijo, sorprendido-. ¡A ti te conozco! ¿No es así?

Se trataba del mismo anciano que hacía una semana le suplicó un préstamo para alimentar a sus bueyes, el hombre le dijo que los animales estaban tan desnutridos que no tenían fuerzas para arar la tierra. Al fijarse mejor en su rostro, Joseph comprobó que parecía haber envejecido. Tenía el pelo color ceniza, la cara arrugada y los ojos tristes y heridos.

-Sí, mi señor –susurró con miedo.

-¿Por qué lloras, viejo? –preguntó el Conde, movido por la curiosidad.

-Mi señor –la voz del anciano era frágil y parecía quebrarse a cada palabra-, lloro porque mi hija murió ayer.

-¿Cuántos hijos tienes? –el Conde lo miraba montado en su

caballo, con desdén y superioridad.

- Tenía cinco hijos; el mayor tiene 28 años, Criss, 25…

-¿Te he pedido que me aburras con sus edades? –Joseph gritaba y varios campesinos que pululaban por allí se detuvieron a observar a una distancia prudente.

-No, mi señor –tartamudeó.

-¡Que sea la última vez que hablas sin que yo te haya preguntado! –Joseph bajó de su caballo de un salto y se acercó al anciano con paso lento y tenebroso-. ¡Aún te quedan cuatro hijos! ¿Para qué quieres más?

El hombre, ante tal golpe en la reciente herida de su hija muerta, se desplomó al suelo, con su cabeza a la altura de las rodillas de Joseph.

El hombrecillo, arrugado en el suelo, creyó morirse allí mismo.

-Ahora ve a labrar mis tierras, ¿entendido? –Joseph, cogió el mentón del anciano y lo obligó a mirarle a los ojos.

-Sí –pudo articular.

-Sí ¿qué?

-Sí, mi señor.

***

Tras el pequeño incidente con el anciano, Joseph y “El Brazos” continuaron en dirección a la casa de Mathew.

James condujo a su señor por las chabolas de barro hasta la de Mathew. Cuando estuvieron frente a ella, creyeron que una ligera ráfaga de viento podría arrancarla y elevarla hasta el cielo. ¡Era un auténtico milagro que se mantuviera en pie!

La casa era un paupérrimo bloque más pequeño que el corral de unas gallinas.

-¿Aquí es donde vive Mathew? -El Conde observó de nuevo aquel bloque de barro que se inclinaba sobre sus cimientos.

-Sí, mi señor, aquí es donde reside Mathew y su esposa, Cathy.

“El Brazos” bajó de su montura y se dirigió a la tabla de madera que hacía de puerta. En ocasiones normales la hubiera golpeado con sus nudillos, pero no lo hizo por miedo a desquebrajarla.

-¡Abrid! –gritó-. ¡Abrid la puerta!

Silencio.

-¡Abrid! –insistió, esta vez con más fuerza-. El señor de MainCastle viene a cobrar lo que se le debe.

Sin esperar más, James embistió contra la puerta, desquebrajándola en el acto.

-Capítulo XIII-

Los Breader y Robert y su familia llevaban caminado un día entero, pero no había ni rastro de MainCastle. Parecía que se hubiese evaporado.

–David –le dijo Robert en más de una ocasión-, ¿estás seguro de que vamos en la dirección correcta?

-Me crié en este bosque, conozco cada uno de sus árboles y caminos como la palma de mi mano –su convicción inspiraban confianza-. ¡Sí!

Robert esperaba que estuviera en lo cierto, pues de lo contrario seguirían deambulando eternamente.

Robert necesitaba llegar a MainCastle cuanto antes, y no sólo para salvar a sus antiguos señores de la ruina, sino por su mujer e hijos. Hacía semanas que apenas dormían y comían.

A William le dolía la rodilla y cojeaba al caminar. El lobo había desgarrado parte de su piel. A Robert no le preocupaba la situación de su hijo, pues sabía que no era grave y que en un par de semanas podría saltar y correr, pero por el momento lo recostó en el carro, junto a los cachivaches.

-Debes guardar reposo –le dijo.

-Pero padre, puedo andar –replicó-. Lo prometo.

-Ya lo sé, pero es mejor que no lo hagas. ¡Descansa!

Por el contrario, los que parecían mejorar eran los Breader, pues cuanto quedaba en sus espaldas eran unos surcos que comenzaban a cicatrizar. Ahora la flagelación se les antojaba algo lejano e irreal, como si nunca hubiera sucedido.

***

-Estamos cerca -señaló David.

-¿Y cómo lo sabes? –le preguntó Mary, escéptica-. Todos los caminos son iguales.

-Creedme –insistió David, que no contaba con el apoyo de su esposa-. Llegaremos antes de lo que os imagináis.

***

Mientras caminaban, Mary perfilaba en su cabeza los detalles de su plan.

Primero tendrían que conseguir hablar con el Conde. A continuación deberían convencer a Joseph de que lo que Robert le iba a decir era cierto y por último pedirle que le devolviera su casa.

-*¡Es una locura!* –se decía-. *¡Cuando nos vea otra vez hará que nos ahorquen!*

Pero merecía la pena intentarlo, morirían igual si se quedaban de brazos cruzados… *¡No hay nada que perder!*

***

Anduvieron durante horas. La vegetación se hacía más densa y David, junto a su antiguo criado, rompía con una vara la maleza que impedía el paso.

Caminaban en un silencio sepulcral sólo roto por los crujidos de las ramas que pisaban.

-¡Padre –dijo William-, mira ahí!

Todos giraron la cabeza hacia donde William señalaba.

Allí, escondida entre la niebla, se alzaba la formidable fortaleza de MainCastle. Lo habían conseguido.

-Bienvenidos a MainCastle –informó David, riendo-. Ciudad de ciudades.

-Capítulo XIV-

El imponente castillo se alzó como un dragón dormido. En unos minutos Joseph se encontró cabalgando bajo su sombra y, poco más tarde, a escasos metros de la puerta principal.

No había sido sencillo cobrarle a Mathew, pero al final había pagado. Joseph le prestó hacía semanas unas libras que el hombre se negaba a devolverle, así que no había tenido más remedio que ir a su casa y tirar la puerta abajo.

Joseph estaba muy satisfecho y escuchaba el dulce tintineo de las monedas en su bolsillo.

***

En seco, James detuvo su caballo y esperó a que el Conde hiciera lo mismo. Pero Joseph siguió cabalgando.

-Señor –le dijo-, ¡pare!

El Conde hizo oídos sordos y continuó su camino.

-Señor –insistió el guardia-, ¡deténgase!

Aquella reiteración obligó a Joseph a tirar de las bridas. El equino fijó sus cascos en la tierra y levantó una pequeña nube de polvo.

-¿Qué demonios ocurre? –rugió.

-Creo que debería ver algo.

-Pues yo creo que no.

Joseph estaba a punto de espolear a su montura cuando James dijo:

-Por favor, señor, ha de hacerme caso.

-Maldito seas, Brazos. Enséñame lo que te dé la gana, pero hazlo ya. No me hagas perder más tiempo.

James extendió su dedo índice y señaló hacia la derecha. Joseph siguió con la vista la dirección que su guardia mostraba… ¡No podía creerlo! Allí, como un espejismo, estaban los Breader.

El rostro del Conde enrojeció y sus ojos se achicaron como los de una serpiente. ¿Cómo osaban desobedecer sus órdenes? ¿Cómo habían vuelto a su ciudad?

-Esto es ultrajante –estaba inundado por la ira.

Con una mano en las bridas y la otra en la empuñadura de su espada, el Conde se acercó a ellos.

A medida que acortaba la distancia, Joseph comprobó que los Breader no estaban solos. Los acompañaban una pareja y una niña de unos cinco años. A juzgar por su aspecto, eran comerciantes. Unos de los cientos que los domingos acudían a su ciudad

-¡Vosotros! –les gritó, desenvainando la espada-. ¿Qué parte de "fuera de mi ciudad" no entendisteis?

***

La repentina aparición de Joseph casi logra que Mary se desmayase.

-Señor -tartamudeó David, tan asombrado como su esposa-, tenemos que hablar con usted…hay algo que debe saber.

-Os di una orden y no la habéis cumplido –les asestó una mirada de odio-. ¡Parece que con doce latigazos no tenéis suficiente! ¿Acaso queréis más?

Aquella pregunta pareció agradar a "El Brazos", pues una sonrisa se deslizó por sus labios. Mary y David palidecieron.

-Mi señor –insistió David, sin saber si proseguir o dar media vuelta y marcharse-, sólo le pido que me escuche…nada más.

-Te escucharé –concedió Joseph.

-Gracias, mi señor –David hizo una reverencia, sin creer las palabras del Conde.

-No me las des, lo haré simplemente por curiosidad. –Joseph esbozó una vez más aquella mueca siniestra-. Me intriga saber cuáles son los motivos que impulsan a un hombre hasta su muerte. –Joseph descendió de su montura y se acercó a David-. ¡Habla!

***

Cuando David vio al Conde enfrente, notó cómo el corazón se le aceleraba. Cerró los ojos, pensando que al no verlo quizá se tranquilizaría; pero sólo consiguió ponerse más nervioso.

-¡Habla!

David abrió la boca, pero cuanto emitió fueron unos balbuceos inverosímiles. Estaba paralizado y no era capaz de articular palabra alguna.

-Vas a lograr que pierda la paciencia –le advirtió-. ¡Habla!

David volvió a intentarlo, pero esta vez fue, si cabe, peor que la anterior. Mary, Sara, Robert e incluso la pequeña Martha contemplaron la escena acongojados, sin atreverse a intervenir. William, recostado en el carro de los cachivaches, escuchaba con atención, dando gracias por ser invisible a los ojos del Conde.

David inspiró con fuerza y, en un acopio de valor, dijo:

-Le tengo que decir que la culpa de nuestra ruina la tiene su ciudad, ellos han sido los que nos han calumniado, los que nos han hecho caer en la miseria. –El Conde lo miraba, escéptico-. Hemos traído a nuestro antiguo sirviente, Robert. –Lo señaló-. Él puede

afirmar que todos los rumores son falsos; nosotros no hemos maltratado a nadie, jamás hemos matado de hambre a nuestros sirvientes. ¡Por eso le suplicamos, mi señor, que nos devuelva todo cuanto nos pertenecía!

David aguardó con la cabeza gacha. ¿Cuál sería su respuesta? ¿Aceptaría su petición?

-¿Has acabado ya? –Joseph arrastraba las palabras, saboreando aquel momento.

-Sí, mi señor.

-¡Vosotros dos! –dijo señalando a Sara y Robert-. ¿Estáis casados?

Robert no entendió nada. ¿A qué venía aquella pregunta? ¿Por qué no contestaba a David?

-Sí, es mi mujer. –Robert dio un paso al frente, sacando pecho. Parecía más envalentonado que sorprendido.

-¿Cómo se llama?

Esta pregunta lo desconcertó. ¿Para qué quería saber su nombre? ¿Qué tenía Sara que ver con aquel asunto?

-Sara –musitó Robert.

-Es una mujer muy hermosa…

-No la tocarás –juró Robert, hirviendo por dentro-. Ni un cabello.

Joseph se acercó a Sara y acarició su cuello. Era tan suave y liso como en un principio le pareció. Inspiró su aroma con lascivia.

-Huele muy bien.

Al ver al Conde acariciar a su esposa, su sonrisa burlona y desafiante, Robert se abalanzó sobre él.

El Conde no tuvo tiempo de reaccionar, pues antes de poder parpadear se encontró en el suelo con aquel hombre golpeándole la cara.

Robert lo emprendía a golpes y hubiera continuado haciéndolo de no ser porque el acero de la espada de James se hundió en su brazo. El dolor fue punzante e intenso. Abatido, miró la sangre que derramaba. Robert cayó al suelo, preguntándose si había perdido la mano, el brazo o, tal vez la vida. Aulló de dolor.

William escuchaba los alaridos de su padre conteniendo la respiración, imaginándose qué habría sucedido para que un hombre tan fuerte como Robert gritara de ese modo. William hubiera querido salir del carro y enfrentarse con Joseph y James, pero ¿a quién pretendía engañar? Tan sólo era un muchacho, incapaz de doblegar la voluntad de dos hombres fuertes, experimentados y armados.

El Conde se puso en pie de un salto y se llevó una mano a sus

labios. Estaba sangrando.

-¡Tendero del diablo! –Joseph, cegado por la rabia, pateó el vientre de Robert-. ¡Soy Joseph, el Conde de MainCastle y tú, un pordiosero moribundo, asquerosa rata de cloaca, me has hecho sangrar! –Joseph sacudió a Robert, pero esta vez lo hizo en la cara, en el mismo lugar donde él lo había golpeado-. ¡Pagarás por esto… Todos pagaréis por esto!

-Mi señor –intervino James-, siento no haber intervenido antes… es que mi espada se había atascado.

-¡Silencio! –atajó el Conde, alzando su mano-. ¡No quiero oír ni una palabra!

Joseph miró a su alrededor, afortunadamente ningún ciudadano había visto lo ocurrido.

-Vosotros. -Señaló a Mary y David Breader-. ¡Quería mataros… pero ahora que lo pienso mejor no lo voy a hacer! A vosotros, Mary y David, os encerraré en mis mazmorras de por vida junto a esa niña y vuestro asqueroso criado. No veréis la luz del sol nunca más. Moriréis en la más triste de las negruras. La oscuridad será tan intensa que creeréis respirarla, desearéis morir. No tendréis más compañía que la de las ratas y nadie se acordará de vosotros.

-¡Nooo! –Mary cayó al suelo de rodillas, las fuerzas la habían abandonado.

-Brazos –le ordenó-, átalos y enciérralos.

-¿A la niña también? –preguntó James, sin saber si hablaba en serio.

-Maldita sea, ¿es que no me has oído? ¡A todos!

James obedeció e inmovilizó sus extremidades con una soga.

-¡Y en cuanto a ti, mujer! –El Conde miró a Sara-. No irás a las mazmorras, creo que puedes serme más útil…-rió-. ¡Sube a mi caballo, ahora!

La mujer, aterrorizada, echó a correr.

-Arthur y Thomas –les ordenó el Conde, viendo cómo Sara huía-, ¡atrapadla!

***

Los dos guardias perseguían a Sara como si la vida les fuera en ello.

La mujer, con los ojos anegados en lágrimas, apenas tenía fuerzas para correr. Tan sólo de pensar en su marido e hija, las piernas le flaqueaban. No volvería a verlos nunca más. Morirían encarcelados en las prisiones del castillo, sumidos en una oscuridad triste y cruel. Sara no volvería a ver a Robert, ni darle las buenas noches a Martha, acariciar sus cabellos o volver a reír juntos…nada.

Sintió un pinchazo en su corazón al recordar que ni tan siquiera había podido despedirse, no había tenido oportunidad de decirles lo mucho que los quería.

-¡Más rápido!

Los guardias sesgaban la distancia. Si no atrapaban a aquella mujer, Joseph estallaría sobre ellos toda su ira.

-¡Casi la tenemos!

Sara tropezó en varias ocasiones y a punto estuvo de caer en tantas otras. Si no hacía algo, los dos guardias se abalanzarían sobre ella y la llevarían junto al Conde. Enfurecida, apresuró el paso y alargó la distancia unos metros.

-No aguantaré mucho más –se dijo, fatigada-. *Necesito un milagro…*

Justo en ese momento se alzó ante sus ojos la Plaza Mayor de MainCastle. Al ser domingo, día de mercado, la plaza estaba abarrotada: hombres, mujeres y niños se arracimaban unos contra otros; no hubiera cabido ni un alma más.

Aquella visión dio a Sara un destello de esperanza.

Corrió calle arriba, dirección a la Plaza Mayor y cuando llegó a ella, aprovechando el gentío, se deslizó entre los pies de los compradores.

-¡Que no escape! –voceó uno de los guardias, observando con impotencia cómo la mujer huía-. ¡Que alguien la coja!

Nadie lo escuchó.

-¡Es una prisionera! –continuó-. ¡Atrapadla!

La gente hablaba a gritos y estaba demasiado preocupada en conseguir los mejores productos que ofrecían los tenderos como para escuchar a aquel guardia que hablaba solo.

Sara escapó.

-Capítulo XV-

La noche se desplomó sobre MainCastle. Los colores fueron marchitando, consumiéndose en la oscuridad. Parecía que Dios pintara el mundo con una paleta triste y gris.

En lo alto, unas estrellas iluminaban el cielo, lo moteaban de luz como diminutos cirios de cristal.

A la distancia se oía algún que otro perro y, de vez en cuando, ráfagas de aire mecer las copas de los árboles. El resto era silencio.

William continuaba en el carro y no lo hubiera abandonado por nada del mundo. Allí dentro se sentía seguro, a salvo. El Conde había destruido en unos segundos lo que sus padres le habían dado durante tantos años: esperanza y sueños.

William supo que no volvería a ser el de antes y que ante él se presentaba un futuro incierto, demasiado grande para un joven de 13 años.

-Padre, madre, Martha…-susurró entre sollozos-. ¿Qué hago ahora?

A pesar de que había derramado más lágrimas de las que un hombre puede contener, volvió a llorar. Sin embargo, las lágrimas que ahora vertía eran bien distintas a las anteriores; éstas eran de rabia, de odio por ese Conde que se lo había arrebatado todo. ¿Qué malo había hecho la pequeña Martha? ¿Y qué hizo su padre sino defender a su esposa? ¿Y Sara?

Sin darse cuenta, William golpeó el carro de los cachivaches con pies y puños.

-¡Maldito Conde! –se oyó gritar-. ¡Pagarás por esto!

El joven alzó tanto la voz que los guardias de MainCastle que por allí rondaban podrían escucharlo. Pero nada le importaba a William, estaba encolerizado, nublada su visión por el odio:

-¡Pagarás por esto! -juró-. ¡Lo prometo!

***

El silencio de la noche quedó roto por unos gritos.

Una persona pasó cerca y los oyó. Cubría su rostro con una capucha y andaba con pasos largos y lentos. Al oírlos, se detuvo en seco y agudizó su oído. Permaneció así cerca de un minuto, inmóvil, escuchando con atención aquellos gritos que arrastraba el viento.

Finalmente, miró hacia el lugar de donde procedían y se dirigió a ellos.

***

-¡Maldito seas Joseph! –William estaba tan absorto que no escuchó que alguien se acercaba-. ¡Pagarás por todo!

Justo en aquel momento, una mano blanca de dedos alargados se deslizó por el carro y le sujetó una pierna.

William, confiando en que estaba solo, se asustó sobremanera al ver agarrada a su pierna una mano fría y pálida.

-¡Suéltame! –gritó, si cabe más alto que antes-. ¡Por favor, no me hagas daño!

El propietario de la mano atrajo hacia sí al joven y lo arrastró fuera del carro.

La persona que se alzaba frente a William era alta y delgada. El joven no pudo verle la cara, pues una capucha velaba su rostro.

-¿Quién eres? –le preguntó, aterrado-. ¿Qué quieres de mí?

El encapuchado atrajo su índice a los labios y, exhalando una pequeña nube de vapor, dijo:

-Sssssshhhh

-¿Quién eres? –insistió.

El misterioso visitante se llevó sus manos a la capucha y la deslizó hasta mostrar su rostro.

William no pudo creerlo.

-¿Madre? –preguntó en un hilo de voz-. ¿Eres tú?

-Sssssshhh –repitió Sara-. Vámonos de aquí antes de que nos oigan.

***

Sara y William anduvieron por las calles desiertas de MainCastle.

-Madre, ¿a dónde vamos?

-Pasaremos la noche en una posada, comeremos algo caliente y mañana…-Suspiró-. Mañana será otro día.

-¿Qué va a pasar con padre, hermana y los Breader? –quiso saber.

-William no pensemos en eso ahora ¿vale? –le dijo con dulzura-. Créeme, ahora descansaremos y nos olvidaremos de todo.

Madre e hijo recorrieron, en silencio, las calles hasta que encontraron una posada. No era otra cosa que una especie de taberna mugrienta y sucia donde servían algo parecido a comida.

Una anciana de pelo blanco y manos sucias los recibió con una sonrisa arrugada.

-Buenas noches –dijo con una voz que parecía a punto de

quebrarse.

-Buenas noches, señora.

-¿En qué os pudo ayudar? –repitió con aquella voz de cristal.

-Tomaremos algo caliente –informó Sara- y pasaremos aquí la noche.

-Están ustedes de suerte –la anciana se llevó su mano a la nariz y con su pulgar e índice se restregó las aletas-, esta noche he preparado una sopa para chuparse los dedos. ¿Les sirvo un poquito?

-Por favor –dijo Sara.

-Mientras tanto, siéntense en esa mesa de allí. –Señaló una tabla vieja y polvorienta que descansaba sobre dos piedras-. Enseguida les sirvo.

William siguió a su madre hasta la mesa y tomaron asiento en unos taburetes.

-Aún nos queda algo de dinero. –Sara se llevó la mano al cinto e hizo tintinear la bolsa con los peniques-. No es mucho, pero tendremos suficiente.

-Madre –dijo William mientras deslizaba la palma de su mano por el tablón para retirarla untada en polvo.

-Dime.

-¿Qué te ha hecho?

Sara quedó sorprendida ante la pregunta y miró a su hijo con un brillo de tristeza en los ojos.

-¿A qué te refieres, cariño?

-Al Conde, madre, me refiero al Conde. –William agachó la cabeza, avergonzado-. ¡Quiero saber qué es lo que te ha hecho!

-Nada.

-¿Qué? –William no podía creerlo.

-No ha tenido ocasión de tocarme… Logré escapar –sonrió.

William se puso en pie sobre la mesa y abrazó a su madre. Después de todo, había algo que salía bien.

Con manos temblorosas, la anciana les sirvió unos cuencos de sopa amarillenta, derramando gran parte de su contenido por el camino.

-¡Está caliente! –dijo William cuando se hubo quemado la lengua con el primer sorbo.

-Tienes que soplar. ¡Mira! –Sara hundió su cuchara en el cuenco, luego se la llevó a los labios y sopló con suavidad, haciendo temblar el líquido-. ¡Prueba tú!

***

Cuando finalizaron la cena, la anciana preparó dos jergones de paja y les encendió un fuego.

-Que tengan buenas noches –les deseó.

-Gracias, señora.

Sara se tumbó en el jergón y William lo hizo en el suyo. ¿Acaso existía algo más cómodo en el mundo?

-Descansa, hijo, descansa.

-¿Qué ha pasado con padre? –le preguntó-. Lo oí gritar desde el carro… ¿estará bien?

-Cariño, no lo sé.

-Y Martha ¿estará bien?

-No lo sé, William.

-¿Qué haremos?

-No lo sé.

Segunda parte (1324)

-Capítulo I-

Sara despertó y sintió cómo los primeros rayos de sol la acariciaban. Se ladeó en el jergón y permitió que la luz la inundara, que penetrara por cada uno de sus poros. Su vientre y pechos brillaron como si desprendieran luz propia. Sara notó cómo su cuerpo desnudo se calentaba y sonrió al imaginar su blanca piel envuelta en un aura dorada.

Transcurridos unos minutos se levantó, se vistió y fue a la habitación contigua a despertar a su hijo.

-William, levántate –dijo, bostezando-. Ya ha amanecido.

***

William y su madre vivían en una casa a las afueras de MainCastle. Era una construcción pequeña y frágil, tanto que cuando el viento la golpeaba parecía que fuera a derrumbarse.

Ambos vivían de la labranza, al igual que tantos otros, eran campesinos. Consumían gran parte del día bajo el sol, sembrando, arando y recolectando las tierras. Era un trabajo duro, pero les permitía vivir.

Durante los últimos cinco años, Sara había aprendido a vivir sin su marido e hija. Sin quererlo, el rostro de Robert comenzaba a difuminarse: apenas recordaba el color de sus ojos, la forma de su barbilla, el tacto de su barba...

Cada día era más difícil acordarse de él.

Sin embargo, la ausencia de su hija era la más intensa. ¿Qué habría sido de Martha? ¿Estaría bien?

Cuando Sara se imaginaba a su pequeña encerrada en un calabozo, triste y demacrada, rodeada de oscuridad, se creía morir. Sentía su cuerpo precipitarse en un pozo, sumergirse en el abismo de la mar. En ocasiones pensaba qué aspecto tendría y lo mucho que habría cambiado, sólo entonces sonreía.

Sara intentó ir a visitarlos al calabozo en infinidad de ocasiones, pero los hombres del Conde le negaron pasar.

-No está permitida la entrada -le decían a empujones.

-Pues entonces díganme cómo están –les suplicaba entre lágrimas-. *Tan sólo quiero saber si siguen vivos.*

-Señora, ¡deje de hacer preguntas!

***

Sara y William tomaron un desayuno rápido consistente en unas cortezas de pan que mojaban en cerveza acuosa.

Mientras desayunaban, Sara observaba lo mucho que había cambiado su hijo en los últimos años. Había dejado de ser un niño de 13 años para convertirse en un hombre alto y fuerte. El trabajo en el campo le había conferido unas espaldas anchas y el tiempo, unas facciones firmes y esbeltas.

-Eres la viva imagen de tu padre –le dijo con un brillo de nostalgia en los ojos-. Cuando lo conocí tenía tu edad, 18.

William agachó la cabeza, recordando a su padre. La última vez que lo vio se debatía entre la vida y la muerte, herido. Aún podía recordar sus gritos cuando “El Brazos” le hundió el filo de su espada. ¿Seguiría vivo?

William bebió de un trago la cerveza que le quedaba.

-Madre, llegaremos tarde –le informó, abriendo la puerta.

-Ya voy –suspiró-, ya voy.

-Capítulo II-

Robert, Martha y los Breader se apagaban en la oscuridad. Sus cuerpos estaban consumidos, sus músculos, atrofiados. Si hubieran tenido una vela, un destello de luz que los iluminara, hubieran visto su aspecto: apenas un amasijo de huesos y carne.

Martha había cumplido diez años, pero a diferencia de las chicas de su edad, la invadía una profunda tristeza. En ocasiones se sobresaltaba por las noches, y decía haber soñado con un campo verde y fresco. Decía haber sentido una brisa acariciar su rostro y haber palpado el rocío de las flores. Era entonces cuando Martha se sentía rejuvenecer hasta convertirse en la niña que era.

-¡Padre! –exclamó Martha, asustada-. ¿Qué tengo en los pies? ¡Me hace mucho daño!

Era muy poca la luz que se filtraba bajo el portón de hierro que los aprisionaba, pero fue suficiente para ver la silueta de una enorme rata. El animal tenía los ojos rojos que, en la oscuridad del calabozo, parecieron brillar.

-¡Es una rata! –gritó Mary como si fuera a ella a quien mordiera-. ¡Matadla!

Robert, asustado ante los gritos de su hija, se puso en pie y se quitó uno de sus zuecos. Silencioso, se dirigió hacia el roedor, preparado para lanzárselo en cuanto tuviera la oportunidad.

Robert levantó su brazo derecho y, cuando estuvo a punto de asestarle el golpe de gracia, el animal desapareció por el mismo hueco que había entrado: bajo la puerta.

-¡Una rata con suerte! –exclamó Robert.

-¡Con mucha suerte! –repitió David, que contemplaba a su antiguo criado desde un rincón-. Desde luego que es muy afortunada.

- Capítulo III-

Joseph veía cómo las producciones agrarias, su principal fuente de riqueza, disminuían. Cada año eran menores sus beneficios.

Además, el número de comerciantes que acudían a la Plaza Mayor cada semana había descendido considerablemente.

MainCastle comenzaba a empobrecer. Era un secreto a voces.

-¡Esto se me escapa de las manos! –le admitió aquella mañana a James-. ¿Qué es lo que debo hacer? ¿Acaso estoy gobernando mal mi ciudad?

Bien sabía "El Brazos" que era una pregunta retórica y por su bien sería mejor que, aún siendo verdad, no lo contradijera.

-Usted siempre ha dirigido MainCastle de la mejor manera posible. ¡Su liderazgo es un ejemplo a seguir! –no se le daba muy bien mentir, pero lo hizo lo mejor que pudo.

-Eso ya lo sé –se jactó-. Yo siempre tomo las decisiones más lógicas… pero dime ¿qué crees que está fallando?

-No lo sé, mi señor –James rehuyó su mirada.

-Brazos, lo que resulta evidente es que algo no marcha bien. ¿Qué puede ser?

-No lo sé, mi señor –James se resistía a responder, pues pudiera ser que su respuesta no le agradara.

-¡Maldito seas! –le espetó con acritud-. ¡Dame tu opinión!

Ante el repentino ataque de ira de Joseph, James no tuvo más remedio que hablar. "El Brazos" tragó saliva y sopesó sus palabras con delicadeza.

-Mi señor, yo pienso que quizá usted se propasa con sus castigos.

-¿Con mis castigos? –repitió el Conde, con aspereza.

-Sí…por ejemplo, hace cinco años me ordenó encarcelar a esos Breader junto a su criado y una niña.

-Sí, lo recuerdo.

-¿No cree que ya han sufrido bastante, mi señor? ¿No cree que debería liberarlos?

-¡Jamás! –la sola mención de los Breader encolerizó al Conde, tanto que tuvo que golpear una silla para descarriar su ira-. ¡Esos miserables morirán en mis calabozos!

-Sólo lo decía, mi señor, porque si los liberara los ciudadanos lo verían como a un hombre poderoso y noble.

-¡Jamás! –escupió Joseph-. ¡Tan sólo saldrán de mis mazmorras cuando mueran! ¿Acaso olvidas que ese maldito tendero…Robert, me golpeó?

-No, mi señor, no lo he olvidado.

-¿Acaso has olvidado que me rompió el labio y me hizo sangrar?

-No, mi señor.

-¿Entonces cómo me propones semejante demencia?

James agachó la cabeza, al parecer no lo haría cambiar de opinión.

-Brazos… ¿Sabes qué es lo que está fallando?

-No, mi señor.

-Pues te lo voy a decir –Joseph se acercó al ventanal y atisbó los campos de la ciudad. Desde lo alto del castillo, los campesinos que labraban las tierras se asemejaban a pequeños insectos, diminutos puntos bajo la gran bola de fuego.

-¿Ves a esos miserables? –le preguntó a su guardia señalándolos con el dedo.

-Sí, los veo.

-Pues ellos son los que empobrecen mi ciudad.

-¿Los campesinos?

-Sí, esos malditos parásitos cobran cantidades astronómicas por arar y cuidar mis tierras y lo único que hacen es reducir mis producciones.

-Pero mi señor, ha sido un invierno muy frío…eso ha afectado al campo y a las producciones.

-No le eches la culpa al frío y al mal tiempo –sentenció-. ¡Ellos son los culpables!

-Es cierto –James se cansó de contradecir a Joseph y optó por darle la razón-. ¿Quién si no la va a tener?

-¡Vayamos ahora mismo a hacerles una visita!

-Capítulo IV-

William y su madre se dirigían hacia el campo de cultivo. Los primeros campesinos ya estaban manos a la obra.

Sara colgaba en su hombro una cesta de mimbre que ella misma había confeccionado. Allí guardaba algo de comida y un pellejo con agua fresca.

-Hoy va a ser un día muy caluroso –informó William, enjugándose el sudor de su frente.

Anduvieron unos minutos más hasta encontrarse con más conocidos, compañeros de trabajo. Todos caminaban despacio, retrasando en cuanto les era posible la llegada a los campos. Hablaban y reían entre ellos, haciendo caso omiso al sol y su furia.

-Buenos días Sara –la saludó Albert en cuanto la vio-. ¿Qué tal estás hoy?

-Pues supongo que como siempre –Sara sonrió, mostrando sus perfectas filas de dientes-. ¿Y tú?

Albert era uno de sus vecinos, con el que había congeniado muy bien. Fue Albert quien la ayudó cuando perdió a su marido e hija, el que le ofreció luz cuando sólo veía oscuridad, el que le dio esperanza en tiempos aciagos.

-No te preocupes Sara, todo va a salir bien –le dijo mientras lloraba sobre su hombro.

-¿Cómo puedes decirme que todo va a salir bien? –le recriminó entre lágrimas-. *¿Cómo puedes decirme eso?*

-Sé lo que sientes –Albert asintió con tristeza-, *yo también he perdido a mi esposa.*

Albert era viudo y cuanto conservaba de su matrimonio eran dos hijos: Richard y Anthony. Ambos eran de la misma de edad de William, por lo que no tardaron en hacerse grandes amigos.

Albert era un hombre de pelo color ceniza, piel arrugada y ojos vigorosos. Aparentaba más edad de la que tenía, pues el trabajo en el campo junto al hambre y demás preocupaciones lo hacían envejecer más de lo normal. Según él, era algo que no podía remediarse.

-Buenos días –le dijo William-. ¿Dónde se han metido tus hijos?

-Se están levantando –esbozó una mueca-. Son unos dormilones.

Poco después llegaron Richard y Anthony, que comenzaron a hablar con William como si hiciera años que no lo vieran.

Entre bromas y risas llegaron al campo.

***

William y sus dos amigos comenzaron a plantar semillas: Anthony hacía pequeños agujeros en la tierra, su hermano, Richard, introducía una semilla y William se encargaba de tapar el hoyo.

Puede parecer algo sencillo, pero el campo de cultivo era una vasta extensión que se perdía allí donde la vista no alcanzaba y, además, la fuerza del sol dificultaba aún más la tarea.

Apenas comenzaron a trabajar, sucedió algo.

Todos los campesinos dejaron lo que estaban haciendo y miraron a la lejanía con una expresión de temor en el rostro.

-¿Qué sucede? –preguntó Richard, excitado por el incidente.

-Allí –William señaló un punto.

-¿Qué es? –quiso saber Anthony.

-Sea lo que sea viene hacia nosotros.

El punto arrastraba tras sí una estela de tierra. ¿Qué podría moverse tan rápido?

Minutos después el punto se convirtió en una mancha; parecía que alguien galopaba a toda prisa. La mancha se convirtió en un hombre y, finalmente, en Joseph.

El Conde cabalgaba en su montura, un terrible caballo de guerra negro y fuerte como el que más. A su zaga lo seguía "El Brazos", su guardia y consejero.

Que Joseph se dejara caer por las afueras de MainCastle y además lo hiciera justamente por el campo de cultivo fue algo insólito. ¿Qué es lo que querría?

Así, los campesinos dejaron a un lado sus hoces y guadañas.

***

Cuando Sara vio al Conde, se creyó morir. Su corazón comenzó a golpearle el pecho y sus piernas, a tambalearse. Su rostro palideció.

-¿Te encuentras bien? –le preguntó Albert, preocupado.

-Es Joseph…¡El Conde! –consiguió articular.

-¡Escóndete tras mis espaldas! ¡Que no te vea!

A falta de una mejor opción, Sara obedeció y se ocultó tras su vecino. No era un buen escondite, pero al menos se guarecería de su vista.

-He de pasar desapercibida –pensó Sara-. *Si llegara a verme…* –sintió un nudo en su garganta –. *¡Me matará!*

Y en efecto, si Joseph reconociera a Sara como la mujer de su prisionero, como la que escapó años atrás escabulléndose en la Plaza Mayor, acabaría con ella.

***

Cuando Joseph llegó, reinó un silencio mortal.

Los campesinos contenían la respiración, conocedores de su furia y maldad.

Desde su caballo, el Conde examinó rápidamente a los labradores. Eran hombres y mujeres de todas las edades, sucios, harapientos y sudorosos. Todos ellos tenían gacha la cabeza y Joseph leyó en sus rostros el miedo a su poder.

-Supongo que os estaréis preguntando qué hago aquí ¿no?

Silencio. Los campesinos no movieron ni un músculo. Había alguno que incluso cerraba los ojos, deseando con todas sus fuerzas que se fuera cuanto antes.

-Decidme –insistió Joseph con voz grave-. ¿Sabe alguien por qué estoy aquí? -su brioso caballo movía con inquietud las patas delanteras, como si ya supiera lo que iba a suceder.

Silencio.

-¿Nadie contesta? –Joseph asió las bridas de su equino y se acercó unos metros a los campesinos. Al ver al enorme animal tan cerca, los trabajadores tuvieron que retroceder, por miedo a ser pisoteados.

-Lo repetiré una última vez –sentenció-. ¿Sabe alguien por qué estoy aquí?

De nuevo silencio. Un silencio que podría haberse roto igual que un fino cristal.

-¡Tú! –Señaló a una mujer-. ¡Habla!

Todos giraron las cabezas hacia donde Joseph señalaba. ¿Quién sería la desdichada?

Era una mujer morena de ojos verdes cuya belleza se veía rayada por el duro trabajo, y su sensualidad, oculta tras un andrajoso harapo. Tendría 20 años a lo sumo y la joven quedó petrificada cuando vio el dedo de su señor apuntar hacia ella.

-¡Tú, mujer! –le ordenó el Conde-. ¡Contesta a mi pregunta! ¿Por qué he venido?

La joven tragó saliva. ¿Por qué le había tocado a ella? Había más de doscientos campesinos y tenía que ser ella. Maldijo su suerte.

-¡Contesta!

A pesar de que temblaba por dentro, la chica se mostraba tranquila. Así que dio un paso al frente y con voz clara dijo:

-Lo siento, mi señor, pero no lo sé.

Sus suaves palabras resonaron en los oídos de los trabajadores como gritos de guerra.

El Conde desmontó de su montura de un salto. La tierra tembló ligeramente cuando sus botas pisaron la tierra.

La joven estaba tan aterrada que apunto estuvo de llorar, sus ojos se tornaron vidriosos y sus pupilas verdes parecían dos esmeraldas.

-Estoy aquí –le gritó- porque sois unos incompetentes, unos miserables incapaces de labrar mis tierras.

Silencio.

-Si en tres meses mi ciudad continúa empobreciendo, haré que os azoten… ¡A todos y cada uno de vosotros!

-Capítulo V-

Robert había oído que las personas que permanecían mucho tiempo encarceladas, se volvían locas. Se decía que al cabo de unos años veían destellos en la negrura, haces de luz que no eran otra cosa sino fantasmas. Transcurrido algún tiempo, escuchaban voces retumbando por las paredes, voces espectrales y crueles que jamás cesaban. Se decía que esas personas acababan hablando solas y poco después, incapaces de soportar tales tormentos, perdían el juicio.

Robert se pregunta si aquellas habladurías serían ciertas y si Dios realmente podría gastar semejantes bromas.

Unos pasos rompieron el silencio de los calabozos.

-Psss –siseó-. ¡Alguien se acerca!

-Acurrucaos en un rincón –se oyó la voz de David-. ¡Rápido!

Martha corrió a los brazos de su padre, y Mary se agazapó junto a su marido.

En el silencio mortal de las prisiones, sintieron aquellos pasos aproximarse. Cada pisada resonaba en sus cabezas como un rayo en una noche abandonada.

-¿Quién se acerca? –preguntó Martha en un susurro.

-No lo sé, hija –Robert la balanceó entre sus brazos, apretándola con fuerza contra su pecho-. Pero no tengas miedo…Quizá sea algún guardia que viene a traernos comida.

A pesar de sus diez años, la niña sabía que su padre mentía. Era imposible, pues los guardias sólo les llevaban pan y agua a primera hora de la mañana y ya debía ser mediodía.

Martha incluso hubiera jurado que se trataba de dos personas, una que arrastraba los pies y otra que andaba con zancadas largas y ligeras.

¿Quién sería? ¿Quién se había dignado a bajar a las mazmorras a aquellas horas? ¿Qué es lo que querría?

Sin aviso, el portón de hierro crujió sobre sus goznes y se abrió.

***

Martha cerró los ojos cuando la luz entró de súbito en la celda. Sintió cómo los rayos del sol se posaban en su piel.

Robert le había dicho infinidad de veces que fuera de los calabozos seguía habiendo vida; que los pájaros trinaban, que el mar continuaba igual de puro y bello y que los campos aún conservaban aquellas hermosas flores que tanto le gustaban.

Martha nunca lo creyó, pues no recordaba nada de eso; no hubiera podido distinguir el tacto de una rosa ni aún teniéndola delante.

Sin embargo, cuando la luz penetró en las mazmorras, cuando sintió el calor del sol acariciar sus brazos y una ráfaga de aire puro alborotar sus cabellos…entonces supo que era cierto; aún había esperanza.

-No pienso pasar aquí –dijo una voz masculina con cierto acento árabe-. ¡Aparta tus manos!

-No te lo voy a repetir dos veces –atestiguó otra voz, ésta mucho más grave y severa-. Entra o muere.

-Creo que no sabes quién soy –dijo la misma voz.

-Y por lo que veo –contestó el guardia-, tú tampoco sabes lo que les hago a los que me desobedecen.

Silencio.

Las dos siluetas, una más alta que la otra, permanecieron una enfrente de la otra, sin moverse.

Finalmente, la más baja movió los pies y cruzó el umbral de la entrada.

-Te arrepentirás de esto –juró mientras alzaba una mano-. Cuando salga de aquí acabaré contigo…¡no puedes encerrarme!

El guarda, con voz cruel, añadió:

-Ya lo he hecho.

La puerta de hierro se cerró con un golpe seco.

***

Al cerrarse el portón, la oscuridad volvió a reinar. En instantes, quedaron sumergidos en las sombras.

Los Breader, Robert y la pequeña Martha contemplaron la silueta del nuevo prisionero: alta y delgada. No pudieron ver sus facciones, pues la negrura velaba su rostro, pero unos ojos vivos y centelleantes decían que se trataba de un hombre inteligente, quizá un anciano.

Martha se preguntó qué clase de hombre sería y por qué razón estaba allí. A pesar de su curiosidad, no abrió la boca.

-¿Hay alguien aquí? –preguntó el hombre, andando a tientas. Tenía un acento poco usual, eso estaba claro, y Robert creyó que debía tratarse de un hombre del este. Alguien con raíces árabes.

A diferencia de ellos, el nuevo preso no estaba acostumbrado a la falta de luz y fue incapaz de evitar estrellarse contra una de las paredes. El golpe fue enorme, tanto que Martha había creído que quizá se hubiera roto la cabeza.

El prisionero se llevó sus manos a la sien y comenzó a lloriquear igual que un niño asustado.

-Tranquilo, buen hombre –habló, David, movido por la compasión-. No estás solo.

El preso cesó su llanto.

***

-Me llamo Alik –dijo.

Una vez fueron intercambiados saludos con Robert, Martha y los Breader, Robert le preguntó si sabía algo acerca de su mujer e hijo.

-¿Qué ha sido de ellos? –le dijo con voz emocionada-. ¿Siguen vivos? ¿Están bien? ¿Dónde se encuentran? –un torrente de palabras se apelotonó en sus labios. Robert no quería mostrarse desesperado, pero era la primera oportunidad que se le presentaba en años de responder a esas preguntas.

Alik miró al hombre con una expresión triste.

-Siento decepcionarte, pero MainCastle es una ciudad enorme y en ella viven miles de personas –a medida que hablaba, Robert veía cómo sus esperanzas se disipaban. Notaba cómo el peso de su cuerpo lo arrastraba hacia abajo, sin fuerzas-. Lo siento, buen hombre, pero no sé quién es tu mujer.

Pasaron unos minutos de completo silencio. Si la luz que se filtraba por debajo del portón hubiera sido mayor, Martha hubiera visto llorar a su padre. Robert se había ilusionado demasiado, había dado por sentado que Alik lo informaría sobre Sara y William; así que se sintió tremendamente abatido y decepcionado.

***

Alik explicó por qué lo habían encerrado.

Al parecer, Alik era uno de los hombres más ricos de MainCastle: era él quien tenía el monopolio del transporte y venta de diamantes.

De naturaleza judía, Alik fue a Inglaterra con la esperanza de recaudar una fortuna con su negocio. Y, en cierto modo, así fue.

Durante años, vendió los diamantes a joyeros, a señores de la alta nobleza e incluso a alguna mujer de clase más modesta que quedaba extasiada con su brillo.

-Yo tenía toda clase de piedras preciosas –dijo con voz emocionada-, entre ellas había zafiros, esmeraldas e infinidad de diamantes de belleza indescriptible.

A pesar de la tremenda decepción por el paradero de su mujer e hijo, Robert estaba muy contento con el nuevo compañero de celda, era jovial, divertido y, cuando hablaba, todos quedaban cautivados

con sus historias.

-Una vez hube recaudado suficiente dinero –contó-, decidí volver a Palestina, mi tierra. Pero antes de marcharme, me convencí de que debía llevar a cabo un proyecto con el que había soñado toda mi vida, un proyecto complejo y muy ambicioso –Martha, al igual que el resto, escuchaba imaginándose cómo debían de ser aquellas piedras preciosas.

-¿En qué te metiste? –le preguntó David.

-En algo de lo que me arrepiento –paró un momento y tragó saliva-. Fui al castillo de Joseph. Éste, conocedor de mi fortuna, me acogió con los brazos abiertos e incluso me invitó a una copa de vino mientras hacíamos un trato económico.

-¿Que te invitó a una copa? –repitió David, incrédulo- ¿Joseph, el Conde de MainCastle, el mismo animal que nos ha encarcelado? ¿El mismo que nos despojó de nuestros bienes? ¿El mismo que ordenó nuestra flagelación? ¿El mismo que…?

-Sí, sí, sí. –Alik asintió con la cabeza-. El mismo animal, el mismo loco, el mismo…-Calló un momento, conteniendo su ira-. Sí, Joseph. Acudí a él para que me concediera un préstamo que respaldara mi ambicioso plan.

-Y por lo que veo –dijo Robert-, tu proyecto salió mal. Al final no pudiste devolverle lo que te prestó ¿no?

Alik suspiró, dando a entender que estaba arruinado.

-Lo peor no es eso –dijo-, el problema es que dentro de una semana… ¡Me ahorcará!

Martha gritó, no quería que aquel hombre tan divertido se fuera.

-Pero ya se lo devolverás –increpó la niña-. Tampoco es para que se ponga así.

Alik sonrió, feliz. La inocencia de la niña le recordó lo sencilla que sería la vida si todos fueran como ella.

Luego, dirigiéndose a David, dijo:

-¿Te acuerdas de lo que Joseph os hizo a ti y a tu esposa en la plaza Mayor? –El rostro de David se ensombreció y durante unos instantes sintió sangrar las cicatrices de su espalda-. Pues imagínate lo que a mí me aguarda.

-Capítulo VI-

Desde la inesperada visita de Joseph a los campos de cultivo, las cosas habían cambiado mucho. Lo que más se notó fue la drástica disminución salarial de los labradores. Ahora cobraban la mitad y trabajaban el doble.

Los campesinos se veían obligados a dejarse la piel, en su sentido más literal, por unas míseras monedas.

William, al igual que sus amigos, Richard y Anthony, podían hacer frente al nuevo horario de trabajo, pues eran jóvenes y fuertes. Sin embargo, Sara y otros de edad más avanzada, apenas podían soportarlo.

William observaba cómo su madre, la mujer más fuerte del mundo, sufría en silencio. A pesar de que nada había dicho al respecto, William se percataba de sus dolores de espalda, de que por las noches casi no dormía y de que apenas podía mantenerse en pie.

-Madre, ¿te encuentras bien? –le preguntó una mañana mientras desayunaban-. Apenas has comido.

Sara esbozó una sonrisa triste, como una rosa marchita cuyos pétalos aún conservan parte de su belleza.

-No es nada –dijo, mirando hacia otro lado.

-Pero madre –insistió, preocupado-, no puedes seguir así. ¡Llevas días sin comer!

Sara jugueteó con la comida entre sus manos, hizo gesto de probarla pero antes de rozar sus labios la dejó caer.

-No me apetece –susurró.

-Madre… ¿Qué es lo que te sucede?

-No es nada –repitió en apenas un suspiro.

Aquella mañana, Sara estaba más blanca de lo habitual: sus mejillas habían perdido su tono rosado y su rostro se asemejaba a una máscara de porcelana. Lo único que no cambiaba eran sus cabellos, que resbalaban por sus hombros en una catarata de aguas doradas.

-Madre, por favor –los ojos de William comenzaron a tornarse vidriosos, húmedos por su abandono-. ¡Dímelo!

Ante aquella escena, a William se le rompió el corazón. Sintió sus añicos clavarse en los recovecos de su alma.

-Por favor, madre. ¿Qué te pasa?

-No te preocupes, hijo –le dijo aparentando tranquilidad-. Tan sólo es que me estoy haciendo vieja.

-¿Es por el nuevo horario? –le preguntó-. ¿Es por eso, verdad? ¡No puedes soportar tanto trabajo!... Hasta a mí me cuesta llevar

este ritmo…es algo inhumano…

-No es eso –lo interrumpió antes de que dijera algo más.

William la miró con cierto escepticismo.

-¿Entonces qué es?

-Tu padre y tu hermana… los echo mucho de menos –sin darse cuenta, una lágrima resbaló hasta sus labios.

-Yo también los extraño.

-No puedo seguir viviendo sin ellos –suspiró-. William, han pasado cinco años en los que he ignorado su ausencia. He seguido hacia delante con todas mis fuerzas…pero ahora –Sara negó con la cabeza, derramando mechones de oro-, ahora no tengo más fuerzas. ¡Estoy agotada, hijo! Necesito saber qué ha sido de ellos.

-¡Joseph es un bastardo, un monstruo! –juró William, golpeando la mesa. Uno de los cuencos, el que contenía leche, cayó al suelo. Pero nada le importó a William o a su madre.

-Arrastró a tu padre y a la pequeña Martha hasta las prisiones del castillo y no he sabido nada de ellos en todos estos años –lloró-. ¡Ni tan siquiera sé si siguen con vida!

William se levantó de la mesa y la abrazó. Dejó que llorara mientras la atraía hacia sí, sintiendo su tristeza en su corazón roto.

-Vayamos a trabajar, madre –le dijo con una media sonrisa-. Esta noche, cuando volvamos a casa, te diré algo…algo que quizá no vaya a gustarte.

***

Al ocultarse el sol, los campesinos recogieron sus cestas, capazas y demás objetos personales. El día había sido muy caluroso, estaban agotados y sus músculos, atrofiados; pero pese a ello se despidieron con una sonrisa.

-Hasta mañana –dijo una mujer a sus compañeros.

-Mañana nos vemos.

-Descansa bien esta noche –le respondió otra.

Así cada uno se fue a su hogar, deseosos de volver con los suyos.

En pocos minutos los trabajadores abandonaron los campos en fila, con el orden y determinación de un ejército de hormigas.

Cuando cayó la noche, nada quedaba sino un silencio y paz desoladores. Parecía que aquellas tierras no pertenecían a nadie y que ningún ser humano las hubiera pisado.

***

-Madre –al llegar a casa, William cerró la puerta tras sí con

sigilo, como si temiera que alguien lo oyera-, hay algo que debo contarte.

Su voz grave y potente se había vuelto pequeña, apenas un susurro.

Sara se llevó su mano al hombro y se quitó la cesta de mimbre. En su hombro quedó la señal de la cuerda, un surco en su blanca piel. A continuación, se sentó en una silla cerrando los ojos y soltando un largo suspiro.

-Venga, hijo…estoy muy cansada –deslizó sus pupilas hasta las de William y contempló su semblante taciturno-. ¿Qué tienes que decirme?

Antes de abrir la boca, William se deslizó hasta la única ventana que tenían y atisbó a la lejanía con las narices pegadas al cristal. Sara lo observaba en silencio, preguntándose qué demonios estaba haciendo.

-Como ya te dije –habló sin apartarse del cristal-, quizá no vaya a gustarte.

-Hijo, me estás asustando –le confesó.

-Pero has de saber que la decisión ya está tomada…no hay marcha atrás.

-¿Qué decisión? –le preguntó-. Hijo… ¿A qué te refieres?

William, absorto en sus pensamientos no la oyó.

-No hay marcha atrás –repitió, empañando el cristal-, la decisión está tomada…

Sara se puso en pie y durante un instante olvidó el dolor y el cansancio.

-¡Haz el favor de mirarme! –le ordenó con su tono más duro-. ¡Ahora mismo!

William se apartó de la ventana y posó sus ojos en los de su madre.

-¿A qué decisión te refieres? –le preguntó Sara, una vez captada su atención-. ¿Por qué no hay vuelta atrás?

William calló, sopesando sus palabras con cautela.

-Maldita sea –Sara alzó la voz, tanto que temió despertar a los vecinos-. ¡Di algo!

-Madre…no sé cómo decírtelo, pero esta noche me voy de casa.

Aquello, la pilló totalmente desprevenida, tanto que se dejó caer en la silla, abatida.

-Te marchas –dijo.

-Me temo que sí.

-Pero ¿por qué? ¿Has conocido a alguna chica?

-No madre, no se trata de eso.

-Entonces ¿qué es?

William volvió a mirar por la ventana unos segundos, afuera tan

solo se veía una noche muda y sin estrellas. La luna pendía en lo alto, ingrávida, iluminando la ciudad con destellos anaranjados.

-Voy a ir a por padre y Martha… Iré a las prisiones del castillo y los traeré de vuelta.

Sara se desmayó.

***

Al volver en sí, Sara se sorprendió durmiendo en su lecho.

Jamás se había sentido tan desorientada, perdida en su propia casa.

-*¿Qué ha pasado?* -se preguntó llevándose una mano a la cabeza-. *¿Dónde estoy?*

Cuanto había a su alrededor daba vueltas a gran velocidad: las paredes, el techo, el suelo, aquel jarrón que le regalaron…todo giraba en una frenética danza. Sara tuvo que cerrar los ojos para no marearse.

Tuvieron que transcurrir varios minutos para que los objetos fueran cesando su movimiento, y otros muchos para que quedaran inmóviles.

-William –lo llamó, poniéndose en pie y volviendo a recuperar el equilibrio-. ¡Ven aquí!

La puerta de su dormitorio se abrió y la silueta de su hijo se recortó en la oscuridad. Llevaba una vela en su mano y una llama iluminaba su rostro con fulgores azulados.

-¿Qué ha pasado, hijo?

-¿Lo has olvidado?

-¿Olvidar? –le preguntó frunciendo el ceño-. ¿Olvidar el qué?

William no respondió. Su madre había perdido el conocimiento y no recordaba nada.

En silencio, William se acercó hacia su jergón y se sentó a su lado. Esta vez se lo explicaría de forma más delicada, le diría que traería de vuelta a Robert y Martha, que todo saldría bien y que no debía preocuparse.

La vela exhalaba una diminuta luz que amenaza con apagarse, su llama temblaba en una hermosa danza de azules y dorados.

-Madre –le dijo William depositando la vela en un taburete-, te has desmayado y lo has olvidado todo.

Sara se llevó la mano a la cabeza y entonces supo cuál había sido el motivo de su mareo y de que todo diera vueltas en su rededor.

-Bueno…entonces quizá puedas recordármelo.

William deslizó sus ojos hasta la vela, que había recuperado su

quietud.

-Verás –dijo, frotándose las manos-, voy a ir al castillo de Joseph. Me introduciré en los calabozos, encontraré a padre y hermana y los traeré a casa… ¡Volveremos a ser una familia!

Sara se mordió el labio y a punto estuvo de volver a desmayarse. Sus ojos brillaban con inquietud en la penumbra.

-¿Hijo, hablas en serio?

-Sí –respondió-. Cuando traiga a padre y hermana podremos…

William continuó hablando, pero Sara no lo escuchaba. Sus labios articulaban palabras con determinación, seguro de sí mismo, ilusionado, feliz…pero nada de lo que pudiera decirle le importaba.

-¡No puedes hablar en serio! –le reprimió Sara-. Es una locura… si te pillan te matarán.

-Tengo que hacerlo, como ya te dije, no hay marcha atrás.

-Por supuesto que la hay…Por favor -le suplicó-, ¡no lo hagas! Si vas a buscarlos, morirás.

William rodeó a su madre con su brazo izquierdo y sintió hacerla sufrir.

-Por favor, madre, no te preocupes…no voy a ir solo…Tendré ayuda.

Silencio.

-¿Ayuda?

-Sí –William sonrió-, Albert y sus dos hijos, Richard y Anthony, me acompañarán a las mazmorras. ¡Juntos lo conseguiremos!

Sara no podía creerlo. Sus vecinos y su hijo debían haber planeado aquello hacía meses y no se había enterado de nada. ¿Acaso se habían vuelto todos locos? ¿No se daban cuenta de que si entraban en el castillo jamás saldrían con vida?

-No lo hagáis…por favor –su voz no contenía rabia, sino una profunda tristeza, la desolación de quien ve un futuro ya escrito.

William la besó en la frente.

-Madre, he de hacerlo –la vela expiraba sus últimos destellos, pronto se consumiría-. ¡Padre y Martha se merecen una segunda vida, merecen salir de esas prisiones, respirar aire puro y ver la luz del sol!

Sara rompió a llorar. Su hijo no cambiaría de opinión.

-Ten mucho cuidado –lo abrazó, sabiendo que quizá sería la última vez que pudiera hacerlo-. Prométeme que volverás a casa, que no os pasará nada.

En ese momento, de súbito, se sumieron en la oscuridad. La vela se había apagado.

-Capítulo VII-

Alik perdió la noción del tiempo.

No debería llevar encerrado más de una semana, pero a él le parecieron cien años. Sus piernas estaban atrofiadas y, a pesar de que no había intentado ponerse en pie, supo que no podría hacerlo. Estaba demasiado débil.

La oscuridad era inmensa y en raras ocasiones un rayo de luz iluminaba la mazmorra. Era entonces cuando Alik se contemplaba, cuando veía a un anciano sucio y demacrado. Tenía el aspecto de un mendigo, uno de los muchos que suplicaban limosna en las calles de MainCastle…¡nada quedaba del poderoso diamantista!

Afortunadamente, la luz sólo duraba unos minutos y pronto los abandonaba. En la negrura, Alik se sentía mejor, pues al menos así no veía su lamentable estado.

Pero si había algo que Alik detestaba más que su aspecto, era la comida. La primera vez que la probó, tuvo que escupirla, asqueado.

-¿Pero qué es esto? –preguntó.

-Comida –respondió Martha, apurando su cuenco con avidez.

-¿Comida? ¡Pero si ni una rata podría comérsela!

-Con el tiempo te acostumbrarás –Robert sonrió-, ya lo verás.

Durante los dos primeros días Alik rehusó su ración. Decía que él sería un preso, pero que tenía dignidad y jamás probaría semejante bazofia.

Que la rechazara fue admitido de buen agrado por el resto, pues así contaban con un plato extra con el que llenar sus estómagos.

Sin embargo, los días fueron pasando y Alik comprendió que su orgullo no lo alimentaba y que si no comía algo, moriría.

***

Alik no paraba de darle vueltas a la cabeza.

En el silencio de los calabozos tenía tiempo para pensar, quizá demasiado.

Cerraba los ojos e imaginaba cuál sería su fin, de qué forma el Conde acabaría con él. Alik le debía mucho dinero, cientos de libras que no había podido devolverle y sabía que Joseph llevaría a cabo su venganza de la forma más cruel.

Alik se imaginaba en la Plaza Mayor, igual que los Breader hacía cinco años. Veía a un anciano caminar hacia su muerte con la cabeza alta, soportando con la dignidad que le era posible los gritos, insultos, maldiciones y objetos que la ciudad entera le lanzaba. Después, ese anciano lloraba, incapaz de fingir que aquello no le

afectaba, pues era un hombre frágil. Por último, entre más abucheos, el desdichado subía a una plataforma donde James lo esperaba. “El Brazos” asía en su mano un hacha, aunque otras veces sujetaba un látigo, unas tenazas, un cuchillo o una espada.

¿Cómo moriría? ¿Qué macabro final le tenía reservado Joseph?

-Capítulo VIII-

Joseph había ordenado que encarcelaran al diamantista provisionalmente hasta disponer qué hacer con él. Llevaba en los calabozos alrededor de una semana y continuaba sin decidirse.

Por un lado, nada deseaba más que ver a Alik muerto, aunque por otra parte, su muerte no le reportaría ningún beneficio.

Por las noches, Joseph no podía conciliar el sueño pensando en el asunto.

Llevaba días sin apenas dormir y se dijo que debía llegar a una decisión cuanto antes.

***

Como de costumbre, el Conde desayunaba con sus hombres. Una larga mesa rectangular con Joseph en el centro era el lugar en el que toda la guardia se reunía a diario. Más de cien hombres hambrientos tomaban asiento, engullendo cualquier alimento sin apenas masticar.

Sin embargo, aquella mañana Joseph apenas probó bocado.

-Mi señor –le dijo James-, ¿se encuentra bien?

-¿Por qué no iba a estar bien? –le preguntó con hostilidad.

-Tan sólo le preguntaba porque apenas ha comido.

Joseph suspiró e hizo un gesto de negación con la cabeza.

-Es por el judío, Brazos –le confesó-. ¡No sé que hacer con él!

Joseph no aceptaba consejos de nadie y cada vez que alguien le daba su opinión la rechazaba de malos modos, así que James no dijo nada y prosiguió con su desayuno.

De entre todos los guardias, el que más comía era sin duda “El Brazos”. En cuanto tuvo la oportunidad, echó mano a un plato de porcelana que contenía carne asada y lo arrastró hacia sí. Con su mano derecha cogió un muslo y, con la izquierda, un ala de pollo. A continuación comenzó a mordisquearlos, alternando derecha e izquierda y arrancando con cada bocado un buen pedazo.

Los guardias lo observaron, sorprendidos no sólo por su descomunal apetito, sino porque aquel plato era de todos. Se trataba de una fuente central y no de un cuenco individual. No obstante, ninguno protestó.

-Brazos –lo llamó Joseph, asqueado por su glotonería.

James tragó la carne sin apenas masticar y bebió un largo trago de cerveza fuerte.

-Dígame, mi señor –eructó.

-¿Cómo demonios puedes comer tanto? –rió, y los que lo oyeron

también lo hicieron-. En serio, Brazos ¿cómo lo haces?

James miró a sus compañeros que, divertidos por el comentario del Conde, reían a carcajadas.

-No lo sé, mi señor –respondió, molesto por ser el repentino foco de hilaridad-. Simplemente tengo hambre.

Joseph rió, mostrando una dentadura amarillenta y cariada.

-Bueno Brazos –le dijo cambiando la expresión de su rostro-. Necesito tu consejo.

-¿En qué puedo ayudarle? –le preguntó cogiendo una rebanada de pan.

-Se trata de ese maldito judío –le dijo, adoptando tono de confidencialidad-. No sé qué hacer con él.

-Mi señor –James habló con la boca llena, escupiendo pequeños trozos a medio masticar con cada palabra-, cualquiera que sea su decisión será la correcta.

Joseph no pudo evitar sonreír ante la respuesta tan poco comprometida de "El Brazos".

Durante unos minutos, los guardias hablaron entre ellos sobre temas triviales, asuntos irrelevantes de su día a día: guerra, sangre y alcohol.

Todos ellos dialogaban a gritos, como si estuvieran en el campo de batalla y no en un lujoso castillo. La mayoría hablaba con la boca llena, mostrando a sus interlocutores el bolo que masticaban. Así, se podía adivinar qué es lo que cada uno comía viéndolos hablar.

Pasado un rato, volvió a salir Alik y su fortuna. Un asunto que, al parecer, llamaba la atención de todos.

-Si me permite el atrevimiento –le dijo un guardia a Joseph-, me gustaría decirle que no me acabo de creer que el judío no tenga dinero –el Conde, le dedicó una oscura mirada-. Verá, mi señor, creo que tiene que tener algún lugar escondido en el que almacene sus riquezas…al fin y al cabo, todos sabemos que Alik es el ciudadano más rico de su ciudad. ¿Cómo es posible que esté sin blanca?

Un murmullo de aprobación se desató entre los refinados comensales.

-¡Eso es lo que no puedo comprender! –a Joseph se le veían las azuladas venas de la yugular-. Tiene que haber algún lugar donde esconda sus diamantes, joyas y rubíes…pero hasta ahora no he encontrado ni un asqueroso penique.

-¿Le ha preguntado usted si los tiene guardados? –preguntó "El Brazos" despedazando otro muslo.

-No seas estúpido –Joseph no consentía que lo trataran de necio haciendo preguntas como aquélla-. ¡Pues claro que se lo he

preguntado…fue lo primero que hice! -James mordió la carne, lamentándose por lo dicho-. El judío dice que lo invirtió todo en un "ambicioso proyecto", que está arruinado.

-¿Y si miente? –se atrevió a decir otro soldado-. Mi señor, ¿cómo está seguro de que realmente está arruinado?

Joseph achicó los ojos, como una serpiente.

-¿Qué propones? –escupió-. ¿Cómo podría saberlo?

-Mi señor, ese hombre tiene que tener algún familiar, algún hijo, mujer, novia, hermano, padre, tío…alguien a quien amenazar. Sólo así nos aseguraremos de que dice la verdad.

-Alik es judío –explicó el Conde, acaparando la atención de todos sus hombres-, toda su familia está en Palestina y ha vivido aquí durante años, solo. A menos que vayas a la otra punta del mundo –golpeó la mesa-, te aseguro que no encontrarás a nadie que le importe.

A pesar de que eran más de un centenar los soldados que desayunaban, durante un instante no se los oyó respirar. Era evidente que nada se podía hacer con Alik y eso los decepcionó.

Poco después se sirvió fruta, que fue rechazada por todos los guardias a excepción de James.

-Quiero un melón –dijo, con toda la seriedad del mundo.

Una vez más, los guardias -incluido el Conde- se rieron a su costa.

-¿Un melón? –se burló uno-. Por favor, Brazos –le dijo con condescendencia-, la fruta es para las mujeres… ¡Los hombres de verdad comen carne!

Los demás guardias comenzaron a aplaudir la veracidad de su comentario, acompañándose de silbidos y más risas.

James, atacado por la ira, se puso en pie con intención de callarlos a todos. Sus más de dos metros de altura bastaron para que en el comedor reinara un silencio absoluto.

-¿Tenéis algún problema en que coma un melón? –los desafió, remangándose y mostrando sus poderosos brazos-. ¿Eh?

James deslizó la mirada por el resto de los comensales y no se sentó en su sitio hasta asegurarse de que nadie más volviera a reírse de él.

-Vamos Brazos –se jactó el Conde, que había observado la escena, divertido-. Deberías aceptar las bromas con más humor.

James troceó el melón, absorto en tan encomiable labor.

Joseph se puso en pie y, al instante, todos lo imitaron.

-He llegado a una decisión –indicó abriendo los brazos, como si así sus palabras tuvieran más peso.

Silencio.

-¿Una decisión? –repitió James. ¿Respecto a qué?

-Brazos –le espetó-, no serías más estúpido si tuvieras un melón por cabeza. –Risas.

Silencio.

-He estado pensando qué hacer con Alik durante más de una semana y hoy, al fin, he llegado a una decisión –carraspeó-. Mañana por la mañana será decapitado en la Plaza Mayor. Sé que matándolo no recuperaré mi dinero, pero al menos mantendré limpio mi honor. Brazos, confío en que tu hacha esté bien afilada.

-Capítulo IX-

MainCastle se cernió en una noche profunda.

Una densa capa de nubarrones amenazaba con ocultar la luna, que iluminaba la ciudad con tonos escarlatas.

Las casas dormían en silencio: no se oía el chirrido de una puerta, o una ventana mal cerrada, o un bebé que no quisiera dormir... nada.

De todas las viviendas, había tan sólo una cuyo interior continuaba iluminado. Una que se resistía a caer en el sueño, que permanecía despierta pese a lo avanzado de la noche.

Era la de Sara.

***

Sara no podía apartarse del cristal.

Atisbaba la figura de su hijo desvanecerse en la lejanía. Caminaba con paso decidido, convencido de que volvería por donde ahora andaba. Seguro de que nada en el mundo podía detenerlo.

Sara lo veía marchar, acongojada.

A pesar de que hizo cuanto pudo, no logró convencer a William de que se quedase en casa, de que olvidara a su padre y hermana, pues ellos pertenecían al pasado y no había por qué morir por un recuerdo. Por eso no podía apartarse del cristal, porque en el fondo de su corazón sabía que no volvería y que aquella imagen quizá fuera la última que viera.

-William –Sara puso su mano en el frío cristal y resbaló su índice hasta acariciar su silueta -ten mucho cuidado –sus palabras quedaron rotas por sollozos, susurros que arrastraban dolor y nostalgia-. Vuelve a casa… ¡Te estaré esperando!

William se fundió con las sombras de la noche hasta desaparecer.

***

William caminaba en silencio, escuchando el crujir de las ramas secas a su paso. A pesar de su juventud, sabía lo arriesgado de la misión, sabía que su madre tenía razón y que quizá no mereciera la pena aquello, que lo más sencillo sería coger y dar media vuelta ahora que podía.

Si por algún motivo algo saliese mal, supondría su fin. Si algún guardia llegara a pillarlo a él o a sus vecinos, recibirían la más cruel de las muertes. Serían torturados en la Plaza Mayor hasta el último

aliento.

Estaba absorto en sus pensamientos, tanto que no oyó que alguien lo seguía a unos metros, de modo que sintió su corazón estallar cuando una mano lo agarró por el hombro, obligándole a detenerse.

-¿Quién es? –preguntó, girándose de inmediato.

Se tranquilizó al comprobar que era Richard junto a su hermano y su padre.

-¡Menudo susto me habéis dado! -suspiró, aliviado-. ¿Por qué no me habéis llamado?

-Lo hemos hecho –protestó Albert-, pero no nos has escuchado… ¿En qué estabas pensando, muchacho?

William se ruborizó, pues había estado a punto de volver a casa y olvidar el asunto, volver con su madre y seguir labrando los campos.

-En nada –agachó la cabeza, temeroso de que reconocieran en sus ojos la verdad.

-Bueno William –esta vez habló Anthony, que le dio unos golpecitos en la espalda-, al amanecer estarás junto a tu padre y hermana.

William sonrió y se avergonzó de que sus vecinos tuvieran más agallas que él. Al fin y al cabo no era su familia, no tenían por qué ayudarle.

-Gracias –sonrió-. Gracias a los tres…

-No te pongas nostálgico –rió Albert-. Tenemos una noche muy larga, así que no perdamos más tiempo –levantó un brazo y animó al resto a seguirlo-. ¡Vayamos al castillo!

***

La imponente fortaleza de ladrillo y piedra se irguió ante ellos.

-¡Es enorme! –exclamó Richard con la boca abierta.

-¡Vaya! –siguió su hermano-. ¡Jamás había estado tan cerca!

-¡Callaos! –ordenó Albert, con un dedo en los labios-. ¡Prohibido hablar a partir de ahora! ¿Entendido?

Los tres asintieron con la cabeza.

-A partir de este momento tened los ojos bien abiertos –les avisó Albert con acritud-. El Conde puede ser un monstruo, un animal y un cerdo, pero os aseguro que no es tan estúpido como para dejar su castillo sin vigilancia –sus hijos y William lo escuchaban con atención, sin apenas parpadear-. Cinco de sus hombres patrullan las afueras del castillo todas las noches –a media voz, añadió-: Si nos ven rondar por aquí, nos matarán.

En efecto, unos guardias vigilaban todas las noches el castillo, daban vueltas alrededor suyo asegurándose de que nadie se acercara. Era el único modo de que Joseph pudiera dormir sin miedo a ser atacado por algún ciudadano descontento. Así, si la guardia nocturna llegara a oírlos, si los vieran husmear por sus alrededores, los matarían allí mismo. Su misión acabaría antes de comenzar.

-¿Cómo entraremos? –susurró William.

El castillo era enorme y parecía impenetrable, nada de lo que conocía podría derrumbarlo. ¿Cómo pensaban introducirse? ¿Acaso lo atravesarían como si fueran fantasmas?

-Mirad allí –siseó Albert-, allí arriba.

William y sus amigos elevaron la vista hacia donde Albert señalaba: un hueco diminuto a unos 15 metros de altura.

-Capítulo X-

En las mazmorras, sumidos en una negrura y paz insondables, los presos se habían rendido al sueño.

Alik escuchaba los ronquidos de Mary y David Breader y adivinaba la silueta de Martha recostada sobre el hombro de su padre. La luz que se filtraba bajo el portón era mínima, apenas unos rayos blanquecinos, pero le permitieron ver el semblante de la niña. El judío achicó los ojos y creyó intuir en sus labios un amago de sonrisa.

-*Seguramente estará soñando* –se dijo Alik-. *¿Por qué si no iba a sonreír?* Martha tenía los dedos entrelazados y descansaba sus manos sobre su pecho, que se movía suavemente como el vaivén de un barco en la mar. Su pelo, sucio y estropeado, resbalaba desde el hombro de Robert hasta el suelo.

El diamantista no pudo evitar pensar que, pese a que tan sólo era una niña, algún día sería una mujer, y cuando ese día llegara, sería la más bella de MainCastle.

Minutos más tarde, el judío cerró los ojos y se abandonó al sueño.

***

De repente, sucedió algo, algo que los despertó a todos con un tremendo susto.

-¡Dios mío! –exclamó Martha en un hilo de voz-. ¿Qué ha sido eso?

Antes de que alguien respondiera, volvió a escucharse aquel mismo sonido.

A Mary se le pusieron los pelos de punta y sintió un escalofrío recorrer su piel.

-¡Por favor! -dijo la mujer llevándose una mano al pecho-. ¿Qué es ese ruido?

Apenas terminó de hablar Mary, volvieron a escucharlo una tercera vez. Ésta fue, si cabe, más estremecedora que las dos anteriores e hizo temblar ligeramente el suelo.

-Sea lo que sea –incluso en la voz de Robert se apreciaba el miedo-, parece que viene hacia nosotros.

-Capítulo XI-

El castillo de Joseph era más grande y siniestro de lo que parecía durante el día. Ahora, en la noche, se asemejaba a una enorme bestia dormida, un dragón sacado de una leyenda fantástica.

Entre las almenaras se derramaban sombras azuladas y en los ventanales se proyectaban delicados tonos escarlata.

Albert seguía señalando el claustrofóbico hueco de la pared, al parecer a través de él se podía acceder al interior del castillo.

-Por ese agujero entraremos y, si Dios quiere, también saldremos –Albert miró a sus hijos y a William-. Bueno chicos… ¿Quién quiere ser el primero en subir?

William miró a Anthony y éste, a su vez, a Richard. Richard clavó sus ojos en su padre, y se encogió de hombros.

-Muy bien Richard, así me gusta, tú serás el primero.

Richard, aún indeciso, se acercó a la pared y la examinó deslizando la palma de su mano sobre su superficie. Acto seguido, como si hubiera hecho un gran descubrimiento dijo:

-Tiene unos salientes fuertes –señaló una especie de bultos adosados en el muro-. Se puede escalar sin ninguna dificultad.

Rió de lo fácil que todo se le antojaba.

-Sssshhh –Albert lo fulminó con la mirada-. ¡Sube y cállate!

Mientras Richard se agarraba al primer saliente y se disponía a escalar, William, Anthony y Albert se agazaparon tras un arbusto. Así, si la guardia nocturna pasara por allí, estarían ocultos y su presencia pasaría inadvertida.

***

Detrás del arbusto, William contemplaba, mitad asombrado, mitad asustado, la desenvoltura y rapidez con la que Richard ascendía por la pared. Parecía que durante toda su vida no había hecho otra cosa que escalar muros.

-*Como una araña* –pensó.

Hubo un momento en el que perdió el equilibrio, pero con rapidez y reflejos asombrosos, se asió a otro saliente y reanudó su escalada.

William se preguntaba qué sucedería cuando llegara su turno, se estremeció. Nadie sabía, ni tan siquiera su madre, que siempre había tenido miedo a las alturas. De niño no quería que los demás chicos se rieran de él, que lo señalaran con el dedo ni lo consideran menos hombre por ello. Así que su miedo a las alturas era un

secreto que guardaba con recelo.

¿Qué pasaría cuando le tocara a él?

Si al escalar la pared se mareaba, si una mano se le deslizaba, si le fallaba un pie…apretó los párpados e intentó pensar en otra cosa.

***

Mientras Richard recortaba los pocos metros que lo separaban del hueco, Anthony sintió una oleada de calor recorrer su interior.

-Padre, William…mirad ahí –barboteó, tembloroso.

Anthony señalaba una de las cuatro esquinas que componían el castillo. Indiscutiblemente, había algo que se movía. De súbito, surgieron cinco sombras, cinco figuras sin forma que bien podrían haber pasado por fantasmas.

-¿Qué es eso? –preguntó Albert.

Los tres hombres se acuclillaron más tras el arbusto y vieron cómo las sombras fueron haciéndose más nítidas hasta que se convirtieron en cinco hombres, cinco guardias armados con espadas que vestían el uniforme de MainCastle.

-Es la patrulla nocturna de Joseph –a Albert se le vino el mundo abajo.

Los guardias avanzaban hacia ellos con paso lento y sereno, hablando relajadamente entre ellos.

-Padre –Anthony deslizó su mirada hacia el cielo, su hermano estaba a escasos metros del hueco-, si Richard continúa escalando los guardias podrían verlo.

Cada paso que Richard daba, desprendía gravilla, polvo y pequeñas piedras que impregnaban la pared. Esto podría llamar la atención de los guardias.

Albert, a modo de bocina, ahuecó las palmas de sus manos y dijo a media voz:

-¡Richard! –Su hijo no lo oyó, pues la poca distancia que distaba del hueco acaparaba toda su atención-. ¡Richard! –insistió Albert, sin levantar mucho la voz.

Richard reconoció la voz de su padre 13 metros bajo sus pies y miró al arbusto tras el que se escondía.

-¿Qué pasa? –preguntó, molesto por aquella interrupción.

-Hijo, no te muevas.

Sin más, Albert se escondió tras el matojo junto a Anthony y William, camuflándose en las sombras de la noche.

Las guardias continuaron acercándose.

***

Richard no comprendió.

-Estoy a pocos metros de distancia –miró el hueco. Ahora, visto de cerca, parecía tener una envergadura mucho mayor de la que creyó cuando estaba en tierra-. *¿Por qué se esconden?*

Richard, vio cómo su mejor amigo, su hermano y su padre se tumbaban en el suelo. Parecían asustados.

-*¿Qué pasa?* -pensó-. *Casi he llegado.*

Inmóvil se agarró a los salientes, sus sudorosas manos comenzaban a deslizarse y los pies parecían plomados.

-No aguantaré mucho más -comenzó a agobiarse-. *¿Qué demonios ocurre?*

Mientras el viento le azotaba la cara azorada, escuchó voces. Voces que, con toda seguridad, no correspondían a su hermano, vecino o padre.

¿Estaría delirando? Tenían un timbre más ronco y recio. Se giró en la dirección de la que provenían.

-¡Dime que no es verdad!

Allí abajo, cinco hombres vestidos con el uniforme azul y negro de la guardia de MainCastle se acercaban hacia él hablando y riendo.

A Richard le hubiera gustado levitar y ocultarse en las nubes, pero tuvo que contentarse con agarrar la pared con todas sus fuerzas. Apretó los párpados y rezó para pasar inadvertido. Las manos, llenas de barro y piedras pequeñas, se le resbalaban.

***

William contuvo la respiración.

Los cinco energúmenos, cualquiera de ellos dos veces más grande y pesado que él, se acercaban.

Acostados en el suelo y con un oído pegado en la tierra, podían sentir los pasos de los guardias. William recreaba en su mente la distancia que los separaban.

Un paso, otro… otro más.

A través de las ramas del arbusto vio las pesadas botas de uno de los guardas hundirse en la tierra mojada. Estaban justo enfrente de ellos.

Sin poder hacer otra cosa que contener la respiración, William escuchó la conversación de la patrulla nocturna mientras su corazón retumbaba en el barro:

-¿Qué tal está tu mujer? -preguntó uno.

-Pues como siempre –dijo otro encogiéndose de hombros-. Está preñada otra vez.

Todos rieron y lo felicitaron.

-Estoy convencido de que este hijo será un varón… ¡Por Dios que no sea otra niña!

-Sinceramente Dan, mira que es mala suerte haber tenido cinco hijos y que ninguno de ellos haya sido un niño.

El guardia llamado Dan suspiró ruidosamente.

-Pues sí, la verdad.

Se hizo un corto silencio en el que sólo se oyó el viento mecer las copas de los árboles.

William sintió cómo la tierra se movía al son de sus latidos.

-¿Qué le pasa a Joseph últimamente? –preguntó un guardia con voz nasal, cambiando de tema.

-Le pasa que se está arruinando, ya no saca dinero ni poniendo a labrar a toda MainCastle durante un día entero… Puede que sea el fin.

-Los problemas del Conde son nuestros problemas –dijo otro, de voz más severa-. Si él no tiene dinero, no podrá pagarnos, y si no cobramos, estaremos en la calle.

Las pisadas se difuminaban. El peligro ya había pasado, pese a ello, William y sus dos acompañantes permanecieron tumbados en el más absoluto de los silencios.

Sus voces se habían perdido, seguramente esos hombres no volverían a pasar por allí hasta dentro de un buen rato.

-¡Vamos! –Albert, sin miedo, se levantó del suelo-. Subamos rápido antes de que vengan.

William y su amigo, Anthony, se pusieron en pie de un salto.

Nunca habían pasado tanto miedo como en aquella noche y una sensación de euforia aún cosquilleaba su cuerpo.

-¿Quién es el siguiente? –preguntó William.

Al mirar al agujero por el que debían escalar, los tres palidecieron.

¿Cómo habían podido olvidarse?

Richard había desaparecido.

***

Richard creyó que se moría cuando vio a los guardas de MainCastle bajo sus pies.

-*¿Qué hago?* –Se agarró a los salientes, sabiendo que en ello le iba la vida-. *¡La patrulla nocturna de Joseph!*

Desde esa altura veía cómo sus tres compañeros se acurrucaban tras una especie de matorral.

Los cinco hombres se acercaban y Richard no podía durar más tiempo suspendido en unos diminutos cantos. Las manos le dolían y

la cabeza le daba vueltas.

-*Toma una decisión* -se dijo fríamente-. *¡Ya!*

No podía engañarse a sí mismo: comenzaba a debilitarse y a sentir miedo.

Miró hacia la envergadura de la pared, luego bajó la vista 13 metros más abajo donde los cinco hombres continuaban avanzado.

En un último impulso agarró un saliente que había sobre su cabeza, luego buscó con los pies otro… y después otro.

Finalmente consiguió penetrar en el agujero.

Richard suspiró aliviado en el interior del hueco. Allí había espacio como para poder asar un cordero sin ser visto. Se trataba de una especie de túnel angosto que debía conducir a alguna parte del castillo.

-*Será algún sistema de ventilación* –pensó.

Luego, Richard asomó la cabeza y vio a William y a su familia. Estaban escondidos, en su sentido más literal, frente a los guardias.

Rezó para que no los vieran.

***

-¡Estoy aquí! –Richard agitó un brazo desde el hueco-. ¡Vamos, subid!

Por un momento, Albert creyó que su hijo había caído. Cerró la boca intentando no gritar de alegría.

-Subiré yo –hizo saber Anthony-. A vosotros os toca vigilar.

Los dos hombres hicieron lo que dijo. Nada. No se movían ni las ramas de los árboles.

Mientras Anthony escalaba a una velocidad parecida a la de su hermano, William observó la oscuridad en la que MainCastle estaba sumida.

Desde el castillo se podía contemplar toda la ciudad; no había ni una sola casa con velas encendidas, ninguna voz humana…sólo rompía el silencio algún que otro gato.

-William –Albert lo sacó de su sopor-. ¿Tú o yo?

-¿Cómo? –William no comprendía a qué se refería su vecino.

-¡En qué estarás pensando! –suspiró-. Digo que quién de los dos va a subir.

Anthony acababa de reunirse con su hermano en el hueco, sólo quedaban ellos dos.

-Sube tú –dijo William.

-¿Seguro? –increpó Albert al ver su cara de poco convencimiento.

-Sí, sí…tú primero.

William intentaba retrasar lo inevitable. Pensó que existían

mejores caminos para superar su pánico a las alturas que escalar una pared de 15 metros.

***

Albert se reunió con sus hijos y los tres asomaron las cabezas desde el hueco.

Era el turno de William.

-¡Date prisa! –se oyó la voz de Richard-. La patrulla no tardará en volver.

-Lo que faltaba, como si ya tuviera poco con esto, encima van y me meten prisa.

Inspiró una fuerte bocanada de aire, intentando tranquilizarse.

Se acercó a la pared y observó unos pequeños bultos.

-¿Esto son los salientes? Es imposible subir por aquí.

-William –ahora fue Albert quien habló, parecía que lo hacía escondido entre las nubes-. Vendrán de un momento a otro. ¿A qué esperas?

William agarró un saliente, levantó su pie y pisó otro bulto. Repitió el mismo proceso unas siete veces y al cabo de 30 segundos se sorprendió a sí mismo al encontrarse a la mitad del camino.

-No mires abajo, ya queda menos.

Tras medio minuto, William oyó la voz de su amigo Anthony, que lo animaba desde el hueco.

-Vamos William –lo vio sonreír-, ya casi estás.

Anthony le extendió una mano.

-Casi estoy.

Al decir esto último comprendió que sólo había podido llegar hasta tan alto de un modo: escalando.

Miró hacia abajo y atisbó el enorme vacío que lo separaba del suelo.

Las piernas le temblaron al ser consciente de la altura a la que estaba. Sintió náuseas y un extraño dolor recorrió su cuerpo.

Creyó que la pared se movía y que la altura se incrementaba por momentos. Volvió a mirar hacia abajo y, al hacerlo, comprobó que la distancia había aumentado descomunalmente. Daba la impresión que no eran 15 metros lo que lo separaban del suelo, sino kilómetros.

Asustado, se le resbaló un pie. Intentó pisar tierra, pero comprendió que ésta estaba mucho más abajo.

Hubiera querido gritar, pero estaba demasiado asustado.

Luego le falló el otro pie, de modo que quedó suspendido en el aire sólo por sus manos mientras sus piernas se agitaban en el vacío en un intento desesperado por pisar tierra firme.

William supo que era su fin. Sus dedos se asían a los salientes, sabiendo que era el único punto de apoyo, lo único que lo agarraba a la vida.

Recordó de nuevo el abismo que había bajo él y sintió que la pared se inclinaba.

Poco después, su cuerpo se precipitó al vacío.

***

William casi se mata.

A pesar de que creía que tan sólo él conocía su fobia a las alturas, todos entreveían su miedo.

Antes de que William sucumbiera a la angustia y a la desesperación, justo antes de que su cuerpo cayera hacia abajo, Anthony le cogió la mano. Actuó con una rapidez asombrosa, rapidez que le había salvado la vida.

William era muy pesado, aproximadamente unos 80 kilos, de modo que Anthony necesitó la ayuda de su hermano Richard para empujarlo hasta el conducto de ventilación.

Sólo había sido un susto, todos estaban a salvo.

Para Albert, William era como uno más de la familia, no quería pensar en lo que hubiera pasado si sus hijos no hubieran tenido esos reflejos. ¿Cómo le hubiera explicado a Sara, después de todo por lo que había pasado, que su hijo había muerto? Albert se sintió rejuvenecer.

William abrió sus ojos, llenos de dudas y miedo:

-¿Dónde estoy? –preguntó.

-¿Dónde quieres estar? –se jactó Albert, feliz-. Con nosotros, en el castillo de Joseph. Vamos, levántate. ¡Tu padre nos espera!

-Capítulo XII-

El extraño sonido continuó haciéndose más intenso.

Martha, asustada por lo que pudiera ocurrir, apoyó la cabeza entre los brazos de su padre. Robert sentía a la niña temblar, su respiración entrecortada y el corazón, desbocado.

-Tranquila, hija –le susurró-. No hay nada que temer.

La chica bien sabía que aquello no era cierto, pues incluso en la voz de su padre se adivinaba el miedo.

Alik permanecía de pie en el centro de la mazmorra, dispuesto a reaccionar si la puerta llegara a abrirse. Por el contrario, Mary y David Breader se acurrucaron en el rincón más alejado, abrazados en silencio, conteniendo el aliento.

De repente, el portón de hierro se abrió.

***

Los goznes crujieron y la luz penetró en el agujero, haciendo que los presos guiñaran los ojos, cegados.

Martha no pudo ver quién había entrado, pero intuyó la figura de un hombre alto, ancho y fuerte aferrando un hacha en la mano izquierda.

Segundos después, la oscuridad volvió a reinar.

Alik, había desaparecido.

***

“El Brazos” blandía en su mano izquierda su bien más preciado, el objeto por el que más cariño sentía en el mundo: su hacha. Con ella había librado decenas de batallas y sesgado la vida de incontables enemigos.

James la afilaba todas las mañanas con esmero y delicadeza.

En su mano derecha, asía los pies del judío, cuyo cuerpo arrastraba como si se tratara de un conejo muerto.

***

Cuando Alik despertó, se sorprendió en un lugar más amplio e iluminado.

-*¿Dónde estoy?* –pensó poniéndose en pie-. *¿Y los demás?*

Para su desilusión, Martha, Robert y los Breader no estaban con él.

El diamantista inspeccionó rápidamente aquel nuevo espacio.

Sin lugar a dudas, se trataba de otra mazmorra y la diferencia respecto a la anterior era que ésta tenía una ventana. Un hueco incrustado en el muro de piedra entre cuyas rejas se divisaba la luna.

Aquella noche, la luna estaba ensangrentada y sus cráteres se asemejaban a heridas sin cicatrizar. Las nubes que osaban ocultarla, quedaban teñidas de púrpuras y dorados.

Alik sonrió.

***

Cuando James entró en la celda, encontró al judío con una estúpida sonrisa en los labios. Estaba ensimismado, contemplando la luna tras los barrotes.

-Diamantista –le dijo, cerrando la puerta tras sí-, me temo que vamos a tener una conversación muy larga.

***

Alik se estremeció al verse encerrado con aquel hombre.

El guardia tenía una expresión sombría, cabellos largos y negros y un tamaño que haría temblar a cualquiera.

Sin embargo, lo que más sorprendió al judío fueron sus brazos. Cuando se remangó dejó visibles unos poderosos antebrazos, capaces de partir en dos a un jabalí.

Alik era un anciano débil y frágil y si aquel hombre llegara a hacerle algo…

-Por favor –suplicó el judío-, soy un viejo… ¡Incluso me cuesta caminar!

-¿Y qué? –preguntó “El brazos”, con expresión vacua.

-No irás a agredir a un anciano… ¿no?

-Eso dependerá de ti –le clavó sus ojos negros, ojos de serpiente.

-¿Qué quieres de mí?

-La verdad.

-¿La verdad sobre qué? –preguntó el judío.

-Sobre los diamantes… Mi señor dice que los tienes guardados y no quieres dárselos.

-No tengo nada…yo se lo dije al señor Joseph. ¡Estoy arruinado!

-¿Cómo sé que dices la verdad? –James se mostraba escéptico, pues sabía muy bien de lo que era capaz un hombre con tal de no soltar una moneda.

-¿Realmente crees que si tuviera los diamantes estaría ahora aquí?

El guardia lo miró con interés, dando un paso al frente. El

anciano le llegaba a la altura del ombligo.

-Continúa.

-El Conde me ha condenado a muerte por no poder pagarle. ¿Realmente eres tan estúpido como para pensar que iba a dar mi vida por unos asquerosos diamantes?

El judío se mordió la lengua, pues había insultado al guardia. Se lamentó por lo dicho.

James, no estaba acostumbrado a que la gente le llevara la contraria y, mucho menos, a que lo llamaran "estúpido".

Molesto, cogió a Alik por la camisa y lo elevó medio metro, igualando sus alturas. Ahora, cara a cara, "El Brazos" pudo ver las facciones del anciano. Tenía la cara arrugada, el pelo ceniza y unos ojos sin brillo lo observaban desde unas cuencas profundas. El hombrecillo estaba temblando y rehuía la mirada, temeroso.

-No me gusta que me llamen estúpido –le dijo zarandeándolo en el aire-. Y mucho menos, que lo haga un viejo como tú.

Alik calculó muy bien sus palabras, si era cauto quizá saliera ileso.

-Tienes razón –le dijo con voz asombrosamente potente-, soy un viejo. Un viejo que está mal de la cabeza…ya no sé ni lo que digo.

James depositó al diamantista en el suelo, con cuidado.

-Muy bien –le dijo dando media vuelta-, te creo –Alik sonrió-. Pero, sin embargo, mi señor no piensa lo mismo.

-Sí, eso ya lo sé –el judío agachó la cabeza.

-Por esa razón, ha ordenado tu ejecución para mañana –en los ojos de James se adivinó cierto brillo de tristeza-. Lo siento.

-Capítulo XIII-

Los cuatro hombres se arrastraban por el conducto de ventilación en absoluta oscuridad, preguntándose dónde irían a parar.

Mientras William serpenteaba por aquel pasadizo, tuvo la sensación de que cada vez se estrechaba más, de que no conducía a ninguna parte y que, si no daban media vuelta, quizá murieran asfixiados.

-*¡Cómo me gustaría tener un poco de luz!* –pensó.

El aire estaba viciado y, a medida que avanzaban, costaba más respirar.

Richard jadeaba, fatigado por el esfuerzo.

Aquella noche no sólo habían tenido que burlar a la guardia de MainCastle y arriesgar su vida en una escalada de 15 metros. No. Por si fuera poco, ahora se arrastraban por aquel túnel hediondo, viendo cómo el oxígeno disminuía.

-Padre –dijo Anthony con respiración entrecortada-. No puedo respirar.

-¿A dónde vamos? –siguió Richard, con voz cansada-. ¿A dónde nos conduce este túnel?

Albert no respondió, dando a entender que él sabía tan poco como ellos.

Transcurridos unos minutos, en los que a punto estuvieron de dar media vuelta y volver a casa, Albert reparó en algo.

-Chicos –susurró, jadeante-. Veo una luz.

-¿Qué es? –a William la cabeza le daba vueltas.

-No lo sé, pero creo que lo hemos conseguido… ¡Ya falta menos!

***

Los guardias casi los descubren, el túnel por poco los asfixia, pero por el momento todo iba según lo planeado.

William y sus vecinos se sorprendieron recorriendo los pasillos del castillo. El Conde Joseph, al igual que sus guardias, debía estar durmiendo hacía tiempo. De modo que un silencio sobrecogedor impregnaba los huesos de los cuatro intrusos.

Cada paso que daban, cada suspiro, cada latido de sus corazones parecía retumbar en las paredes, amenazando con despertar a toda la ciudad.

-Esto es demasiado –musitó Anthony.

Los hombres andaban por los pasillos, tal y como debieron hacerlo condes, nobles y reyes antaño. Pese a la escasa luz, los

cientos de objetos que decoraban los pasillos reverberan en una penumbra plateada. Todos ellos destilaban lujo y esplendor.

William, al igual que sus vecinos, estaba anonadado. Jamás en su vida había contemplado nada semejante. Eran campesinos, unos de los trabajadores más pobres de MainCastle, y no podían creer cuanto los rodeaba. Butacones de seda, alfombras de terciopelo, delicados tapices que recubrían las paredes, jarrones de cerámica sarracena, estatuas de la más exquisita porcelana…incluso había un ajedrez de cristal. Cualquier cosa, por insignificante y paupérrima que fuera, valía más de lo que cualquiera de ellos ganaría en toda su vida.

-¡Es increíble! –dijo Richard sin salir de su asombro.

Richard tuvo la tentación de echar mano a una bola color escarlata, parecía una especie de zafiro que desprendía luz propia. Quedó maravillado por aquel objeto…no obstante reprimió su impulso.

-*Tenemos que dejarlo todo tal y como está* –les había dicho su padre-. *No toquéis nada…*

-Tened los ojos bien abiertos, chicos –informó Albert, sin parpadear-, pues jamás volveremos a ver nada parecido.

El sonido de sus pasos quedaba apagado por las alfombras que recubrían todo el castillo.

William echaba la cabeza hacia atrás, intentando abarcar de una mirada todo aquello. Durante un instante se olvidó de que su padre y hermana debían estar muy cerca.

***

El castillo de Joseph constaba de tres plantas, cuatro almenas y una plataforma subterránea en la que, con seguridad, estaban las mazmorras. Ahí era donde se dirigían. Debían llegar hasta los calabozos, rescatar a Martha y a Robert y salir por donde habían entrado.

William sonrió de lo fácil que parecía. No podía creer que, con suerte, en pocos minutos estuviera abrazando a su padre y hermana.

-*¡Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que los vi!* –recordó con frustración aquella noche, cinco años atrás, en la que le arrebataron a su familia. Él estaba escondido en el carro de su padre porque un lobo le había atacado y no podía caminar-. *¡Cuánto deben haber cambiado…sobre todo la pequeña Martha!*

***

Los cuatro hombres buscaban alguna trampilla, puerta o

pasadizo que los llevara a las entrañas de la tierra.

-Por aquí cerca –murmuró Albert- ha de haber una escalera o una puerta que conduzca a las mazmorras. Prestad mucha atención.

A cada paso que daba, el corazón de William se aceleraba más.

Albert encabezaba la marcha. Cada zancada suya era imitada por el resto. Pero, en seco, se paró.

William y sus dos amigos hicieron lo mismo.

¿Por qué se había detenido Albert? ¿Había encontrado acaso la entrada a las mazmorras?

Los tres hombres esperaron, manteniendo la respiración. Albert no había movido un músculo y sus hijos y William se miraban, extrañados.

-Padre –se atrevió a hablar Richard-. ¿Sucede algo?

Albert continuó rígido, quieto como los tapices que adornaban las paredes.

-Padre –insistió Anthony-, ¿te encuentras bien?

Albert parecía una estatua, no se le movía ni un cabello. Tras un minuto, que pareció una eternidad, se giró sobre sus talones, despacio, y los miró con los ojos abiertos como cuencos. ¡Parecía que hubiera visto un fantasma!

-¿Qué ocurre? –susurró Richard, preocupado.

Sin pronunciar una palabra, Albert señaló al fondo del pasillo.

Los cuatro hombres desviaron la vista al fondo del pasillo y se frotaron los ojos, incrédulos. ¿Sería cierto?

Ahí, inmóviles y vigilantes, había dos hombres de la guardia de MainCastle, envainando sus colosales espadas y con sus cuerpos embutidos en una armadura dorada.

Los habían descubierto. Era su fin.

-Capítulo XIV-

-¿Dónde está Alik? –preguntó Martha, llorando-. ¿Por qué se lo han llevado?

La niña estaba tremendamente afectada. Durante cinco años, el judío había sido el único extraño que había entrado en su celda. Aún tenía que compartir muchas cosas con él: no le había dicho que algún día sería princesa, que tendría un hermoso caballo blanco como la nieve, que se casaría con un apuesto caballero… ¡Apenas habían hablado!

-¿Por qué se lo han llevado? –repitió entre sollozos y lágrimas.

Robert no le contestó. Se limitó a esperar a que se durmiese y, cuando cerró los ojos, le dijo a David:

-Pobre Alik –suspiró-, qué muerte más horrenda le aguarda.

En silencio, David besó a su mujer.

-Capítulo XV-

Los dos guardias no habían movido un músculo. Seguían en la misma posición, con sus pesadas espadas dispuestas a atacar y enfundados en una brillante armadura de pies a cabeza.

-Padre –dijo Richard a media voz-, nos han pillado.

Las sombras de sus corazas se proyectaban hasta ellos, inmóviles y azuladas. El mundo se les vino abajo. Habían sido sorprendidos por dos guardias de MainCastle y no sólo husmeando por los alrededores del castillo, sino en el interior del mismo. Eso suponía la muerte.

-Si he de morir –Albert desenvainó su cuchillo de cocina-, ¡será peleando!

Nada le importó que con aquel cuchillo, apenas afilado, no lograra cortar ni un mendrugo de pan.

Los dos hermanos se acuclillaron en posición de ataque, dispuestos a abalanzarse sobre los soldados al menor gesto de Albert. William por el contrario, parecía más tranquilo, como si no tuviera miedo a la muerte.

-Hay algo que no encaja –le dijo a sus vecinos.

Éstos no apartaron la vista de los guardias. ¿Qué decía William? ¿Qué debía de encajar? ¿A qué esperaba para sacar su espada y pelear junto a ellos?

Pero William continuó observando a las dos armaduras.

Vio un atisbo de esperanza: no se habían movido nada, se disponían exactamente igual que hacía unos segundos.

William se preguntó por qué los dos guardias no les habían atacado ya, por qué aguardaban al final del pasillo en lugar de abalanzarse sobre ellos.

Mientras que sus tres compañeros se disponían para arremeterlos, William se acercó hacia las dos guardias, indefenso.

-¿Qué haces? –le preguntó Anthony-. ¿Has perdido la cabeza o qué? ¡Vuelve ahora mismo!

William hizo caso omiso a su amigo…algo no cuadraba.

Si realmente hubieran sido guardas de Joseph ya los habrían matado…¿qué eran entonces?

A medida que se acercaba, William lo vio todo con claridad, comprendió por qué no se habían movido y por qué nunca lo harían.

Ante el asombro de sus vecinos, William comenzó a reír.

-Podéis guardar vuestras armas –deslizó su mano por el casco de uno de los vigilantes-, sólo son dos armaduras, están aquí para adornar... no creo que nos maten.

Todos rieron.

***

Sólo había sido un susto.

Los hombres guardaron, aún indecisos, sus cuchillos y guadañas.

William seguía examinando las dos armaduras. Eran las mejores que había visto jamás: el metal que las recubría debía ser alguna aleación de oro. Eran fuertes y pensó que el hombre que la llevara puesta jamás podría ser atravesado por espada alguna.

-*Yo quiero una así* –pensó mientras deslizaba su mano por ella-. *Podría venderla y comprarme una casa enorme.*

La lanza que llevaban colgando en sus manos estaba sujeta con hilos a la pared posterior. Parecía que habían cobrado vida y que eran ellas quienes las envainaban.

Sus tres compañeros se acercaron y las manosearon.

-Sin duda –Richard acarició el interior del casco de una- es una bonita decoración.

-No hagas ruido –sentenció su hermano.

-Chicos, chicos –dijo Albert poniendo orden-. No nos entretengamos. Recordad a lo que hemos venido: ¡tenemos que encontrar las mazmorras cuanto antes!

Una vez más, sus dos hijos y William le obedecieron. Se alejaron de las armaduras y reanudaron su búsqueda pero, apenas dieron unos pasos, se detuvieron en seco, con el corazón desbocado.

Un ruido ensordecedor los había sobresaltado, un ruido que debía de haberse oído incluso a kilómetros de allí. Una armadura se había derrumbado y sus placas metálicas habían chocado contra el suelo en un sonido estridente parecido al repicar de una campana.

Los cuatro hombres se quedaron de piedra, siendo conscientes del peligro que corrían: alguien debería de haberlo oído, alguien iría a buscar el lugar del que provenía aquel sonido y, cuando vieran que una de las armaduras del Conde había caído, sabrían que unos intrusos se habían filtrado en el castillo.

Echaron a correr tan rápido como pudieron.

-Capítulo XVI-

Joseph estaba en su dormitorio, sentado ante la mesa de su escritorio. Por más que lo intentaba no podía concentrarse en aquella carta. Los párpados le pesaban y las palabras se emborronaban ante sus ojos cansados.

A pesar de lo avanzado de la noche, Joseph se resistía a dormir. Antes debía resolver un asunto, algo mucho más importante y transcendente que su insignificante sueño.

Así, con la esperanza de despejarse, abandonó el papiro amarillento que descansaba sobre su mesa y se puso a caminar. Anduvo por su dormitorio, de una esquina a otra, luchando por no caer rendido.

Para ello, se puso a pensar, pues era el único modo de tener su mente ocupada. Lo primero que le vino fue el empobrecimiento de MainCastle.

-A este ritmo seré el Conde más pobre de Inglaterra… No puedo continuar así.

Aquello le preocupaba enormemente, pero si había algo que lo inquietaba hasta hacerle perder los estribos, era Alik.

Joseph estaba convencido de que ese judío tenía un depósito secreto de diamantes oculto en su ciudad. Había mandado a sus mejores hombres a inspeccionar MainCastle entera, hasta la última piedra.

Joseph comprobó cómo sus dientes empezaban a chirriar

-Nada, no han encontrado nada… –se acercó a su escritorio y le propinó un tremendo golpe. La mano le dolía, pero no le importó- . *¿Cómo recupero el dinero que le presté al judío?*

El Conde sabía que si Alik se lo devolvía, supondría una tranquilizadora bocanada de aire fresco para su economía. Por eso, para asegurarse de que el diamantista decía la verdad y realmente estaba arruinado había enviado aquella noche a “El Brazos” a interrogarlo.

Alguien llamó a la puerta.

***

Joseph se sobresaltó y sus pensamientos se disiparon al instante, como arrastrados por el viento.

-¿Quién es? –preguntó el Conde. Aunque sabía muy bien que era “El Brazos”

-Soy yo, mi señor –se oyó la voz de James.

-Pasa.

La puerta del dormitorio se abrió y una figura colosal penetró bajo su marco de madera. Cuando estuvo a la luz de las velas, su rostro se iluminó. Joseph entrevió en sus facciones, serias y rígidas, que traía malas noticias.

-Mi señor, he vuelto a interrogar a Alik, tal y como me pidió.

-Brazos, salgamos fuera –le instó Joseph-, necesito que me dé un poco de aire.

Los dos hombres salieron al pasillo, que descansaba en una penumbra y silencio hechizantes. Las paredes estaban iluminadas con un tono escarlata, regalo de una luna distante.

-Has hablado con el judío –dijo, impaciente-. ¿Qué dice?

James agachó la cabeza y flexionó ligeramente sus rodillas para que su señor pudiera verle la cara.

-Asegura que está arruinado –frunció el ceño-. Créame señor, estoy convencido de que dice la verdad.

-¿Por qué lo sabes? ¿Lo has torturado y partido en dos para cerciorarte?

-Sí… sí, claro –mintió James.

Joseph dio una patada al suelo que reverberó en el silencio de la noche.

-¡Maldito judío! –juró por lo bajo-. Su muerte no me reportará beneficio alguno. ¡Ese malnacido me debe un dineral!

-He hecho cuanto sé, mi señor.

Joseph se atusó su barba, rala y desarreglada, pensativo.

-Es muy tarde y no tengo más ganas de seguir hablando –dijo zanjando la conversación-. Mañana, cuando amanezca, será ahorcado.

-Como usted mande, mi señor.

Joseph, cansado y decepcionado, abrió la puerta de su habitación, dispuesto a zambullirse entre los cojines de su cama, pero oyó un ruido. Un estruendo ensordecedor parecido al sonido de las campanas de un monasterio…algo metálico ¿Qué sería?

Joseph se giró y atisbó entre los pasillos, la oscuridad era demasiado densa como para ver algo.

Los dos hombres se quedaron quietos, agudizando el oído a la espera de nuevos sonidos.

Nada.

-¡Qué extraño! –James desenvainó su espada, sin saber bien para qué.

-Brazos –la voz del Conde denotaba rabia-. Maldita sea, ¿qué ha sido eso?

James se encogió de hombros e hizo una mueca de ignorancia.

-Brazos… ¿no habrá intrusos rondando por mi castillo? –preguntó el Conde.

-No creo señor, su patrulla nocturna hace su ronda habitual a las afueras, es imposible que ningún ladrón la haya burlado.

Joseph quiso protestar, pero justo en ese momento cuatro sombras pasaron fugazmente a su lado.

-¡Maldita sea, Brazos! –Joseph gritó-. ¡Unos ladrones, miserables entrometidos han entrado en mi castillo!

Aunque fuera imposible, los había visto con sus propios ojos: cuatro hombres deambulaban a sus anchas por los pasillos.

-¡Llama ahora mismo a todos mis guardias! –rugió-. ¡Que maten a esos desgraciados!

-Capítulo XVII-

Stephen era, al igual que tantos otros, uno de los soldados de MainCastle. Había ingresado en la guardia hacía pocos meses y aún se estaba acostumbrando a su nuevo trabajo, a sus compañeros, al castillo y a Joseph.

Cada vez más Stephen añoraba el hogar donde se crió, a sus padres, hermanos y amigos. Parecía que su vida entera se hubiera esfumado y cuanto quedara de ella fueran recuerdos marchitos.

Con sólo 16 años Stephen era el guardia más joven de MainCastle. El resto le tomaba el pelo, lo insultaba y se reía de él sin más motivos que su acné y barba lampiña. Pero Stephen entreveía tras ello un fondo de envidia. A pesar de su edad, era el soldado más diestro. Desde niño, su padre lo había instruido en el arte de la guerra, para combatirse y luchar, para manejar la espada como una prolongación de su cuerpo.

En el mundo existían infinidad de cosas que Stephen no alcanzaba a comprender: cuál era su cometido en esta vida, qué sorpresas le reservaba el destino, cómo sería la chica a la que daría su corazón… pero si había algo que lo desquiciaba, era Joseph.

Más de una vez se había preguntado si el Conde estaba mal de la cabeza. Stephen creía que se había caído, recibido un golpe en la sien que le impedía razonar.

Para su asombro, hacía unas semanas que Joseph les había mandado rastrear la ciudad en busca de diamantes. Aseguraba que un viejo judío los tenía escondidos bajo tierra. Después de días excavando, de registrar casas y de mirar bajo las piedras de toda MainCastle, resultó que el anciano estaba arruinado. En otra ocasión habían tenido que arrestar a ciudadanos inocentes que nada habían hecho. Pero si había algo por lo que Stephen consideraba a Joseph como un loco, un diablo y un monstruo era sin duda por los cuatro presos que tenía encerrados en las mazmorras.

Según le contaron, había encarcelado hacía cinco años a un matrimonio, a un padre y a su hija de tan sólo cinco años. Hasta la fecha, continuaban recluidos en la oscuridad de las prisiones. ¿Qué hombre sería capaz de algo semejante?

Su desprecio por Joseph aumentaba cada día y se preguntó cuánto tiempo tardaría en abandonar la guardia, en volver a casa y rehacer su vida.

-No estás aquí para juzgar –intentaba convencerse-. *Tan sólo limítate a obedecer. Así será mucho más fácil.*

***

Todos los guardias dormían profundamente. Todos, excepto Stephen.

Stephen se volvía una y otra vez en su incómodo jergón de paja, incapaz de conciliar el sueño. Sus compañeros, como acostumbraban a hacer, se recogieron a elevadas horas de la noche. Olían a sudor y cerveza. Un hedor nauseabundo invadía la habitación.

Stephen tuvo ganas de salir del dormitorio común y tomar un poco de aire fresco. Estaba mareado y los ronquidos de sus compañeros comenzaban a exasperarlo.

En ese momento, la puerta se abrió.

***

James irrumpió en el dormitorio y pateó en el vientre al primer guardia que encontró.

-¡Malditos dormilones! –gritó-. ¡Despertad ahora mismo!

Antes de que Stephen pudiera parpadear, vio cómo "El Brazos" se dirigía a su jergón con la intención de despertarlo a patadas. Sin darle oportunidad de golpearle, se puso en pie de un salto.

-Vamos, despertad… ¡Rápido!

-Brazos –le dijo Stephen, confuso-, ¿se puede saber qué sucede?

James lo miró con aire de superioridad, como un león miraría a un conejo huesudo con el que ni tan siquiera se limpiaría los dientes.

-¿Quién te crees que eres para dirigirte a mí, enano?

James continuó despertando a todos los hombres y, al cabo de pocos segundos, todos estaban en pie.

-Vestiros ahora mismo.

-Brazos –dijo uno, restregándose los ojos-, ¿estás loco? Maldita sea, ¡pero si aún es de noche!

-Cuatro ladrones han entrado en el castillo –rugió James, a modo de explicación-. ¡Tenemos que atraparlos!

-Capítulo XVIII-

William, Albert y sus hijos corrían sin volver la vista atrás. Sabían que la vida les iba en ello, por lo que sus pies apenas rozaban las alfombras de los pasillos. Parecía que se deslizaban como títeres movidos por hilos invisibles.

William notó cómo su corazón se aceleraba y las mejillas se le azoraban. En ese momento pensó en su madre. Debía estar en casa, atisbando a través de la ventana su regreso. Habría encendido un fuego para iluminar la estancia, vacía y fría.

William se la imaginó rezando para que nada le sucediera, para que no le arrebataran a su hijo, lo único que le quedaba. Su semblante, iluminado por las llamas; bailando en sus mejillas destellos naranjas y tristes.

-*Le prometí que volvería* –se dijo, sintiendo húmedos sus ojos-. *Y juro que lo haré con padre y hermana… ¡No permitiré que me atrapen!*

Pero por más que corrían, el castillo parecía no tener fin. Los pasillos se alargaban y se estrechaban, como si los quisieran aprisionar. Cuando llegaban al final de un recoveco, otro aún más largo y oscuro les aguardaba. Tenían la sensación de estar encerrados en un laberinto inexpugnable, una pesadilla de la que no podían despertar.

Sin aviso, en seco, Albert se paró.

-¿Qué pasa? –dijo uno de sus hijos, fatigado.

-Oigo algo…-Albert miró al fondo del pasillo, estaba tan oscuro que no veía ni sus manos-. ¿No lo escucháis?

Los tres hombres, reclinados sobre sus rodillas y recuperando aliento, auscultaron el más tenso de los silencios. Nada. Richard sólo oía su respiración jadeante.

-¡Juraría que he oído algo…bueno, da igual! –dijo Albert, quitándole importancia.

-¿Qué pasará ahora? –Anthony estaba asustado y su voz había quedado reducida a un susurro casi inaudible.

-Calculo que un buen puñado de guardias estará buscando a los culpables del destrozo de la armadura…al fin y al cabo una cosa como ésa no se cae sola –Albert movió la cabeza negativamente, frunciendo el ceño-. Supongo que sabéis lo que pasará si nos capturan ¿no?

William se imaginó camino a la Plaza Mayor, donde sería colgado de una soga hasta asfixiarse, hasta que hubiera expirado el último aliento. Durante un momento, sintió presión en su cuello.

-Padre –preguntó Richard-, ¿por qué no escapamos por donde

hemos entrado?

-¿Lo dices en serio? –Albert, incrédulo, se preguntó cómo su hijo podía pensar en esa demencia-. No podemos volver al conducto de ventilación porque eso queda en la otra punta del castillo…muy cerca de las armaduras. ¡Estará lleno de guardias!

-¿Qué haremos entonces?

-Nuestra única esperanza es refugiarnos en los calabozos. Ahí no nos buscarán y podremos escondernos…creo que es el mejor lugar.

-Y, además, no olvidemos que Robert estará esperándonos –dijo Anthony, sonriendo a William.

-Efectivamente, Robert y Martha estarán allí –William se alegró de oír el nombre de su padre y hermana-. Bien, escuchad con atención, lo que ahora debemos hacer es permanecer en grupo. Que no se pierda nadie. ¿De acuerdo? –los tres asintieron, conscientes del peligro que corrían-. Tened los ojos bien abiertos y busquemos alguna puerta, rampa o pasadizo… ¡Vayamos a las mazmorras!

Los hombres volvieron a correr.

***

Hasta ese momento, William no había experimentado tantos sentimientos como los que cosquilleaban su interior. Alegría, miedo, esperanza y frustración se entremezclaban, de modo que era imposible discernirlos, saber por qué lloraba y a la vez no podía dejar de sonreír.

Quizás fuera la confusión que lo invadía, pero William había creído escuchar algo.

-Seguramente será el viento –se dijo, mientras continuaba corriendo tras sus vecinos.

Pero tras unos segundos, William no tuvo más remedio que girarse. Un escalofrío le lamió la espalda.

Un grupo de unos siete u ocho guardias corrían tras ellos, agitando las espadas por encima de sus cabezas, cortando el aire.

-¡A por los intrusos! –gritó uno, levantando un hacha que centelleó en la penumbra.

Los guardias fueron acortando la distancia. Les pisaban los talones.

-¡Por Dios, chicos! –se oyó la voz de Albert-. Corred… ¡Corred como no lo habéis hecho en vuestra vida!

***

James gritó:

-¡A por los intrusos!

Stephen, junto a sus compañeros, perseguía a los cuatro ladrones. Se preguntó cómo habían conseguido entrar en el castillo y cómo pensaban salir. Pero esto último era irrelevante: jamás escaparían con vida.

-*¿Cómo se les ocurre robar aquí?* –pensó.

A pesar de que eran más de 20 metros los que los separaban, Stephen creyó que se trataba de unos hombres jóvenes, pues corrían como el más veloz de los felinos. Parecía incluso que no corrieran, sino que levitaran por el suelo, ingrávidos.

Incluso a él, que tenía 16 años y estaba en plena forma, le costaba acortar la distancia. Incapaces de seguir el ritmo de los intrusos, los guardias empezaron a quedar rezagados.

"El Brazos" corría junto a Stephen. Pero su gran tamaño y peso no tardaron en fatigarlo. James era muy fuerte, pero demasiado torpe para una persecución.

Stephen corrió durante un buen rato. Parecía que los ladrones no se fatigaban.

-*¿Cómo es posible?* –se preguntó, con el corazón palpitante-. *¿Cómo pueden ir tan rápido?*

Cuando volvió la vista atrás para comprobar por dónde iban sus compañeros, observó con asombro que todos habían desaparecido. Pensó que el alcohol y las noches de juergas que se brindaban los habían convertido en unos inútiles incapaces de cumplir con su trabajo.

Stephen estaba solo. Un hombre persiguiendo a cuatro sombras, cuatro ladrones que podrían ir armados. Podría resultar muy peligroso para él.

Por lo general, los guardias de MainCastle trabajaban en parejas: así, en caso de problemas, podrían respaldarse mutuamente.

-Ahora estoy yo solo –se dijo-. *Lo más prudente sería perderlos de vista…al fin y al cabo todos los otros lo han hecho* –Stephen jadeaba y su corazón parecía rompérsele-. *Además, en caso de lucha habría una desventaja de uno contra cuatro.*

A pesar de todas sus reflexiones y, sin saber por qué, Stephen no podía dejar de correr. Quizá fuera por orgullo, por demostrar que no existía ladrón más veloz que él, por aclararles a sus compañeros quién era el mejor guardia, por obtener las felicitaciones de Joseph…el caso es que Stephen continuó persiguiéndolos.

***

-*¿Ahora qué?* –William apenas respiraba. No sentía las piernas y un fuerte pinchazo en su pecho hacía que corriera encorvado.

Miró atrás, casi lo habían conseguido.

Del numeroso grupo de guardias, sólo uno no había desistido. Al parecer, estaba decidido a atraparlos.

-¡Seguid corriendo! –se oyó la voz fatigada de Albert.

Corrieron y corrieron hasta tal punto que creían volar. Pero el maldito guardia continuaba acercándose inexorablemente.

-No puedo seguir –William giró la cabeza y se le heló la sangre.

Pudo ver la cara del guardia, su espada centelleando en el aire y sus cabellos ondeando como una bandera. Tan sólo era un crío, unos cuantos años menor que él.

***

-*Vamos* –se dijo Stephen- *ya son míos.*

Stephen estaba haciendo un gran trabajo. Pensó en lo contento que se pondría su señor cuando supiera que él había sido el único que aguantó la persecución, el que capturó a los ladrones.

Se imaginó la recompensa que le esperaría si todo salía bien. El Conde sabía reconocer el buen trabajo de sus soldados y él sería premiado, de eso no tenía duda.

Una de las sombras, la más lenta, se giró y lo miró a la cara.

Un escalofrío recorrió a Stephen, se quedó frío como el hielo.

La sombra lo miraba, pero el guardia no podía verlo a él: ¡no tenía cara!

Stephen corrió un poco más, convencido de que la falta de luz le estaba jugando una mala pasada. Las misteriosas sombras parecían levitar sobre el suelo…

-Igual que los fantasmas -pensó.

Avanzaban a velocidad anormalmente inhumana. Poseído por el miedo y, en un último esfuerzo, Stephen se acercó más a las figuras.

-Siempre he tenido miedo a las historias de fantasmas y ahora estoy viviendo una.

Estaba a menos de medio metro de la última. Fuera lo que fuese, iba a descubrirlo muy pronto.

-¡Ya eres mío! -Stephen alzó una mano para atraparlo pero, cuando cerró la palma de ésta, las cuatro sombras se habían desvanecido.

-¡No es posible! ¿Cómo han podido desaparecer? Pero si estaban justo enfrente de mí…

Stephen se paró, mirando en todas las direcciones. Su lógica le decía que era imposible que se hubiesen esfumado, debían de estar cerca de él, pero la realidad era bien distinta: no había nada.

Corrió al fondo del pasillo, luego a otro y finalmente a otro. No se oía sonido alguno.

Stephen lo comprendió todo. Sólo podía existir una explicación

para aquello: las cuatro sombras no eran otra cosa que cuatro fantasmas. ¿Cómo si no conseguían correr a esa velocidad? ¿Cómo levitaban sobre el suelo? ¿Cómo habían desaparecido en sus propias narices?

Pero lo que más le impactó fue que uno de ellos no tenía rostro. Todo cuanto pudo ver de él fueron sus ojos refulgir en la oscuridad.

-*¡Ánimas espectrales!*

*C*on el miedo impregnado en los huesos, corrió en búsqueda de sus compañeros,

***

-¡Ese guardia casi nos atrapa! –William se levantó del suelo-. Pero lo hemos conseguido

Los cuatro hombres suspiraron, aliviados. Había faltado muy poco, pero estaban sanos y salvos.

-Todo se lo debemos a Albert –lo alabó uno de sus hijos-. Si no hubiera sido por él…

-No tienes por qué agradecérmelo –lo interrumpió antes de que continuara.

A pesar de su modestia William sabía que, una vez más en aquella noche, su vecino le había salvado la vida.

Cuando corrían con el condenado guarda tras ellos, Albert fue el único que tuvo la frialdad para razonar, para pensar en cómo podían librarse de él.

Por más que corrieran, el guardia los seguía. Parecía infatigable.

-Mi padre se dio cuenta que nuestra única escapatoria era la oscuridad –continuó alabándolo Anthony-. Si hubiéramos seguido corriendo, habría escuchado nuestros pasos y seguido tras nosotros hasta atraparnos –le dedicó una sonrisa-. La única solución era dejar de correr, agazaparse en el suelo y rezar para que no nos viera.

-¿Viste la cara que puso cuando nos perdió de vista? –Richard rió-. Salió corriendo despavorido.

A sabiendas de que no había nadie cerca de ellos, soltaron unas carcajadas.

Habían sido momentos muy tensos en los que creyeron que iban a morir.

Pero al parecer, aquella noche, la suerte estaba de su lado.

Todos se incorporaron del suelo, aquel rincón oculto en la penumbra, había sido su salvación.

-Chicos –dijo William, con tono confidencial-, creo que he encontrado algo.

A tientas, sus vecinos se acercaron hasta él.

En efecto, pegado a la pared había algo frío y grande. Lo

palparon. ¿Qué sería?

Anthony manoseó sus bordes…era como una especie de marco. Tiró de él y se movió con un sonido sordo.

William adivinó que era una puerta pero, no supo por qué estaba escondida, por qué era tan pequeña y adónde conducía.

Un hedor nauseabundo procedente de su interior llegó hasta ellos.

Fuera lo que fuese, allí abajo debía haber por lo menos ratas, excrementos y agua contaminada.

Una escalinata mugrienta descendía hacia las entrañas del castillo.

-Señores –Albert tuvo que contenerse para no ponerse a dar saltos de alegría-, sin duda esta noche ha sido muy difícil, pero hemos encontrado lo que andábamos buscando… ¡Es la entrada a las mazmorras!

-Capítulo XIX-

No había ciudadano en MainCastle, rico, pobre, anciano o niño, que no hubiera escuchado historias sobre fantasmas. Eran más de un centenar los que aseguraban haber visto seres de otro mundo, espectros transparentes que se alzaban por los cielos, atravesando árboles y nubes.

En ocasiones se oían gritos arrastrados por el viento, voces que no pertenecían a nadie, que entonaban antiguas canciones.

Hasta aquel momento, Stephen había sido uno de los pocos hombres que no creía en aquellas historias. Siempre las había considerado invenciones de personas ociosas que no tenían con qué entretenerse, cuentos que los abuelos contaban a sus nietos para que durmieran y se callaran.

No obstante, a pesar de su escepticismo, Stephen sentía un respeto y temor especial respecto a ese tipo de temas.

-*Prefiero no hablar* –solía decirles a sus amigos cuando sacaban la conversación-. *Es mejor dejar a los muertos en paz.*

Pero ahora la situación era bien distinta: él había visto levitar a aquellas figuras y desaparecer ante sus propios ojos. No podía engañarse a sí mismo. ¡Los fantasmas existían!

Se preguntó qué es lo que le sucedería, cuáles serían las repercusiones por haberlos molestado.

-*¿Por qué, Stephen?* –se lamentó-. *¿Por qué tuviste que seguir corriendo? ¿Por qué no los dejaste tranquilos?*

Tras unos minutos, encontró a sus compañeros.

-¡Stephen! –lo llamó James, agitando su hacha para que lo viera.

Stephen se acercó a los guardias y los encontró fatigados, recuperándose aún de la persecución. Unos se recostaban contra la pared y el resto se sentaba en el suelo, fatigados.

-Bueno, chaval –le dijo "El Brazos" atrayéndolo hacia sí y dándole unas palmaditas en la espalda-. ¿Qué? ¿Has podido atraparlos?

Stephen se sorprendió por la repentina amabilidad de James. Apenas una hora antes, cuando fue a despertarlos al dormitorio común, lo había llamado "enano", y resultaba que ahora era "chaval".

-No.

"El Brazos" y los guardias suspiraron, rabiosos.

-Bueno, chaval, no te preocupes –por primera desde que llevaba trabajando, Stephen divisó la sonrisa de James-. Has hecho un gran

trabajo, Joseph estará orgulloso de ti, has sido el único capaz de correr tras ellos.

Stephen se sintió rejuvenecer. Estaba obteniendo el reconocimiento de sus compañeros, a partir de ese momento dejaría de ser tratado como un crío. Se había ganado su respeto.

-No ha sido culpa tuya, Stephen… es que esos ladrones corrían demasiado rápido –el resto asintió- era… como si volaran.

Stephen se alegró de que James dijera esto último, era su oportunidad.

Les contó a todos los guardias lo que había sucedido: cómo los vio volar, el rostro sin cara de uno de ellos y, finalmente, cómo al intentar atraparlos, se desvanecieron.

Sus compañeros escucharon la historia sin perder detalle, con la boca abierta y los pelos de punta.

Cuando acabó, enmudecieron. Estaban convencidos de que lo que Stephen decía era cierto. Todos creían en las historias de fantasmas y jamás cuestionarían la veracidad de ninguna.

-Iremos todos y se lo contaremos a Joseph –informó "El Brazos"-. Ahora.

-Capítulo XX-

Por más que lo intentaba, Alik no paraba de pensar en lo que el guardia le dijo antes de marcharse.

-Mi señor ha ordenado tu ejecución para mañana…Lo siento.

El judío contemplaba la luna roja tras los barrotes, consciente de que sería lo último que vería antes de morir, el último recuerdo que se llevaría de este mundo.

Calculó cuántas horas faltarían para el amanecer, para que lo ahorcaran en la Plaza Mayor. Rezó para que aquella luna no desapareciera y brillara eternamente en el firmamento.

Algo se movió.

Fue un sonido débil, parecido al batir de las alas de un gorrión. Pero en el silencio sepulcral de la mazmorra, resonó en su mente como si el techo se estuviera desquebrajando.

-¿Quién anda ahí? –se puso en pie de un salto, sobresaltado. Entrecerró los ojos y escudriñó la celda de un lado a otro. No vio nada. A pesar de ello, aquel murmullo continuaba. Alik tuvo la sensación de que algo lo acechaba en la oscuridad. Sentía su presencia muy próxima, acercándose más y más.

-No tiene ninguna gracia –vociferó a la nada-. ¡Dejadme tranquilo!

De repente, dos ojos rojos brillaron en la negrura. Lo miraron fijamente, como si no hubiera vida en ellos.

El judío quedó paralizado. ¿Qué era aquello?

Más tarde, los ojos rojos se abalanzaron encima de él y clavaron en su piel unos diminutos incisivos.

¡Ratas, ratas atraídas por el hambre y su olor!

-Capítulo XXI-

William y sus vecinos bajaban las escaleras.

Parecía que estuvieran adentrándose en las profundidades del océano, sumergiéndose en las entrañas de la mar. La oscuridad se ennegrecía hasta lo inimaginable.

Finalmente, pisaron la tierra húmeda del calabozo.

Los cuatro hombres temblaban de la emoción.

-Chicos –informó Albert-, a pesar de que estemos tan cerca, no olvidéis que es ahora cuando más cuidado debemos tener.

-*Padre* –William creyó que mil mariposas revoloteaban en su interior-*, hermana… ¡Vamos a por vosotros!*

Justo al bajar, había una mesa redonda. Una capa de polvo recubría su superficie. Sobre ella reposaba un candil que exhalaba una pequeña luz azulada.

Richard lo cogió por un asa y lo levantó alargando el brazo. La estancia se iluminó, tiñéndose todo de plata.

William pensó que los calabozos del castillo serían unas celdas aisladas con gruesos barrotes, que cientos de presos les suplicarían que les abrieran entre gritos y lágrimas.

Pero no encontraron nada de eso.

Allí no había presos, ni rejas…ni tan siquiera puertas. Nada.

Ante ellos se dibujó una estancia siniestra: un enorme pasillo que se perdía más allá de donde la luz del candil mostraba. Un aire de tristeza confería al lugar un aspecto aciago.

-¿Seguro que esto es la mazmorra? –preguntó Richard, moviendo la luz en círculo-. ¿No nos habremos equivocado?

Entonces, al iluminar justo a su derecha, encontraron a una enorme rata.

Los hombres dieron un paso atrás.

-¡Es grandísima! –exclamó Anthony, más asombrado que asustado-. ¿Me pregunto qué más habrá por aquí?

El roedor se inclinó más tras sus patas traseras y se alzó casi 20 cm del suelo. Su nariz olfateaba el aire con avidez. Luego se puso a cuatro patas y corrió hacia el final del pasillo.

-¡Sigámosla! –propuso Albert-. Si hay alguien, vivo o muerto, nos guiará hasta él… ¡Apostaría que conoce estos calabozos mejor que nadie!

Una vez más en aquella noche, los cuatro hombres echaron a correr. Esta vez tras una rata.

-Capítulo XXII-

Joseph esperaba en su dormitorio a que, en cualquier momento, la puerta se abriera y sus guardias le llevaran las cabezas de los ladrones.

-En quince años –gritaba indignado-, nunca, jamás…nadie ha osado robar en mi castillo –pateó un taburete tallado en madera, rompiéndole una pata-. ¿Cómo se atreven esos desgraciados? ¿Cómo osan robarle a su señor?

Joseph estaba tan furioso que había olvidado al judío y sus diamantes.

Como el tiempo pasaba y nadie llamaba a la puerta, Joseph continuó andando por la habitación. A medida que se desplazaba, golpeaba aquello con lo que se topaba: sillas, la mesa de su escritorio, paredes, puertas… incluso su cama.

-¡Asquerosos ladrones! –voceó, rojo de la ira-. ¿Cómo se atreven?

Continuó gritando, y no paró hasta que llamaron a su puerta.

-¡Entrad ahora mismo! –rugió.

Joseph se sorprendió al ver que ocho de sus guardias entraban en el dormitorio, cabizbajos, rehuyendo la mirada. Se dispusieron próximos a la puerta, como si fueran a salir corriendo en cualquier momento.

-¡Espero que traigáis buenas noticias! –sentenció, escupiendo cada palabra.

-Buenas noches, mi señor –dijo “El Brazos”.

-¿Dónde están sus cabezas? –los ojos de Joseph parecían salirse de las órbitas.

Silencio.

Los guardias callaron y agacharon la cabeza, tragando saliva.

-Sabéis que la paciencia jamás ha sido mi virtud, así que os lo repetiré una última vez. –Blasfemó-. ¿Dónde están las malditas cabezas de los ladrones?

Nadie abrió la boca. ¿Por qué no le contestaban?

James, armándose de valor, dio un paso al frente.

-Mi señor –dijo en tono solemne-, lo siento pero no hemos podido…

-¡Sois unos incompetentes! ¡Unos malditos bastardos! ¿Cómo se os ocurre presentaros en mi dormitorio con las manos vacías? ¡Volved aquí cuando los hayáis capturado! Buscad hasta el último rincón si fuera necesario, cerrad toda puerta y ventana hasta que esos malnacidos aparezcan.

-Mi señor –James cerró los ojos y apretó los dientes-, no creo

que vayan a aparecer.

-¿Qué? –el Conde no salía de su asombro.

-Que os lo explique Stephen, mi señor.

-Enano, más vale que tengas una buena explicación. ¡Habla!

***

Era la segunda vez en aquella noche que lo llamaban “enano”. De niño, cuando los juglares iban a los mercados de su ciudad, veía a enanos de verdad. La gente se divertía mirándolos y reían ante sus torpes movimientos. Stephen recordaba a uno en especial que bebía en una botella, luego soplaba en una antorcha y formaba una llamarada diez veces más grande que él.

¿Por qué insistían en llamarlo así?

-Maldito seas. ¡Habla de una vez!

-Mi señor –dijo en el tono más respetuoso que pudo-, no van a aparecer porque no son ladrones.

-¿Cómo que no? ¡Pero si yo mismo los vi, pasaron a mi lado!

-Me temo, mi señor, que lo que usted vio eran fantasmas.

“Fantasmas”, la única palabra que le causaba escalofríos. El Conde creía todas las historias de espíritus a pies juntillas. La cara se le heló y su piel se quedó fría como la porcelana.

-Mi señor, no hay otra explicación posible –siguió hablando Stephen-. Yo los vi levitar sobre el suelo…no tenían cara…y luego desaparecieron.

El Conde palideció.

-¿No estarás intentando tomarme el pelo, verdad? –su poderosa voz se había tornado a una vocecilla, más típica de un niño que de un señor Conde.

-No estoy bromeando, mi señor –los guardias asintieron.

-Todos los hemos visto –coreó el resto de guardias-, no eran humanos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Joseph; sabía que sus hombres jamás le dirían nada semejante si no fuera cierto.

-Comprendo –su voz se quebró-, en tal caso iros a dormir…no hay nada más que hacer.

-Capítulo XXIII-

La rata corría como alma en pena por las mazmorras.

Sus pequeñas patas eran más veloces que las piernas de los cuatro hombres juntos.

-Como no vayamos más rápido –dijo Richard-, la perderemos de vista.

La rata serpenteaba por los oscuros pasillos, confundiéndose con las sombras.

Richard encabeza la persecución e iluminaba al roedor con la tímida luz que exhalaba el candil. El resto lo seguía a la zaga.

Hasta el momento, aquella rata había sido la única ayuda con la que se habían topado. Quizá, con un poco de suerte, los conduciría hasta Robert y Martha.

-¡Más rápido!

Los hombres, jadeantes y empapados de sudor, apresuraron su ritmo.

Mientras corrían, William se percató de que los calabozos se estrechaban y que el techo descendía hasta el punto en que se vieron obligados a agachar las cabezas.

De súbito, se dibujaron dos hileras de puertas. Una en cada pared.

Éstas eran de hierro oxidado, gruesas, pesadas, infranqueables.

La rata, como si lo hubiera tenido previsto desde el principio, se deslizó por debajo de una de ellas, quizá atraída por un olor irresistible.

Los cuatro hombres golpearon con fuerza aquella puerta reiteradas veces, gritando:

-¿Hay alguien ahí?

Silencio.

Repitieron lo mismo con todas las puertas que componían las dos filas obteniendo el mismo resultado. Parecía que no había nadie.

-¿Qué hacemos ahora? –preguntó Anthony, encogiéndose de hombros.

Albert, que siempre tenía un plan para todo, se llevó la mano a su barba blanquecina y comenzó a atusársela, como si eso lo ayudara a pensar.

Tras unos segundos, dijo:

-Estoy convencido de que Robert está muy cerca, encerrado en una de estas puertas…- a William se le erizaron los pelos-, pero ¿por qué nadie ha contestado a nuestra llamada? Es como si no hubiera presos, como si la mazmorra estuviera vacía.

-Quizá los presos estén en otras celdas –intervino Richard, iluminando el fondo del pasillo-. Al fin y al cabo esta planta subterránea es enorme y habrá un sinfín de calabozos.

-¿Qué proponéis entonces? No tenemos tiempo para buscar por todo el calabozo.

-Creo que debemos entrar en la misma celda que en la que lo acaba de hacer esa rata –William señaló a aquella puerta triste y oxidada-, estoy convencido de que algo ha llamado su atención.

-Muy bien, pero ¿cómo lo haremos?

-Como casi todo en esta vida –sentenció-. ¡A golpes!

William empuñó su espada y, cortando el aire, la desenvainó.

***

Otra rata más entró por debajo de la puerta.

Desvanecida ya toda esperanza, Alik escuchó, incrédulo, cómo su salvación aguardaba al otro lado.

-No puede ser –se dijo.

Unos hombres habían penetrado en los calabozos y aporreaban el portón de su celda, dispuestos a derribarla. Embestían contra ella mientras gritaban:

-¿Hay alguien ahí?

-¡Sí, abridme por Dios, estoy aquí! –hubiera deseado gritar.

Alik haciendo un acopio de todas sus fuerzas articuló unas palabras que no llegaron a escapar de sus labios. Estaba demasiado débil.

Al amanecer sería ahorcado públicamente y ahora que se le otorgaba la oportunidad de salvar su vida la dejaba escapar por no poder musitar una señal de socorro.

***

William descargó su espada contra la cerradura de la puerta. A cada golpe, la espada escupía pequeñas chispas de fuego. Un sonido ensordecedor y penetrante acompañaba a cada sacudida.

-Me pregunto si habrá una sola persona en toda MainCastle que no nos escuche –pensó Richard enfocando con mano temblorosa a su amigo-. *Si Joseph oyera esto…*

William paró unos segundos para enjugarse el sudor que perlaba su frente y, cuando se disponía a acometerla de nuevo, la misma rata de ojos rojos que antes los guió, escapó como una sombra por debajo de la puerta.

-Se habrá asustado –concluyó Albert.

Pero, tras la primera, unas cuantas más se deslizaron por la

hendidura. Parecía que su compañera las hubiera avisado de un peligro cercano. Los roedores se perdieron en la oscuridad de los calabozos.

William, sin poder redimir el miedo y la ira que lo atravesaban, embistió el filo de su espada contra el portón con tal fuerza, que éste crujió sobre sus goznes y cayó al suelo en un estruendo sordo.

Sus vecinos, anonadados ante tal exhibición de fuerza, iluminaron con el candil el interior de la celda… ¡No podía ser cierto!

-Capítulo XXIV-

Fantasmas.

Aquella palabra resonaba en la mente de Joseph desde que Stephen le confesó que él mismo los había visto. No había engaño en los ojos de sus guardias, sólo miedo... decían la verdad.

Joseph se imaginaba a aquellos seres envueltos en halos de luz espectral, con los ojos blancos perdidos en otra dimensión, con una sonrisa lobuna incrustada en los labios…y ahora estaban en su castillo.

-¡*Vagan errantes por mis pasillos!*

Sin poder contener su miedo, Joseph se zambulló entre los cojines de su cama. Se creyó nadando a la deriva, luchando contra un mar de plumas y sueños.

Intentó dejar la mente en blanco, rendirse a la noche y dormir.

Apenas cerró los ojos, un estruendo sordo, inequívocamente procedente de sus mazmorras, lo sobresaltó.

-¡Dios mío! –exclamó, abandonando la cama y poniéndose en pie-. ¿Qué ha sido eso?

Si antes había llegado a sus oídos el ruido de una armadura derrumbarse, esta vez parecía que estuvieran embistiendo contra una puerta de hierro.

Joseph envainó su espada, el único recuerdo que conservaba de su padre, y bajó al dormitorio donde una parte de su guardia personal dormía.

***

-¡Malditos embusteros! –irrumpió.

Sus ojos, envenenados de odio brillaban en la oscuridad con malicia.

Los guardias apenas llevaban durmiendo unos minutos, pero al parecer, aquella noche no iban a pegar ojo.

Entre suspiros, se levantaron de sus jergones de paja.

-Con que eran fantasmas, ¿eh?

Los guardias permanecieron rígidos, restregándose los ojos, sin comprender a qué venía aquello.

-¡Quiero que diez de vosotros controléis todas y cada una de las entrada de este castillo y que el resto baje conmigo a las mazmorras! –una sonrisa maliciosa asomó en sus labios-. Parece que vuestros fantasmas están haciendo demasiado ruido.

-Capítulo XXV-

Sara no podía conciliar el sueño.

Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Las pupilas, vidriosas e irritadas por las lágrimas.

Su mirada era triste y tras ella se ocultaban terribles recuerdos.

Pensó en el día en que conoció a su marido. Aún veía a un Robert joven que la saludaba, con el pelo negro y tupido y una amable sonrisa. Sara revivió los primeros momentos junto a él, cuando prometieron pasar juntos el resto de sus días y no separarse jamás.

Pero el mundo no entiende de amores ni promesas. El mundo los ignoró. Ignoró su amor, sus expectativas y sus sueños, los desvaneció como polvo en el mar.

Sara presenciaba, impotente, cómo uno tras otro, se esfumaba todo lo que más quería. Su marido, su hija… y ahora William, su último aliento de vida. Quizá no volviera nunca más.

¿Cómo había podido marcharse al castillo del Conde? ¿Acaso no comprendía el peligro que corría?

Ya sólo quedaba ella.

Envuelta en una manta salió a la calle.

-Un poco de aire fresco me sentará bien.

Sara esperaba encontrarse con una noche silenciosa, con una ciudad rendida al sueño. Sin embargo, a pesar de la hora y de que la luna centelleaba en lo alto, parecía que todos los ciudadanos estuvieran despiertos. Los niños lloraban, los perros ladraban eufóricos y el viento arrastraba gritos de hombres y mujeres.

-¿Pero qué sucede? –se preguntó, asombrada ante semejante bullicio.

Un grupo de cinco hombres corría a toda prisa hacia el castillo de MainCastle, alzando antorchas sobre sus cabezas. Pasaron justo a su lado.

-Perdonad, por favor –les dijo con voz temerosa-. ¿Por qué hay tanto alboroto?

Los hombres se detuvieron y la miraron con asombro.

-Pero mujer… ¿es que no te has enterado?

A Sara se le aceleró el corazón.

-¿Enterarme, de qué?

-Mujer, esta noche han entrado ladrones en el castillo de nuestro señor…la ciudad entera lo sabe.

Sara se desmayó.

-Capítulo XXVI-

El candil de Richard iluminó el interior de la celda.

Se trataba de una pequeña habitación negra y mugrienta. Un olor a humedad y polvo impregnaba el aire. Situado en lo alto de la pared había un hueco enrejado. A través de él se contemplaba la luna: una circunferencia anaranjada asomando entre las nubes.

En medio de la celda yacía un hombre. Tenía las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho.

Al verlo, William y sus vecinos quedaron helados.

¿Quién era aquel hombre? ¿Estaría bien?

Los hombres se arracimaron en el hueco donde antes había habido un portón. Ninguno se movió.

Tras unos segundos que parecieron eternos fue William el que dio un paso y se acercó al anciano que yacía sobre el suelo. Un escalofrío de tristeza y felicidad lo recorrió al comprobar no era su padre.

Tenía la barbilla pronunciada, nariz aguileña, barba color ceniza y la cabeza completamente calva. Una mueca de dolor hacía que el hombrecillo mantuviese el ceño fruncido y los labios apretados.

-¡Está vivo! –anunció a sus amigos.

Los tres se acercaron. ¡Efectivamente! Aquel hombre con rasgos árabes continuaba respirando.

Richard echó mano a su espalda y sacó un pellejo con agua fresca.

-Señor, beba un poco…se encontrará mejor.

Sin obtener ninguna respuesta, Richard acercó el pellejo a sus labios y los humedeció. Repitió la misma operación una vez, otra… y otra.

***

Al abrir los ojos, Alik se encontró con cuatro hombres. Estaban arrodillados a su lado, observándolo con interés, sonriendo. Uno de ellos sostenía en su mano un pellejo con el que le daba de beber.

El judío sintió el agua fresca inundar su boca y luego, recorrer su garganta.

Se sintió aliviado. Bebió más.

-Señor, lo vamos a sacar de aquí, se lo prometo –le dijo uno de ellos. Era un chico joven y blandía en su mano una espada. Seguramente fue él quien tiró abajo la puerta.

-Gracias –musitó Alik-. Gracias por salvarme la vida.

-Por favor, señor, no tenemos tiempo…Tiene que ayudarnos –

esta vez habló el hombre de mayor edad, tendría unos 45 años y sus ojos irradiaban fuerza-. ¿Lo hará?

Al judío aún le dolía la cabeza, pero se encontró con fuerzas suficientes como para hablar.

-Haré cuanto me digáis –dio unos tragos más-. Os debo mi vida.

-¿Sabe si hay aquí un hombre llamado Robert?

El judío lo miró, extrañado.

-¿Robert? –Alik estaba mareado y apenas recordaba su propio nombre.- Lo siento, pero tengo muy mala memoria… no conozco a nadie con ese nombre.

***

William cambió el peso de una pierna a la otra.

Contuvo el torrente de lágrimas que se le apelotonaba en los ojos. A pesar de ello, vio cómo una se le escapaba. Sintió su tacto frío resbalar por su mejilla derecha hasta rozarle los labios. Entonces saboreó el sabor de la decepción.

Sus vecinos lo miraban, pero nada le importaba que lo vieran llorar. ¿Acaso un hombre no puede hacerlo?

¡Había luchado tanto para llegar hasta allí…!

Había soñado con aquel momento durante cinco años, todos y cada uno de los días. Había deseado abalanzarse al cuello de su padre, abrazar a su hermana con todas sus fuerzas. A veces, cuando dormía los veía a los dos, acurrucados en una habitación oscura, esperando a ser liberados.

Y ahora que estaba tan cerca, todas sus esperanzas se desvanecían.

-Vamos William –le dijeron sus vecinos-, no te preocupes…ya volveremos otra vez.

Mentira.

No iban a tener una segunda oportunidad. Aquél era el momento.

William recordó la promesa que le hizo a su madre. Le prometió que volvería con padre y hermana.

-Señor. –William se enjugó las lágrimas y se acuclilló ante el anciano. Lo miró fijamente a los ojos-. Señor, escúcheme con atención.

-¿Qué pasa, joven?

-Le voy a hacer una pregunta y quiero que la piense muy bien… para mí es muy importante. –El judío asintió-. ¿Está absolutamente convencido de que no ha oído hablar de un preso llamado Robert?

Alik se rascó la calva, tenía las uñas largas y sucias.

-Robert… No, no me suena ese nombre.

-Es un hombre de unos 40 años, una niña debería estar con él –insistió.

A Alik se le iluminaron los ojos. ¿Cómo había podido olvidarlo?

-Un momento… ¡Sí!… ¡Ya lo recuerdo!

William escuchó su corazón martillearle la sien.

-Sí, Robert. Y la niña se llamaba… cómo era… ¡Martha!

William quiso preguntarle al anciano dónde estaban encarcelados, cuánto había crecido su hermana, qué aspecto tenía su padre… pero las palabras se le apelotonaron en la garganta y no dijo nada.

-Por suerte hace poco estuve con ellos. –El anciano se levantó-. Os llevaré hasta su celda.

-Capítulo XXVII-

Los guardias de MainCastle vestían sus uniformes y se preparaban para bajar a los calabozos.

"El Brazos" asió su preciada hacha y se la enfundó en el cinto. Su hoja estaba afilada, preparada para cortar lo que hiciera falta.

-Con que ahora resulta que no hay fantasmas –James escupió.

-Esto no me da buena espina –continuó otro guardia-. No sé a vosotros, pero a mí no me apetece ir a las mazmorras a molestar a los fantasmas.

-Pero si no hay fantasmas –protestó otro que se ataba las sandalias de cuero-. El enano nos ha engañado a todos.

Todas las miradas se clavaron en Stephen.

-Este mocoso nos ha hecho quedar como estúpidos ante Joseph… ¡La culpa es suya!

-¡Sí, eso! –lo animaron.

James, inundado de rabia, se acercó a Stephen. El joven de 16 años retrocedió unos pasos, asustado. Deseó echar a correr y alejarse de aquella ciudad de locos.

Cuando "El Brazos" se plantó delante de él, se creyó un niño.

-Asqueroso enano –James lo agarró por la camisa y lo tambaleó en el aire-. Prometo que te arrancaré la cabeza.

El resto de guardias gritaron y rieron al ver al chico a la merced de James, como un insignificante muñeco de trapo.

***

Mientras sus pies pataleaban en el aire, Stephen se lamentó del giro con que todo se volvía en su contra.

Poco antes, James le había dado unas palmaditas en la espalda y lo había llamado "chaval", un calificativo mucho más educado. Stephen vio cómo su respeto se esfumaba otra vez, cómo volvía a convertirse en un "asqueroso enano".

***

Joseph irrumpió en el dormitorio común y encontró a "El Brazos" peleándose con Stephen.

-¡Ya basta! –su voz apenas fue un susurro, pero suficiente para que los guardias enmudecieran.

-¡Ahora no es momento para peleas! –sentenció.

-Pero, mi señor –se defendió James-, este enano nos ha engañado con los de los fantasmas.

El resto de guardias asintió con la cabeza enérgicamente.

-Como ya he dicho, este no es el momento –nadie más insistió-. Y ahora, acompañadme a las mazmorras. Si hay algún fantasma, lo quiero muerto.

***

Un grupo de treinta hombres encabezado por Joseph bajaba las escaleras de los calabozos.

Cuando pisaron la húmeda tierra de las mazmorras, todos gritaron, felices. Stephen fue el único que no despegó los labios. La humedad y el aire viciado le provocaron arcadas, pero redimió sus ganas de vomitar. Lo último que quería era que sus compañeros notaran su malestar.

-¡Silencio! –exclamó el Conde.

No hizo falta que lo dijese dos veces, al oírlo hablar todos se apiñaron formando un semicírculo a su alrededor.

-Os diré lo que vamos a hacer –los guardias se acercaron más, prestando toda la atención del mundo-. Estos calabozos son demasiado grandes, no podemos ir todos juntos porque tardaríamos una eternidad en encontrar a los entrometidos, así que nos vamos a dividir en parejas. Ya sabéis, si veis algo raro, dais un grito y todos acudiremos a ayudaros.

¿Entendido?

-Capítulo XXVIII-

-¿Qué está pasando ahí fuera? –Robert acarició el metal oxidado que desde hacía años les aprisionaba-. Noto vibraciones en la puerta…parece que una jauría de bestias se acerca a nosotros.

***

-¡Seguidme, es por aquí! –Alik cojeaba y se movía con dificultad, pero guiaba a sus salvadores hacia la celda que tan fervientemente buscaban.

William sentía la presencia de su padre y hermana próxima. No podía creer que fuera a rescatarlos. Ya se imaginaba la cara que pondría su madre al verlo aparecer con su marido e hija. Volverían a ser una familia, empezarían una vida nueva.

A punto de estallar, su corazón le golpeaba el pecho,

-¡A la izquierda! –el grito del diamantista lo devolvió a la realidad.

Albert se preguntó cómo el judío conseguía orientarse en aquel mar de recovecos sombríos. También se preguntó cuáles serían los motivos por los que había acabado encerrado.

-¡Alik! –le dijo Albert-. ¿Estás seguro que de que vamos por buen camino?

-¡Totalmente! –respondió, jadeante.

La tenue luz del candil lamía los enormes pasillos que se abrían ante ellos. A su paso, sus sombras se proyectaban en las paredes, distorsionadas.

Recorrieron otro pasillo, luego giraron a la derecha, más tarde a la izquierda, bordearon otra vez, volvieron a girar y cuando parecía que Alik había encontrado la celda que buscaba, deshicieron sus pasos hasta encontrarse totalmente perdidos.

-¿Pero dónde estamos? –preguntó Richard visiblemente asustado.

Alik se había desorientado, lo que era bastante comprensible dada la disposición laberíntica de las mazmorras.

-Lo siento –musitó el judío, cabizbajo-. Creo que me he perdido.

-¿Qué vamos a hacer ahora? –William suspiró-. ¿Qué pasará con mi padre y mi hermana? ¡Somos su única oportunidad…tenemos que encontrarlos!

***

La pareja de Stephen fue Arthur.

Arthur era un guardia con el que no había intercambiado ni una palabra en los meses que llevaba trabajando. Rondaba la treintena y tenía la tez morena, ojos negros y facciones severas. Su cabello quedaba atado en una larga cola que cepillaba a diario. Arthur no se molestó en ocultar su irritación al recibir la noticia de que sería él la pareja del enano.

-Lo siento Arthur –le dijo James-, pero hoy te toca hacer de niñera.

Stephen asía una tea en la que brillaba una llama rosada. La negrura de los calabozos era opaca, pese a ello, cobraron vida pequeñas sombras alargadas.

Arthur caminaba delante. Stephen veía su cola deslizarse en su espalda a derecha e izquierda, acompañando el movimiento de su cuerpo al andar. Arthur movía los pies con sigilo, apoyando las puntas de los dedos como un felino, silencioso, preparado para atacar.

Aún no se había dignado a mirar a Stephen.

-Arthur –le dijo, dirigiéndose a él por primera vez-, ¿no oyes eso?

Arthur gruñó, instándole a cerrar la boca.

Caminaron unos minutos más en completo silencio, hasta que Stephen volvió a escucharlo.

-Arthur –insistió, esta vez con cierta brusquedad.

-¿Qué demonios quieres, enano? –su tono era de lo más hostil.

-Digo que si lo oyes.

-¿Oír qué?

-Ese ruido.

Los dos hombres auscultaron el silencio hasta que, efectivamente, aquel sonido llegó a sus oídos.

-¡Son voces! –dijo Arthur, asombrado de que el enano estuviera en lo cierto-.Y parece que no pertenecen a ningún guardia.

-Tienen que ser los intrusos -Stephen desenvainó su espada con la mano que tenía libre.

-Vamos a por ellos.

-Un momento –Stephen acercó la tea a su rostro, gotas de sudor reverberaron a la luz de la llama-. ¿No recuerdas lo que dijo Joseph? Debemos avisar a los demás, solos es demasiado peligroso.

-¿Y dejar que todo el mérito se lo lleve ese maldito Brazos? –Arthur dibujó una sonrisa que su compañero no pudo ver-. ¡Ni hablar!

***

Robert, con la oreja apoyada en el portón oxidado, oyó cómo, al

menos, unos quince hombres habían pasado de largo por la puerta de su celda.

-¿Qué está sucediendo? –inquirió David que seguía abrazado a su mujer-. ¿A qué viene tanto alboroto?

-Por las conversaciones que he podido oír –informó Robert, despegándose de la puerta- parece que unos ladrones se han colado en el castillo.

-¡Qué valor! –exclamó Mary sin contener su asombro-. Auque supongo que, después de todo, no es tan malo. Dentro de poco tendremos unos nuevos compañeros.

Martha sonrió.

***

-¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes, no hay tiempo para buscar a tu padre! –Anthony estaba en lo cierto.

-William, estamos perdidos.

-No tardarán en dar con nosotros. –Albert estaba nervioso, las voces de los guardias rondando en las mazmorras se hacían más audibles-. Hay guardias que quieren matarnos. Tenemos que irnos ya.

-Pero…

-William –Esta vez habló Richard-, hemos de marcharnos.

-No tendremos otra oportunidad, tenemos que intentarlo. –Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Ahora que prometió que no dejaría que nada en el mundo los separara, el destino, cruel e impasible, volvía a interponerse.

Richard se acercó a su amigo y, con toda la delicadeza que pudo, depositó su mano sobre su hombro.

-William –le dijo-, hemos hecho todo lo que hemos podido… pero si no damos media vuelta acabaremos ahorcados.

***

Arthur y Stephen se acercaban a los intrusos. Éstos seguían hablando y no hacían ningún esfuerzo por bajar el tono.

-*¿Qué pasará si resultan ser fantasmas?* -Stephen recordó cómo aquellos seres se evaporaron ante sus narices, la velocidad inhumana con la que se movían, cómo levitaban arrastrando sus raídas capas…

-*¿Cómo los matamos si ya están muertos?*

Pero, fuera lo que fuese, había que intentarlo… ¡Y allí estaban los dos guardias! Solos, acercándose hacia las misteriosas voces masculinas.

Stephen apagó la tea y el aura azulada que los había acompañado desapareció. Una densa negrura les caló los huesos.

A tientas, llegaron al final del pasillo. Estaban a escasos metros de los entrometidos. Una luz débil y blanquecina, parecida a la de un candil, provenía de ellos.

-*Halos de luz espectral* -un escalofrío recorrió a los guardias.

Stephen, agazapado en el suelo, asomó los ojos en la dirección de aquella luz fantasmagórica.

-*¡Aquí están!*

Efectivamente, ahí estaban las cuatro sombras que él había perseguido, las mismas que se habían desvanecido ante sus ojos. Las figuras seguían hablando acaloradamente.

-Stephen –le susurró Arthur-, ¿son fantasmas?

-Espera…

***

Alik sentía haberse desorientado en las mazmorras. Estaba convencido de saber dónde estaban encarcelados Robert, Martha y los Breader, pero la oscuridad lo había desorientado. Se habían perdido.

-¡Vámonos ya! –Albert estaba perdiendo la paciencia.

-No pienso salir de este castillo sin mi padre y mi hermana... marcharos vosotros.

-¡Le prometimos a tu madre que no te pasaría nada! –Richard, con el candil en la mano, estaba exasperado-. ¿Acaso quieres que tu madre pierda lo único que le queda?

William cerró los ojos y pensó en ella, en aquella sonrisa hermosa que tan pocas veces mostraba, en sus ojos azules, sin brillo, muertos de tristeza… No podía abandonarla, si a él le pasaba algo, ella moriría.

-Pero mi padre…

-No hay peros que valgan –lo interrumpió Albert-, salgamos antes de que nos encuentren.

Cuando se dieron la vuelta, dispuestos a volver al conducto de ventilación, se encontraron con Alik. El judío tenía los ojos fuera de las órbitas, estaba tambaleante y sudoroso.

-¿Qué sucede? –le preguntó Albert.

Pero el judío no podía contestar. Estaba hipnotizado, mirando aquellos ojos brillantes que, agazapados al final del pasillo, los observaban desde hacía tiempo.

***

-Maldita sea…no son fantasmas. ¡Son los ladrones! –gritó Arthur, abalanzándose sobre los cinco hombres.

Stephen no dudó en imitarlo.

La desventaja de cinco contra dos no se hizo notar. ¿Qué es lo que cuatro campesinos podían hacer contra dos guardias? Éstos eran hombres acostumbrados a la guerra, con experiencia, sangre fría y, por supuesto, con unas mortales espadas que atravesaban cualquier cosa.

Antes de que los campesinos pudiesen reaccionar, los guardias se abalanzaron sobre ellos y los inmovilizaron a puñetazos y patadas.

Cuando William alcanzó a comprender qué había sucedido, se encontró maniatado, sin poder mover ni un músculo de su cuerpo.

-Stephen –le dijo Arthur, visiblemente orgulloso-, te dejo a cargo de los ladrones. Voy a llamar a nuestro Conde… ¡Verás qué contento se va a poner!

***

-¡Suéltanos! –Albert luchaba por desatar las cuerdas que oprimían sus muñecas-. ¡Suéltanos, por favor!

William, atado de pies y manos como un animal, pensó en su madre.

Aquella mujer que tras haber perdido a su hija y esposo había luchado contra esta vida por él…¿qué haría cuando muriera? ¿Encontraría fuerzas para seguir hacia delante o sucumbiría ante la tristeza y el dolor?

***

-¡Venid aquí! –voceaba Arthur mientras recorría los pasillos-. ¡Tenemos a los ladrones!

Pero ninguno de los guardias lo oía, se habían dividido en varias parejas y la planta subterránea de los calabozos era enorme.

-Deben de estar cerca –se dijo-, *muy cerca.*

Arthur siguió corriendo, con la esperanza de que sus gritos fueran escuchados por algunos de sus compañeros.

***

-Arthur está tardando mucho. ¿Por qué no viene? -Stephen estaba perdiendo la paciencia.

Él estaba solo, vigilando a los cuatro ladrones y al diamantista. Al parecer, el judío había escapado de su celda e intentado fugarse con ellos.

-Señor –masculló William-, por favor, apiádese de nosotros. Déjenos marchar.

Stephen no podía engañarse: sentía lástima por aquellos desdichados. Al amanecer serían ahorcados, luego sus cadáveres serían colgados en la entrada de MainCastle como aviso a futuros ladrones.

-No somos ladrones –insistió Anthony, hecho un ovillo en el suelo-, sólo somos unos humildes campesinos…no hemos hecho nada malo.

-¿Y qué hacen unos campesinos en el castillo de su señor? –les preguntó.

-Hemos venido –musitó William sintiendo un escozor en sus muñecas- a rescatar a mi padre y a mi hermana.

***

James, como soldado predilecto del Conde, recorría los pasillos junto a su señor.

-¡Es para mí un privilegio! –dijo cuando Joseph le propuso ser su pareja.

"El Brazos" andaba ligeramente encorvado, moviendo el cuello a cada paso que daba, como si eso lo ayudara a mantener el equilibrio.

-Parece una maldita paloma –rió Joseph para sus adentros.

Mientras James continuaba con su peculiar forma de caminar, Joseph pensó en cuál sería la pena que debería asignar a los intrusos ante tal falta de respeto hacia su persona.

-Si los ahorco –empezó a pensar- *no estaría haciendo lo correcto… La muerte por estrangulamiento es la que se le da a un vulgar ladrón… ¡pero estos! A estos les corresponde un castigo ejemplar, algo que perdure en la memoria de todos los ciudadanos de MainCastle… ¡He de mantener mi honor!*

-Mi señor –exclamó "El Brazos", enderezándose-, ¿oye eso?

Joseph paró en seco, llegando incluso a contener su respiración para escuchar el silencio sin perturbación alguna.

-¡No oigo nada! –exclamó, notablemente malhumorado.

-Señor –volvió a insistir-, creo que es Arthur.

***

Arthur estaba tardando más tiempo del previsto y Stephen comenzó a preocuparse por si su compañero se había perdido.

-¿Y quién es tu padre? –inquirió el guardia, movido más por el aburrimiento que por la curiosidad.

William volvió la vista atrás cinco años, cuando él había sido herido por un lobo y descansaba sobre una carreta con las piernas heridas.

-Se llama Robert –dijo con satisfacción. A pesar de estar maniatado y sentenciado a muerte, una sonrisa apareció en sus labios al recordad su cara- y mi hermana es Martha…la pequeña Martha.

Stephen, rígido y frío como una piedra, recordó al padre y a la hija que Joseph tenía encarcelados hacía más de cinco años. Stephen odiaba tremendamente al Conde por ello, lo consideraba un monstruo sin corazón.

Y ahora el hijo había vuelto para salvarlos.

Stephen supo que en sus manos estaba cambiar el destino de aquellos desdichados.

***

Arthur, gritando a pulmón abierto, se dirigió hacia Joseph y una sombra alta y ancha que no podía corresponder a otro sino a James.

-Mi señor –jadeó Arthur con respiración entrecortada cuando se encontró frente a ellos.

-¡Eres un insensato! –Joseph, con los puños apretados no podía contenerse-. ¿A qué viene tanto alboroto? –Arthur quería hablar, pero su señor le indicó con un gesto que no lo interrumpiese-. Ahora, por tu culpa, los ladrones sabrán que no están solos y extremarán sus precauciones…¡eres idiota!

-Mi señor –volvió a insistir Arthur, ardiendo en deseos de comunicarle la noticia.

-Más te vale que tengas una buena explicación –a pesar de la oscuridad que reinaba, un brillo malicioso apareció en sus ojos, como si desprendieran llamaradas de fuego.

-Mi señor –dijo por tercera vez-, los ladrones no pueden extremar sus precauciones –Joseph, intrigado, cambió la expresión de su semblante-. Stephen y yo los hemos capturado.

El Conde estalló en unas sonoras carcajadas que retumbaron en las estrechas paredes de las mazmorras. El eco las propagó a lo largo de los pasillos.

-¡Por fin! Ahora son míos.

-¿A qué esperas? –le instó a Arthur-. ¡Condúcenos ante ellos!

***

El aire viciado de las mazmorras arrastraba unas risas que erizaron los pelos de Martha.

-Padre -dijo en un hilo de voz-, ¿qué hay de divertido en estos calabozos sino oscuridad y muerte? ¿Quién puede reírse de esa forma aquí dentro?

Robert cruzó una mirada con David Breader, ambos sabían a qué persona correspondía aquella risa malvada y cruel…el Conde Joseph.

-El diablo –musitó Robert-. El mismísimo Satanás.

***

-¡Más rápido! –exigía el Conde-. Quiero ver las caras de aquellos que osan robarme.

Arthur guiaba a Joseph y "El Brazos" hasta el lugar donde su compañero retenía a los cinco rehenes.

Corrieron a través de un pasillo que parecía no tener fin, una vez que lo franquearon, giraron a la derecha.

-Estamos muy cerca, mi señor.

Los tres hombres, apresuraron el paso. Mientras corrían, Joseph siguió pensando en qué castigo asignaría a esos miserables.

-Primero, para que el público se vaya calentando, los dejaré subidos en el estrado hasta la hora del almuerzo; mis ciudadanos se encargarán de tirarles tomates, insultarlos y escupirles –Joseph dibujó una extraña mueca en sus labios que pretendía ser una sonrisa-. *Luego James los torturará… los azotarán hasta que los huesos de su espalda se rompan* –imaginó a toda MainCastle reunida, gritando y clamando justicia como lo hicieron con los Breader-. *Y después, la horca pondrá fin a sus vidas.*

De súbito, Arthur se paró. La expresión de su rostro manifestaba que algo no marchaba bien.

-¿Por qué te paras? –le preguntó Joseph, desconcertado.

Arthur, con los ojos fuera de las órbitas, se masajeaba las sienes.

-¿Qué es lo que pasa?

Arthur no contestaba, permanecía erguido, ausente.

-Brazos –dijo Joseph dirigiéndose a su guardia predilecto-, ¡hazle hablar, ahora!

James se remangó, dejando al descubierto sus antebrazos poblados de venas azuladas que sobresalían de forma repulsiva. Con su brazo derecho, aún siendo zurdo, levantó el cuerpo de su compañero hasta propinarle a su cabeza un tremendo golpe con el techo de las mazmorras.

-Ya has oído a nuestro señor –gruñó, zarandeándolo-. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué nos detenemos?

-Bájame –ordenó Arthur, mareado.

James dejó caer al guardia, quien se estampó contra el suelo.

-¡Habla! –sentenció el Conde, exasperado.

-No lo entiendo, mi señor, pero estoy convencido de que era aquí mismo donde debería estar Stephen con sus prisioneros.

Al Conde se le puso la cara roja de la ira.

-¿No te habrás perdido? ¿No te habrás confundido de lugar?

-Quizá tenga razón –intervino "El Brazos", defendiendo a su compañero-. Quizá Stephen estuviera, tal y como dice Arthur, en este mismo lugar con sus cinco ladrones.

-¿Y cómo sabes eso? –los ojos de Joseph se achicaron como los de una serpiente.

James, sin decir palabra, se limitó a señalar a un lado del pasillo: allí, semiocultas en la penumbra, descasaban cinco cuerdas…las mismas que Arthur y Stephen utilizaron para atar a los ladrones.

Habían escapado.

-Capítulo XXIX-

La noche perdía intensidad en MainCastle. La luna estaba cansada, fatigada tras una dura jornada de trabajo. Su luz perdía fuerza mientras descendía entre las nubes. Parecía que quisiera acunarse tras el horizonte, arroparse entre las montañas y dejar que el sol la sustituyera unas horas.

Las miles de estrellas que la acompañaban también necesitaban dormir. Algunas, sin dignarse a esperar a la que debía ser su dueña, desaparecían en silencio. La luna las miraba bostezar tras el horizonte azulado.

Sara había perdido el conocimiento, permanecido inmóvil en el suelo durante horas. Cuando recobró el conocimiento, se vio pringada de barro, con su fino camisón de noche adherido al cuerpo. Se llevó una mano al pelo e hizo un gesto de repulsión al comprobar que donde antes había unos delicados bucles, ahora tenía una masa pastosa y maloliente.

Sin pensárselo dos veces, se puso en pie y se dirigió a su casa.

***

Estaba amaneciendo y a pesar de que los ciudadanos apenas habían dormido, no cesaban de pulular por MainCastle. La ciudad entera se había enterado de que unos ladrones habían entrado en el castillo de su señor.

-Según me han dicho, han capturado a los ladrones –gritó un hombre blandiendo un martillo por encima de su cabeza. Al escuchar esto, sus amigos estallaron en vítores.

-Dentro de poco –informó otro, cuando cesaron los gritos- podremos verle las caras a aquellos que osan robar a nuestro señor.

-¿Pero cómo se les ocurre?

-Si roban a nuestro Conde es como si nos robaran a nosotros mismos.

-Pues yo digo que hacen bien -apostilló un anciano con el pelo canoso-. Ese Joseph es un canalla y merecen que lo saqueen, pues eso hace él con nosotros todos los días.

Este último comentario desencadenó una gran controversia, así en plena calle se formó una auténtica batalla entre partidarios de Joseph y aquellos que no reconocían en él a su señor.

***

Cuando Sara llegó a su casa, cerró la puerta.

Los cientos de gritos del exterior, desaparecieron. A sus oídos no llegó nada, ni tan siquiera el ulular del viento.

Tuvo la sensación de estar sola en el mundo, que la ciudad entera se hubiera marchado y fuera ella la única que quedaba.

Pero en realidad, así era como estaba: sola.

Los miles de habitantes en MainCastle no significaban nada para ella, todo cuanto le importaba se había ido.

Sara tenía barro pegado a su piel, estaba seco y le impedía estirar los brazos y piernas, pero no lo importó. Encendió una vela y se sentó en un taburete. La llama salpicó sus lágrimas de plata.

Unos golpes en la puerta la devolvieron a la realidad.

Sara, casi en un acto reflejo, se enjugó el torrente de lágrimas que lamía su cara, como si temiera que alguien la viera llorar.

Se percató de que estaba cubierta de barro, que apestaba y que, si abría la puerta, lo más probable fuera que sus visitantes salieran asustados.

-¿Quién es? –se limitó a preguntar.

Pasaron unos segundos y nadie respondió.

-Habrá sido el viento –se tranquilizó. Realmente hubiera sido muy bochornoso que alguien la hubiera visto con aquella pinta.

De nuevo, y esta vez seguro que no era ninguna ráfaga de aire, unos golpes secos resonaron en su puerta, con fuerza.

-¿Quién es? –volvió a preguntar.

Silencio.

Trascurridos unos instantes, volvieron a llamar, pero en esta ocasión lo hicieron con tal violencia, que casi la derriban.

-¡Ya voy! –se resignó, al comprender que no podía hacer otra cosa.

Echó mano de una ajada capa y tapó el barro de su cuerpo con ella.

Finalmente, abrió la puerta.

Sara casi se desmaya por segunda vez.

-¡No puede ser!

Había esperado aquel momento tanto tiempo… y ahora que lo tenía enfrente, dudaba de si era real.

Se frotó los ojos varias veces para convencerse de que estaba despierta.

-No puede ser –insistió, resistiéndose a no creer en lo que veía-. *Es imposible.*

A lo largo de los últimos años, Sara había logrado seguir hacia adelante gracias a no tener esperanza.

-La esperanza es muy peligrosa –le dijo una vez una amiga mientras labraban el campo-. Lo que te aconsejo es que te resignes con lo que esta vida te ha dado…olvídate de Robert de una vez por

todas. No avives la herida de su recuerdo.

Por eso ahora permanecía inmóvil, contemplando embelesada a ese hombre que la miraba con una media sonrisa en el umbral. Estaba delgado, casi cadavérico, pero Sara reconocía sus ojos. Se había visto reflejada en ellos infinidad de veces.

***

Robert no lo pensó dos veces. Se abalanzó sobre su mujer sin poder contenerse.

Cuando Sara sintió los brazos de su marido rodear su cintura y cómo sus ásperas manos acariciaban su piel, rompió a llorar.

Permanecieron así no sé cuánto tiempo, envueltos en un abrazo mágico que los transportó fuera de esta realidad.

Sin mediar palabra, ambos supieron que habían anhelado aquel momento desde que Joseph los separó.

En cierta ocasión, Sara soñó que Robert la besaba, que la abrazaba y le susurraba en el oído lo mucho que la quería... era entonces cuando se despertaba sobresaltada, envuelta en la soledad de la noche.

-*Pero ahora es real* -se dijo a la vez que Robert la levantaba en volandas.

Cuando la depositó en el suelo, se volvieron a abrazar.

-¡Madre! –Martha entró en la casa y tras ella aparecieron los Breader, William, sus vecinos y un anciano que nunca había visto.

-¡Dios mío! –exclamó Sara, asombrada-. ¡Estás hecha toda una mujer!

Madre, hija y padre se abrazaron mutuamente, entre carcajadas y sollozos.

Hubieran permanecido así el día entero de no ser porque William los separó:

-¡Siento interrumpiros! –les dijo con una amplia sonrisa-, pero os recuerdo que tenemos que abandonar MainCastle cuando antes… Joseph está como loco buscándonos.

***

Mientras tanto, Stephen barajaba en su mente cuál era la explicación más factible para excusar la inexplicable huída de cinco presos atados e indefensos.

Cuando aquel joven le dijo a quién buscaba, cuando supo que su padre y hermana eran aquellos que llevaban cinco años encerrados en las mazmorras, sintió compasión. Así que, sin pensarlo dos veces, desató a los cinco presos y los condujo hasta su celda.

Todo sucedió con demasiada rapidez, no hubo tiempo para abrazos ni saludos.

Luego los guió a través de un pasadizo hasta la salida del castillo.

-¡Huid! –les avisó cuando estuvieron fuera-. Es cuestión de minutos que llegue a oídos de Joseph que cinco de sus presos han escapado…cuando se entere, removerá cielo y tierra para dar con vosotros. ¡Salid de la ciudad, abandonarla y no volváis nunca!

Así fue como Stephen había dejado en libertad a cinco presos y los cuatro intrusos que su señor había estado buscando toda la noche…si alguien llegase a enterarse, lo pagaría con la muerte.

***

Inexplicablemente, Alik comenzó a encontrarse mal.

Lo tumbaron en el jergón de Sara. El anciano se quejaba, decía que todo le daba vueltas, que el estómago le ardía y se le nublaba la visión.

-Malditas ratas –maldijo Robert.

-Las ratas le han hecho menos daño del que al amanecer le hubiera causado James -informó William.

Mary y David Breader, Albert, Richard, Anthony, William, Martha, Robert y Sara contemplaban con impotencia cómo la vida abandonaba lentamente el cuerpo del diamantista.

-¡Venid aquí! –musitó Alik, dirigiéndose a William y sus vecinos.

Los hombres se acuclillaron junto al anciano. William asió su mano, fría y arrugada.

-¡Díganos, señor! –Albert lo miraba a los ojos. El judío tenía un temblor en la barbilla y apenas podía hablar. Seguramente las mordeduras de las ratas lo habían infestado y envenenado su sangre.

-Ya sabéis que os debo mi vida… y os lo voy a agradecer.

-Pero señor, no tiene por qué…

-¡Silencio! –ordenó Alik, levantando la mano-. No aguantaré mucho más, así que escuchadme y no me hagáis perder el tiempo.

Todos quedaron sorprendidos, al parecer aún le quedaba carácter.

-¿Sabéis por qué estaba en las mazmorras? ¿Por qué esta mañana iba a ser ahorcado en la Plaza Mayor?

-A nosotros nos contó algo de una inversión –intervino Robert-. Nos dijo que invirtió todas las riquezas que había obtenido en la venta de diamantes en un proyecto muy ambicioso…que al final fracasó y no pudo devolverle el dinero al Conde.

-¡Mentira! –los ojos del judío comenzaban a dilatarse y en ellos

no se percibía ni un atisbo de vida.

-Pero Alik –insistió Robert-, yo creo recordar que fue eso lo que nos contó.

El judío deslizó la comisura de su labio inferior ligeramente, intentaba sonreír.

-Pues claro que os dije eso…pero os mentí. Engañé a todo el mundo.

Los presentes intercambiaron miradas entre ellos…¿estaría delirando aquel anciano? ¿Serían aquello invenciones de un hombre que estaba a punto de pasar a mejor vida?

-Escuchadme atentamente –todos se arracimaron en rededor al diamantista-. Quitadme el zapato.

-¿Cuál de los dos?

-El derecho.

Albert indicó a su hijo, Richard, que hiciera los honores. El joven se acercó al anciano y, con suavidad, extrajo su zapato roído por aquellas endemoniadas ratas.

-Ahí encontraréis un papel- Alik jadeaba y sudaba cada vez más…estaba a punto de morir-. Ahí está escrito el lugar donde enterré toda mi fortuna…

Todos los presentes enmudecieron… ¿Había dicho “fortuna”?

-Pero señor –antes de que el anciano falleciera, William deseaba preguntarle una última cosa.

-Dime, muchacho.

-No lo entiendo –afirmó, escéptico-. ¿Por qué si tiene tanto dinero no se lo dio al Conde…es decir, por qué iba a aceptar un hombre que lo mataran si cediendo su fortuna podría evitar la muerte?

El anciano rió para sí.

-Hijo –sus palabras habían quedado reducidas a susurros casi inaudibles-, prefiero morir antes que dar mi dinero a un endemoniado como Joseph.

Tras decir esto, el semblante de Alik cambió. Los músculos de sus facciones se relajaron y una sonrisa afloró en sus labios.

-¿Señor? –Martha se acercó al jergón sobre el que yacía Alik-. ¿Se encuentra bien?

-Hija –Sara retiró a la niña del cadáver y, con dulzura, añadió-, siento decirte que ha muerto.

Richard pasó el zapato a su hermano Anthony y hurgó en su interior varios segundos. Cuando retiró la mano, en ella había un pedazo de pergamino amarillento, cuidadosamente doblado.

-Capítulo XXX-

-¿Qué ha pasado?

Joseph abofeteó a Stephen con tal fuerza que cayó al suelo de bruces.

-Mi señor –le suplicó-, por favor, escúcheme.

-¡Eres un maldito enano! ¿Cómo es posible que, además de escaparse los ladrones, hayan desaparecido cinco de mis presos? –Le pateó el vientre-. ¿Cómo es posible?

Stephen se retorció en el suelo unos segundos. Sintió en su boca el sabor dulzón de su sangre.

-Le juro, mi señor –dijo, llevándose las manos al estómago-, que no tengo nada que ver con todo esto.

Joseph no podía creer lo que le estaba sucediendo, cuando MainCastle se enterase de lo sucedido, perdería su honor. ¡Nadie volvería a temerle nunca más!

-¡Por favor! –le suplicó Stephen-. ¡Escúcheme, se lo ruego!

El Conde, ligeramente aliviado al ver que aún infundía miedo en sus guardias, lo miró fijamente.

-Más te vale que tengas una buena explicación -concedió al fin.

Stephen le relató su inventada historia, modulando el tono de voz, mientras rezaba al cielo para que su señor lo creyese.

-¿Me estás diciendo –inquirió cuando finalizó-, que los cinco hombres, atados de pies y manos, indefensos como cinco corderos, se soltaron a la vez y escaparon?

-Mi señor -añadió el guardia con tono serio-, forcejé con ellos con todas mis fuerzas…pero no pude hacer nada.

Joseph lo barrió con la mirada.

-¿Con todas tus fuerzas? –repitió en tono burlón-. ¿Cómo esperas que me trague eso si no tienes ni un rasguño en el cuerpo? Hasta una mujer hubiera forcejeado con más fuerza que tú.

Stephen no se percató de ese detalle y notó cómo la sangre le bullía por dentro al no tener preparada una respuesta.

-Yo… –comenzó a improvisar-, yo… –su señor lo miraba distante y frío-, yo intenté detenerlos pero me golpearon y me dejaron inconsciente…como usted comprenderá no tuve ocasión de luchar.

-¿Y cómo se han esfumado también mis prisioneros? ¡Estaban encerrados!

-Señor…debieron de quitarme las llaves de las mazmorras cuando perdí el conocimiento.

Cuando Stephen acabó de hablar, Joseph no sabía qué era lo más correcto en aquella situación.

-*Si le corto la cabeza ahora mismo* -pensó con frialdad-, *no habré*

ganado más que un guardia muerto…y con lo difícil que es encontrar hombres cualificados. Por otra parte –desvió su mirada hacia "El Brazos"-, *su historia es bastante real, todo encaja…no hay cabos sueltos.*

Tras meditar durante unos minutos, informó a James.

-¡Brazos! –bramó con la furia de un relámpago-. ¡Quiero que mis guardias salgan a la ciudad, que bloqueen todas y cada una de las salidas de MainCastle…¡Nadie, absolutamente nadie entrará o saldrá de esta ciudad!

James se perdió en la lejanía gritando a pleno pulmón las órdenes de su señor.

-Y en cuanto a ti -dijo dirigiéndose a Stephen, aún tirado en el suelo en posición fetal-, no voy a matarte.

Stephen tuvo ganas de dar un salto y darle un beso a aquel monstruo.

-¡*Ha funcionado!* –se dijo, triunfal-. ¡*Se ha tragado mi historia!*

-Pero recuerda lo que te digo: ten mucho cuidado con lo que haces. Te estaré vigilando.

-Capítulo XXXI-

Era cuestión de tiempo que aparecieran por la vivienda de Sara los guardias de MainCastle.

Ya debían de saber que uno de los presos que había escapado era Robert y, como es natural, el primer lugar al que irían sería a la casa de su esposa.

-Tenemos que irnos de la ciudad cuanto antes, no hay tiempo que perder.

Sara metía a toda prisa sus escasas posesiones en un saco: cuencos de madera, carne en salazón, unas hierbas aromáticas que añadía a sus comidas, un pellejo lleno de agua y una cacerola con la que cocinaba asiduamente.

Todos los presentes observaban ensimismados la velocidad con la que Sara recogía los objetos de la casa y la destreza con la que los introducía en aquel saco improvisado. Robert intentó ayudarla, pero su mujer le dijo, medio en broma medio en serio, que eso era cosa suya.

-¡Ya está todo listo! –dijo satisfecha cuando hubo terminado-. ¡Vámonos!

-¿Qué va a pasar con Alik? –preguntó Martha, señalando el cuerpo del judío-. No podemos dejarlo aquí.

Robert miró una última vez el cadáver del diamantista: aún yacía sobre el jergón de Sara, con los párpados cerrados y una tenue sonrisa que destilaba paz. Cualquiera hubiera jurado que aquel hombre estaba dormido, y sin duda eso era lo que Martha pensaba, negándose a reconocer la realidad.

-Hija –Robert deslizó sus manos por los hombros de la pequeña-, no podemos llevarlo con nosotros…aquí estará bien.

-¿Me lo prometes? –inquirió con un brillo de tristeza en los ojos-. Es mi amigo.

-Te doy mi palabra.

David y Mary Breader, Albert y sus dos hijos y Robert y su familia salieron por la puerta raudos como el viento.

La noche comenzaba a desaparecer y el manto de estrellas se perdió en la penumbra del día.

-¿Qué haremos con el tesoro del judío? –observó Richard, alzando con su mano el ajado pergamino.

Todos enmudecieron al ver aquel trozo de papel…en él había prosperidad y riqueza, un futuro que hasta entonces les había sido vedado.

-Ahora no tenemos tiempo para buscarlo…comienza a amanecer –dijo Robert atisbando las nubes que comenzaban a teñirse de

morado-, hemos de marcharnos antes de que salga el sol.

-Pero el tesoro…-insistió, esta vez, Anthony.

-Escuchadme –Robert clavó la vista en los dos hermanos-, de nada nos servirá toda esa fortuna si estamos muertos.

***

Las órdenes del Conde fueron cumplidas de inmediato por los guardias: todas y cada una de las puertas que franqueaban la entrada o salida habían quedado custodiadas por soldados de MainCastle.

-No podrán abandonar mi ciudad- se dijo Joseph mientras subía a su hermoso caballo de guerra-. *¡Están atrapados!*

Joseph y diez de sus mejores hombres subieron a sus monturas.

James montó en su corcel, un tremendo caballo de guerra de dimensiones descomunales que se comía en heno y paja casi todo su salario.

-Necesito un caballo que pueda aguantar mi peso –le dijo a su señor cuando el suyo murió.

No fue fácil encontrar un animal de tal magnitud, pero transcurridos varios meses un campesino apareció a las puertas de su castillo con aquel animal.

-¿De dónde ha salido esta fiera? –le preguntó el Conde cuando lo tuvo enfrente suyo.

El campesino que se lo vendió jamás le proporcionó información de dónde lo había conseguido.

Cuando los guardias de MainCastle se acomodaron en sus correspondientes monturas, desenvainaron sus espadas.

-Según me acaban de informar, la mujer de Robert vive aquí. Iremos hasta su chabola –ordenó el Conde-. ¡Estoy convencido de que tiene algo que ver con la huída de su marido!

Joseph y su hatajo bestias espolearon los caballos, arrastrando una nube de polvo tras su paso.

A medida que se alejaban del centro de MainCastle, el empedrado de las calles y las lujosas casas desaparecieron para dar lugar a penosas construcciones de arcilla, barro y aire.

James sabía que los residentes de la periferia eran los más pobres de la ciudad, pero jamás imaginó que la pobreza hiciera mella en sus cuerpos con tanta crueldad. Los niños que se dejaban ver, en su mayoría, iban semidesnudos y descalzos, con los pies repletos de suciedad y polvo.

El trote de los once caballos ataviados con armaduras de guerra hacía tiritar el suelo. Los humildes campesinos, que sólo tenían

contacto con bueyes con los que araban las tierras, huían despavoridos.

Joseph disfrutaba al ver a los labradores rehuir su mirada. Los niños se alejaban y se refugiaban en sus viviendas, guareciéndose de su vista. Una sensación de poder hinchió su corazón de orgullo.

-¿Dónde vive esa mujer? –preguntó Joseph.

-Mi señor –James, que parecía conocer la residencia de todos los ciudadanos de MainCastle, le informó-, tenemos que bordear esta hilera de casas y, a la derecha, la encontraremos.

Los caballos franquearon la fila de viviendas con una velocidad impresionante. Los ciudadanos asomaban la cabeza por las ventanas, pero cuanto alcanzaban a ver era una espesa humareda de tierra y miedo.

-¡Es aquí, mi señor! –señaló cuando estuvieron frente a ella.

Se trataba de una humilde morada de barro, picada por el sol. Joseph pensó que era una auténtica proeza que se mantuviera en pie por sí sola.

Los diez soldados desmontaron de sus caballos y se dispusieron en rededor al Conde, dispuestos a escuchar sus órdenes.

-Atención –los informó-, si estuvieran aquí los quiero vivos. Nadie excepto yo tiene derecho a cortarles las cabezas.

Joseph descendió de su equino y sus botas de cuero se hundieron en el barro.

-¡Sara! –James golpeó la carcomida tabla que les impedía la entrada-. ¡Abre la puerta de inmediato o la derribaremos!

Después de esperar unos segundos, “El Brazos” miró a su señor. Un gesto de asentimiento suyo bastó para que James cogiera carrerilla y embistiera contra la puerta. La tabla de madera quedó reducida a añicos.

Todos los guardias, incluido Joseph, se introdujeron de inmediato en aquel cuchitril.

La vivienda la componía una única habitación de dimensiones muy reducidas.

-¿Y aquí ha vivido durante cinco años Sara y su hijo? -se preguntó James, atónito-. *¿Cómo alguien puede vivir en estas condiciones?*

“El Brazos” barrió con la mirada el diminuto interior de la vivienda…¡estaba prácticamente vacía! En el centro había cenizas de lo que había sido una hoguera.

-Ahí es donde deben de cocinar -se dijo asombrado al imaginarse agazapado en torno al fuego.

Cuando desvió la vista a su izquierda atisbó un jergón hecho con finas ramas de árboles y algo de paja. Encima había un cadáver.

-¡No es posible!

-¡Señor, señor! –gritó notablemente alterado- ¡Tiene que ver

esto!

James condujo al Conde hasta el rincón de la habitación donde descansaba el cuerpo de Alik.

-¿No este el judío que hoy sería ahorcado? –le preguntó.

Joseph no contestó.

Lanzó una mirada de odio al cuerpo del diamantista, el mismo que le debía una fortuna.

-*Maldito judío…te has quedado con mi dinero* –se entristeció.

-Pero bueno –dijo, dirigiéndose a sus guardias-, no os quedéis parados. ¡Coged su cuerpo y enterrarlo! Mañana venderé esta casa.

-¿Y qué pasa con los fugitivos? –preguntó uno.

-La búsqueda no ha hecho más que comenzar.

***

Mientras tanto, los fugitivos buscaban desesperadamente la manera de abandonar para siempre la ciudad.

Los nueve andaban cabizbajos, con las capuchas de sus capas puestas, intentando pasar desapercibidos entre el gentío.

El sol bañaba MainCastle con haces dorados, otorgándole un aspecto hechizante. El cielo, límpido, sin una nube, insinuaba la bóveda celeste.

Robert encabezaba el grupo. Andaba taciturno, arrastrando los pies. Habían transcurrido cinco años desde que caminó por esas calles y ahora lo hacía cabizbajo, con un capuchón puesto para que los ciudadanos no lo reconocieran. No obstante se sintió feliz al comprobar que todo cuanto lo rodeaba conservaba el mismo aspecto que antaño: las mismas casas de argamasa, las mismas calles, la misma gente, los mismos olores…parecía que el tiempo no hubiera pasado por MainCastle.

-Hoy es domingo –informó Albert muy optimista-, día de mercado en la ciudad. Las puertas estarán abiertas para que los comerciantes entren con sus carretas…aprovecharemos eso para huir –sonrió-. ¡Dentro de unas horas estaremos en el bosque, a salvo de la mano de Joseph!

Robert escuchó al vecino de su mujer, escéptico.

No había tenido ocasión de conocerlo, pero parecía un buen hombre y sus facciones, demacradas por los años que arrastraba tras su espalda, inspiraban confianza. Lo mismo opinaba de sus dos hijos: Richard y Anthony que habían congeniado muy bien con el suyo.

-¡Dios quiera que tengas razón! –le dijo esperanzado.

Siguieron caminando hacia el extremo occidental de la ciudad, donde se localizaba un enorme portón de hierro por el que entraban

cientos de personas.

Lo que antes habían sido unos tenues rayos solares, ahora comenzaban a convertirse en potentes haces de luz cegadores.

-¡Comienza a amanecer! –acertó a decir Sara-. Tenemos que darnos más prisa.

El grupo apresuró el paso.

Los pocos ciudadanos que quedaban durmiendo en sus casas, salían al exterior a desperezarse. Los gallos, propagando la llegada del nuevo día, emitían su "ki-ki-ri-kiiiiii" a los cuatro vientos, despertando a los más rezagados.

-¡Ahí está! –exclamó la pequeña Martha sin contenerse-. Ahí está la puerta.

Sara, como si ya no tuviera que ocultarse, se quitó el sucio capuchón y mostró su rostro aún cubierto de fango.

-Lo hemos conseguido -le dijo a su marido a la vez que lo atrapaba entre sus brazos.

Robert no había reparado en ello, pero su mujer tenía toda la cara embadurnada de barro, el pelo pastoso y desprendía un olor que hasta a él le pareció repelente.

-¿Qué te ha pasado, cariño? –inquirió mientras acariciaba su pelo, duro como una piedra.

Sara recordó cómo se desmayó cuando creyó que el Conde había capturado a William y cómo se hundió en el fango encharcado de barro y heces.

-¡Ah esto…! -respondió como si acabara de darse cuenta-. No te preocupes… es que me caí y no he tenido tiempo de ir al río a lavarme.

-Para mí –le contestó mientras la aferraba contra su pecho-, sigues siendo igual de hermosa…pero alguien podría pensar que tienes la lepra.

La lepra sembraba el pánico en casi medio mundo. La gente moría despellejada, infestada por tan cruel enfermedad. Se decía que los cadáveres se apilaban en las calles de otros países y que los familiares se veían obligados a abandonar a sus seres queridos por miedo al contagio…esta enfermedad se extendía indefectiblemente y amenazaba con llegar a todos los rincones del planeta.

Los médicos, cuyas curas se reducían principalmente a desangrar a los enfermos, poco podían hacer.

Así, cuando alguien mencionaba la palabra "lepra", la gente huía despavorida.

Sin embargo, en Inglaterra, dicha expansión parecía amortiguarse gracias al inmenso mar que rodeaba el país.

-Será mejor que te pongas la capucha -le aconsejó-, o tendremos

problemas.

Sara obedeció.

El grupo siguió acercándose al portón, pero a medida que lo hacían pudieron comprobar que éste se encontraba cerrado, custodiado por dos corpulentos hombres de armas.

-*Ya decía que era demasiado sencillo* –se lamentó Robert.

Joseph ya había previsto su posible huída, así que había mandado cerrar todas las puertas de la ciudad. No tenían escapatoria.

Martha abrazó a su hermano, asustada ante la presencia de los cuatro guardias de MainCastle. William le sonrió, intentando aparentar una seguridad que no tenía.

-¿Qué haremos ahora? –preguntó David Breader, aterrado-. No podemos escapar.

Robert lo miró triunfante, con una sonrisa de oreja a oreja, luego desvió la vista a su mujer.

-¡Tengo una idea!

***

De súbito Robert se agachó y cogió un puñado de barro.

Las reiteradas lluvias de los días anteriores habían convertido la tierra de la ciudad en un fango sobre el que costaba andar.

El hombre, como si se hubiera vuelto completamente loco, comenzó a extenderlo por sus brazos y cara.

Richard intercambió una mirada con su hermano, ninguno comprendía.

-¿Qué es lo que hace tu padre? –le preguntaron a William.

Éste, a sabiendas de que Robert nunca se daba por vencido, albergaba la esperanza de que los fuera a sacar de MainCastle. Pero ¿a qué venía aquello?

Como si no hubiera tenido bastante, Robert se quitó la capa y la camisa, dejando su huesudo torso al descubierto, y se restregó el barro por todo su cuerpo.

Cuando finalizó, miró a su mujer.

Su facciones se habían contraído, creando una mueca de preocupación e incomprensión.

-¿A qué viene este numerito? –le regañó Sara sin saber qué decir.

Robert no le contestó, sino que instó a todos los demás a que lo imitaran.

-¿A qué esperáis? –los animó-. Cubrid vuestros cuerpos de barro tal y como acabo de hacer.

William agachó la cabeza, abochornado ante sus amigos por el

comportamiento de su padre.

William siempre se había jactado de tener un padre inteligente y, a pesar de que estaba encerrado, cuando salía el tema hacía gala de ello con voz orgullosa…que si su padre era muy fuerte, que si una vez mató a un ciervo con sus manos, que fabricaba arcos, que era capaz de asustar a los lobos…

-*¿Qué voy a decir después de esto?* –se lamentó.

Al ver que ninguno lo imitaba, Robert cogió un puñado de fango y se lo depositó en la palma de su mano izquierda.

-No seáis así –les espetó-. Martha, hija, tú serás la primera.

Se arrodilló frente a la pequeña y, con suavidad, aplicó su ungüento por sus mejillas azoradas de vergüenza.

-¿Qué demonios estás haciendo? –Sara se interpuso entre la niña e impidió que siguiera-. Exijo una explicación.

Robert desvió la vista hacia Albert, sus hijos, luego observó la expresión grave de David y Mary Breader y, por último, el perceptible abochornamiento de su hijo.

-Pero…¿qué os pasa? –les preguntó-. ¿No os dais cuenta de que ésta es la única manera de salir de la que disponemos?

-Robert –intervino David con su voz ronca-, sabes que siempre te he respetado, pero no creo que cubrirnos de fango nos ayude a nada.

-¿No lo comprendéis? –Silencio-. Tenemos que hacernos pasar por leprosos…Es la única excusa lo suficientemente veraz por la que nos abrirán la puerta.

-Capítulo XXXII-

Dos guardias se llevaron el cadáver de Alik.

-Esta casa queda confiscada –ordenó Joseph a Jack, el recaudador de impuestos.

Jack acaba de ser nombrado alguacil de MainCastle, es decir, él era el encargado de ajusticiar a los ciudadanos. Sobre él recaía la responsabilidad de que todo marchara bien. Además, poseía un séquito de treinta hombres a su disposición.

-Como usted mande, señor –respondió con tono zalamero. A pesar de que Jack gozaba de una intimidad con el Conde muy estrecha, solía mostrarse ante él respetuoso, como señor de MainCastle que era.

-También queda embargada la casa del vecino, quien al parecer, está implicado en la huída de los presos –informó a Jack mientras éste anotaba unos números en su libreta de cuentas-, así como todas sus posesiones, a saber: prendas, tierras, animales…todo.

-Como usted mande, señor -repitió con una estúpida sonrisa.

-A partir de hoy mismo se pondrán a la venta –sentenció-. Todo el dinero que se recaude pasará a mis manos.

-Como usted mande, señor -insistió. De un golpe brusco cerró su libro de contabilidad-. ¿Algo más?

El Conde miró a su hatajo de guardias. Los hombres, seguían con la vista a los dos compañeros que llevaban el cuerpo del judío, ahora convertidos en puntos que se difuminaban en la lejanía.

Luego volvió a dirigirle la mirada a su recaudador; Jack tenía los ojos muy juntos, como una serpiente. Rondaría la cincuentena y una tupida melena de color ceniza recaía en sus hombros. Su avanzada edad le impedía moverse como lo hizo antaño, así que utilizaba una tabla de madera que hacía las veces de bastón y otras de arma.

Joseph se percató de que unas gotas de sudor perlaban su frente. En el interior del cuchitril de Sara no corría ni una ráfaga de aire y un sofocón azoró sus mejillas.

-Jack…eres el alguacil de mi ciudad, yo fui el que te dio el cargo –le recordó.

-Y le estoy muy agradecido por ello.

-Hay una cosa que quiero que hagas.

-Lo que usted mande, mi señor. –Jack abrió su libro de cuentas para anotar en él cualquier mandato que se le encomendara. Tenía mala memoria y nunca se despegaba de su libro, si la perdía era como si perdiera la cabeza.

-Todo el mundo sabe que hay fugitivos vagando por mi ciudad-. La mirada se le ensombreció tan sólo de pensarlo.

-Sí, mi señor- respondió el recaudador-. Ya se sabe…las noticias vuelan y más si son tan escandalosas como ésta.

Cuando acabó de decir esto, Jack se mordió la lengua. No debía haber mencionado esto último ya que su señor –cuya susceptibilidad era muy irascible- se podría ofender. Sin embargo, no le dio importancia y continuó hablando:

-Quiero que todos los ciudadanos de mi ciudad se escondan en sus casas, no quiero a nadie andando por las calles, ni un niño deambulando por ellas, ni un perro…¡nada!

-Pero mi señor -protestó Jack-, eso que me pide es imposible… yo sólo soy un humilde alguacil.

-Sé muy bien lo que eres –le respondió-, te estoy *ordenando* que des el toque de queda.

-Mi señor, tiene que darme explicaciones al respecto –Joseph solía mostrarse indulgente con aquel hombre, pero se estaba buscando una buena reprimenda.

Jack percibió que su señor se había molestado por su último comentario, así que lo argumentó:

-Necesito explicaciones porque los ciudadanos no son ningún rebaño y usted no es su pastor –la metáfora rozaba la ironía-. Lo que quiero decir es que nadie puede hacer que más de cuatro mil personas se refugien en sus viviendas sin una buena justificación. Cuando les llegue la orden, todos exigirán saber el porqué… y, además –Jack respiró y humedeció sus labios con la lengua-, suponiendo que cumplan la orden, necesitaría horas para hacérsela llegar a todos.

-Jack, mi querido Jack –el tono de Joseph se volvió amigable-, necesito las calles despejadas ahora, y cuando digo ahora no me refiero a dentro de unas horas…las quiero ¡ya! Necesito tenerlas vacías para buscar a los fugitivos…esto es un caso excepcional y, como tal, se tomarán medidas excepcionales.

-Me temo que lo que pide es imposible.

-Tú harás lo que se te ordene…seguro que James asumiría el cargo de alguacil con mucho gusto –su voz ahora se volvió agria y tosca-. ¡Toca las campanas de la iglesia!

-Pero mi señor –respondió-, las campanas sólo se utilizan para avisar de un ejército próximo a la ciudad, para prevenirlos en caso de guerra. Pero no se pueden usar porque usted quiera despejar las calles…eso va contra las normas.

-Esta es mi ciudad y yo creé las normas –una sonrisa burlona asomó a sus labios-. ¿A caso vas a doblegar mi voluntad?

***

Con las puertas de MainCastle cerradas y custodiadas por los guardias, la idea de Robert fue aceptada de buena gana.

A pesar de tratarse de barro, Martha se encontraba entusiasmada. La pequeña se despojó de su camisa y cubrió su cuerpo con él. Sobre su piel, suave y delicada, se formaban costras del barro que comenzaba a secar.

-¡Ha sido una buena idea! –reconoció David, quien disfrutaba tanto como Martha-. Con un poco de suerte nos abrirán la puerta.

-No nos será muy difícil convencer a los guardias de que nos dejen marchar –Albert puso un trozo en su párpado izquierdo, dando la sensación de haber perdido el ojo-, al fin y al cabo ¿para qué iban a querer a unos leprosos en la ciudad?

A Martha le pareció oír un ruido en la lejanía, un estruendo metálico que arrastraba el viento.

-¿Qué es eso? –preguntó sin poder contener su curiosidad.

El grupo enmudeció, aguzando los oídos.

Tras permanecer varios segundos inmóviles, conteniendo la respiración, escucharon el tañido de las campanas de la catedral de MainCastle.

***

A las campanas de la catedral le siguió el repiqueteo de la docena de iglesias de la ciudad. Todas resonaban con fuerza, rompiendo el aire.

Durante los primeros segundos, los transeúntes enmudecieron. Que las campanas tañeran reiteradamente con tanta insistencia sólo significaba una cosa…¡la ciudad estaba en peligro, estaban siendo atacados!

De súbito, una ola de terror se desató en las gentes de MainCastle.

Los hombres abandonaron las tabernas, aprovechando el gentío para eludir el pago de las cervezas.

Las madres voceaban el nombre de sus pequeños, asustadas.

Los más afortunados corrían a refugiarse en sus viviendas, sin embargo, los pobres y mendigos lo hicieron en la catedral y parroquias.

La catedral era una inmensa construcción, tan majestuosa como impresionante. Por sus enormes puertas se filtraban los haces de luz matutinos, iluminando su interior con todos los colores imaginables.

En momentos de guerra, los ciudadanos más pobres que carecían de hogar se guarecían bajo sus techos. Su interior podría albergar a unas 300 personas. Pero ese día una muchedumbre enloquecida de

más de 700 hombres se arracimaba en la puerta, empujándose por ganarse un sitio en su interior.

Todos creían que la ciudad era atacada y que sus vidas corrían peligro.

-¡Estaba yo primero! -dijo un hombre de barba rojiza.

-Por favor, tengo hijos…cédeme tu lugar –una mujer que rozaría la veintena le mostró a su pequeño recién nacido. El bebé iba envuelto una oscura manta y asomaba su carita redonda, ajeno a cuanto le rodeaba.

***

-¡Son las campanas de la catedral! -exclamó sin creerlo Mary Breader-. Y por la forma que suenan, indican que la ciudad está siendo atacada.

Robert no podía creerlo. ¿MainCastle atacada? ¿La ciudad con el ejército más grande de Inglaterra corría peligro?

Robert miró a Sara y a sus dos hijos: las costras de barro seco cubrían sus facciones, de modo que no pudo ver en ellos a la mujer a la que amaba ni a los hijos por los que daría la vida.

-¿Qué haremos? –preguntó Albert, a quien la idea de escapar se le antojaba una misión imposible-. Está claro que no podemos abandonar MainCastle…ahora no.

Robert intentó meditar unos instantes.

-*¡Todo es muy extraño!* -se dijo sin dar crédito al horror que reinaba en la ciudad.

Desde donde estaban sólo se podía ver una humareda de polvo.

Pero Robert supo que, bajo ella, reinaba el terror. El pánico hacía enloquecer a los ciudadanos y el miedo a la muerte se materializaba.

-MainCastle no ha sido atacada desde hace más de ocho años –recordó William-, ¿no os parece mucha casualidad que ahora mismo lo esté siendo, justo cuando intentamos escapar?

Richard ya sabía qué era lo que su amigo estaba pensando.

-¡Tienes razón! –exclamó mostrando una dentadura perfecta.

-¿No os dais cuenta? –William estaba exasperado ante la ceguera del grupo- ¿No veis lo que Joseph está haciendo?

Silencio.

-Joseph está dando el toque de queda para despejar las calles, los ciudadanos huyen despavoridos a sus casas y dentro de unos minutos todas las calles estarán desiertas.

-¿Y por qué iba a querer hacer eso? –preguntó Anthony, que al parecer eran más corto de entendederas que su hermano.

-¡Para encontrarnos! –William señaló la planicie de MainCastle-

¿No lo veis? Está desierta…ahora no tenemos dónde escondernos.

-Capítulo XXXIII-

Ben y Thomas custodiaban el enorme portón de hierro del nordeste de MainCastle.

-¡Menuda movida! –suspiró el primero al ver el alboroto que se desataba en la ciudad.

-Joseph no puede hacer esto -aseguró el segundo, asombrado ante el caos que habían causado las campanas-. No puede dar el toque de queda cuando no hay razón que lo justifique. ¿Qué es lo que harán los ciudadanos cuando descubran que todo es una farsa, que no hay guerra?

Ben quiso responder, pero divisó un grupo de nueve personas. Se acercaban hacia ellos con paso lento pero decidido.

***

Robert asió la mano de su mujer con suavidad, pero a la vez con fuerza, como si el viento se la pudiera quitar en cualquier momento.

Sus ásperos dedos largos jugaban nerviosamente con los suyos. Sara notaba el palpitar acelerado de su marido y su respiración entrecortada.

Mary Breader también agarraba a su esposo. Mary se prometió olvidar el pasado, comenzar una nueva vida si lograban escapar, pasar feliz el resto de sus días junto a David. Ya no codiciaba riquezas ni posesiones; sólo quería vivir.

Pero por muy optimista que se mostrara, no podía dejar de preocuparse. ¿Qué suerte correrían si aquellos guardas se negaban a franquearles la salida? ¿Y si descubrían que no tenían la lepra, que tan sólo era barro?

Pero si alguien estaba asustado, ésa era Martha. La niña había vivido en las últimas horas experiencias que la habían cambiado para siempre, sucesos que le hacían ver el mundo con otros ojos. Sin saberlo, la pequeña Martha se había convertido en una mujer; el mundo le había robado su infancia y sueños.

A medida que se acercaban, los dos guardas se hacían más grandes y corpulentos. Ambos vestían los uniformes de MainCastle, con una ostensible mirada de orgullo.

***

Ben y Thomas seguían con la mirada a las figuras que se arrastraban hasta ellos.

¿Quiénes eran? ¿Por qué no se habían escondido en sus casas

como todo el mundo?

Durante un instante, ambos hombres sintieron un escalofrío.

Los nueve encapuchados ocultaban sus rostros, se movían al unísono, silenciosos…

Los guardias desenvainaron sendas espadas.

-¡Alejaros, ciudadanos! –bramó Thomas con voz potente-. Por orden de nuestro señor, las puertas están cerradas.

Sin embargo, el grupo pareció no escucharlo y siguió avanzando.

-¡Deteneos! –esta vez habló Ben, cuya voz era más grave-. ¡Descubrid vuestros rostros!

Los misteriosos encapuchados avanzaron unos pasos más y finalmente se detuvieron. Formaron un semicírculo en torno a los guardias.

Ben y Thomas enfilaban con sus espadas al grupo, impidiendo que se acercaran más.

-No lo volveré a repetir –sentenció Ben. Esperó que sus palabras martillearan el aire con fuerza, convencidas, pero el miedo hizo que sonaran débiles y pequeñas como las de una anciana-. ¡Descubrid vuestros rostros!

***

Robert temblaba por dentro y por fuera. Bajo la capucha, gotas de sudor perlaban su frente. Estaba aterrorizado.

Si los descubrían, los dos guardias podrían matarlos allí mismo. Pero Robert no sólo sufría por su vida, sino también por la de su familia. Cerró los párpados un instante y por su mente desfilaron imágenes que lo estremecieron aún más.

-¡No podemos fallar!

Sin embargo, los pensamientos de Martha eran muy distintos. Ésta pensaba que parecía un monje con el hábito arrastrándole y la cara cubierta. Se imaginó caminando por una iglesia, dirigiéndose al altar bajo la mirada de millones de feligreses.

-¡Descubrid vuestros rostros! –era la tercera vez que lo repetían, pero también la última. Si no los obedecían los hombres de armas descargarían sus espadas contra ellos.

Robert dio la señal y los nueve mostraron sus caras.

***

Los dos guardias gritaron.

¡Eran leprosos!

Ben tiró su espada, pues de nada servía contra ellos. Quiso escapar lejos, huir junto a todos los ciudadanos; pero no pudo

moverse. Los leprosos se habían dispuesto en rededor, formando un semicírculo de modo que quedaron encerrados en él, aprisionados contra el portón.

Thomas a lo largo de su vida se había enfrentado a muchos hombres: grandes y fuertes, altos y robustos… pero nunca había sentido tanto miedo como en aquel momento. Hasta entonces había podido defenderse con el filo de su espada pero en esta ocasión se creyó desarmado.

-¡Alejaros! –ordenó Thomas, aparentando una confianza en sí de la que carecía-. Iros por donde habéis venido.

Los leprosos, entre los que se incluía una niña, no se movían, permanecían con los pies clavados en el suelo, inmóviles como árboles.

Thomas sabía muy bien que no debía rozar su piel, pues quedaría infestado y sentenciado a muerte.

En un primer momento, Ben creyó que se trataba de una broma, una farsa difícil de creer. Pero cuando se fijó en sus rostros un poco más comprobó que era real. Unas costras inmundas y putrefactas cubrían sus pieles y desprendían un olor nauseabundo. Uno de ellos, un hombre de avanzada edad, había perdido un ojo y, en su lugar, había una pústula horripilante.

-Nos dirigimos a la isla de los leprosos –dijo uno de ellos rompiendo el silencio. Era un hombre de unos 40 años. Se movía con dificultad, pero su voz era clara y potente.

-La salida de MainCastle está prohibida…son órdenes del Conde. –aseveró Ben en un acopio de valor.

-Como comprenderéis –continuó hablando el leproso con toda naturalidad-, no podemos esperar a que nuestro señor decida abrirla. No podemos volver a la ciudad… ¡imaginaos lo que sucedería si contagiamos a los pobres ciudadanos! La muerte se extenderá por toda MainCastle, hemos de abandonarla cuanto antes.

Thomas quiso contradecir a aquel hombre, pues las órdenes de Joseph eran intangibles, pero se mordió la lengua. Tenía razón.

Por muy estrictas que fueran los mandatos de su señor, les caería un buen rapapolvo si Joseph descubriera que, por su negligencia, la ciudad se hundía en la muerte y, por tanto, en la pobreza.

Sin mediar más palabras los dos soldados abrieron la puerta y ésta cedió con un gemido sordo.

-Capítulo XXXIV-

Lo habían logrado.

Robert habló con elocuencia, corroborando su postura con argumentos convincentes. Los guardias no pudieron negarse.

¡Eran libres!

Martha sintió que junto a la puerta se abría su esperanza, algo que le había sido vedado hasta entonces. Se quitó la capucha con manos temblorosas y miró al cielo, un cielo azulado como el que más en el que no se divisaba ni una nube. El aire fresco acarició sus mejillas y cabellos, haciéndolos hondear como una bandera. Abrió sus brazos y respiró el aroma a azahar y libertad.

Las flores, los árboles, los riachuelos, las montañas difuminadas a la lejanía… la belleza de la vida. ¡Los había olvidado por completo!

¿Cómo había podido olvidar el canto del viento, la delicadeza de una flor, el color de las montañas…? ¿Cómo se habían esfumado todos esos recuerdos de su mente?

Sin saber por qué, los ojos de la pequeña se humedecieron y hubiera roto en llanto de no ser porque su madre la abrazó.

-Martha, ya ha pasado todo…no llores.

Lejos de sus propósitos, las palabras de Sara hicieron que la niña estallara en un río de lágrimas. Cada lágrima que derramaba era un sueño, una ilusión y una sonrisa que nunca tuvo.

-Déjala -dijo William-, pues no todas las lágrimas son amargas.

Cuando Martha recuperó la serenidad, el grupo se introdujo varias leguas en el interior del bosque. Los animales de allí no los temían, pues seguramente no estaban acostumbrados a la presencia de humanos ni a su maldad. Una ardilla con ojos saltones y hermosa cola se les acercó y los examinó a la vez que se llevaba a la boca una bellota con sus diminutas patas delanteras. La presencia del animalito hizo que Martha esbozara una sonrisa, olvidando momentáneamente lo que le había llevado a llorar.

La espesura se hacía cada vez más densa y los aislados hierbajos dieron lugar a matorrales inexpugnables. Para seguir avanzando David Breader se vio obligado a despejar el camino, para ello se sirvió de un grueso tronco que encontró. Con él rompió los arbustos y la maleza.

El viento mecía las copas de los árboles. Se movían al unísono, como si bailaran una canción que sólo ellos pudieran escuchar. Los rayos solares apenas se filtraban por la densa vegetación y Martha pensó que debió de haber anochecido hacía varias horas.

William no cabía en sí de alegría: había recuperado a su padre y

a su hermana y habían escapado de MainCastle en el mismo día. Por si eso fuera poco, además contaban con el pergamino de Alik. ¿Qué harían si encontraban su fortuna? ¿Cuánto dinero tendría escondido el judío?

Anduvieron hasta que las fuerzas les flaquearon. Habían penetrado hasta el corazón del bosque.

El grupo se sentó en el suelo, agotados por la prolongada caminata.

MainCastle quedó muy atrás y Robert dudó que alguien los encontrara.

-*Aquí estaremos a salvo* –se dijo abrazando a Sara y Martha con sendos brazos-. *Joseph no podrá encontrarnos.*

Los nueve permanecieron en silencio largo rato, con la mirada perdida en la frondosidad que allí reinaba.

William no pudo evitar pensar en que quizá los lobos pudieran volver a atacarle. Se estremeció al recordar que años atrás una de aquellas bestias le atacó. Recordó sus impresionantes incisivos y el hambre que vio en sus ojos. ¿Qué le habría sucedido si no hubiera aparecido su padre perseguido por aquel oso? Las dos bestias se enzarzaron en una lucha y ellos aprovecharon para escapar; gracias a eso continuaba con vida.

-Bueno –dijo Robert rompiendo la tranquilidad-, ¿qué haremos ahora? Antes o después Joseph se enterará de que hemos escapado. No podremos ocultarnos en el bosque eternamente.

Albert reconoció que aquel hombre siempre estaba en lo cierto. ¿Qué medidas tomaría Joseph cuando supiera que habían huido? Sean las que fueren, seguro que no pararía hasta dar con ellos, pues estaba en juego su honor y orgullo. El honor y el orgullo eran cualidades imprescindibles para cualquier Conde, mucho más importantes que el dinero.

-Tenemos que alejarnos de MainCastle cuanto podamos –adujo David con la cabeza de su mujer sobre su hombro-, si Joseph nos encuentra, nos ahorcará.

-No podemos ir a ninguna parte –se sinceró Robert-, sin dinero no hay nada que hacer.

¡Richard lo había olvidado! Se puso en pie y, ante la atenta mirada de todos, se hurgó en los bolsillos de sus pantalones.

Tras unos segundos eternos, extrajo el ajado pergamino que Alik les dio antes de morir.

-Ahora ya lo tenemos –dijo, agitando el amarillento papel.

***

No fue nada sencillo hacerse con el tesoro del judío. Alik lo había escondido concienzudamente, asegurándose de que nadie lo encontrara.

La búsqueda del tesoro la realizó Robert y su hijo, William. Hubiera sido peligroso llevar a los Breader o a Albert, ¡cuanto menos merodearan cerca de MainCastle, tanto mejor!

Robert hubiera deseado que el viejo pergamino tuviera ilustrado una especie de mapa, un croquis del lugar donde descansaba el tesoro, pero no fue así. En su lugar había unas palabras escritas con tinta en una letra nefasta y casi borrada por el tiempo.

La carta rezaba:

"*Entrada norte de MainCastle, 600 pasos en línea recta. Encontrarás un bosque. Atravesarlo en dirección oeste 500 pasos hasta encontrar un hermoso roble. Desde allí, dirección sur 100 pasos.*

Bajo una roca de granito."

El problema de esta carta era la subjetividad acerca de cuál era "el roble enorme" y "el más hermoso". Esto retrasó la búsqueda más de lo previsto.

William decía que Alik se refería claramente a aquellos árboles, y su padre mantenía que eran los otros de al lado…¡no se ponían de acuerdo!

Tras una semana de búsqueda dieron con él.

Cuando Robert vio las cientos de libras plateadas, joyas y diamantes resbalar por sus manos, supo que la vida le sonreía. Una sensación de júbilo incontrolable lo recorrió de pies a cabeza.

Jamás había visto tanta riqueza, pensó que con él podría comprar toda MainCastle si quisiera, que podría hacer que Joseph le devolviera los cinco años de vida que le robó y que Martha recuperara su infancia.

***

-¡Dios mío! –exclamó David cuando vio aquel montón de monedas de plata.

Anthony y Richard no pudieron evitar lanzar las monedas al aire, como si el cielo se las enviara.

-¿Qué haremos ahora? –quiso saber Albert, emocionado ante tal fortuna.

-Lo repartiremos en tres partes –zanjó Robert-: una para ti y tus hijos, otra para los Breader y otra para mí y mi familia.

El recuento de las monedas se prolongó hasta bien entrada la noche; las habían recontado más de cinco veces, asegurándose de

no cometer ningún error.

-Bien –informó Robert, visiblemente feliz-, el tesoro de Alik asciende a la cantidad de…-se relamió los labios, saboreando su nueva vida libre de preocupaciones y hambre- ¡300 libras!

300 libras era una auténtica fortuna. Un campesino labrando diariamente la tierra podía llegar a sumar, con un poco de suerte, tres libras anualmente.

-Así que si lo dividimos en tres partes tocamos a 100 libras.

William abrazó a su hermana y luego a su madre, lo habían conseguido.

***

-Me compraré un caballo –dijo Martha con una sonrisa de oreja a oreja- y lo llamaré Viento, porque será el animal más rápido de cuantos hayan existido.

William pensó que Viento era un nombre muy poco adecuado para un caballo, pero dejó que su hermana siguiera hablando.

-Me montaré en él todos los días –continuó, entusiasmada-, y lo cuidaré con ahínco y cariño.

-De eso no me cabe la menor duda –le hizo saber su madre mientras le besaba la frente.

Martha había sufrido mucho y Sara consideraba que era un milagro que, tras cinco años encarcelada, la niña aún mantuviera sus ilusiones.

-*¿Por qué no comprarle un caballo*? –se dijo-. *Le conseguiría el mundo entero con tal de verla feliz.*

Sara se sentía madre por segunda vez; había recuperado a su pequeña –ahora convertida en una mujer- y no podía dejar de sonreír.

-Yo le compraré a mi mujer una casa con un huerto enorme –dijo David mientras Mary lo miraba con dulzura-. Plantaremos patatas y tomates, pasaremos el resto de nuestras vidas tranquilos, sin más preocupaciones.

-Pues yo quiero aprender a leer y escribir –Richard siempre quiso hacerlo y ahora que tenía el dinero era un buen momento para comenzar-, quiero leer libros e historias sin tener que escucharlas de la boca de nadie.

Así permanecieron horas, intercambiando los sueños y anhelos que hasta entonces no pudieron cumplir.

***

Robert llamó a Albert y a David.

-¿Qué sucede? –preguntó algo molesto David. Habían esperado ese momento durante cinco años y Robert no les concedía ni un momento de paz.

-Tenemos que hablar –dio por toda explicación.

Los tres hombres dejaron a las mujeres y a sus hijos riendo acaloradamente, felices con su victoria, y se retiraron a un claro del bosque. En él había un riachuelo inmóvil, como si fuera de plata líquida. Su superficie se veía turbada por un sapo de ojos saltones que saltaba torpemente de un sitio a otro.

Los rayos solares se derramaban por las copas de los árboles, haciendo que el agua desprendiera destellos dorados.

Robert miró a un lado y al otro. Cuando comprobó que nadie los oía, les comunicó:

-Tenemos que tomar una decisión, quizás la más difícil de nuestras vidas.

-¿De qué se trata? –Albert quería haberle dicho que ya estaba todo solucionado, que no había de qué preocuparse y que el destino jugaría sus cartas… pero prefirió mostrarse más cortés con el hombre que los había sacado de MainCastle.

-De nuestro futuro.

-¿Qué te preocupa de él? -le preguntó David a su antiguo criado-. El futuro nos pertenece -rió-, somos más ricos que muchos condes y nobles, nunca más pasaremos hambre ni penurias.

-Ése no es el problema –contestó Robert con una mueca de preocupación-, cuando Joseph se entere de que hemos escapado nos nombrará proscritos…¡Vosotros sabéis muy bien lo que eso significa!

David palideció.

David recordó que su padre se topó con uno de ellos en el bosque, le contó que el hombre tenía una cicatriz que le atravesaba la cara de oreja a oreja, que no tenía dientes y que sólo contaba con una mano.

-Era un ladrón –le afirmó orgulloso a su hijo-, y tenía un cuchillo así de grande.

El padre de David abrió sus brazos todo lo que pudo, exagerando sobremanera la realidad. Pero David, que contaba con sólo ocho años, lo creyó a pies juntillas.

-¿Y qué hiciste padre?

Su padre dibujó una mueca de satisfacción y rió de buena gana.

-Le arrebaté el cuchillo antes de que pudiera reaccionar y le rebané la garganta.

-¡Pero has matado a un hombre!

-No, hijo, no. Los proscritos no son hombres, son miserables perseguidos por la ley, cobardes que se esconden en los bosques.

Hice lo correcto y algún día tú también lo harás.

El niño abrió la boca, asombrado. A partir de entonces su padre se convirtió en su héroe.

-¡Proscrito yo, un hombre que ha trabajado toda su vida honradamente!

¿Qué pensaría mi padre si se levantara de su tumba?

Los proscritos eran delincuentes, asesinos, violadores, ladrones…

Cualquiera estaba sentenciado a muerte y si alguien los atrapaba, el peso de la justicia caería sobre sus cuellos.

-¿Qué haremos entonces? –Albert comprendió que no se trataba de ningún juego y que, una vez más, Robert tenía razón.

-Es muy peligroso seguir juntos, hemos de separarnos, así será más difícil que nos encuentren.

¿Separarse? ¿Después de todo lo que habían pasado tenían que decirse adiós?

-Pero vosotros sois lo único que me queda en la vida –David estaba asustando-, he perdido mi panadería, mi casa, mi dinero… todo. ¿Cómo nos vamos a separar?

-Tenemos que hacerlo.

-Tiene que haber otra solución –Albert casi no podía hablar, estaba conmovido y aterrado ante la idea de que él y sus hijos se convirtieran en proscritos.

-No la hay –sentenció Robert-. Nueve proscritos no pasan desapercibidos, pero si nos separamos, la gente no reparará en nosotros, llamaremos menos la atención. Sólo así podremos comenzar una nueva vida.

***

Los tres hombres le comunicaron la noticia a sus familias… Tenían que decirse el último adiós, sus vidas se separaban para siempre.

William estrechó la mano de Richard y Anthony, sus vecinos y los únicos amigos con los que contaba.

-Quizás nos volvamos a ver algún día –dijo William rompiendo el tenso silencio-, dentro de unos años.

Sus amigos callaron. Se decía que las últimas palabras de una persona no se olvidaban jamás y que cuando se recuerda a aquella persona que hace tanto tiempo que no ves, esas palabras, como robadas de sus labios, vuelven a tu mente.

Sara abrazó a Albert, su vecino, aquel hombre que le dio la fuerza y los ánimos en los momentos borrascosos de su vida. Fue él quien le dijo que nunca perdiera la esperanza, el que le puso su

hombro para que llorara, el que la escuchó incondicionalmente y el que la impulsó a vivir.

-No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí –alcanzó a decir Sara-. Te debo mi vida.

Tras lágrimas y sollozos, Robert y su familia, el matrimonio Breader y Albert y sus dos hijos emprendieron caminos distintos. Sendas de dudas y esperanzas, de miedos y verdades…sueños de cristal.

Tercera parte (1328)

-Capítulo I-

Martha acarició el hocico de su caballo. El animal acercó su enorme cabeza hacia su mano y ladeó la oreja derecha. Martha sabía muy bien lo que eso significa: la estaba saludando.

Viento era el caballo más hermoso de cuantos podían existir. Era completamente blanco y tenía los ojos acastañados, lo que otorgaba a su mirada cierta personalidad.

Martha lo cuidaba con esmero: lo cepillaba a diario, lo alimentaba a cuerpo de rey e incluso le contaba sus más íntimos secretos. El equino agradecía todo esto mostrándose dócil y obediente.

De un salto, Martha subió a su montura y se agarró con fuerza a las bridas.

-Vamos Viento –gritó, eufórica-, demuestra tu valía.

El animal hizo justicia a su nombre y en segundos se perdió en los verdes prados de Liovin…un punto fundiéndose en el amanecer.

***

Desde que Robert y los suyos llegaron a Liovin, el mundo les sonrió por vez primera.

Liovin era una ciudad muchísimo más modesta que MainCastle, siete veces más pequeña, pero más acogedora y tranquila. Allí estaban a salvo de la mano de Joseph, de su tiranía e injusticias.

El señor de Liovin, el Conde Philip, era un hombre menudo de ojos saltones, pelo moreno y barba descuidada. Sus facciones adivinaban honestidad y solía mostrarse benevolente con los más necesitados: reducía sus impuestos, sus castigos eran poco severos y casi siempre postergaba el pago a aquellos que no podían hacerle frente.

El pueblo lo adoraba y cuando Philip paseaba por la ciudad montado en su caballo de guerra, los ciudadanos le lanzaban bendiciones, vítores y aplausos…¡Muy lejos quedaron los latigazos de Joseph, sus dejaciones y torturas!

En Liovin todo relucía con colores más vivos.

-Capítulo II-

El Conde Joseph veía cómo, desde que se fugaron los cinco presos de su cárcel, la gente lo señalaba tras su espalda y se reía a lo bajo.

Recordó con nostalgia que antaño la sola mención de su nombre causaba alborotos y pánico en MainCastle, que su presencia bastaba para infundir miedo a los ciudadanos. Pero ahora…¡todo eso había quedado atrás!

Por las noches no podía conciliar el sueño y cuando lo hacía, se despertaba sobresaltado. A menudo tenía pesadillas, sueños en los que los fantasmas de Robert, los Breader y el judío acudían a atormentarlo, sueños en los que veía cómo su ciudad se burlaba de él sin poder hacer nada por evitarlo.

***

Al igual que hace cuatro años, los soldados compartían el desayuno con su señor. Joseph tuvo que deshacerse de la mesa anterior, puesto que el número de soldados de MainCastle no paraba de engrosar.

¡Ahora tenía a su disposición una guardia de más de 100 hombres!

La nueva mesa era rectangular y en ella podían sentarse más de un centenar de comensales.

Joseph tomaba asiento en el extremo, donde todos pudieran verlo y donde él pudiera controlarlos a todos.

-Señor, hoy es día de mercado –lo informó James mientras desayunaban.

Poco había cambiado “El Brazos” en los últimos cuatro años. Si bien es cierto que algunas arrugas aparecieron en su frente, que su piel estaba más estropeada y su pelo, salpicado de blanco, continuaba exactamente igual de fuerte.

Joseph alargó el brazo, cogió el último muslo de carne que quedaba y lo deglutió con la avidez de un perro hambriento.

-¡Ya lo sé! –respondió con la boca llena.

Todos los domingos tenía lugar en la Plaza Mayor el mercado semanal. Hombres, mujeres y niños de las aldeas vecinas acudían a MainCastle a comprar y vender. El mercado semanal era la principal fuente de ingresos de Joseph, ya que cobraba un penique a aquellos que franqueaban la entrada y se llevaba una comisión de todo lo que se vendía.

-Está bien -concedió el Conde, relamiéndose los labios-, iremos a

echar un vistazo.

-Capítulo III-

Cuando llegaron a Liovin, Robert compró una casa en el centro de la ciudad. Era una vivienda de dos plantas, con un patio trasero para criar gallinas y conejos, una cocina, una sala de estar y dos dormitorios…¡Todo un lujo!

Robert despertó por los rayos de sol que se posaron en sus párpados. Cuando abrió los ojos lo primero que vio, después de un destello blanco, fue a su esposa. Sara dormía, inmóvil. Robert recorrió con sus fuertes manos su cintura, su vientre y finalmente sus mejillas.

-Buenos días –le dijo, besándole los labios.

Sara esbozó una sonrisa. Estaba medio dormida, lo que según a juicio de Robert la hacía aún más atractiva.

-Buenos días –Sara entreabrió sus ojos, aquellos ojos moteados de azul que tantas veces anheló.

-Hoy es domingo: día de mercado en Liovin –Robert le acarició el pelo e inspiró su aroma-, hemos de levantarnos.

Cuando llegaron a la ciudad, Robert buscó trabajo allá donde pudo: como ayudante de carpintería, como campesino, como palafrenero…¡en todo! Pero las cosas estaban demasiado mal como para que alguien lo contratase.

Así que tuvo que resignarse con volver a hacer lo mismo que había hecho durante toda su vida: vender cachivaches en el mercado. Hasta el momento les había ido muy bien y aún conservaban buena parte del tesoro de Alik. No tenían de qué preocuparse.

Ambos abandonaron el cálido jergón, tomaron un desayuno rápido y fueron, junto al resto de los tenderos, a montar su puesto.

***

Joseph montó en su caballo, un hermoso rocín negro y James y otros cinco soldados lo siguieron a la zaga camino a la Plaza Mayor.

Joseph recordó -mitad nostálgico, mitad furioso- cómo antes los ciudadanos rehuían su mirada con temor, cómo todos se apartaban de su camino, cómo agachaban la cabeza y cómo el miedo se reflejaba en sus ojos. Pero ahora la situación era bien distinta.

Los campesinos lo miraban descaradamente, algunos lo señalaban a escondidas y a sus oídos llegaban murmullos y risitas.

-*¡Esto es intolerable!* –se dijo, furioso-. *¿Por qué no se me respeta?*

La única esperanza que albergaba Joseph, el único destello de luz que iluminaba su pesimismo era capturar a sus proscritos. Los

había buscado por todas partes, había informado de ellos a todos los condes y alguaciles de Inglaterra. No podían haber desaparecido, antes o después los atraparía.

De súbito, el caballo de Joseph resbaló.

El empedrado de las calles hizo que el equino diera un traspié pero, cuando parecía que iba a caer, el animal recuperó el equilibrio milagrosamente. Sin embargo, el que sí que cayó fue Joseph, quien se dio un fuerte golpe en la frente.

Los que presenciaron su caída estallaron en risas. ¡Era muy divertido ver al Conde tirado en el suelo, con su elegante capa escarlata salpicada por el barro y con esa cara de resignación e impotencia!

-Mi señor –James bajó de su montura y lo ayudó a incorporarse, pero Joseph lo rechazó de un empujón.

-No necesito ayuda –dijo mientras se ponía en pie-, puedo yo solo.

En cuestión de segundos se formó un círculo en torno a Joseph: un gran grupo de ciudadanos lo observaban y se reían a carcajadas de él.

Joseph se azoró y agachó la cabeza avergonzado.

-¡Un Conde no ha de ser tratado así!

Joseph hubiera comenzado a llorar de no ser porque su ira lo cegaba. Se llevó la mano a la frente, justo al lugar donde se había golpeado, y sintió un líquido caliente resbalar por sus dedos. Estaba sangrando.

-¡Jajajaja! –un niño de unos siete años no pudo contenerse-. ¡No sabe ni montar a caballo! Eres patético.

Jamás, ni en sus pesadillas Joseph imaginó que alguien lo humillara de esa forma. Nunca lo habían hecho y el primer insulto que recibía venía de la boca de un niño. ¿Podía caer más bajo?

Sin mediar palabra Joseph se acercó a él, con la mirada envenenada de odio. El chico era rubio, con ojos moteados de verdes y estaba muy desnutrido. Al ver cómo su señor caminaba hacia él se quedó frío, blanco e inmóvil. Estaba muerto de miedo.

James contempló a su señor con el corazón acongojado. ¿Sería capaz de atravesar al niño allí, delante de todos? ¿Qué pasaría si los ciudadanos se revolvían contra Joseph? En ese momento había más de medio centenar de hombres y Joseph sólo contaba con cinco de sus guardias. ¡No podrían hacerles frente!

Los hombres que antes se habían mofado de él, enmudecieron. Se hizo un silencio sepulcral.

Joseph desenvainó su enorme espada con empuñadura de oro. Su filo resplandeció al incidirle el sol.

-¿Cómo te llamas? –le preguntó.

El chico clavó los ojos en el acero, imaginando su cabeza separada del resto de su cuerpo. Petrificado como una piedra no pudo responder.

-¡He dicho que cómo te llamas! –insistió, esta vez con menos dulzura.

-Peeeee…Peter –tartamudeó.

-Muy bien Peeeeter –le dijo, burlándose-, ¿están aquí tus padres?

James ya sabía cuáles eran los planes de su señor…¡pensaba matar a toda su familia!

El niño, con dedo tembloroso, señaló a un hombre huesudo y a una mujer de pelo canoso.

-Brazos –rugió el Conde-, coge a estos dos campesinos y al niño. ¡Prepáralos!

-¿Prepararlos para qué? –inquirió James con su tosca voz.

-Para torturarlos.

***

William ayudó a Robert a preparar el puesto.

Comenzaba a amanecer y los comerciantes lo disponían todo para atraer a los compradores.

Willy le hizo saber una vez a su padre por qué seguían vendiendo cachivaches todos los domingos en el mercado de Liovin.

-Padre, ahora no tenemos la obligación de trabajar –le dijo con resignación-. De las 100 libras de Alik aún tenemos más de 80… ¡Podríamos vivir el resto de nuestras vidas tranquilos!

Robert hizo una mueca extraña con sus labios, lo que William no supo interpretar muy bien.

-Hijo –le contestó-, ya sé que no tenemos la obligación de vender nada. Pero ¿qué es lo que pensarían nuestros vecinos si no lo hiciera? ¿Qué dirían si ven a tu hermana con ese hermoso caballo, a nosotros con esta casa, con nuestro jardín…? Creerán que conseguimos el dinero mediante métodos poco fiables y todos empezarán a señalarnos…¡y lo que menos nos interesa es llamar la atención! –Robert suspiró-. Recuerda que aún somos proscritos.

Desde aquella conversación, William no volvió a cuestionar las acciones de su padre.

-¿El martillo va aquí?

-No, no –Robert le decía lo mismo semana tras semana, pero su hijo no prestaba atención-. El martillo has de situarlo junto a los objetos de carpintería y albañilería, justo a tu derecha.

-Capítulo IV-

Martha hizo un alto.

Hasta un animal tan fuerte como Viento necesitaba descansar. Viento fue a un riachuelo y hundió su hocico en el agua inmóvil, creando hondas que despertaron su superficie.

Martha se recostó contra el tronco de un árbol y contempló el cielo azulado cubierto por un manto de nubes. La fresca hierba le cosquilleaba los dedos de los pies y las mariposas revoloteaban por su alrededor. A Martha le encantaba salir a pasear con Viento, con él surcaba los verdes prados de Liovin como una gaviota la mar. Le gustaba perderse por los montes, descubrir paisajes distintos, nuevos colores y aromas…disfrutar de las bellezas de la vida con las que tanto había soñado.

Cuando cabalgaba se sentía viva, notaba cómo la adrenalina recorría su cuerpo de arriba abajo y cómo su corazón le golpeaba el pecho con fervor.

Martha se dirigió a su caballo, que aún bebía agua, y tras acariciar su lomo, sacó de las bridas una rebanada de pan con un trozo de queso. Nada más verlo se le hizo la boca agua. Se sentó a la sombra del roble pero, cuando se disponía a masticar el primer bocado, se percató de que no estaba sola: ¡unos ojos la acechaban escondidos tras un arbusto!

-¿Quién anda ahí? –Martha se puso en pie de un salto, tirando la comida al suelo.

El equino, visiblemente nervioso, piafó el suelo con sus patas delanteras.

Martha se llevó la mano al cinto y desenvainó un cuchillo bien afilado que siempre la acompañaba.

De los matorrales surgieron dos sombras anchas y corpulentas. Cuando Martha las vio supo que de nada serviría su cuchillo, ella carecía del valor y fuerza necesarios para atravesar a dos hombres tan fuertes.

Los desconocidos se acercaron a la joven con paso lento y amenazador. Cuando la luz iluminó sus rostros, Martha se puso a temblar.

Eran dos hombres armados con guadañas y hachas, a uno de ellos le cortaron la oreja izquierda y el otro tenía la cara atravesada por una enorme cicatriz repulsiva…¡Eran proscritos!

-¿Qué es lo que queréis? –inquirió en un hilo de voz.

Los dos hombres no contestaron. La miraron descaradamente, atravesándola con ojos envenenados de odio y lascivia.

Martha vio un atisbo de esperanza:

-Ya sé lo que os pasa: no habláis mi idioma…no entendéis ninguna de mis palabras -al no obtener respuestas ni gestos de sus interlocutores, Martha pensó que estaba en lo cierto-. Os daré algo que no podréis rechazar.

La chica se acercó a su caballo y extrajo dos pedazos de pan con sendas rodajas de queso. Solía llevar más comida por si su paseo se alargaba o por si surgía cualquier imprevisto que retrasara su vuelta a casa.

-Tomad…seguro que estaréis hambrientos –Martha sonrió de oreja a oreja, feliz por haber realizado una buena acción.

Uno de los hombres, el más alto, acercó su enorme mano a la de Martha, pero no fue la comida lo que cogió.

De un gesto brusco tiró las dos rebanadas de pan al suelo y le propinó un bofetón descomunal. Martha perdió fugazmente la visión y cayó al suelo de bruces. Como si no hubiera sido suficiente, el proscrito le retorció el brazo hasta que Martha gritó de dolor.

-Maldita mocosa –escupió el más bajo-, ¿tenemos pinta de pasar hambre? ¿Acaso crees que te ibas a librar de nosotros con un mugriento pedazo de pan?

Unas lágrimas recorrieron sus mejillas. ¿Por qué la trataban así? ¿Qué malo había hecho para merecer aquello?

Martha sintió un pinchazo en su corazón. ¿Qué le harían esos dos energúmenos?

-¿Qué es lo que queréis? –consiguió articular cuando el dolor cesó.

El hombre que la inmovilizaba olió su pelo de una fuerte inspiración, como si hubiera perdido el olfato hacía años y ésa fuera la primera vez que lo utilizaba.

-Te queremos a ti –rieron.

Sin poder aguantar más, Martha se derrumbó.

***

La noche se cernió sobre Liovin.

Las estrellas titilaban a lo lejos, silenciosas, envueltas en un aura plateada.

La ciudad se sumergía en una penumbra hechizante y las gentes fueron abandonando las calles a medida que caía la noche. Pasadas unas horas no había ni un alma rondando por Liovin. Todo el mundo estaba en sus casas, compartiendo las experiencias del día con sus familias a la luz de una hoguera.

Hacía más de cuatro horas que Robert y William recogieron su puesto. El día de mercado no había sido muy rentable, pues cada vez los clientes frecuentaban su puesto con menos asiduidad. No

obstante, gracias a la labia de William, habían logrado convencer a un carpintero de las ventajas de utilizar unas buenas herramientas de trabajo.

-¿Cómo puede un hombre trabajar con malos instrumentos? –le preguntó William cuando el cliente se mostró reacio a soltar los peniques-. ¿Puede acaso un pintor hacer cuadros que cobren vida sin un pincel adecuado? ¿Podría un escultor esculpir una estatua sin el cincel preciso?

-¿Qué más da los instrumentos que se utilicen? Yo soy un artista, soy el mejor carpintero de Liovin. ¡Podría levantar un palacio con mis propias manos!

Tras una discusión un poco subida de tono, el carpintero cedió. Bien porque la lógica de los argumentos de William lo convenció o bien porque ésa era la forma más sencilla de hacerlo callar. Sea como fuere, el hombre le compró todas las herramientas.

Pero no era la productividad de las ventas lo que preocupaba esa noche a Robert, a William y a Sara. Lo que los mantenía en vilo era que Martha no había regresado.

-Es muy extraño –dijo Robert, atisbando la negrura de la noche a través del cristal de su ventana-, Martha suele llegar a casa antes del atardecer.

-¿Y si le ha pasado algo? –preguntó Sara con una mano sobre el pecho.

-No, cariño, seguro que no le ha pasado nada –Robert tenía que aparentar un convencimiento del que carecía para que su mujer no se preocupara-. Seguramente se habrá entretenido un poco más de la cuenta.

-¿Un poco más de la cuenta? –a Sara le temblaba la voz-. Hace más de tres horas que anocheció…nuestra hija no se ha retrasado en cuatro años.

-Tranquilizaos –William intervino, captando la atención de sus padres-, quizá se haya perdido…¡ya sabéis cómo son los bosques de Liovin! Incluso una mujer tan lista como mi hermana puede desorientarse…seguro que volverá.

-Cuando anochece el bosque se convierte en un lugar peligroso –el optimismo habitual de Robert se esfumó-, ahí viven proscritos y demás delincuentes, si llegaran a encontrarla…¡Dios sabe qué es lo que le harían!

Los tres, padre, madre e hijo, enmudecieron. En el ambiente reinaba un silencio sepulcral sólo roto por el latir de sus corazones.

¿Por qué Martha no había regresado? Todos sabían que algo le había sucedido... pero ¿qué?

William vio a su padre, por primera vez en su vida, totalmente nervioso. Robert solía controlar cualquier situación, pero en esta

ocasión tenía que contentarse con cruzarse de brazos y esperar con el corazón en un puño a que su hija apareciera por la puerta.

-¡Tiene que haber algo que podamos hacer! –adujo sin resignarse.

-No podemos ir a buscarla –exclamó William-, el bosque es enorme... sería como buscar una aguja en un pajar.

-¿Y qué es lo que propones? –preguntó Sara con los ojos anegados en lágrimas.

-Tenemos que esperar a que amanezca y, si por entonces no ha regresado, acudiremos al alguacil de Liovin.

***

Los proscritos ataron a Martha.

La chica se vio inmovilizada de pies y manos, encadenada contra el tronco de un árbol y con un fuerte dolor en la frente.

-*¿Qué ha pasado?* –fue lo primero que vino a su cabeza-. *¿Dónde estoy?*

Miró a su alrededor y se sintió fugazmente aliviada al comprobar que no había nadie. La luna centelleaba en lo alto, desparramando sus haces como una medusa de plata.

Intentó desatar la soga que encadenaba sus manos, pero lo único que consiguió fue apretar los nudos. Sintió cómo la cuerda se le clavaba en la piel.

Los proscritos debían de estar durmiendo muy cerca de ella, pues resultaba evidente que no iban a dejarla sola. Cuando agudizó el oído escuchó los ronquidos procedentes de la entrada de una cueva.

-*Así que es ahí donde se esconden los muy miserables* –pensó con frustración-. *Por la mañana deben tapar la boca de la cueva con matorrales y ramas…ésa es la razón por la que nadie los ha podido encontrar.*

Martha calculó por los ronquidos que debía haber al menos unos ocho. Todos ellos serían ladrones, violadores, asesinos… fugitivos que huían de la ley y habían convertido el bosque en su hogar.

Martha sabía muy bien qué suerte la aguardaba al amanecer:

-*Te queremos a ti* –le dijeron antes de desmayarse.

Martha quiso chillar, gritar con toda su fuerza, pero no lo hizo pues sabía que lo único que conseguiría sería despertar a los proscritos…nadie iría a socorrerla.

Estaba sola, ni siquiera Viento estaba a su lado.

-Capítulo V-

Stephen contaba con veinte años y se había convertido en un hombre fuerte. Su acné había desaparecido y una barba castaña cubría su mentón. Sin embargo, continuaban tratándolo como a un enano.

Stephen les había contado infinidad de veces que cuando Arthur le dejó vigilando a los cinco ladrones, éstos se revolvieron, que nada pudo hacer para retenerlos, que había una desventaja de cinco contra uno.

Aunque Joseph se mostró indulgente con Stephen, sus compañeros no. A partir de ese momento lo trataron con desprecio, le negaron el habla y apenas lo miraban.

-*Maldito enano* –le dijeron-, *por tu culpa han escapado.*

Stephen pensaba en qué sucedería si alguien descubriera el secreto que con tanto recelo guardaba, qué ocurriría si supieran que fue él quién los desató.

***

Toda la guardia de MainCastle, incluido Stephen, se encontraba desayunando.

-Este muslo de carne es mío. ¡Ni se te ocurra tocarlo! –gruñó James con la boca llena.

-Nadie me dice lo que tengo que hacer –le contestó el otro.

El guardia, de un gesto rápido y limpio, le arrebató el muslo a "El Brazos" sin que a éste le diera tiempo a reaccionar y lo engulló sin apenas masticarlo.

-¿Cómo te atreves? –la autoridad y fuerza de James nunca era cuestionada, por lo que aquello le sentó como una patada.

El resto de los guardias comenzó a silbar y aplaudir entretenidos por el divertido incidente.

-¡Ese muslo era mío! –James desenvainó su espada-. ¡Por tu culpa me quedaré con hambre!

-No creo que te pase nada –apostilló el otro-. Estás demasiado gordo.

El guardia, mucho menos corpulento y alto que su adversario, parecía no temerle, por lo que también desenvainó la suya.

-¡Retira eso!

-¡Jamás!

-¡Retíralo ahora mismo o te atravesaré con mi espada!

-Inténtalo –le vaciló.

Los dos guardias, animados por los gritos frenéticos de sus

compañeros, se enzarzaron en una pelea causada por un muslo de carne.

Las espadas sesgaron el aire y desprendieron chispas metálicas a cada choque. James luchaba con todas sus fuerzas pero su contrincante también, ya que le devolvía cada golpe con más impulso del imaginado.

-¡Vamos! –voceó un guardia que se lo pasaba en grande-. ¡Parecéis mujeres!

El altercado se hubiera prolongado de no ser porque el Conde irrumpió en la sala.

-¿Qué demonios está sucediendo? –inquirió con una mirada de desaprobación. Todo el bullicio cesó hasta que reinó un silencio sepulcral.

-Mi señor, él ha empezado –prometió James, recuperando el aliento.

-Me da igual quién haya empezado –atajó Joseph-, ¿qué servicio puedo esperar de unos guardias que se matan entre ellos? –Silencio-. ¡Sois unos desagradecidos!

Sus guardias agacharon la cabeza, evitando el contacto visual con su señor.

Cuando los dos guardas envainaron sus espadas y todos se hubieron calmado, Joseph dijo:

-¿Está aquí Stephen?

Stephen, asombrado de que el Conde lo llamara, sintió cómo le aceleraba su corazón. ¿Por qué preguntaba por él? ¿Qué quería?

Sin saber si ponerse en pie o salir corriendo, Stephen levantó la mano y con voz trémula añadió:

-Estoy aquí…mi señor.

-Ven conmigo, hay algo de lo que tenemos que hablar.

***

Stephen guió a Joseph hasta su estancia privada y ambos se sentaron cara a cara.

Stephen contempló con ojos atónitos la riqueza que presidía el cuarto de su señor: paredes adornadas con hermosos tapices dorados, alfombras de seda, una enorme mesa de caoba, vidrieras moteadas de colores inverosímiles…jamás había visto nada semejante.

Joseph, quien pareció leer los pensamientos de su guardia, dijo:

-Bonito ¿verdad?

-Realmente hermoso –contestó Stephen. Las vidrieras filtraban la luz del sol y la fragmentaban en haces rosados, azules, anaranjados y escarlatas, creando un auténtico espectáculo para la vista.

Stephen se mostró extrañado por la actitud de su señor. ¿Por qué se mostraba tan simpático? ¿No había sido él quién le había dicho "te estaré vigilando"?

-Supongo que te estará preguntando por qué estás aquí –adivinó.

Stephen sabía lo susceptible que era el Conde, así que no dijo nada y se contentó con asentir en un leve movimiento de cabeza.

-Pues entonces déjame que te lo aclare. Doy por hecho de que estás al tanto del incidente que me sucedió ayer.

-¿Se refiere a lo de la Plaza Mayor? ¿Al niño que lo insultó?

El semblante de Joseph se oscureció de inmediato, como si hubiera anochecido en su alma.

-Ese asqueroso niño me dijo que yo era "patético" –los dientes de Joseph empezaron a chirriar como una puerta oxidada-, ese niñato y sus padres recibirán el castigo más duro y cruel de cuantos hayan existido.

Stephen sabía muy bien lo sádico, cruel, ruin y mezquino que podía llegar a ser Joseph, pero desconocía por completo los malévolos planes que maquinaba en su mente. ¿Qué castigo asignaría a aquel pobre niño y sus padres?

-Con todos mis respetos señor –le informó el guardia-, pero por qué comenta esto conmigo…es decir ¿por qué no lo habla con James? Al fin y al cabo él siempre ha sido el verdugo de MainCastle.

-Te lo comento a ti porque vas a tener el privilegio de torturarlos con tus propias manos.

El corazón de Stephen le golpeó el pecho con una fuerza descomunal y sus mejillas se azoraron. Él no podría torturar a nadie, su corazón no era frío como una piedra. No podía dañar a nadie… ¡y menos a un chiquillo con toda una vida por delante!

-No pienso tocar al niño ni a sus padres –sentenció Stephen-. Que lo haga James.

Los ojos de Joseph desprendían odio y fuego. Su voluntad siempre se cumplía y no era habitual que nadie lo contradijera y mucho menos un soldado que trabajaba para él.

-¡Claro que lo harás! –Joseph esbozó una sonrisa que erizó los pelos del guardia.

-¿Por qué yo? –tartamudeó Stephen-. ¿Por qué no se lo ordena a "El Brazos"?

-Un Conde no ha de dar explicaciones a nadie…y mucho menos a un guardia.

Silencio.

-No obstante –prosiguió-, hoy me siento amable y te daré una explicación. Cuando le dije a James que debía de torturar a un niño y a sus dos padres no puso ninguna pega. ¡Es una cosa que está

harto de hacer, podría hacerlo hasta con los ojos cerrados!

-¿Entonces dónde está el problema? –lo interrumpió Stephen.

-Los problemas surgieron cuando le dije cómo debe de torturarlos –el Conde mostró sus dientes ennegrecidos con una mueca divertida.

James era un hombre que carecía de escrúpulos, sentido de la justicia y miramiento alguno. ¡Realmente el castigo tendría que ser espeluznante para que un animal como él se negara a hacerlo!

-¿Y qué es lo que pasa si yo también me niego?

El Conde lo atravesó con la mirada.

-Me debes lealtad –le dijo Joseph-, y tú me la debes más que ningún otro guardia. Hace cuatro años, cuando te quedaste con mis presos en los calabozos me juraste que se te habían revuelto y que no pudiste hacer nada por retenerlos.

Stephen sintió cómo su cuerpo se precipitaba al vacío ¿habría descubierto la verdad?

-Es algo realmente extraño –prosiguió el Conde-, sobre todo teniendo en cuenta que los presos estaban atados de pies y manos… totalmente indefensos –Stephen agachó la cabeza-. Sin embargo yo creí tus palabras, cualquier otro en mi situación te habría cortado la cabeza para mantener su respeto. Pero yo no, yo te di una segunda oportunidad.

Silencio.

-Así que si te niegas a torturarlos, haré contigo lo que debí de hacer hace cuatro años: atravesarte con mi espada.

***

Faltaba menos de una hora para que Peter y sus padres cerrasen los ojos para siempre.

Stephen se encontraba en el dormitorio común de los guardias, acostado en su jergón con la mirada perdida en algún lugar del techo. Todos sus compañeros habrían ido a vigilar la entrada de MainCastle, supervisar que todo marchara bien en la ciudad o, lo más probable, a coger un buen asiento para presenciar la ejecución.

Cuando Joseph le explicó cómo tendría que torturarlos comprendió por qué James se negó; nada más imaginarlo a Stephen le entraron náuseas.

-*¿Cómo puede un hombre concebir tan malvado plan?*-se preguntó Stephen sin creérselo aún-. *¿Cómo voy a matar a un niño de cinco años?*

Stephen sabía que no podía negarse, que estaba acorralado. Si no hacía lo que se le ordenaba, Joseph lo mataría.

Pese a ello, se debatía por dentro entre lo que debía hacer y lo

que le decía su corazón.

Tras meditar durante varios minutos tomó una decisión, la decisión más dura de cuantas había tomado en su vida.

***

Stephen envainó su espada y montó en su caballo de guerra, un viejo equino al que había bautizado Kanae.

-Hoy no me puedes fallar –le dijo. Kanae piafó con bravura, como si lo hubiera entendido y esa fuera su forma de hacérselo saber.

De un salto ágil, Stephen subió a lomos de su caballo y blandió su espada con la mano derecha, en su izquierda sujetó las bridas de Kanae.

-¡Vámonos de esta ciudad de locos! –le gritó al animal-. ¡Vayámonos y no regresemos nunca!

Stephen sabía que al huir de la ciudad no sólo estaría condenado a muerte por haber desobedecido a su señor, sino que también estaría reconociendo que él fue el partícipe de la misteriosa huída de los presos hacía cuatro años. Lo nombrarían proscrito y estaría sentenciado a vivir en el bosque el resto de sus días, huyendo constantemente de Joseph y su tiranía.

Sin pensar más las consecuencias, Stephen espoleó el costado del corcel con fuerza.

Kanae echó a correr hasta que MainCastle sólo fue un punto en la lejanía.

-Capítulo VI-

Amaneció en Liovin y Martha no daba señales de vida.

La noche había sido muy fría y el viento arañó con violencia árboles y nubes, dejando tras sí un manto de hojas y un paisaje desolado.

Las hojas flotaban por doquier mecidas por el aire, ingrávidas y livianas como sueños rotos.

-Espero que, allá donde esté, se encuentre bien –suspiró Robert.

La noche había sido, además de gélida, muy larga. Sara, William y Robert no habían logrado pegar ojo.

Corrientes de aire golpearon la puerta de su casa con impertinencia, haciéndoles perder la esperanza de que Martha entrara por ella.

-Hasta el viento se ríe de nosotros –aseguró Sara.

Los tres aguardaron la llegada del sol con ansiedad y cuando los primeros rayos se derramaron entre la niebla, Robert concluyó que la espera había llegado a su fin.

-¡Hay que avisar al alguacil! –fue todo cuanto dijo-. ¡Ahora!

***

El alguacil de Liovin era un hombre de ojos negros, calvo como un fraile y muy alto.

Su nombre era Alan y, como denotaba su estatura, poseía un fuerte carácter que lo llevaron a ganarse el respeto de toda la ciudad.

Por entonces, Alan desayunaba en su casa, una humilde construcción de madera de pino decorada con todo tipo de horteradas que él consideraba de un gusto exquisito.

Apenas masticó un pedazo de pan, llamaron a la puerta.

-Aún no estoy trabajando –dijo sin levantarse de su silla-, seas quien seas tendrás que esperar.

-*¡Maldita sea!* -pensó-. *No me dejan ni comer tranquilo.*

Cuando creyó que sus visitantes se habían ido, Alan reanudó su delicioso desayuno.

Cogió una migaja de pan y, tras mojarla en abundante aceite, se la llevó a la boca. Para su desgracia, antes de que pudiera saborearla, dos golpes secos volvieron a sonar tras su puerta.

-¿Por qué no me dejáis tranquilo? –preguntó a la vez que se puso en pie-. ¡Tengo derecho a comer!

Alan se dirigió a la puerta de un audible mal humor. Asió el pomo y de un violento gesto la abrió.

Su ira se esfumó al comprobar quiénes eran sus visitantes.

Eran Robert, su esposa y su hijo William, unos de los ciudadanos más ricos de toda Liovin.

-*¡Quizá pueda sacar una buena propina de esto!*

-¡Por favor! –exclamó haciendo una reverencia tan dramatizada que rozaba lo estúpido-, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

Ninguno de los tres abrió los labios. Alan tenía experiencia sobrada como para saber que algo les estaba sucediendo.

Tras un largo silencio, Robert dijo:

-Tenemos que hablar…se trata de nuestra hija.

***

Alan escuchó con atención el relato de Robert y su esposa.

Era una situación muy difícil, pues nadie tenía el convencimiento de qué le había sucedido a Martha con exactitud.

Tras meditar unos minutos y sopesar todas las posibilidades, Alan llegó a una decisión:

-Mirad –les dijo adoptando un tono confidencial-, yo de vosotros no me preocuparía.

Los tres intercambiaron una mirada de desaprobación. ¿Sería posible que el alguacil de Liovin se quedara cruzado de brazos mientras una ciudadana estaba en peligro?

-No hay razón alguna para alarmarse –prosiguió con toda la confianza de un hombre que sabe realizar su trabajo competentemente-, seguramente la chica se ha perdido –Alan miró a Robert e intercambió una mirada de complicidad-. ¡Ya sabes cómo son las mujeres!

-Perdida o no –intervino Sara con voz entrecortada-, nuestra hija corre peligro en el bosque. Los proscritos y fugitivos viven en él y una mujer tan joven y guapa como nuestra hija es presa fácil.

-¡Pero señora, desde que yo soy el alguacil de Liovin los bosques son mucho más seguros!

-¡Tienes que hacer algo! –le ordenó Robert con ojos de odio-. Te pagan para eso y tienes la obligación de ayudarnos.

-Sé perfectamente cuáles son mis deberes con esta ciudad y sus gentes –respondió Alan bastante molesto-, y sé que en ellos no entra socorrer a fantasmas y ensueños.

-Mi hermana corre peligro, no nos lo estamos inventando –William intervino, hablando a gritos-. Está sola en el bosque y, por muy seguro que sea, los proscritos darán con ella antes o después.

-No pienso mover un dedo –sentenció Alan bebiendo su cuenco de leche-. Venid a mí cuando tengáis el convencimiento de que realmente está en apuros.

Los ojos de William y su padre desprendían chispas. ¿Por qué no ayudaba a su hermana aquel hombre? ¿Qué mosca le había picado?

-El bosque de Liovin es extensamente grande –dijo a modo de conclusión el alguacil-, como vosotros comprenderéis no voy a poner a todos mis hombres a la búsqueda de una muchacha. Quizá Martha haya decidido marcharse, o quizá haya encontrado a un chico y se haya ido con él…¡Volved aquí cuando tengáis algo claro!

-Capítulo VII-

Martha temblaba por el frío pero sobre todo por el miedo, un miedo causado por la incertidumbre y un futuro negro.

Los proscritos no daban señales de vida. ¿Qué estarían haciendo? ¿Seguirían durmiendo a pesar de que amaneció hacía horas?

Había pasado toda la noche atada contra el tronco del árbol y, al parecer, no tenían intención de soltarla. Sus manos sangraban por el roce de la cuerda y hacía tiempo que no sentía las piernas.

Martha cerró los ojos y deseó salir de aquella situación con vida. No le importaba qué es lo que le hicieran o el daño que le causaran, sólo deseaba poder abrazar a su familia una última vez.

En su mente recreó el rostro de su madre, sus labios, su mirada, el olor de su pelo y la dulzura de su sonrisa. Sin percatarse, unas lágrimas resbalaron de sus ojos.

De súbito, Martha escuchó pasos que se aproximaban a ella.

De entre la maleza surgieron ocho hombres, cada cual más fuerte y grande que el anterior. ¡Ni tan siquiera “El Brazos” podría competir con ellos!

Uno de ellos, al parecer el cabecilla, se encaminó hacia la chica mostrando su mejor sonrisa.

Cuando estuvieron cara a cara, Martha pudo examinarlo con precisión: era un hombre de unos treinta y pocos, de enorme cabeza, mirada profunda y facciones armoniosas. ¡Hasta le pareció atractivo!

Si Martha se lo hubiera encontrado en Liovin, no habría reparado en él pues no poseía las características que solían mostrar la mayoría de proscritos. Era un hombre normal… ¡incluso su mirada destilaba algo de compasión!

-Permíteme que me disculpe en nombre de mis hombres, todos sabemos que esta no es forma de tratar a una señorita -habló con voz melodiosa-. Me llamo Fabbian y soy el jefe de los proscritos que habitamos en este bosque.

-¡Suéltame! –le ordenó Martha.

Al escuchar el comentario de la chica, los hombres rieron a carcajadas, incluido Fabbian.

-Me temo que ambos sabemos que eso no es posible.

-¿Por qué? –preguntó sin comprender.

-Porque si lo hacemos podrías ir y contarle dónde nos escondemos a todo el mundo…nos matarían.

-No diré nada, te lo prometo.

-Un proscrito no se fía ni de su sombra –sentenció-, y mucho

menos de una chiquilla como tú.

Martha lo miró a los ojos, intentando aflorar de sus entrañas un poco de compasión, pero no encontró nada salvo una mirada apática.

-¿Me vais a matar? –le preguntó a media voz.

Fabbian no contestó. Se limitó a acariciar su piel, deslizar su pulgar por los labios de la chica y sopesar sus cabellos dorados.

-Te prometo que nadie te hará daño -Martha suspiró, aliviada-. Lo único que queremos es un poco de dinero –la chica lo miró, materializándose sus peores miedos-. Estoy seguro de que una joven con un vestido como el tuyo tendrá dinero, así que pediremos a tu familia un rescate.

***

MainCastle quedó atrás hacía horas y ante los ojos de Stephen se abrió un bosque tan extenso como desconocido.

-Debe de ser el bosque de Liovin –pensó en voz alta-, hogar de proscritos y asesinos.

Stephen acababa de tomar la decisión más importante de su vida. Normalmente, cuando alguien toma un camino, siempre queda la posibilidad de regresar por él si las cosas no salen como se desea. Pero eso no sucedía en su caso, él estaría condenado a vivir el resto de su vida huyendo de Joseph, forzado a compartir sus días con el miedo y la soledad.

Ya era mediodía y Stephen imaginó la cara que debió poner Joseph cuando se enterase de que su guardia había desaparecido. Stephen hubiera dado un brazo con tal de verlo. ¿Cuál habría sido su reacción?

Sea cual fuere, una cosa estaba clara: el Conde debía de estar buscándolo desesperadamente y cuanto más cerca de MainCastle estuviera, más peligro corría.

-*¡Joseph removerá cielo y tierra con tal de verme muerto!* –se dijo, consternado-. *Tengo que abandonar Inglaterra, pues Joseph tiene demasiado poder aquí.*

En aquel momento pensó en Peter. ¿Qué habría sucedido con aquel niño y sus padres?

Stephen albergaba la esperanza de que, a falta de verdugo, Joseph hubiera aplazado su ejecución.

Kanae movió sus patas traseras con nerviosismo…algo lo inquietaba.

-¿Qué es lo que sucede? –le preguntó.

El guardia se sintió estúpido durante unos segundos, pues

llevaba tanto tiempo hablando consigo mismo que llegó a creer que su caballo le respondería.

A falta de respuesta, el hombre aguzó su oído, intentando detectar algo extraño. A parte del gorjeo de unos pájaros no se oída nada. Un extraño silencio invadía el bosque de Liovin, como si un hechizo misterioso impregnara el aire.

-Será mejor que no nos detengamos –le dijo al equino a la vez que lo espoleaba-. ¡Mejor salir de este bosque cuanto antes!

Kanae, sin mucho convencimiento, prosiguió su marcha.

Cuando apenas anduvo unos metros, Stephen comprendió por qué su caballo se había mostrado reacio a continuar.

Tras un arbusto, dos ojos marrones lo observaban.

Stephen desmontó de su montura tan rápido como el miedo le permitió y envainó su espada con mano temblorosa.

-¿Quién hay ahí? –preguntó mirando a aquellos ojos extraños.

Sea quien fuere, no obtuvo respuesta alguna, pues los ojos lo miraban fijos, inmóviles y fríos.

Haciendo un acopio de valor, Stephen insistió:

-Muestra tu rostro –dijo a la vez que aferraba la espada con fuerza-. ¡Ahora!

Tal y como Stephen temió, no obtuvo ninguna respuesta. Los ojos continuaban observándolo con cierto descaro.

-Muy bien…¡tú lo has querido!

Stephen enfiló su espada con la mano derecha y, con la izquierda, apartó el arbusto que ocultaba el rostro de quien lo estaba mirando.

Cuando vio quién había sido su silencioso interlocutor le entraron ganas de reír. Su interlocutor poseía la misma labia que Kanae, pues al igual que él se trataba de un caballo.

Era un excelente equino, distinto a todos los que Stephen había visto con anterioridad. Lo primero que llamó su atención fueron los ojos acastañados como bellotas del animal, los cuales otorgaban a su mirada cierta personalidad. Después admiró su delicado color blanco, tan suave y puro como la nieve. ¿De dónde había salido un caballo tan hermoso?

Aquel animal debía de costar al menos unas 5 libras…¡Toda un dineral!

Stephen dedujo que el corcel debió de haberse escapado de su dueño, pues todavía vestía sus bridas y una silla.

-Eres un animal maravilloso –le dijo mientras sujetaba sus riendas.

Stephen acercó al caballo blanco a Kanae. Éste, como si fuera consciente de que su nuevo compañero era más atractivo y fuerte que él, lo miró de soslayo.

-He tenido mucha suerte –se dijo-, con dos caballos podré avanzar más rápido, pues cuando uno se canse me subiré al otro.

Stephen estaba a punto de montarse en su nueva montura cuando se percató de que ésta tenía una bolsa en su costado.

Introdujo la mano y, atónito, sacó unas rebanadas de pan con trozos de queso. Las devoró con avidez.

-Eres un regalo del cielo –le dijo con la boca llena-. ¿Qué más sorpresas traes escondidas?

Cuando Stephen quiso meter la mano por segunda vez en la bolsa de la comida, el caballo se le escapó. Echó a correr como arrastrado por el viento.

-No te vayas –exclamó desesperado-, ¡ven aquí!

Pero el caballo ya había desaparecido entre la frondosidad del bosque.

Sin perder un instante, Stephen montó en Kanae, lo espoleó y fue tras el rastro del equino de ojos marrones.

-Capítulo VIII-

-¿Cómo es posible que el alguacil no haga nada por ayudarnos? –preguntó Sara con frustración-. ¿Cómo se puede ser tan mezquino?

La actitud de Alan había dejado mucho que desear y todos, especialmente Sara, se sentían heridos.

-¿Qué pasará con mi hermana? –William era el único que conservaba la calma, una calma falsa pues en su interior se entremezclaban miedos y temores.

-A pesar de lo que pueda decir el maldito alguacil, tu hermana corre peligro…

-*No hay razón alguna para preocuparse* –les había afirmado con todo el convencimiento.

Alan se había mostrado muy convencido al afirmar que el bosque de Liovin era seguro y que, desde que él era el responsable de su seguridad, lo era más que nunca. ¿Cómo podía alguien ser tan estúpido?

-Hagamos lo que hagamos –intervino Robert- hemos de hacerlo cuanto antes. Si esperamos…quizá sea demasiado tarde.

-¿Pero qué más podemos hacer? –William sabía que, en el fondo de su corazón, la esperanza por encontrar a su hermana se disipaba como la niebla.

-¡Buscarla nosotros mismos!

-Es una locura –lo contradijo William-, el bosque es enorme… ¡tardaríamos semanas en dar con ella!

Una vez más los tres guardaron silencio, aquel silencio producido por la duda y la desesperación.

Tras mucho meditar, Robert se puso en pie y salió por la puerta de su casa.

-¿A dónde vas? –le preguntó su mujer-. ¡Vuelve ahora mismo!

-Voy a la iglesia –le contestó bajo el marco de la puerta- y vosotros deberíais venir conmigo…Dios es el único que puede ayudarnos.

***

Hacía años que Fabbian y sus hombres se alimentaban a base de bellotas, hierbajos y conejos huesudos que cazaban en el bosque. Pero pronto podrían comprarse un cerdo y un tonel de manzanas. Se darían un banquete de reyes.

Los proscritos habían olvidado el sabor de la fruta y la carne, tan sólo de imaginarlo se les hacía la boca agua.

-Fabbian –le dijo uno de sus hombres-, deben de estar buscando

a la chica…creo que es peligroso tenerla con nosotros.

-No os preocupéis, antes de lo que os imagináis habremos cobrado el rescate –rió-. Comeremos hasta hartarnos.

Cuando los proscritos se fueron a cazar la comida, Fabbian se quedó a solas con Martha. Él era el encargado de vigilarla, de asegurarse de que no escapara.

Fabbian se recostó en un árbol, justo enfrente de la joven, que aún permanecía atada. Se retorcía en un intento desesperado por liberarse de las ataduras.

-Déjame ir -le suplicó-, por favor.

-Lo siento chica, pero ya te dije antes que no es posible -Fabbian cerró los ojos y sonrió al imaginar la carne asada y la cerveza fuerte.

-Te juro que no diré nada a nadie.

-Me gustaría poder creerte…en serio –le dijo.

Martha continuó suplicándole, pero Fabbian no la escuchaba. Estaba demasiado cansado como para prestarle atención. A sus oídos apenas llegaron murmullos, susurros rotos por su respiración.

Sin quererlo, se durmió.

***

El caballo blanco corría tan rápido que parecía levitar sobre el suelo. Su figura se difuminaba por la velocidad, dando la impresión de ser un destello de luz en un cuadro de acuarela.

Kanae, por el contrario, era un caballo viejo y débil, pero puso todo su empeño y fuerza en no perderlo de vista.

Stephen tenía que atraparlo como fuera, puesto que era su pasaje para una vida feliz.

Cuando Stephen se fugó de MainCastle, el futuro se le presentó incierto y difícil. Ahora todo había cambiado.

Esa montura que se le escapaba, era la más bella de cuantas había visto. Stephen sabía que podría venderla por un buen puñado de libras. Con dinero en su bolsillo todo sería más sencillo: podría comprar felicidad y tranquilidad.

-¡Vamos…más rápido! –espoleó a Kanae-. No dejes que se escape.

Kanae, exhausto y jadeante, apresuró su marcha en un último esfuerzo, pero el caballo blanco no mostraba ningún signo de fatiga.

Desde que comenzó la persecución, Stephen tuvo la extraña sensación de que el equino blanco lo estaba guiando hacia algo o alguien. Normalmente cuando un animal corre, siempre lo hace en una única dirección y con la intención de alejarse de su cazador. Sin embargo, aquel corcel giraba a la izquierda, luego mantenía la

dirección, luego cambiaba a la derecha…

Parecía que escogiera sus movimientos con premeditación, como si siguiera una senda invisible que sólo él pudiera ver.

-*¿A dónde me llevas?* –se preguntó.

Gracias a la persistencia de Kanae, Stephen vio cómo la distancia que lo separaba del caballo menguaba considerablemente.

-¡Ya es nuestro! –exclamó triunfante.

El caballo los había conducido a un paraje del bosque donde la frondosidad era exuberante y el cielo se ocultaba tras las copas de los árboles.

A la derecha, Stephen creyó ver una cueva oculta tras la hojarasca…¿No sería ese el refugio de los famosos proscritos de Liovin?

Cuando Kanae se acercó a su pariente lo suficiente, Stephen alargó la mano para atrapar, de una vez por todas, las bridas del animal. Sin embargo, el caballo se detuvo en seco. Kanae, que ya estaba viejo para esas persecuciones, lo imitó de buena gana.

-¡Menuda has montado! –le dijo al caballo blanco cuando estuvo a su lado-. ¿No habría sido más sencillo venir conmigo desde el principio?

Stephen, visiblemente feliz por atraparlo, hizo un lazo con una soga que llevaba a mano y, tras asegurarla con un buen par de nudos, la introdujo por el cuello del animal.

-¡Así no volverás a escaparte! –le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Stephen ató al tronco de un árbol a Kanae y a su nuevo compañero y, fatigado por la jornada, se sentó sobre el suelo.

-*Ya está bien por hoy* –se dijo a la vez que cerraba los ojos-. *A pesar de que Joseph querrá cortarme la cabeza, todo me está yendo de maravilla: ¡he encontrado el caballo más hermoso del mundo! Lo cambiaré por una casa y viviré tranquilo el resto de mi vida… y encima traía pan y queso. ¿Será un regalo de Dios?*

Sumido en este mar de pensamientos, Stephen fue rindiéndose al sueño inconscientemente. Primero se sintió flotar por el cielo, ingrávido como una nube, más tarde olvidó su cuerpo y, finalmente, todo cuanto lo rodeaba.

La paz y el silencio que allí reinaban hubieran permitido que Stephen continuara durmiendo hasta el amanecer, pero unos gritos lo despertaron.

***

-Por favor, ¡que alguien me ayude! –sin poder hacer otra cosa, Martha pedía auxilio, aún sabiendo que nadie la socorrería-. ¡Estoy

aquí!

Fabbian despertó, abriendo la boca con un enorme bostezo.

-Chica, tranquilízate –le dijo, adormilado.

-¡Déjame ir! –gritó Martha-. Cogeré mi caballo y me marcharé.

Fabbian suspiró, ruidosamente.

-¿Otra vez con lo mismo? –el hombre se levantó y se acercó a la chica, clavándole sus pupilas-. Mira, escúchame atentamente. Como no te calles, y te lo digo muy en serio, tendré que cerrarte la boca yo mismo.

Martha tragó saliva, asustada ante los tupidos ojos del proscrito.

-¿Te vas a callar?

-¿Por qué? –lo desafió.

Martha había olvidado que aquél que tenía enfrente era Fabbian, el jefe de los proscritos, un perseguido de la justicia, un hombre sin escrúpulos.

Al pensarlo, se lamentó por lo dicho.

-Mira –le dijo, cambiando la expresión de su semblante-, hasta ahora ninguno de mis hombres te ha hecho nada malo…¡Créeme cuando te digo que te conviene obedecerme!

Justo en ese momento, un soldado vestido con el conocido uniforme de MainCastle apareció de entre las ramas.

***

-¿Pero qué es esto? –preguntó Stephen, asombrado-. ¿Qué hace esta chica atada? ¿Qué demonios estás haciendo?

Fabbian se lamentó de estar solo, de no tener a ninguno de sus hombres a su lado.

-No es asunto tuyo –dijo, llevándose la mano detrás de la espalda y sacando un cuchillo-. Vete ahora mismo.

Stephen, desenvainó su descomunal espada. El proscrito, al ver su metal afilado, dio un paso atrás.

-¡Suelta el cuchillo! –le ordenó Stephen.

Fabbian, que sabía que los guerreros de MainCastle eran los más diestros con la espada y los más despiadados, le obedeció sin titubear. Nadie en su sano juicio le hubiera plantado cara.

El cuchillo cayó al suelo y se ocultó entre las hojas de los árboles.

Sin dejar de apuntarlo con la espada, Stephen se acercó a la joven y la desató con manos temblorosas.

-Gracias –le dijo Martha, abalanzándose a su cuello-, muchísimas gracias.

Stephen sonrió, pues era la primera vez que salvaba a alguien.

-Vámonos de aquí…este bosque no es seguro.

Apenas se dieron media vuelta, Fabbian gritó con todas sus fuerzas, un grito que debió oírse a varios kilómetros a la redonda.

***

-¿Cómo has podido dejar escapar a ese pájaro? –le regañó un proscrito a otro, mucho más joven-. ¿No te das cuenta que era nuestra comida?

-Al menos yo he estado a punto de cazarlo –se defendió-, pero tú…¿Qué haces tú aparte de recriminar? ¡Ni tan siquiera podrías cazar un gusano!

El proscrito, molesto por el comentario de su compañero, le golpeó la mandíbula.

Sus compañeros intentaron separarlos, pero los dos hombres se enzarzaron en una pelea absurda causada por una paloma.

Cuando el más joven estuvo a punto de patear el vientre del otro, un grito arrastrado por el viento llegó a sus oídos.

Los hombres, sorprendidos por la fuerza con la que se propagaba, quedaron inmóviles.

-¿No es ese Fabbian? –preguntó uno.

-Sí, y si no me equivoco creo que está en problemas.

***

Stephen fue lo suficientemente rápido como para coger a Martha y desaparecer del lugar antes de que los hombres de Fabbian acudieran en su ayuda. La chica lo seguía, apresurando el paso.

-Vamos, date prisa –la instó-. Tengo dos caballos... ¡Huyamos!

***

Cuando llegaron los proscritos, sólo pudieron ver cómo su jefe pateaba el tronco de un árbol. Estaba solo.

-¿Qué ha pasado? –le preguntó uno de sus hombres-. ¿Y la chica?

Lo único que quedaba de Martha eran las sogas que poco antes la inmovilizaban. ¿Cómo había logrado escapar?

Fabbian quiso contestarle, decirle que un soldado había surgido de entre la maleza, que desató a la joven y se dio a la fuga con ella. Sin embargo, no pudo vocalizar nada debido a la rabia que lo recorría.

Fabbian se limitó a señalar la dirección por la que el guardia de MainCastle acaba de marcharse.

***

Stephen guió a Martha hasta el lugar donde había atado a los caballos.

Viento movió las orejas y relinchó al ver a la joven.

¿Sería posible que hubiera guiado a Stephen justamente hacia la chica? ¿Sería ella su dueña?

-Yo montaré en el caballo blanco –indicó, subiendo a su lomo-. Tú lo harás en Kanae.

Martha iba a protestar, a decirle que ese animal era suyo y que no pensaba cabalgar en otro que no fuera Viento. Pero antes de que abriera la boca, el soldado le dijo:

-Yo soy más pesado y Kanae está viejo. A ti te llevará con más facilidad.

No convencida del todo, Martha cedió.

Al ver a la chica subir, Stephen creyó percibir en los ojos de Kanae cierta desazón, pues nunca antes había llevado a nadie que no fuera su amo.

-Sigues siendo mi favorito –le dijo a su corcel, guiñándole un ojo-, siempre lo serás.

Kanae, como si lo hubiera comprendido, relinchó satisfecho y miró a su joven rival con ostensible orgullo.

-*Siempre seré su preferido* –parecía querer decirle.

Con fuerza, Martha y Stephen espolearon a los animales.

-¿Dónde iremos? –le preguntó Stephen.

-Vivo en Liovin.

-¡Vamos entonces! –gritó fuera de sí-. ¡Vámonos a Liovin!

Viento, haciendo justicia a su nombre una vez más, corrió tan rápido que parecía pisar el aire.

El pobre Kanae, fatigado, lo siguió como pudo.

***

Lo único que pudieron hacer los proscritos cuando llegaron, fue contemplar con impotencia cómo un guardia de MainCastle se escapaba con su prisionera. Un punto perdiéndose entre el verde del bosque a toda velocidad.

-¡Maldita sea! –juró uno sin poder contenerse-. Ese soldado se lleva a la chica ¿sabéis lo que eso significa?

Los proscritos no estaban muy acostumbrados a pensar, por lo que aquella pregunta los pilló desprevenidos.

-¿Que ya no podremos cobrar el rescate? –apostilló uno.

-¡No seas memo! –le recriminó el primero y, al parecer, el más inteligente-. Eso quiere decir que ahora le contarán a todo el mundo

dónde se esconden los proscritos de Liovin y vendrán a buscarnos… ¡Tenemos que decírselo al jefe y abandonar este sitio cuanto antes!

-Capítulo IX-

La iglesia de Liovin estaba abarrotada de fieles y no hubiera cabido ni un alma más.

Aquel domingo había cientos de personas congregadas, feligreses que esperaban la palabra de Dios con miedo e impaciencia.

-Por favor -rezaba un hombre-, envíame algo que comer.

-Dios –le suplicó una anciana-, hablo contigo todos los días y no obtengo respuesta alguna…sólo te pido que cures a mi marido.

Todo el mundo rezaba. Unos lo hacían mediante susurros, otros, moviendo imperceptiblemente la comisura de los labios y el resto, con lágrimas y sollozos.

Entre los asistentes había jóvenes y ancianos, niños y niñas, ricos y pobres, señores y campesinos. Eran cientos los que acudían a la iglesia a suplicar ayuda al Todopoderoso, pues de todo era capaz.

Dios era la vía por la que los mortales podían comunicarse con sus familiares muertos, el amigo con el que contar en cualquier hora y situación.

La iglesia constaba de seis enormes vidrieras y un lujoso altar con tapices de oro y seda. En las tardes de otoño, el sol se derramaba por sus ventanales en tonos grisáceos y tristes, pero también había días en los que sus rayos se volvían lilas, verdes y amarillos, creando una explosión de color en su interior.

¿Cómo explicar esto?

Las gentes de Liovin decían que los rayos que se filtraban por las vidrieras no eran otra cosa que las lágrimas de Dios.

-Cuando Dios está triste –comentó un hombre que hablaba muy convencido-, la luz es grisácea y apagada…pero cuando está feliz nos envía mil colores vivos y hermosos. Es la manera que tiene de decirnos si estamos portándonos como es debido.

Casualidad o no, hacía meses que la iglesia de Liovin no resplandecía con tonos alegres.

A parte de esto, la iglesia disponía de 40 bancos dispuestos a lo largo de la nave. Los ciudadanos de mayor categoría tomaban asiento y el resto tenía que contentarse con permanecer en pie toda la misa, apretujados unos contra otros.

Robert y su familia, gracias a su buena condición social, tenían reservado su sitio habitual.

-Madre –le dijo William a Sara poco antes de comenzar la misa-, no creo que rezar sea la mejor solución.

-Es lo único que podemos hacer –le aseguró-, pídele a Dios que aparezca tu hermana. Él nos la enviará.

-No me convence esta idea –le contradijo-, deberíamos ir a buscarla.

-Reza –insistió-, reza y no pierdas la fe.

***

Viento, atravesaba el bosque de Liovin. Los árboles se sucedían ante los ojos de Stephen a velocidad sorprendente.

El animal era veloz, fuerte como el que más y parecía no tener huesos. ¿De qué otra forma si no se podría correr tanto?

Mientras el caballo ponía todo su empeño en acelerar, Martha espoleaba a Kanae, que estaba exhausto y agotado.

-Pero venga –lo instaba-, ¿por qué no corres más?

Pero el animal no podía seguir semejante ritmo, arrastraba los cascos, luchando por no quedar rezagado.

Stephen tiró de las bridas, obligando a Viento a detenerse.

-¡Vamos Kanae! –lo llamó-. ¡Puedes hacerlo!

Alentado por la voz de su amo, Martha vio cómo el viejo equino apresuraba el paso.

Llevaban cabalgando algo más de tres horas y no había rastro de Liovin.

No encontraron ni un camino que indicase la proximidad de la ciudad, ni pisadas de otros caballos, ni matorrales cortados…nada. Árboles, sólo árboles.

-*¿Pero dónde estamos?* –se preguntó Martha, asustada ante la vasta extensión de bosque que se abría ante sí-. *¿Nos hemos perdido?*

Martha se contentaba con seguir al guardia que la había salvado y confiaba en que él la guiara hasta Liovin. Sin embargo, el soldado parecía desorientado.

El bosque era enorme y la vegetación y la poca visibilidad hacían casi imposible la orientación. Stephen creyó haber pasado por el mismo lugar en más de una ocasión.

-*¿No es ese el mismo árbol de antes?* –se preguntó sin salir de su asombro-. *¿Y esa de ahí no es la misma roca?*

Sin embargo, el que sí parecía estar muy seguro de ir en la dirección correcta era Viento. El animal parecía conocer el bosque a la perfección: giraba a la derecha, mantenía la dirección, luego viraba a la izquierda…todo lo hacía sin vacilar.

Stephen no cuestionó la orientación del caballo y soltó las bridas.

-Espero que sepas lo que haces –le dijo-, ahora tú nos guías.

***

Todos los feligreses enmudecieron cuando el cura apareció por la puerta de la iglesia. Era un hombre calvo, bien entrado en carnes y con una mirada que destilaba fuerza y coraje. Se hacía llamar Padre Clark y se jactaba de poder hablar con Dios.

Con paso lento y solemne, Clark se dirigió al altar, canturreando una oración. Cuando llegó, esperó a captar la atención de los feligreses. Cuando todos enmudecieron y reinó un silencio mortal, clavó la mirada en el techo de la iglesia, alzó los brazos y gritó:

-Esta noche he hablado con Él –los feligreses ahogaron un grito de sorpresa.

-*¿Otra vez?* -parecían preguntarse-. *¿Pero no lo hiciste hace un par de días?*

Estaba claro que Clark tenía un don y podía comunicarse con Dios cuando le viniera en gana. Aquella introducción puso los pelos de punta a todos en general y a los ancianos en particular. Una abuela se santiguó por triplicado.

-¿Queréis saber qué es lo que le pregunté? –lanzó al aire. Sin esperar respuesta alguna, continuó:

-Le pregunté por qué sólo entran rayos grisáceos y oscuros por nuestras vidrieras –silencio-. Dios me contestó que está triste y que vuestros pecados le atormentan.

¿Sería posible que un Dios tan poderoso se tambalease por las acciones de unos pocos hombres?

-¡Me dijo que os castigará y que vuestras almas arderán en el infierno por toda la eternidad!

Esto desató un "Ooooooohhhhhhhhh" descomunal entre los presentes. Una niña pequeña quedó tan aterrada que comenzó a llorar.

-¡Sí! Dios siempre está al acecho…incluso cuando dormís por la noche y creéis que nadie os vigila –Clark se humedeció los labios con la lengua y prosiguió-. Dios conoce vuestros pecados. Él sabe cuáles son vuestros secretos porque a Él no podéis ocultarle nada.

Un hombre miró a su izquierda y luego a su derecha. ¿Estaría Dios cerca de él?

-Todos debéis cumplir con los mandatos de nuestro Señor, pues Él, en su inmensa sabiduría, así lo dispuso…

El padre siguió hablando. Su boca articulaba palabras con determinación, palabras que debieron de haber resonado por toda la iglesia como un rayo en una noche silenciosa. Pero William no escuchó nada. Ningún sonido llegó a sus oídos, pues una tristeza inmensa atormentaba su alma.

Su cuerpo estaba allí, sentado junto a sus padres, pero su mente vagaba muy lejos, en el bosque de Liovin.

-*Martha* –se dijo- *¿dónde estás?*

***

Liovin no aparecía y toda esperanza por llegar comenzaba a disiparse.

Martha y Stephen cabalgaban con apremio, pero el bosque parecía no tener fin.

Mientras tanto, la joven se presentó:

-Me llamo Martha –le dijo, cuando Kanae llegó a la altura de Viento-. Te estoy muy agradecida por lo que has hecho…ya sabes, por salvarme de esos proscritos –le sonrió-. No sé cómo agradecértelo.

Stephen la miró y, sin poder remediarlo, se ruborizó. A pesar del movimiento del caballo, pudo ver a una joven hermosa.

Sin duda era la más bella de cuantas había visto. No debía tener más de 15 años, pero su belleza parecía haberse forjado durante siglos. Su pelo era rubio, si alguien lo hubiera tocado con los ojos vendados hubiera jurado que se trataba de seda. Su piel era perfecta, blanca como la nieve y suave como la superficie de un riachuelo dormido. Sus manos, pequeñas y delicadas, bien podrían haber sido las de un ángel. Por si fuera poco, además mostraba unos labios de los que debían de haber nacido las sonrisas más hermosas del mundo.

-Yo me llamo Stephen –le dijo, notando cómo sus mejillas se azoraban-, es un placer conocerte.

Martha estaba muy ocupada examinando a tan apuesto caballero. No era mucho mayor que ella, lo cual la alegró enormemente. Tenía las espaldas anchas, gotas de sudor resbalaban por su frente y no paraba de sonreírle. Martha, a su vez, tampoco dejaba de devolverle la sonrisa.

De súbito, Kanae tropezó.

El animal cayó y Martha salió despedida, dando vueltas por el suelo.

-¡Martha, no!

Stephen detuvo inmediatamente a Viento y acudió a socorrerla. Mientras tanto, Kanae se puso en pie, magullado por el golpe.

-¡Martha! ¡Martha!

Stephen llegó a su lado y la giró hasta verle la cara. Había sido una buena caída y un poco de sangre salía de su nariz.

-¿Te encuentras bien? –le preguntó, asustado-. ¿Te has hecho daño?

Martha esbozó una sonrisa forzada.

-No es nada –articuló con gran esfuerzo-, estoy bien.

-La culpa ha sido mía –se lamentó-, no debí dejarte montar en Kanae…¡está demasiado viejo!

-No te preocupes –Martha, asiendo la mano de Stephen, se puso en pie-, regresemos a Liovin antes de que anochezca.

***

El Padre Clark era un maestro de la retórica. Sus misas eran las más largas de toda Liovin y parecían no tener fin.

Clark hablaba y hablaba, unas veces golpeaba con su puño el altar, otras propinaba una patada al suelo, daba pequeños saltos o modulaba excesivamente el tono de su voz. Cualquier cosa era buena para dar más veracidad a sus palabras.

Sin embargo, lo que desconocía Clark era que, por más gestos que hiciera y por más énfasis que pusiera en sus sermones, nadie lo escuchaba.

Ciertamente era muy difícil seguir al Padre Clark, sobre todo porque siempre hablaba de lo mismo: *"Dios es justo", "Dios es piadoso, pero no estúpido", "Satanás habita entre nosotros"*. Pero sobre todo porque utilizaba un lenguaje enrevesado y latinismos que las gentes no comprendían. ¿Cómo iban a saber los campesinos qué significaba "*Ene ómnia fecit: surdos fecit audite"* si no sabían ni escribir su nombre?

William no hacía más que pensar en Martha. Su hermana había sufrido todo cuanto una persona puede padecer de este mundo: hambre, frío, dolor…y, por si fuera poco, había tenido que vivir encerrada cinco años de su vida en los calabozos de MainCastle.

¿Por qué Dios consentía aquello? ¿Por qué había permitido que Joseph la hubiera encarcelado, a ella y a su padre, durante tantos años? ¿Por qué ahora consentía que desapareciera?

-Si realmente existiera Dios, mi hermana aparecería por la puerta de esta iglesia.

***

Martha y Stephen cabalgaban juntos a lomos de Viento. Kanae, cojeando, los seguía como podía.

El golpe de la chica había sido fuerte, pero no le había sucedido nada grave.

-En cuanto lleguemos a Liovin te llevaré a la enfermería.

Martha, en cierto modo se sintió agradecida al viejo caballo por haber tropezado y tirarla al suelo, pues gracias a eso ahora cabalgaba con Stephen, rodeándola éste con sus manos para que no perdiera el equilibrio.

Entre los brazos de aquel joven soldado, Martha se sintió feliz, segura.

Una sombra inquietante, grande y extraña se dibujó a la lejanía.

-¿Qué es eso? –le preguntó Stephen.

Por más que se esforzaban, debido a la niebla y al cansancio, les fue imposible discernir la misteriosa mancha pintada en el horizonte. Era una mole descomunal, distinta a todo cuanto antes había visto.

Al contemplarla, un sentimiento de miedo los estremeció, pues le dio la impresión de que una bestia enorme los acechaba, silenciosa, oculta tras la niebla.

A medida que se fueron acercando, la sombra fue adquiriendo forma hasta convertirse en la ansiada ciudad de Liovin.

Una expresión de perplejidad asomó a sus ojos, abiertos como cuencos.

-Lo hemos conseguido –gritó Stephen, abrazando a Martha con fuerza-. ¡Lo hemos conseguido!

Martha rió, sorprendida por la fuerza con que los brazos de Stephen la rodeaban.

-Bueno, ahora te llevaré hasta le iglesia –le dijo a la chica.

Stephen sabía que sólo en una institución religiosa podría encontrar a alguien que pudiera ayudarla, pues únicamente los hombres de Dios podían sanar a los heridos.

Stephen espoleó a Viento, pero esta vez, con determinación.

***

Un grito de socorro hizo que los pocos que prestaban atención al Padre Clark dejaran de hacerlo.

-¡Necesito ayuda! –se oyó fuera de la iglesia.

La voz era, inequívocamente, de un hombre y, por su insistencia, era de suponer que se encontraba en apuros. ¿Quién sería?

-¡Qué poca vergüenza! –exclamó Clark con indignación-. Interrumpir así la palabra de Dios…

-¡Que alguien salga a ayudarme! –volvió a repetir.

-Esto es un ultraje –dijo con la cara roja por la ira-. ¡Nadie puede obstaculizar la palabra de Dios!

-Por favor -insistió, esta vez, con cierta tristeza-, ¡necesito ayuda!

Un murmullo se desató entre los feligreses.

Todos intercambiaron miradas de incredulidad, pues nunca habían presenciado incidente parecido.

-¿Quién puede ser tan estúpido como para ponerse a gritar de

esta manera? –le susurró Robert a su esposa.

-Sea quien sea –le dijo Sara-, Clark hará que lo castiguen por esto.

William tuvo una corazonada. ¿Sería posible que…?

No, era absurdo.

-Por favor –suplicó la misma voz-, la chica se ha caído... necesita ayuda.

Al oír esto último William supo que estaba en lo cierto: ¡era su hermana!

Con el corazón en un puño, William se levantó y salió de la iglesia.

-Hijo, ¿dónde vas? –le preguntó Sara, asustada-. No puedes abandonar la iglesia hasta que el cura haya concluido.

-Me da igual… ¡esa chica es mi hermana!

Tras William, todos los presentas salieron al exterior a ver quién era la desdichada.

-Capítulo X-

El Conde Joseph sólo deseaba atrapar a Stephen. Se había fugado hacía tan sólo dos días, pero ya había adoptado las medidas oportunas. Cincuenta de sus hombres rastreaban el bosque de MainCastle, pues las posibilidades de que se escondiera allí eran muy elevadas. Además, ordenó a otros treinta que lo buscaran por las ciudades vecinas y, por si fuera poco, declaró a Stephen proscrito en cuanto supo de su desaparición.

-Ese miserable acabará apareciendo, y ¿sabes qué le haré cuando lo tenga entre mis manos? –le preguntó a James mientras desayunaban en el gran comedor.

-¿Qué, mi señor? –dijo "El Brazos", intentando aparentar algo de interés.

Joseph, para ilustrar sus palabras, echó mano a una manzana del frutero y con su mano derecha asió un cuchillo.

-Imagínate que esta manzana es su cabeza –le dijo con una macabra sonrisa.

Tras esto, el Conde comenzó a hundir el filo del cuchillo en la manzana con golpes rítmicos, una vez, otra, otra y otra…hasta que quedó reducida a mil pedazos.

Cuando finalizó, Joseph miró a "El Brazos" con ostensible orgullo.

-¿Qué te ha parecido?

James, que no había visto a nadie hacer nada semejante con una manzana, se quedó sin palabras.

-¿Por qué le ha hecho eso a la manzana? –le preguntó sin comprender-. ¡Era mi postre!

El Conde juró por lo bajo.

-¡No seas estúpido! –le recriminó con una mirada de desaprobación-. La manzana era sólo para que tú me entendieras.

-Lo hubiera comprendido perfectamente sin necesidad de recurrir a ella- protestó, aún molesto por la pérdida de su postre-. Pero me parece muy bien, usted está en su pleno derecho.

-¡Pues claro que estoy en mi derecho! –le confirmó el Conde-. Stephen se esfumó de MainCastle dejando a Peter y sus padres en la Plaza Mayor…así que es muy justo que lo castigue por ello.

Peter, el niño que insultó al Conde hacía un par de días, había sido muy afortunado pues, al desaparecer Stephen de la ciudad, él y sus padres quedaron sin verdugo.

En otras circunstancias Joseph hubiera encomendado a alguno de sus hombres que acabara el trabajo, pero ahora eso le daba igual: toda su atención se centraba en Stephen. Atraparlo era su prioridad.

Así fue cómo Peter y sus padres recibieron una segunda oportunidad.

-James –le dijo a la vez que masticaba un muslo de pollo-, Stephen aparecerá…¡lo juro!

-Capítulo XI-

El Padre Clark había sugerido a Robert, a Sara y a William que rezaran.

-La chica se encuentra bien –les aseguró-, no os preocupéis por ella. La caída del caballo no ha sido grave.

-¿Podemos entrar a verla? –preguntó Sara.

-Ahora mismo está dormida…despertará en un par de horas.

-Muchas gracias padre –dijo Robert.

-No me las des a mí, sino al soldado que la ha traído –Clark adoptó aire de confidencialidad-. Si no llega a ser por él, quién sabe lo que le habría sucedido.

***

Stephen estaba sentado bajo la sombra de un árbol. El fresco aire primaveral mecía sus cabellos a la vez que lo invadía un profundo sosiego.

Kanae, al igual que su dueño, estaba muy cansado. El viejo animal había hecho un esfuerzo sobrenatural y había logrado seguir a Viento sin quedar rezagado.

-Eres un buen caballo –le dijo Stephen palmeando su lomo-, realmente bueno.

Kanae, como si lo hubiera comprendido, relinchó satisfecho.

Cuando Stephen apareció con la chica, lo primero que hizo el Padre Clark fue llevársela a la enfermería. Desde entonces no sabía nada acerca de su estado.

-No abandonaré la ciudad hasta saber cómo está –se dijo con convicción.

Pero la verdadera razón por la que Stephen no quería marcharse de Liovin era porque deseaba verla una última vez. Apenas había intercambiado unas palabras con la joven y deseaba saber más sobre ella. Quería conocerla mejor.

Cuanto sabía de ella era que se llamaba Martha, un nombre precioso a juicio de Stephen, y que era la chica más bella de cuantas había visto. ¿Acaso no era suficiente?

-Martha…Martha –se repetía recostado contra el árbol-…Martha.

Kanae lo miraba sorprendido, moviendo las orejas con interés. Nunca antes había visto a su amo actuar de ese modo. ¿Qué le sucedía?

Pero aunque Martha acaparara gran parte de su atención, Stephen no pudo evitar pensar en lo mucho que había cambiado su vida de un día a otro.

Los últimos acontecimientos se habían sucedido con demasiada rapidez y aún no los había asimilado: abandonó MainCastle y, junto a ella, toda su vida.

Stephen deshonró al Conde, pues huyó de MainCastle dejando a Peter y a sus padres sin verdugo.

-*Joseph no me lo perdonará hasta que me corte la cabeza* –se dijo sintiendo una extraña molestia en la nuez-. *Tendré que pasar el resto de mi vida escondido, huyendo de su mano y tiranía* –Stephen experimentó una sensación de vacío recorrer su interior.

Absorto en estos soliloquios, Stephen vio cómo el sol fue tornándose anaranjado, cómo su brillo se marchitaba y, finalmente, cómo se ocultó entre unas montañas azuladas.

Stephen seguía sin tener noticias de la chica.

***

Cuando Martha despertó, lo primero que sintió fue un escozor intenso recorrer todo su cuerpo.

Para su asombro, se encontró acostada en un jergón, arropada entre mantas de lana. Pero, a pesar de su comodidad, la cabeza le dolía y todo le daba vueltas.

-*¿Dónde estoy?* –se preguntó, sin saber si era aquélla una de sus pesadillas-. *¿Qué ha pasado?*

Martha no recordaba nada de lo que había sucedido. Había olvidado que dos proscritos la asaltaron cuando comía tranquilamente a la sombra de un roble, había olvidado que esos hombres la ataron a un árbol y que un caballero la rescató.

-*¿Qué ha pasado?* –volvió a preguntarse.

Cuando Martha vio que parte de su piel estaba desgarrada, lo recordó. ¡Se había caído de Kanae cuando regresaban a Liovin! Luego Stephen la subió a Viento y juntos cabalgaron a la ciudad. Martha recordó las manos del joven rodear su cintura. Sonrió.

Martha miró a su alrededor.

Cuando lo hizo, se sorprendió en una habitación triste y fría. La estancia era de dimensiones claustrofóbicas, con suelo de piedra y cuatro paredes blancas, obsoletas y completamente desnudas.

En una de ellas, justo en la que Martha tenía enfrente, descansaba un enorme crucifijo de madera de dimensiones casi reales. El Cristo había sido tallado con delicadeza y esmero: su pelo ondulado parecía estar agitado por el viento y sus ojos miraban suplicantes al cielo mientras una lágrima de madera resbalaba por su mejilla izquierda.

Martha se sintió extrañamente incómoda ante la presencia de la

descomunal efigie de Jesús.

-Parece que de un momento a otro vaya a cobrar vida -pensó invadida por el miedo.

Justo en aquel momento, la puerta se abrió.

Martha, cegada por la luz procedente del exterior, no pudo ver el rostro de la silueta que se acercaba a ella, pero por la forma de andar supo que era alguien muy familiar.

El misterioso visitante andaba con pasos livianos. Parecía que levitaba y que si posaba los pies era simplemente por capricho.

¿Quién podría ser? ¿Quién era aquella sombra que rozaba el suelo como si anduviera por pétalos de rosas?

La silueta se situó justo a un lado de Martha y, sin mediar palabra, acarició su pelo con dulzura y cariño, como si fuera el cabello de un ángel.

Sin aviso, la sombra comenzó a llorar. Unas lágrimas de alegría o tristeza se derramaron por sus ojos.

-Hija...

-¡Madre! –gritó Martha, eufórica.

Sara se aferró al cuello de su hija y las dos permanecieron abrazadas largo tiempo, recreándose en ese abrazo con el que tanto habían soñado.

-Pensé que no volvería a verte –le susurró Sara-, ¡gracias a Dios que estás viva!

-Madre, no te preocupes –le aseguró-. Estoy bien.

Sara suspiró aliviada.

-Me alegro de que hayas vuelto, te hemos echado de menos.

-Unos proscritos me atraparon, madre –le dijo Martha-, pensaban pediros un rescate…suerte que Stephen me salvó.

-¿Quién es Stephen? –preguntó Sara, sorprendida por la familiaridad con la que mencionaba ese nombre.

-El soldado que me rescató…padre y tú deberías hablar con él. Deberías agradecerle lo que ha hecho. ¡Es un ángel!

-Tranquila hija, hablaremos con él.

-¿Y mi hermano? ¿Y padre?

-Están ahí fuera…rezando a Dios para que te mejores –Sara se enjugó una lágrima que acarició sus labios y, con una sonrisa señaló al Cristo que descansaba en la pared-. ¿Lo ves? –le dijo-. Él vela por ti, hija. Te ha enviado un ángel.

***

Robert y William entraron poco después en la habitación.

Tras intercambias saludos risas durante un rato, decidieron dejar a Martha tranquila.

-El Padre Clark dice que necesitas descansar –le dijo Robert besando su frente.

-No, os prometo que estoy bien –replicó Martha, reacia a desprenderse de su familia.

-Por eso tienes que dormir, hija –Sara mostró su hermosa sonrisa-, para volver a casa cuanto antes.

-Estaremos ahí fuera, si necesitas algo, lo que sea, sólo tienes que llamarnos.

Así, padre, madre e hijo salieron, dejando que Martha se sumergiera, una vez más, en un mundo de sueños.

***

-Robert, aún no hemos hablado con el soldado –le hizo saber Sara cuando estuvieron fuera-. Ese hombre ha puesto en juego su vida por salvar la de Martha…¡qué menos que ofrecerle algo a modo de agradecimiento!

-No hay forma de agradecerle lo que ha hecho –exclamó Robert con un hilo de voz-, ese hombre se merece el cielo.

-Hablemos con él –propuso Sara-, ahora mismo.

-Pero…¿dónde lo encontraremos?

-Hacía unas horas estaba sentado justo enfrente de la iglesia, descansando bajo la sombra de un árbol.

-Muy bien –accedió Robert-. William, mientras nosotros vamos a buscar a ese hombre, te quedarás aquí por si tu hermana necesita algo.

***

La noche se derramó por Liovin.

La luna, más grande y redonda que de costumbre, iluminaba con haces plateados la ciudad.

Stephen nunca se había detenido a contemplar lo realmente hermoso que era el cielo, los millones de estrellas que danzaban sobre su cabeza como velas mecidas en el mar.

-¿Por qué? –se preguntó, extasiado-. *¿Por qué he malgastado cuatro años de mi vida al servicio de Joseph? ¿Por qué hasta ahora no he admirado la belleza que me rodea?*

Stephen se sumergió en un río de pensamientos. Por su mente desfilaron imágenes que creía olvidadas, imágenes borrosas, sin color, recuerdos marchitos.

-A partir de hoy, juro que cambiaré. No volveré a obedecer las órdenes de un Conde demente. A partir de hoy, sólo escucharé a mi corazón

Stephen estaba tan concentrado en sus pensamientos que no escuchó los pasos de las dos personas que se le acercaban.

Sea quienes fueren, las dos sombras andaban cogidas de la mano en dirección al árbol bajo el que descansaba Stephen. ¿Quiénes eran? ¿Qué querrían?

-¿Es usted Stephen? –preguntó una de ellas.

Stephen se sobresaltó y se puso rápidamente en pie.

-Sí, soy yo –respondió a la vez que guiñaba los ojos para ver el rostro de sus interlocutores-. ¿Quién pregunta por mí?

Las dos sombras, al unísono, dieron un paso y la luz de la luna iluminó sus caras.

Cuando Stephen vio quiénes eran, casi se desmaya.

***

Robert sintió cómo le dio un vuelco el corazón.

-*No puede ser* –se dijo, reacio a admitir la verdad-. *Es imposible.*

Robert reconoció enseguida el rostro del hombre que se hacía llamar Stephen, de hecho, la última vez que lo vio fue hacía cuatro años.

Stephen fue el guardia que lo ayudó a escapar de los calabozos de MainCastle, quien dio a los Breader, a Martha y a él una segunda oportunidad. Y, por si fuera poco, el mismo hombre había vuelto a salvar la vida de su hija. ¿Sería acaso su ángel de la guarda?

-Te debemos la vida –le dijo Robert sin más preámbulos-. Todo cuanto tengo es tuyo…si no fuera por ti, ahora seguiríamos pudriéndonos en los calabozos de MainCastle, si no fuera por ti, mi hija estaría muerta.

Stephen esbozó una sonrisa al saber que la chica estaba bien. Su esfuerzo había merecido la pena.

-Sólo hice lo correcto…nada más.

-¿Cómo podemos agradecerte todo lo que has hecho por nosotros?

-No deseo nada –dijo Stephen con voz triste y cansada.

-¿Por qué? –le preguntó Sara, extrañada.

-Porque yo, al igual que vosotros, soy un proscrito. Joseph no parará hasta encontrarme. ¿De qué me sirve el dinero si no lo puedo gastar? ¿Para qué quiero una casa si no puedo vivir en ella? –Stephen suspiró, derrotado-. Sólo quiero vivir, y para ello he de alejarme de aquí cuanto antes.

-Joseph es un demonio –aseguró Robert recordando sus años de cautiverio-. Es un hombre sin corazón ni sentimientos que odia igual que respira.

-¡Cuánta razón tienes!

-Pero bueno…habrá algo que podamos hacer por ti…lo que sea –insistió Sara.

Stephen miró al cielo estrellado, luego cerró los ojos.

-Como ya os he dicho no deseo dinero ni ninguna clase de bien material…lo que os voy a pedir es un favor.

-Lo que sea –afirmó Sara con su voz melodiosa.

-¿Podría ver a vuestra hija? –sonrió-. Me gustaría hablar con ella una última vez.

***

Cuando Stephen entró en la enfermería encontró a Martha dormida.

La enfermería era una escueta habitación de paredes blancas con un suelo de piedra. Lo único que llamaba la atención era una efigie de Jesús tallada en madera.

El Cristo agonizaba en la cruz. Tenía el cabello alborotado, como si una ventisca de aire abofeteara su rostro, y la boca, entreabierta. Parecía que quisiera murmurar algo. Sus facciones rezumaban agonía, pero en sus ojos había paz y ternura

Stephen sintió un escalofrío erizar sus pelos. Aquella escultura parecía tener vida, era como si el verdadero Jesús se ocultara tras una capa de madera.

En silencio, Stephen se acercó al jergón de Martha. Todo cuanto se oía era la respiración suave de la joven.

Cuando la tuvo enfrente suyo, Stephen la observó con una sonrisa…¡Era preciosa!

Una vez más, Stephen sintió su corazón acelerarse y una oleada de calor hervirle en su interior. Por más que lo intentaba no podía dejar de mirarla. Era imposible apartar los ojos de aquella muchacha.

***

Cuando Martha despertó se encontró con Stephen.

El joven la miraba sonriente. Tenía el pelo moreno y la dentadura perfecta.

-Hola –la saludó Stephen-. ¿Cómo estás?

Martha sintió un nudo en su garganta.

No tenía palabras.

-He estado hablando con tus padres y les he pedido permiso para verte –sus labios se contrajeron y en sus mejillas aparecieron dos hoyuelos.

Martha se quedó sin habla. Se sentía una estúpida mirando a

aquel joven, sin articular ningún sonido.

Le hubiera gustado decir algo, un simple “gracias”, por escueto e insignificante que fuera. Pero Martha no dijo nada, no abrió los labios. Continuaba hechizada con los ojos clavados en las pupilas marrones de Stephen, en silencio, viendo cómo su respiración se entrecortaba y el corazón golpeaba su pecho.

***

Stephen besó a Martha.

La joven rodeó su ancha espalda entre sus brazos, dejó que sus labios jugaran entre los suyos, que expresaran todo lo que no había podido decir con palabras.

Cada segundo se convirtió en minuto, cada minuto, en meses.

***

-Lo siento, Martha –dijo Stephen, poniendo fin a tal mágico momento.

-¿Qué sucede? –preguntó la chica.

-Lo siento, pero no puedo quedarme en Liovin… Sólo quería despedirme

La besó una última vez.

-Joseph quiere matarme.

-¿Qué harás, entonces? –le preguntó-. ¿Dónde irás?

Stephen agachó la cabeza.

-No lo sé.

-Pero no puedes marcharte…le diré a mis padres que te quedes con nosotros –Martha le sonrió, pese a ello, una lágrima escapó de sus ojos-. Después de lo que has hecho por mí, mis padres estarían encantados de acogerte.

Stephen pensó la oferta, pero la rechazó.

-Lo siento, pero es demasiado peligroso para vosotros –suspiró-. Tengo que marcharme.

-¿Volveré a verte alguna vez? –insistió con voz trémula.

Stephen la miró y deslizó su mano por las mejillas de la chica, luego, acarició sus cabellos.

-Te lo prometo –aseguró-, volveremos a vernos…juro que volveré a por ti.

-¿Cuándo?

Stephen apartó la vista, y de repente, su semblante se tornó lóbrego y oscuro.

-Cuando mate a Joseph. Cuando el Conde muera y no pueda hacernos más daño.

Cuarta parte (1329)

-Capítulo I-

Martha había cumplido 16 años y pensaba en Stephen cada día.

Hacía más de un año desde que se besaran, pero al cerrar los ojos aún recordaba el sabor de sus labios, el calor de sus manos, su voz melodiosa y sus pupilas marrones.

Martha rezaba para que, allá donde estuviera, se encontrara bien.

Deseaba fervientemente que volviera.

Bien es cierto que apenas lo conocía, pero había arriesgado su vida por ella. ¿Quién sería capaz de hacer eso sino el hombre de su vida? Además, desde el momento en que lo vio supo que se había enamorado.

El joven desapareció de Liovin a los lomos de Viento, jurando volver a por ella cuando matara a Joseph.

Antes de marcharse, Martha le ofreció su equino, pero Stephen se negó.

-Es demasiado importante para ti –le dijo, declinado la oferta.

-Por favor –le instó la joven, recostada sobre el jergón-, llévatelo.

Tras mucho insistir, Stephen se vio forzado a aceptar.

Al marcharse de Liovin, Stephen se llevó consigo al caballo de Martha y, sin saberlo, una parte de su corazón.

-Capítulo II-

La noche se desplomó sobre Liovin.

Martha, Sara y William dormían desde hacía horas, pero Robert no lograba conciliar el sueño.

Cansado, se levantó de su jergón.

Su mujer dormía plácidamente. Su respiración era suave y fruncía el ceño, haciendo que pequeñas arrugas aparecieran en su frente. A Robert le encantaba verla dormir. Le gustaba adivinar cuáles eran los pensamientos que surcaban por su mente, qué era aquello que la hacía sonreír incluso en sueños.

Con cuidado de no despertarla, Robert puso un pie en el suelo, luego el otro y, de puntillas, se deslizó hacia las calles de Liovin.

Cuando salió por la puerta de su casa, se encontró con una ciudad sumida en la penumbra, una ciudad triste y abandonada. Todo el mundo dormía y un silencio sobrecogedor reinaba en la ciudad. Nada. No se oía nada, apenas el susurro del viento meciendo los árboles.

Sin saber adónde ir, Robert echó a andar calle abajo con la esperanza de reorganizar sus pensamientos.

En los últimos días Robert no lograba pegar ojo, se movía en la cama con inquietud y tardaba horas en dormir. Pero cuando por fin lo hacía, cuando cerraba los párpados y se rendía al sueño, se sobresaltaba empapado en sudor.

Robert sabía el porqué de su insomnio.

Había algo que le impedía descansar, algo que lo estremecía de arriba abajo y le ponía la piel de gallina: Stephen.

A su mente volvió Stephen y la promesa que hizo antes de desaparecer a lomos de Viento:

-Quiero que MainCastle deje de ser una ciudad donde los habitantes vivan atemorizados, donde Joseph siembre el terror con su odio, donde uno no puede andar por las calles sin miedo a ser agredido…Sólo deseo una nueva MainCastle, una ciudad libre y justa.

-Eso que pides es algo muy difícil de conseguir…¿no crees? –le preguntó Robert, sorprendido por sus palabras-. El Conde Joseph tiene un gran ejército, influencias sobre otros condes y señores… No conseguirás destronarlo.

Para su asombro, Stephen se limitó a sonreír.

-Dentro de un año volveré –dijo a la vez que espoleaba a Viento-, y cuando lo haga, Joseph dejará de ser el Conde de MainCastle…¡Lo juro!

Mañana haría un año desde que Stephen hiciera esa promesa.

-Capítulo III-

Stephen recordó todo lo sucedido en su último año de vida.

Muchas cosas habían cambiado, pero su amor Martha continuaba igual de vivo.

Ardía en deseos de regresar a Liovin y pedirle a Robert que le permitiera casarse con su hija. Pasarían el resto de sus días felices, tendrían hijos y el mundo les pertenecería.

Pero por mucho que Stephen anhelara a Martha, sabía que no podía verla…al menos por el momento.

Stephen era un proscrito, y si se acercaba a Liovin, lo único que conseguiría sería ponerla en peligro, arriesgarse a que Joseph los encontrara.

Sin poder hacer otra cosa, Stephen se contentaba con imaginarse a la chica, adivinar sus ojos y hablarle en silencio.

***

Hacía un año, poco después de abandonar Liovin en su nuevo caballo, Viento, Stephen se dio cuenta de que había dejado de ser un hombre. Se había convertido en un fantasma, una sombra sin nombre ni rostro. Vagaba de ciudad en ciudad sin hablar con nadie, sin saber dónde estaría al día siguiente.

Además, Stephen se cubría el rostro con una capucha, pues era un proscrito y no quería que nadie lo reconociese.

Una noche, mientras cenaba en una posada, un anciano se le acercó.

Stephen aún podía recordarlo como si lo tuviera delante. El anciano tenía el rostro ajado por el paso del tiempo, incontables arrugas desfiguraban su expresión y su voz sonaba cansada y frágil.

-Joven –le dijo a la vez que tomaba asiento junto a él-, no recuerdo haberte visto antes por aquí…¿eres nuevo en Indeg?

-¿Indeg? –repitió Stephen, sin comprender.

-Sí –sonrió el anciano-, Indeg es el nombre de esta ciudad.

-¡Ah!... sólo estoy de paso –dio por toda explicación-. Mañana, con los primeros rayos de sol, marcharé.

El anciano asintió con una sonrisa marchita. En silencio, lo examinó durante algo más de un minuto. Stephen hizo caso omiso de él y prosiguió con su cena, que consistía en una cerveza aguada y un plato de gachas frías.

Cuando hubo acabado de comer se percató de que el anciano continuaba observándolo. ¿Qué es lo que querría?

-Hijo, no quiero meter mis arrugadas narices donde no me

llaman –le dijo cuando lo miró a los ojos- pero, créeme, sé cuándo un hombre tiene problemas.

-¿Qué sabrá usted de mí? –se jactó Stephen en un tono hostil-. ¡Por no saber no sabe ni mi nombre!

El anciano mostró una vez más aquella extraña sonrisa.

-Eres Stephen…o como por aquí te llaman el Caballero Blanco.

Stephen no podía creer lo que estaba escuchando…a pesar de sus esfuerzos por ocultar su identidad, de no llamar la atención, por limitarse a dialogar a través de monosílabos, aquel anciano sabía quién era. ¿Cómo era posible?

-Te llaman el Caballero Blanco por ese hermoso caballo que llevas contigo –el anciano señaló a través del cristal a Viento. El animal estaba atado fuera de la posada, junto a dos parientes suyos.

-Pero…-dijo Stephen- ¿cómo sabe mi nombre?

El anciano pidió una cerveza y, tras dar un trago largo, respondió:

-En Indeg eres una leyenda…los padres cuentan tu historia a los niños antes de dormir y los pequeños sueñan con parecerse a ti de mayores.

Stephen no daba crédito a lo que oía.

-Creo que se está confundiendo de hombre –repuso Stephen, cansado.

-No. Sé muy bien quién eres y también sé por qué huyes –Stephen lo escuchaba con los ojos abiertos como cuencos-. Sé que dejaste a ese niño…Peter y a sus padres sin verdugo, sé que el Conde Joseph está como loco por colgar tu cabeza y también sé que eres un proscrito –tras ver la expresión perpleja de Stephen, el anciano añadió-. ¡Las noticias vuelan!

-Pero ¿por qué dice que soy una leyenda? –preguntó sin comprender-. Sólo soy un cobarde que no fue capaz de cumplir con su trabajo. Si hubiera hecho lo que se me ordenó ahora estaría en MainCastle, durmiendo en un jergón y con un plato de comida caliente.

-Por eso mismo eres una leyenda –insistió el hombrecillo tras dar otro trago a su cerveza-. Si hubieras hecho lo que Joseph te mandó, es decir, si hubiera matado a ese pobre niño y a sus padres, te hubieras convertido en un asesino, otra marioneta del Conde. Pero no lo hiciste. Pusiste por encima tus valores, tus pensamientos… ¡tu dignidad! Eso es lo que te convierte en un héroe y por eso los padres cuentan tu historia a sus hijos… ¡para que tengan principios, integridad y no se dejen corroer por el mal!

***

A la mañana siguiente de aquella charla con el anciano, Stephen llegó a una conclusión:

-No pasaré el resto de mis días huyendo de Joseph –juró a pleno pulmón cuando comenzaba a amanecer-. Será él quien tenga que huir de mí.

A partir de ese día, Stephen contó su historia por todas las ciudades que pasaba. Así, cuando llegó Solpae –una pequeña ciudad situada cerca de Indeg-, un grupo de niños, madres y hombres de todas las edades formaron un corro en torno a él. Stephen narró algunas de las espeluznantes anécdotas del Conde de MainCastle:

-Joseph no es humano –prometió ante la atónita mirada de sus oyentes-, es peor que el diablo –al oír esto, una madre le tapó los oídos a su hijo de cinco años-. Yo puedo asegurarlo porque he trabajado varios meses a su servicio, los suficientes para ver las dejaciones y humillaciones que hay tras sus espaldas –a medida que Stephen hablaba, el círculo de oyentes no hacía más que crecer. Eran muchos los que sentían curiosidad por conocer al Caballero Blanco-. Joseph ha destrozado a familias enteras, campesinos cuyo único mal fue no tener nada que comer…

Cuando acabó de hablar, todos los ciudadanos de Solpae se mostraron indignados.

-¡Es una vergüenza que existan señores como ese Joseph! –gritó un hombre con la cara roja de ira.

-¡Nadie en el mundo tiene derecho a tratar así a campesinos inocentes! –siguió una mujer que sostenía una hoz entre sus manos.

-¿Por qué lo consienten los ciudadanos de MainCastle? –preguntó un hombre de ojos pequeños.

-Porque no pueden hacer otra cosa –respondió el Caballero Blanco-. Como ya he dicho, son labradores, campesinos, palafreneros…personas humildes que viven aterrorizadas.

-¡Esto es ultrajante! –dijo un joven a la vez que golpeaba el suelo con furia.

-¡Por eso estoy aquí! –todos escucharon a Stephen-. Estoy formando un ejército para destronar a Joseph. No hace falta que seáis hombres de armas, tan sólo que tengáis el valor, coraje para defender la justicia en este mundo.

-¡Síííííííí! –gritaron varios hombres al unísono.

-No podemos dejar que nuestros vecinos de MainCastle vivan en esas condiciones, no permitiremos que eso suceda. ¿Quién se une a mí?

-¡Yooo! –gritaron varios hombres agitando sus puños con vigor.

Tras ese día, Stephen fue contando la misma historia por todas y cada una de las ciudades por las que pasaba. A medida que lo hacía, decenas de hombres se unieron a él. Al cabo de un año había

reunido la enorme suma de 300 hombres. 300 hombres que, al igual que él, estaban dispuestos a dar su vida por defender la justicia, por destronar a Joseph para siempre.

-Capítulo IV-

Tras andar durante algo más de dos horas, Robert había logrado conciliar el sueño. Se encontraba de vuelta en su jergón, arropado por cálidas mantas de lana cuando Martha entró atropelladamente en su habitación.

-¡Padre, rápido! –lo despertó su hija, con voz entrecortada-. ¡Tienes que ver esto!

Robert, que se resistía a abandonar aquel mundo de sueños, no abrió los ojos.

-¡Padre, despierta! –insistió a la vez que lo zarandeaba como a un muñeco.

-¿Qué…qué pasa? –preguntó, entreabriendo los ojos.

-Sal afuera…no lo vas a creer.

***

Una nube de polvo se movía a una velocidad descomunal.

La noticia no tardó en extenderse. En pocos minutos todos los ciudadanos de Liovin, incluido Robert, salieron a las calles para ver qué estaba sucediendo.

-¿Qué diablos es eso? –preguntó William.

-Sea lo que sea –le contestó su madre-, viene directo hacia nosotros.

***

Stephen encabezaba a su ejército montado en su caballo blanco. Cuando cabalgaba sobre sus lomos, Stephen dejaba de ser un hombre para convertirse en el Caballero Blanco, aquella leyenda que los padres contaban a sus hijos antes de dormir, aquel hombre que tuvo el coraje de obedecer a su corazón.

Más de trescientos hombres arrastraban tras sí una espesa humareda de tierra y polvo. El incipiente sol apenas podía filtrar sus rayos a través de ella.

La ciudad de Liovin se esbozó a la lejanía. Desde aquella distancia, parecía el cadáver de una enorme serpiente tendida sobre las montañas.

-Más rápido –rugió el Caballero Blanco, alzando su espada.

El ejército, imitando a su líder, apresuró el paso.

Stephen había soñado con aquel día durante el último año de su vida.

-Martha…he vuelto.

***

¡Soldados! ¡Eran soldados!

La humareda de tierra que se acercaba a Liovin no era otra cosa que hombres montados a caballo: una gran bestia deslizándose por las montañas. El sonido metálico de sus armaduras, de sus espadas sesgar el aire y de sus gritos eufóricos llegaron hasta Robert y su familia.

-¿Van a hacernos daño? –preguntó Sara, en un hilo de voz.

William quiso contestarle, pero no pudo articular palabra alguna. Al igual que la gran mayoría de los ciudadanos de Liovin, nunca antes había visto algo semejante. Aquella descomunal mole de polvo iba directamente hacia ellos…

A medida que se acercaba, el suelo comenzó a tiritar y la tierra impregnó el aire. Tras unos minutos los rayos de sol no pudieron atravesar la nube de polvo. Liovin se sumergió en las tinieblas, en una penumbra sacada de una historia de terror.

Los pájaros, asustados por tanto ruido y oscuridad, alzaron su vuelo y huyeron despavoridos de la ciudad. Los perros ladraban, enloquecidos. Parecía que una presencia invisible, casi mágica, los rodeara y fueran los únicos capaces de advertirla.

Martha, acongojada ante tal espectáculo, se giró hacia su padre. En momentos como aquél era él quien la consolaba, el que la abrazaba y tranquilizaba. Sin embargo, cuando lo miró, se encontró con un hombre feliz. Robert sonreía de oreja a oreja, su semblante estaba relajado y sus ojos brillaban con ilusión.

¿Cómo podía sonreír con un peligro tan próximo? ¿Cómo era posible que estuviera tan contento cuando un ejército desconocido se acercaba a la ciudad?

-Padre –preguntó Martha, desquiciada-, ¿no tienes miedo?

Robert miró a su hija con condescendencia.

-No, no hay razón alguna para tenerlo- aseguró.

Martha no podía creer que su padre dijera aquello. La ciudad entera estaba agitada, los ciudadanos enloquecidos ante la llegada del descomunal ejército, pero él no. Era el único que no sentía preocupación alguna.

Para aclarar su actitud, Robert tuvo que explicarle a Martha lo que realmente estaba sucediendo.

-Mira –dijo a la vez que señalaba con su índice un punto blanco que se fundía en la humareda de tierra-, ¿lo ves?

Martha tuvo que guiñar los ojos, pues con la distancia que aún distaba y la poca luminosidad le fue difícil percatarse.

-Sí –concedió, al fin.

-Pues hija, ese punto no es otra cosa que tu caballo…¡Stephen, tal y como prometió hace un año, ha vuelto!

-Capítulo V-

Cuando el Caballero Blanco y su ejército llegaron a Liovin, se encontraron con una ciudad rendida a sus pies. Todo el mundo quería felicitarlos y bendecirlos, pero sobre todo, querían conocer a Stephen.

No había ni una sola persona en la ciudad que no hubiera oído hablar del Caballero Blanco, aquel hombre que, al fin, haría pagar a Joseph todos sus pecados.

Mujeres de todas las edades querían, al menos, saludarlo.

-Cuando se lo cuente a mi hermana no se lo va a creer –aseguró una joven que no cabía en sí de la satisfacción.

-El Caballero Blanco ha venido a Liovin –dijo otra-. ¿A qué debemos tal privilegio?

Mientras tanto, los niños se sentían más atraídos por su caballo. Los más pequeños de la ciudad querían acariciar a su equino nevado.

-Mi padre dice que su caballo puede volar –juró un chiquillo de unos seis años.

-¡No digas tonterías! –le contestó un amigo suyo-. Los caballos no tienen alas.

Toda Liovin había escuchado historias sobre aquel caballo: unos aseguraban haberlo visto volar, que cuando corría no pisaba el suelo con sus cascos. Otros contaban que en cierta ocasión aquel equino había atravesado un río entero, galopando sobre su superficie.

Un gran círculo de admiradores se formó en torno a Stephen. A los pocos minutos el Caballero Blanco quedó rodeado por besos, bendiciones, saludos y lágrimas.

***

Martha no daba crédito a sus ojos: Stephen, el hombre con el que tanto había soñado había vuelto a Liovin, y lo había hecho convertido en un caballero.

Quiso acercarse a Stephen, abalanzarse a su cuello y llorar de alegría, pero una multitud lo aprisionaba, impidiéndole el paso.

-*Habrá que esperar* –se dijo, con frustración.

***

El círculo de admiradores fue reduciéndose poco a poco y, transcurridas dos horas, Martha pudo acercarse a Stephen.

Una armadura plateada, una espada enorme y una capa blanca constituían toda su indumentaria.

La capa ondeaba sobre sus hombros y sus cabellos se agitaban al viento, alborotados. Parecía el héroe de una leyenda, un caballero que estuviera a punto de enfrentarse a un terrible dragón para salvar a una princesa.

Transcurrido un año, apenas había cambiado. Si bien es cierto que tenía la piel más morena y una barba descuidada de varias semanas, continuaba tal y como Martha lo recordaba. La sonrisa, perfecta, los ojos, castaños y sus facciones, esbeltas.

-¡Stephen! –gritó, dando saltos para que la viera-. ¡Estoy aquí!

***

Stephen ató a Viento y corrió hacia Martha.

Cuando la tuvo enfrente, acarició sus mejillas con su mano izquierda. Realmente era una chica hermosa. No porque tuviera los ojos más hermosos que hubiera visto, porque su pelo fuera de seda y su piel, terciopelo. No. Lo que la convertía en una mujer maravillosa era lo que los ojos no alcanzaban a ver: su bondad y corazón de oro.

Sin ser consciente de que aquel no era el lugar apropiado, Stephen se abalanzó sobre la chica con tal fuerza, que ambos cayeron al suelo. Cuando sus cuerpos estuvieron en tierra, rodaron el uno encima del otro. Stephen la estrujó entre sus brazos, sintiendo su piel a través de la coraza.

-Te lo prometí –le dijo, sin parar de besarla-, te prometí que volvería.

Martha continuó hundiendo sus labios entre los suyos, sin apenas respirar.

-Te he echado tanto de menos… –susurró-. He pensado en ti todos los días.

***

Sara, Robert y William contemplaron con la boca abierta cómo su pequeña Martha rodaba por el suelo, abrazada al Caballero Blanco.

-¿Pero qué es esto? –preguntó Robert, sofocado por semejante escándalo-. ¿Qué está haciendo la niña?

Sara lo abrazó y añadió con voz queda:

-Robert, nuestra pequeña se ha convertido en una mujer.

Robert no paraba de observar cómo Martha besaba a Stephen, sus cuerpos rodar frenéticos entre el polvo.

-Bueno –dijo, devolviéndole el abrazo a Sara-, supongo que no está tan mal –sonrió-. Stephen es un buen hombre.

***

Igual que sucedió hacía un año en la enfermería, fue Stephen quien puso fin a tan mágico momento.

-Lo siento –le dijo a Martha, poniéndose en pie-, pero he de hacer una última cosa.

-¿Qué? –le preguntó la joven.

-He de ir a MainCastle, voy a matar a Joseph. Cuando vuelva le pediré a Robert tu mano.

¿Había oído bien? ¿Había dicho "tu mano"?

En aquel momento, Martha se sintió aterrada, y no por la oferta de matrimonio de Stephen, que anhelaba fervientemente, sino por si algo le sucedía.

-¡No vayas! –le suplicó, sintiendo de repente el pelo pringado de tierra-. ¿Y si te sucede algo? ¿Qué pasará si es Joseph quien te mata?

Stephen le sonrió y le ofreció su mano, ayudándola a ponerse en pie.

-Eso jamás ocurrirá –le prometió-, no pienso abandonarte… Atravesaré a la muerte con mi espada si fuera necesario.

***

Stephen subió a lomos de Viento y desenfundó su espada. Los rayos de sol incidieron en su hoja de tal modo que parecía brillar, como si desprendiera luz propia.

-¡Escuchadme todos! –voceó acaparando la atención de toda Liovin y su ejército-. ¡Ha llegado el momento!

Tras decir esto, los 300 hombres de su hueste desenvainaron las espadas.

-Hoy es el día en el que Joseph pagará por todo cuanto ha hecho.

Liovin enloqueció. Las madres aplaudían y lanzaban bendiciones al Caballero Blanco, los hombres vitoreaban a los soldados y los niños contemplaban aquella situación con ojos de incredulidad.

-¡Vayamos a MainCastle!

Poco después, la gran humareda de tierra –encabezada una vez más por aquella mancha blanca-, se perdió en el horizonte.

-Capítulo VI-

El Conde Joseph desayunaba tranquilamente en su habitación al calor de la chimenea. Una calma sobrecogedora reinaba en la estancia. Apenas se oía el sonido del viento arañar los cristales de las ventanas.

Joseph, desde muy pequeño, sentía una fascinación insólita por el fuego, por su belleza y poder destructivo. Su padre solía contarle muchas historias acerca de él.

-Hijo –le contaba a un Joseph de siete años-. En cierto modo la vida es como el fuego.

Cada vez que decía aquello, Joseph lo miraba con expectación, sin comprender qué era aquello a lo que se refería.

-Sí, hijo, sí. Ambos nos hechizan con su belleza, con sus llamas azuladas. Sin embargo, tras esa beldad inofensiva se oculta un poder destructor capaz de reducirnos a cenizas.

Así, cuando Joseph contemplaba arder troncos de leña, las palabras de su padre volvían a su mente. Los años le habían hecho comprenderlas.

Unos golpes en la puerta hicieron que Joseph abandonara sus pensamientos y regresara a la realidad.

-¡Dije que no se me molestase! –hizo saber el Conde con malhumor.

-Señor –se oyó la voz de James-, hay algo que debe saber.

-¡No me interesa! –lo informó en un tono hostil-. ¡Déjame tranquilo!

Sin obedecer a sus palabras, Joseph observó cómo la cerradura cedía, lentamente. Con un sonido sordo la puerta se abrió y la descomunal silueta de “El Brazos” se recortó en la penumbra.

-Esto es intolerable –increpó el Conde, fuera de sí-. ¿Cómo te atreves?

-Mi señor –adujo James, agachando la cabeza-, perdone que insista…pero hay algo que debe saber.

-Más vale que sea importante…¡has interrumpido mi desayuno!

-Mi señor…no sé cómo decirle esto…pero un ejército se dirige directamente hacia la ciudad.

***

James guió a su señor a través de los pasillos hasta la torre principal. Sus pasos apresurados fue lo único que perturbó el silencio de aquella mañana de invierno.

La torre principal gozaba de las mejores vistas y desde ella se podía divisar toda MainCastle e incluso otras ciudades.

-¿Cómo es posible que nos ataquen? –preguntó el Conde.

A riesgo de decir algo equivocado, James se limitó a encogerse de hombros.

-No lo sé, mi señor.

Sin mediar más palabras, los dos recorrieron los pasillos y recovecos del castillo.

Estaba amaneciendo y los primeros rayos se filtraron por los ventanales. Las luces proyectaron sombras angulosas que languidecían en los rincones más oscuros. Joseph tuvo la extraña sensación de que aquellas sombras danzantes tenían vida y los vigilaban, silenciosas.

Tras unos minutos llegaron a la puerta que accedía a la torre principal. Se trataba de un viejo portón, corroído por el óxido y los años.

-Desde aquí podrá verlo usted mismo -aseguró James a la vez que echó mano de un gran llavero.

El llavero no era otra cosa que un hierro con forma circular que encerraba en su interior infinidad de llaves. Con dedos temblorosos, "El Brazos" buscó la que le permitiría abrirlo.

-Esta no es, esta tampoco…no, no, no… –decía a la vez que las descartaba.

-Vas a conseguir que pierda la paciencia –le recriminó Joseph, con un severa mirada.

-Sólo será un momento, mi señor.

Por las manos de "El Brazos" desfilaron llaves de todas las formas y tamaños, pues habría más de 30. Tras un minuto que pareció eterno, James dio con la que estaba buscando.

-¡Ésta!

Se trataba de una llave pequeña y plateada. Un rayo de luz incidió sobre ella, exhalando leves destellos anaranjados.

Con pulso nervioso, introdujo sus dientes en el orificio del ajado portón e hizo un leve giro de muñeca. La puerta se abrió.

Cuando salieron a la torre principal, una ventisca de aire congelado azotó el rostro del Conde. El cielo estaba tintado de púrpura y las nubes parecían rosas de algodón. Al fondo, las montañas de MainCastle se difuminaban, tristes, envueltas en un manto de niebla.

-¿Dónde está? –preguntó Joseph-. ¿Dónde está ese ejército?

James se limitó a señalar un punto a la lejanía. Joseph tuvo que achinar los ojos, pues aquello que señalaba "El Brazos" estaba a más de diez kilómetros de distancia.

-Desde aquí sólo parece un punto -concedió-, pero sin lugar a

dudas se trata de un ejército. ¿Cuántos guerreros crees que lo componen, Brazos?

Aquella pregunta lo pilló totalmente desprevenido, pues pocas veces su señor le pedía su opinión.

-Pienso que estamos hablando de una hueste de unos trescientos hombres -aseveró, con orgullo.

-300 hombres…-repitió Joseph casi en un susurro-, supongo que tienes razón. ¿Y sabrías decir cuánto tiempo tardarán en llegar a la ciudad?

Aquella otra pregunta fue incluso más inesperada que la primera.

-Es difícil de precisar con exactitud, mi señor, pero calculo que un par de horas

-No nos queda mucho tiempo –se lamentó el Conde en un hilo de voz.

-¿Qué es lo que va a hacer, mi señor?

El Conde miró a su fiel guardia con condescendencia, esbozando una malévola sonrisa en la comisura de sus labios.

-¡Que la ciudad se prepare para la guerra!

***

Las campanas de las iglesias de MainCastle e incluso las de su catedral repiquetearon con insistencia. Sus timbres se entremezclaron en una explosión de disonancias que se propagó por toda la ciudad, rompiendo la magia de aquella mañana invernal.

Los ciudadanos despertaron, asustados, como si aquello que llegaba a sus oídos no fuera real y estuvieran viviendo una pesadilla. Las campanas sólo sonaban de ese modo en situaciones de peligro, pues era la forma que tenían en MainCastle de advertir a los habitantes.

Poco después, el pánico cundió en la ciudad…¡la guerra era inminente!

***

-Quiero que todo hombre capaz se prepare para la guerra –ordenó el Conde a James-. Espero no tener que hacerlo pero, llegado el momento, podría necesitarlos.

-Sí, mi señor.

-Di al pueblo que la ciudad es asaltada y que su señor necesita más espadas, di que no podemos ganar esta guerra solos.

-Así lo haré, mi señor.

James dio por concluida la conversación y dio media vuelta

sobre sus talones, dispuesto a transmitir el mensaje del Conde. Pero antes de salir por la puerta de la torre principal, la voz de Joseph lo llamó.

-Hay algo más.

-Usted dirá.

-Las mujeres y los niños…ellos no pueden luchar. Cogedlos y ocultadlos en un lugar seguro.

-No quiero contradecirle, mi señor, pero si el ejército llegara a sobrepasar las murallas de la ciudad, ningún lugar será seguro.

Joseph tenía que admitirlo: su guardia estaba en lo cierto.

-¿Qué pasará entonces con ellos? –preguntó sin poder ocultar en su voz el miedo de la muerte.

-Lo único que se me ocurre es ocultarlos en la catedral.

-La catedral ¿eh?... Interesante.

-Sí, mi señor, la catedral es el mejor lugar. No sólo porque sea la casa de Dios, sino porque, en el caso de que el ejército llegara a penetrar en la ciudad, allí podremos defender a las mujeres y niños; podríamos cerrar las puertas y contenerlos.

Joseph miró asombrado a "El Brazos", pues acababa de comprobar que no era tan estúpido como pensaba.

-Que así sea, pues.

***

Las mujeres, los niños y los ancianos fueron introducidos de inmediato en la catedral. La catedral de MainCastle era una imponente construcción que se alzaba en el extremo oriental de la ciudad, lo suficientemente grande como para albergar a 400 personas.

Los niños lloraban, asustados, mientras sus madres los consolaban con palabras cargadas de esperanza.

De súbito, la puerta de la catedral se abrió de par en par y una sombra casi tan ancha como alta recortó el sol que incidía tras ella: era el sacerdote de MainCastle, el padre Kurt.

Kurt era un hombrecillo menudo, de piernas cortas y ojos verdosos. Al igual que su compañero de Liovin, el padre Clark, era calvo y se jactaba de no tener un pelo de tonto.

Un silencio sepulcral invadió la catedral cuando Kurt entró en ella. Con pasos menudos y rápidos recorrió el pasillo que conducía hasta el altar.

Una vez allí y tras asegurarse de que todas las miradas de ancianos, mujeres y niños eran depositadas en él, abrió los brazos y con voz tranquila pero potente dijo:

-Hermanos y hermanas, Dios no se ha olvidado de nosotros -un

murmullo de desaprobación se desató entre los allí reunidos-. ¡Silencio! La ciudad va a ser atacada y necesitamos tener fe, ahora más que nunca. Sólo Él, en su inmensa sabiduría, puede salvarnos. Uniros a mis rezos y roguemos para que nuestras súplicas sean escuchadas.

***

Desde la torre principal, Joseph vio cómo lo que al principio fue una mancha que apenas podía distinguirse entre la bruma matutina iba cobrando forma, poco a poco. Había transcurrido algo más de una hora desde que James lo avisara y el ejército invasor había avanzado considerablemente: apenas cinco kilómetros lo separaba de MainCastle. Joseph contempló, aturdido, que no se trataba de ninguna tropa del tres al cuarto, sino que era una hueste constituida por cientos de hombres y caballos. Pese a que aún era mucha la distancia, Joseph creyó haber distinguido en toda aquella sombra un punto blanco, un destello de luz que encabezaba el ejército… ¿quién sería? ¿Sería acaso el jefe?

-*Estamos en tiempos de guerra* -se dijo con pesar- *y soy consciente de que mi ciudad es una de las más ricas de Inglaterra* –Joseph centró una vez más su mirada en el punto blanco que lideraba el ejército-. *No obstante, quisiera saber quién es el jefe y qué es lo que realmente quiere.*

Mientras el Conde estaba absorto en estos soliloquios, la ciudad ya había finalizado los preparativos para la guerra: los arqueros, dispuestos en las almenaras, los hombres y soldados, listos para luchar y las mujeres y niños, a salvo en la catedral.

Ahora sólo quedaba una cosa… ¡esperar!

***

Martha no podía creer que Stephen se hubiera convertido en una leyenda, pero tampoco que ahora, que al fin había vuelto, se hubiera marchado a MainCastle.

¿Qué sucedería si lo mataran? ¿Cómo soportaría el resto de su existencia si no era a su lado?

Asustada porque algo le sucediera, Martha comenzó a llorar.

-Hija, tranquila –Sara la rodeó con sus brazos y dejó que llorara en su hombro.

-Madre –se enjugó las lágrimas-, ¿por qué se ha ido? ¿Por qué?

Sara sonrió, feliz.

-Martha, no tienes por qué preocuparte…Stephen es un hombre fuerte y sabe cuidar de sí mismo. No le sucederá nada malo.

Madre e hija intercambiaron una mirada que parecía decir más que cualquier palabra.

-No podría soportar que algo le pasase –dijo Martha, calmándose un poco.

-Créeme, volverá sin un rasguño.

Cuando Martha se tranquilizó, Sara se puso en pie, dispuesta a salir de casa y tomar un poco el aire.

-Madre –la llamó, justo antes de que desapareciera por la puerta-, quiero decirte algo.

Sara retrocedió sobre sus pasos y volvió a sentarse a su lado.

-Dime –clavó sus pupilas azules en las de su hija.

-Stephen y yo…

-Sí, ya nos hemos enterado todos –sonrió-. Esta mañana os vimos a los dos en el suelo, besándoos.

Martha se sonrojó.

-No era eso a lo que me refería.

-¿Entonces a qué, hija?

-Stephen…va a pedirle mi mano a padre. Vamos a casarnos.

Sara abrazó a su pequeña, riendo de alegría.

-Hija –sus ojos se tornaron vidriosos-, no podríamos ser más felices.

-Capítulo VII-

El Caballero Blanco y su ejército llegaron a MainCastle.

La inexpugnable muralla de la ciudad se alzó ante ellos, desesperanzadora. Por muy grande que fuera el ejército de Stephen ¿cómo iban a franquearla? ¡Imposible! Ni los mismísimos elefantes del sur, aun poniendo todo su empeño, hubieran podido moverla.

Por suerte, Stephen contaba con un plan.

-¡Tom –le ordenó a uno de sus hombres-, trae la bandera!

***

-Mi señor –informó James-, han sacado la bandera blanca.

Joseph masculló un juramento, pues dicha bandera era señal de negociación. Así, ningún hombre que se encontrara bajo su protección podía ser atacado. Eran normas intangibles que cualquier soldado debía respetar, incluso el Conde de MainCastle estaba obligado a escuchar las peticiones de sus invasores si estos solicitaban su audiencia.

Joseph montó en su caballo, un maravilloso animal tan negro como el azabache y James hizo lo mismo con el suyo.

-¡No habrá negociación alguna! –aseguró Joseph con irritación-. Ningún ejército osa amenazar MainCastle y vive para contarlo –Joseph lanzó a “El Brazos” una mirada gélida-. ¡Escucharemos lo que nos digan, pues estamos obligados, pero jamás llegaré a acuerdo alguno!

A una orden de Joseph, la puerta de la ciudad se abrió, lentamente.

***

Stephen montaba sobre Viento. Su hombre de confianza, Tom, lo hacía a su lado, llevando la bandera blanca. El resto del ejército se mantenía a más de 150 metros, lo suficientemente alejados como para permitir que se desarrollara la negociación con tranquilidad.

Stephen notaba cómo el corazón le golpeaba el pecho con violencia, podía sentir cómo su pulso se aceleraba más y más y cómo sus manos comenzaron a temblar.

-¿Stephen, estás bien? –le preguntó Tom, que se había percatado de su nerviosismo.

El Caballero Blanco inspiró una fuerte bocanada de aire y, tras retenerlo durante unos segundos, lo exhaló en una diminuta nube de vapor que el viento se llevó.

-No es nada –dijo, aparentado tranquilidad.

Tom, que no acababa de creérselo del todo, continuó con los ojos clavados en Stephen. Stephen, haciendo caso omiso de su hombre, miró hacia otro lado, sin embargo Tom no apartó la vista. Transcurridos unos minutos se sintió tan molesto por su mirada que no tuvo más remedio que devolvérsela.

-Stephen, si no te encuentras bien podemos aplazar la negociación unas horas.

-¡No es nada! –repitió, dando por zanjada la discusión.

Sin decir nada más, Stephen echó mano a un casco plateado y, con lo expresión helada por el odio, se lo introdujo hasta cubrir su cara.

-¿Pero qué haces? –le preguntó Tom, sin comprender.

-Soy el Caballero Blanco y las historias me han convertido en una leyenda –exclamó con la voz henchida de orgullo-. Las leyendas no tienen rostro.

En ese instante, un sonido sordo y grave los sobresaltó, pero sobre todo asustó a sus caballos, pues el suelo comenzó a temblar bajo sus cascos.

Las puertas de MainCastle se abrieron.

***

El Conde, seguido de James, se acercó hacia los dos soldados. Uno de ellos sostenía la maldita bandera y el otro, de rostro vedado, montaba en un magnífico animal que bien hubiera deseado para sí. Se trataba de un equino ancho y fuerte, blanco como la nieve y ojos acastañados. Joseph no pudo evitar preguntarse de dónde habría sacado un ejemplar así.

Al fijarse en el caballo lo recordó. Recordó que hacía una hora, cuando estaba en la torre principal, había visto un destello de luz, un punto blanco encabezar el ejército…¿Sería él?

A medida que se acercaban, Joseph pudo distinguir los rasgos de los dos soldados. Uno de ellos le resultaba extrañamente familiar, como si lo conociera de antes, sin embargo no supo quién era pues un casco plateado cubría su semblante. Todo cuando pudo observar fueron sus facciones, serias y firmes y una mirada que descargaba todo el odio del mundo. Joseph intentó adivinar quién se ocultaba tras él.

-¿Qué es lo que queréis? –les preguntó James, pues su señor era demasiado importante para hablar con ellos.

El hombre del casco plateado, ignorando sus palabras, se acercó hacia el Conde, con el ceño fruncido y los ojos incendiados de odio.

-Brazos, no hemos venido hasta aquí para intercambiar palabras

con un energúmeno –James se quedó visiblemente perturbado. ¿Quién era aquel hombre? ¿De qué lo conocía?-. Estamos aquí para hablar contigo, Joseph.

Estaba claro que el soldado sin rostro quería irritarlo, pues que alguien tratara a un Conde con semejante desprecio y, además, lo mirara de aquella manera, era una falta imperdonable.

Joseph examinó más a fondo a aquel hombre…¿Quién se ocultaba tras ese entramado de metal?

-¿Qué pasa? –se jactó el soldado-. ¿No sabes quién soy?

Fue entonces cuando el misterioso hombre elevó sus dos manos hacia el casco y, con pulso firme y pétreo, lo alzó lentamente hasta descubrir su rostro.

Joseph ensombreció.

-¡Stephen! –exclamó-. ¿Cómo te atreves a atacar a tu señor?

James lo miró, sorprendido, pues tampoco había reconocido a su antiguo compañero.

-¡Yo no tengo señor! –gritó el Caballero Blanco-. ¡No debo lealtad a nadie y mucho menos a ti!

Aquellas palabras casi logran que Joseph desenvainara su espada y le rebanara la cabeza allí mismo, pero no podía hacerlo, pues se encontraba bajo la protección de la condenada bandera.

-No eres digno de mi perdón –le hizo saber Joseph-, pero si das media vuelta y vuelves por donde has venido…ni tú, ni ninguno de tus soldados morirá.

Stephen lo miró con desprecio, como miraría una pantera a un gatito con el que ha de luchar.

-¿Y qué si no lo hago?

-Maldito enano –bramó Joseph, ante semejante insolencia-, sabes tan bien como yo que tu ejército no tiene nada que hacer ante mis murallas. ¡Uno a uno, todos tus hombres caerán! ¿Así es como valoras las vidas de aquellos que luchan por ti? ¿Enviándolos a una muerte segura?

Durante un momento Stephen sintió un escalofrío lamiéndole su médula espinal, durante un momento creyó a Joseph y el negro destino que le pintaba. Durante un momento olvidó quién era.

-Yo soy el Caballero Blanco –rugió, fuera de sí-, y el peso de la justicia caerá sobre ti…¡Pagarás por todos tus pecados!

Stephen gritaba tan fuerte que sus gritos podrían oírse a kilómetros a la redonda.

-Te diré qué es lo que queremos –Stephen asió las bridas de Viento y dio una vuelta en torno a Joseph, amenazadoramente-. ¡Coge tu caballo y desaparece para siempre! Abandona MainCastle de una vez por todas. Lárgate a otras tierras y libra a los ciudadanos de tu tiranía. ¡Ojala el dolor e injusticias que has infringido durante

todos estos años acuchille tu conciencia hasta el fin de tus días!

Sin poder contenerse más tiempo, Joseph desenvainó su espada.

-Mi señor –le dijo James-, recuerde que están bajo la protección de la bandera.

-¡Al cuerno con la bandera! –gritó como loco-. ¡Te juro que si vuelves a abrir esa boca, te cortaré la lengua!

Stephen, lejos de asustarse, esbozó una mueca burlona, aún más desafiante que sus palabras.

-¡La muerte ha sido tu elección! –sentenció Joseph.

***

El Conde y "El Brazos" entraron en MainCastle a informar a los soldados de que no se había llegado a acuerdo alguno y que la guerra acababa de empezar. Sin embargo, se encontraron con una MainCastle distinta a la que habían dejado hacía unos minutos.

¡La ciudad se había vuelto loca!

Joseph contempló sin salir de su asombro cómo sus soldados se peleaban e insultaban entre ellos: intercambiaban puñetazos, juramentos y maldiciones. Los arqueros habían abandonado sus puestos, los ciudadanos a los que había ordenado luchar también discutían... ¡E incluso los caballos estaban alterados! ¿Qué había sucedido?

Joseph aguardó el tiempo suficiente como para que guardias, ciudadanos y arqueros se percataran de su presencia. Entonces todos enmudecieron, como si de repente se hubieran quedado sin voz.

-¿Puede alguien explicarme qué es todo este alboroto? –inquirió Joseph.

Silencio

-¿Puede alguien decirme por qué mis hombres luchan entre ellos en lugar de hacerlo con el ejército que está aquí fuera, esperándonos?

Silencio.

-¿Qué es lo que hacen mis arqueros? ¿Por qué no estáis en vuestras almenaras correspondientes?

Silencio.

-¡¿Qué demonios es esto?!

Silencio.

Joseph, exasperado de tanto silencio, se acercó a un ciudadano. Era un hombre mayor, de pelo escarchado y facciones heladas. Sus manos, recorridas por cantidad de venas azuladas, eran frágiles y ásperas, seguramente desgastas por el duro trabajo. A todas luces se trataba de un agricultor.

-¡Tú! –le ordenó-. ¡Te exijo que me informes!

El anciano agachó la cabeza, rehuyendo la mirada de su señor.

-¡Contéstame de una vez! –gritó, zarandeándolo como una marioneta.

Por más que alzara el Conde la voz, el anciano parecía estar dispuesto a no abrir los labios. Cuando Joseph vio fracasados todos sus intentos, le propinó una patada en el estómago. El hombrecillo, sin poder mantener el equilibrio, se derrumbó sobre el suelo.

-¡Maldito viejo! –rugió, histérico.

Pero el Conde, no había tenido suficiente: ¡estaba dispuesto a hacerlo hablar como fuera!

Sin aviso, se abalanzó sobre él. Desenvainó su espada y deposito el filo en su delicado cuello.

-¡Ahora vas a decirme qué está pasando o…-Joseph esbozó una sonrisa lobuna, mostrando sus incisivos animales- te rajaré el cuello. ¡Y juro por Dios que lo haré!

Ninguno de los hombres de MainCastle, ninguno de los arqueros y ni tan siquiera los propios amigos del anciano tuvieron valor para intervenir en aquella matanza…¡Joseph iba a decapitar a un hombre inocente y nadie acudía en su ayuda!

El anciano intentaba vocalizar, intentaba explicarle el porqué de aquella situación, pero el dolor, el miedo y, sobre todo, el filo de la fría hoja posada sobre su cuello no le permitieron articular sonido alguno.

-¡Tú lo que has querido! –Joseph levantó la espada tan alto como su brazo se lo permitió, dispuesto a acabar con la vida de aquel desdichado, a separar la cabeza de su cuerpo para siempre. La mortal espada sesgó el aire, describiendo un arco perfecto. Sin duda alguna hubiera cortado la cabeza del anciano de no ser porque otra espada de acero se interpuso justo en su trayectoria. ¡Era James, que había acudido en su ayuda!

-¡Brazos! ¿Qué crees que estás haciendo?

Joseph trazó una nueva trayectoria con su espada, un recorrido que tenía como propósito arrancar la cabeza, esta vez, de James. Sin embargo “El Brazos” fue más rápido que su señor y con un movimiento ágil, casi invisible, arrebató la espada a Joseph, quedando éste desarmado.

Gritos de euforia y júbilo se desataron entre todos los presentes al ver al señor de MainCastle, indefenso y débil. El poderoso Conde no era ahora nada más que un muñeco de trapo en las manos de James.

-¡Pagaréis por esto! –juró dirigiéndose a todos los que se reían de él-. Y tú, Brazos, tendrás la más cruel de las muertes.

Joseph, desesperado, pateó violentamente el vientre de James,

pero éste no mostró el menor síntoma de dolencia. El Conde lo intentó de nuevo, pero esta vez golpeando con sus puños en rodillas y pecho, consiguiendo el mismo resultado.

"El Brazos" tenía demasiados músculos, una coraza de carne y venas más resistente que cualquier armadura.

Las exclamaciones y risas fueron haciéndose cada vez más audibles a medida que veían a Joseph golpear en vano a "El Brazos".

Todos los hombres presentes, ya fueran del ejército, ciudadanos o arqueros, comenzaron a corear al unísono: "Brazos, Brazos, Brazos". Y es que realmente era irónico ver al que había sido uno de los hombres más poderosos, desposeído, de repente, de todo su poder.

Cuando James vio que su señor había gastado todas sus fuerzas en golpearlo inútilmente, lo asió con su enorme mano izquierda por el cuello y lo alzó a dos metros y medio del suelo. Joseph pataleó torpemente en el aire, en un intento desesperado por pisar tierra firme.

Nuevas risas, esta vez, auténticas carcajadas, se desencadenaron ante esta situación.

-¡No habrá guerra! –prometió James-.¡Ningún hombre quiere luchar por ti, nadie estaba dispuesto a dar su vida por la tuya pues no mereces lealtad! ¡No habrá más dolor, penurias ni injusticias!

Un "bieeeeeeennn" descomunal explosionó de las bocas de todos los hombres.

Cansado, James soltó a Joseph.

El Conde cayó, se precipitó contra el suelo con un sonido sordo, como si se hubiera desquebrajado todos los huesos.

El círculo que se formó en torno a James emitió gritos de protesta…¿Por qué lo había hecho?

-No seré yo quien lo mate –atestiguó "El Brazos", con su voz grave-. Bastante sangre he derramado por él.

Todos enmudecieron, pues a pesar de que deseaban ver a Joseph en las tinieblas, sabían que James estaba en lo cierto…pero ¿qué más daba? ¡Daba igual si Joseph estaba vivo o muerto! Lo importante era que ahora carecía de su poder, que ningún mal podría infligir a nadie.

Así, los ciudadanos de MainCastle junto a los guardias del antiguo Conde alzaron a James por los aires gritando su nombre a los cuatro vientos:

-¡James, James, James…!

Luego se fueron de allí, dejando a Joseph medio muerto, tirado en el suelo como un perro sin dueño.

Nadie se preocupó por él.

***

El Caballero Blanco y su ejército aguardaban a las afueras de MainCastle. Viento piafaba el suelo con sus patas delanteras, creando pequeños surcos en la tierra.

-¿Por qué están tardando tanto? –le preguntó Tom-. ¿Por qué no salen a luchar?

Stephen se hacía la misma pregunta, pues realmente debía estar sucediendo algo en el interior de la ciudad.

-Supongo que Joseph estará planeando algo.

-Stephen, sabes que no somos soldados –le recordó Tom-. Para muchos de nosotros esta es nuestra primera guerra…y quizás la última.

-¿Estáis asustados?

-¡Es imposible no estarlo! –Tom agachó la cabeza, avergonzado-. Los caballos están inquietos y los hombres, acongojados.

Stephen lo miró con complacencia, pues él experimentaba el mismo miedo.

-Vuestro miedo es normal –le hizo saber-, pero debéis saber que contamos con algo muy importante, algo que Joseph ya quisiera para sí y, sin embargo, jamás tendrá –Stephen alzó sus cejas, con gesto divertido-. Ese algo nos dará la victoria.

-¿De qué se trata? –preguntó Tom, sin poder contenerse-. ¿Arcos nuevos?

-No -Stephen le dedicó la misma mirada, cargada de misterio.

-¿Ballestas, quizás?

-No.

Tom se llevó la mano derecha a su barbilla y se atusó su barba rala.

-¡Ya lo tengo! –exclamó, triunfante-. ¡Una catapulta!

Stephen hizo un gesto de negación con su cabeza.

-No se trata de ningún arma –le hizo saber-, sino de algo mucho más poderoso.

-¡Dímelo ya, por favor…no me tengas en vilo más tiempo!

-Se trata de Dios.

Todas las expectaciones que podría albergar Tom se esfumaron con aquella palabra.

-¿Dios? ¿Cómo puedes depositar tu esperanza en Él? –la voz de Tom moduló y se tornó más agria y tosca-. Si quieres conseguir algo en esta vida haz de hacerlo tú y no esperar a que otros lo hagan por ti.

-Tom, nosotros luchamos por los valores que Él defendió: justicia, libertad, paz…¡los mismos por los que dio su vida! –

Stephen sonrió, triunfante-. Si realmente existe Dios, no consentirá que nada malo nos suceda.

-Espero que tengas razón.

Justo en aquel momento llegaron a los oídos de Stephen y su ejército voces procedentes del interior de la ciudad. Cientos de voces repetían al unísono “James, James, James…”

Stephen miró a Tom, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Creo que acabamos de ganar.

-Capítulo VIII-

MainCastle se convirtió en una ciudad nueva.

Joseph sólo era un recuerdo, una sombra triste y gris que se desvanecía ante la luminosidad de los nuevos días. Un futuro esperanzador, cargado de ilusiones y sueños flotaba sobre la ciudad como una nube de seda.

Las injusticias, flagelaciones, torturas y ahorcamientos habían sido suprimidos por el nuevo Conde: ¡Stephen!

El Caballero Blanco había dejado de ser un simple enano para convertirse en el señor de MainCastle.

***

Stephen contemplaba la ciudad desde los ventanales de su habitación.

Los rayos de sol flotaban por el aire, ingrávidos, posándose con timidez sobre los tejados de las casas. El cielo estaba inmaculado, pues ni una nube rayaba su inmensidad. Un azul puro, tan bello como el mar, se perdía allá donde la vista no alcanzaba.

Stephen se sintió insignificante ante tanta magnificencia, se creyó un pez diminuto, irrisorio, navegando en un mar sin fondo.

Unos golpes en la puerta lo hicieron volver a la realidad.

-¡Adelante!

-Mi señor, ya está todo dispuesto…tal y como usted ordenó –lo informó James.

-Brazos –le dijo, con dulzura-, ¿cuántas veces tengo que decirte que me llames Stephen? ¡No es necesario tanto formalismo!

James esbozó una sonrisa, quizá la primera en muchos años.

-Supongo que es la costumbre, pues con Joseph…

-¡No! –lo interrumpió, sin dejarlo acabar-. No lo menciones nunca más…es un recuerdo que sólo sigue vivo dentro de nosotros…si logramos olvidarlo, morirá.

-Sí, mi señor.

-¿Otra vez?

-Perdón, es la costumbre.

Stephen se echó su capa, un hermoso manto carmesí, sobre sus hombros.

-Entonces ¿está todo preparado?

-Tal y como dijiste, Stephen.

-¡Vamos allá!

***

Viento y Kanae aguardaban en la puerta principal del castillo.

Viento estaba exultante, irradiaba fuerza y vigor mientras que el pobre Kanae, mucho más longevo que su compañero, luchaba por no quedarse dormido.

Las puertas del castillo se abrieron y por sus escalones descendió el señor de MainCastle, envuelto en una hermosa capa aterciopelada.

-¡Viento! –lo saludó acariciando su hocico-. La victoria nos pertenece a ambos por igual, pues sin ti jamás habría sido el Caballero Blanco.

Kanae, celoso como él era, hundió sus cascos en la tierra, como si fuera un toro y no paró de hacerlo hasta obtener lo que esperaba.

-¡Kanae, viejo amigo! –el Conde palmeó su costado- ¿Cómo estás?

El animal inclinó su enorme cabeza hasta su hombro, dando a entender que todo iba bien.

-Stephen, ¿cuándo volverás? –le preguntó "El Brazos".

-He de hacer una última cosa –lo informó-. Regresaré en un par de días. ¡Cuida de la ciudad mientras tanto!

James, se irguió y sacó pecho.

-Así lo haré.

Sin más, Stephen subió a lomos de Viento, de un salto. Con su mano derecha sujetó sus bridas y, con la otra, las de Kanae.

Tras unos minutos, desaparecieron a la lejanía.

***

Robert y su familia siguieron viviendo en Liovin.

Robert continuaba con su puesto habitual en el mercado de los domingos, William lo ayudaba en todo lo que podía mientras que Sara y Martha pasaban gran parte de la semana tejiendo paños de seda para luego venderlos a un buen precio. En cuanto a la fortuna de Alik, aún quedaban más de 60 libras, lo cual era un verdadero alivio.

Todo marchaba sobre ruedas y las cosas no podrían irles mejor.

Robert comía junto a su esposa e hijos, intercambiando las peripecias de la mañana.

-He estado hablando con Brenda –informó Martha, con la boca llena-, ella y un grupo de amigas iremos al lago cuando anochezca.

-¿Para qué? –preguntó su madre, a la vez que se llevaba a la boca un pedazo de pan recién horneado.

-Haremos barcos con hojas de palmera.

-¿Barcos? –repitió Robert, incrédulo.

-Sí –Martha se llevó a la boca un mendrugo de pan mojado en agua-, en ellos escribiremos nuestros deseos.

-¿Vuestros deseos? –continuó repitiendo Robert-. ¿Para qué?

-Brenda dice que se harán realidad.

-Vaya tontería –le espetó William-. ¡Es imposible!

-No, no lo es –se defendió-, Brenda conoce a chicas que lo han hecho, y resulta que todo cuanto escribieron se hizo realidad.

Robert asió su cuenco y dio varios tragos.

-Parece muy interesante –admitió, depositándolo en la mesa-. ¿Cuál será el tuyo?

Martha agachó la cabeza y sus mejillas se sonrojaron.

-Bueno –rió-, ya veo por donde vas. Debes de saber, que Stephen siempre me ha parecido un gran hombre.

***

El Caballero Blanco cabalgaba a lomos de Viento. Sin embargo, se estaba retrasando mucho, pues tenía que ir tirando de Kanae constantemente.

-¡Vamos, vamos! –le insistía-. A este paso no llegaremos nunca.

Los rayos de sol fueron perdiendo fuerza y la luz del día comenzó a expirar.

-Con un poco de suerte –se dijo Stephen-, llegaremos antes de que anochezca.

***

Brenda era la mejor amiga de Martha. Al igual que ella tenía 16 años, era extrovertida, simpática y le gustaba fantasear con mundos imaginarios. Brenda tenía una melena morena que le llegaba hasta la cintura y siempre la llevaba bien peinada y, además, recogida con un hilo.

-¿Has traído el pergamino? –le preguntó a Martha.

Martha metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó un pedazo de pergamino, lo suficientemente grande como para escribir los deseos de media Liovin.

-¡Perfecto! –exclamó Brenda con un brillo de felicidad en los ojos.

-¿Y tú? –le preguntó Martha-. ¿Has traído las hojas de palmera?

Brenda abrió un enorme saco que llevaba tras la espalda.

-¡Genial! –Martha estaba tremendamente ilusionada con aquel experimento, pues nunca antes había hecho nada semejante. En aquellos barcos había depositado sus sueños y esperanzas y rezaba para que se hicieran realidad.

A Martha y Brenda se unieron Rose, Tracy y Valentine. Cuando estuvieron todas, se dirigieron al lago de Liovin.

-¿Qué vas a escribir? –le preguntó Tracy a Martha.

-Sólo te lo diré si antes me dices qué vas a poner tú.

-¡Ni loca!

-Venga Tracy –le suplicó Valentine-, no te hagas de rogar.

***

El destino del Caballero Blanco no era otro que la ciudad Liovin.

Cuando Stephen la divisó ya había anochecido. La ciudad dormía en un aura plateada, custodiada por millones de estrellas danzantes. Stephen quedó hipnotizado al verla, y una calma y sosiego se apoderaron de él.

-Es curioso ver cómo el mundo se transforma con las sombras de la noche –pensó-. *Todo se sumerge en un silencio sepulcral.*

Viento relinchó, haciéndole comprender a Stephen que era demasiado tarde como para ponerse a pensar.

-¡De acuerdo! –concedió-. Vamos allá.

***

El lago de Liovin se asemejaba a una balsa de plata y cristal. Su superficie refulgía con destellos dorados, como si en su interior ardiera una enorme hoguera.

-Nunca antes lo había visto así –exclamó, Valentine, con la boca abierta.

-Al igual que la ciudad -informó Tracy-, está dormido.

Y en efecto, parecía que así estuviera pues, con un poco de imaginación, se podría haber escuchado su respiración.

-Venga, chicas…¡Basta de contemplaciones! –dijo Brenda mientras daba una palmada.

Así, Tracy, Valentine, Brenda, Martha y Rose se pusieron manos a la obra.

-Brenda –preguntó Martha-, ¿estás segura de que va a funcionar? ¿De que nuestros deseos se harán realidad?

-Absolutamente –contestó, convencida-. Además, tú misma me darás la razón.

Brenda sacó las hojas de palmeras y las chicas le dieron la forma de pequeños barquitos.

-Todo listo –exclamó Brenda, exultante.

-¡Chicas! –informó Martha-. ¿No os estáis olvidando de algo?

Las cuatro amigas intercambiaron miradas de duda entre ellas… ¿qué más faltaba?

-¡Queda lo más importante! –Martha se llevó la mano al bolsillo de su vestido y sacó una hoja de pergamino-. ¡Nuestros deseos!

Así, las chicas se tumbaron en el suelo y, con todo el misterio del mundo, escribieron sus anhelos y esperanzas más profundos.

***

Stephen no gozaba de buena memoria, lo cual le había causado más de un malentendido a lo largo de los años. Sin embargo, le fue muy sencillo dar con la casa de Robert, pues se ubicaba en el centro de Liovin y era la única que tenía dos plantas. Se trataba de una esbelta vivienda con un pequeño jardín en el que crecían algunas hortalizas. El tejado era de pizarra, lo suficientemente resistente como para soportar las acérrimas lluvias que tan habitualmente lo azotaban. Era una buena morada, ni grande, ni pequeña, pero lo suficientemente cómoda para vivir allí toda una vida.

Stephen bajó de Viento. El animal estaba cansado y el viejo Kanae, mucho más. Stephen acarició sus hocicos, pues había descubierto que los caballos sentían una debilidad especial por esa parte del cuerpo, y se acercó a la puerta.

Antes de llamar, agudizó su oído. Permaneció enfrente de la puerta, sin mover un músculo.

Nada, no se oía absolutamente nada.

-Deben estar durmiendo –se dijo-. *¡Volveré cuando amanezca!*

La razón por la que Stephen había vuelto a Liovin era simple: pedirle a Robert la mano de su hija y devolverle a ésta su precioso caballo blanco.

Decepcionado, Stephen dio media vuelta y volvió a subir en Viento.

-Pasaré la noche en una posada –pensó, reconfortado por la idea de dormir-. *Yo podré descansar y vosotros comeréis algo.*

Stephen espoleó a Viento, rumbo a la mejor posada de Liovin.

***

Cada una de las chicas dobló su trocito de papel con recelo y, tras asegurarse de que sus secretos no habían sido vistos por ninguna, los ataron a las hojas.

-Ya está –dijeron, sin poder contener la emoción.

Deseaban ver sus sueños flotar, surcar las aguas mecidos por el viento.

Brenda fue la primera en depositar su barco en el lago. La hoja se tambaleó ligeramente a derecha e izquierda, pero tras recuperar el equilibrio, permaneció estable.

-¿Lo veis? –se jactó, triunfal-. ¿Veis cómo flota?

Martha y el resto de sus amigas no podían aguantar más y lanzaron sus sueños a la superficie del lago.

***

Stephen hubiera ido al hostal de no ser porque algo captó su atención.

-¿Qué es eso? -se preguntó, sin salir de su asombro.

El silencio de Liovin era absoluto.

Nada. Ni un ruido perturbaba la noche.

Por eso le extrañó sobremanera escuchar los gritos de unas cinco chicas, próximos.

-*¿Quiénes serán?* –se preguntó, preocupado-. *¿Estarán en apuros?*

***

-¡Funciona! –gritaron las chicas a la vez empezaban a saltar.

-Nuestros sueños por fin se harán realidad –las informó Brenda-. Los barquitos navegarán hasta hundirse. Cuando lo hagan, nuestros secretos se desharán en el agua y se cumplirán.

Las cinco hojas navegaban próximas, impulsadas por el suave viento. Pasados unos minutos no quedaba nada de ellas…habían desaparecido.

-¿Y ahora qué? – preguntó Valentine.

-Simplemente hemos de esperar –respondió Brenda.

-¿Cuánto?

-Eso no puede decírtelo, pues nadie lo sabe. Quizá unos días, unos meses…o incluso años –Valentine no pudo ocultar su gran decepción. ¿Cómo alguien podía esperar tanto tiempo?

***

A medida que Stephen se acercaba a las voces, las percibía con mayor claridad. Sin embargo, no pudo comprender lo que decían.

¿Quién andaría a tan avanzadas horas de la noche? ¿Qué hacían en el lago cinco chicas, solas? ¿Por qué habían gritado de ese modo? ¿Acaso estarían en problemas?

Incapaz de redimir su curiosidad, Stephen siguió avanzando, dispuesto desentrañar el misterio.

***

-No podemos esperar tanto –protestó Martha.

-Es cierto –siguió Tracy-. ¿Y qué sucederá si de aquí a unos meses cambiamos de opinión?

Las chicas siguieron discutiendo entre ellas, demasiado preocupadas por la veracidad de sus sueños como para percatarse de que unos ojos las observaban tras la maleza.

***

Sólo eran cinco chicas y, por lo visto, no estaban en apuros. Stephen no pudo precisar cuál sería su edad, pues la negrura de la noche no le permitió ver sus rostros.

¿Qué hacían allí? ¿Se habrían perdido?

Stephen decidió salir de los arbustos y ofrecerles su ayuda.

***

De súbito, un hombre montado en un enorme caballo surgió de entre los arbustos. Sin lugar a dudas se trataba de un caballero, pues una capa hondeaba tras su espalda y una espada descomunal colgaba en su cinto.

Stephen no tuvo oportunidad de decirles a las chicas que nada malo les haría, pues se asustaron ante su repentina aparición y huyeron despavoridas. Stephen no pudo abrir la boca, no tuvo ocasión de decirles que sólo quería ayudarles.

De las cinco chicas, tan sólo una permaneció inmóvil. La joven lo observó sin parpadear, como hechizada.

-No tengas miedo, por favor -fue lo primero que le dijo.

La joven no contestó.

-He oído gritos -se excusó-, y he venido a ver qué sucedía.

Con una agilidad asombrosa, el hombre bajó del caballo y se acercó a la chica. A cada paso que daba, podía escrutar su rostro con más claridad. Primero vio sus ojos, unos ojos azules y misteriosos, tan hermosos que a Stephen le provocaron un escalofrío.

Después atisbó sus mejillas, frías y suaves como el rocío de una mañana de invierno.

¡Era Martha! La chica que amaba.

-¡Stephen! –dijo, apenas en un susurro-. No te había conocido.

Stephen esbozó una sonrisa.

-Yo tampoco…siento haberte asustado a ti y a tus amigas.

-No te preocupes, no pasa nada.

Sin aguantar más, se besaron.

Martha cerró los ojos, como si así pudiera saborear aquel momento con más intensidad. ¿Cuánto tiempo permanecieron así?

No sabría precisar, pues el tiempo era algo ajeno a ellos, como el resto del mundo. En un instante, todo desapareció: el lago, Kanae, Viento, los árboles, la tierra, la luna y las estrellas. Todo se esfumó. ¡Sólo existían ellos dos!

-Te lo prometí –le dijo Stephen, alzándola en volandas-, prometí que volvería a tu lado, que nada nos separaría.

Mientras besaba a Stephen, Martha se sorprendió al ver la rapidez con la que su sueño se había hecho realidad. Apenas habían transcurrido unos minutos.

-Te quiero Stephen –Martha se dejó caer al suelo, igual que hicieron en Liovin bajo la asombrada mirada de su familia.

Sus cuerpos rodaron una vez más en la tierra hasta llegar a la orilla del río.

Los barquitos habían desaparecido.

-Tenía miedo de no volver a verte, Martha –le confesó Stephen, acariciando sus mejillas-. Miedo de perder a lo único que quiero.

Kanae y Viento contemplaban a sus dueños con curiosidad, preguntándose qué estarían diciendo.

-Martha –le propuso Stephen-, sabes que soy Conde de MainCastle.

-Sí, lo sé.

-Vente conmigo, viviremos en el castillo y tendrás todo cuanto pueda procurarte.

Martha lo miró, enmarcando sus dientes en una hermosa sonrisa.

-¡Todo se ha hecho realidad…soy tan feliz!

Volvieron a besarse. Apenas transcurrieron unos segundos desde el último beso y ya añoraban el sabor de sus labios.

Stephen ayudó a Martha a subir en Viento y él montó en Kanae.

-Vamos a MainCastle –gritó Stephen, eufórico.

-Un momento –Martha estaba tan emocionada que se había olvidado de su familia-. ¿Qué pasará con mis padres y con mi hermano? Si mañana no estoy creerán que algo malo me ha sucedido.

-Mañana enviaré a varios de mis hombres para que los informen –le respondió-. No tienes de qué preocuparte.

Los dos se miraron, en silencio.

La luna tiritaba en la superficie del lago y su luz salpicaba a los árboles de plata.

-Nunca imaginé que acabaría siendo la esposa de un conde -se sinceró Martha-. Jamás pensé en un final como éste.

Stephen acarició sus cabellos, con delicadeza.

-No es un final, sino un comienzo.

FIN